

Historia

Albert Soboul
Los sans-culottes
Movimiento popular
y gobierno revolucionario
Alianza Universidad



Los sans-culottes. Movimiento popular y gobierno revolucionario

Alianza Universidad

Albert Soboul 199

Los sans-culottes. Movimiento popular y gobierno revolucionario 60

Versión española de
María Ruipérez

Revisión de
Jesús Bravo

120

Alianza
Editorial

Título original:
Les sans-culottes parisiens de l'An II. Mouvement populaire et gouvernement révolutionnaire (1793-1794).

INDICE

Advertencia	9
Introducción: Revolución burguesa y movimiento popular ...	11
Capítulo 1. Masas populares y militantes «sans-culottes»: mentalidad y composición social	26
Conciencia popular de los enfrentamientos sociales, 27.—Datos estadísticos, 45.	
Capítulo 2. Las aspiraciones sociales de la «sans-culotterie» parisina	63
Del derecho a la existencia a «la igualdad de goces», 63.—De «la igualdad de goces» a la limitación del derecho de propiedad, 67.—«Sans-culotterie» y capital comercial, 77.—La fiscalidad popular, 83.—En favor del derecho al trabajo y a la asistencia, 91.—En favor del derecho a la instrucción, 94.	
Capítulo 3. Las tendencias políticas de la «sans-culotterie» parisina	102
La soberanía popular, 102.—Control y revocabilidad de los elegidos, 111.—Permanencia y autonomía de las Secciones, 120.—La insurrección, 128.	
Capítulo 4. La práctica política popular	134
La publicidad, «salvaguarda del pueblo», 134.—La unidad, «garantía de victoria», 142.—La violencia, 153.	

© Albert Soboul, 1964
 © Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1987
 Calle Milán, 38, 28043 Madrid; Teléf. 200 00 45
 ISBN: 84-206-2494-2
 Depósito legal: M. 13.618-1987
 Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
 Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
 Printed in Spain

Capítulo 5. La organización política de la «sans-culotterie» parisina	157
Las asambleas de sección, 158.—Comités y funcionarios de las secciones, 170.—De las sociedades populares a las sociedades seccionarias, 181.	
Capítulo 6. El «sans-culotte» militante en la vida cotidiana.	204
Capítulo 7. Conclusión: Movimiento popular y gobierno revolucionario. A modo de balance	227
Cuadro histórico de las secciones parisinas desde el 21 de mayo de 1790 al 19 <i>vendémiaire</i> del año IV	238
Planos	241
Cuadro resumido de concordancia de los calendarios republicano y gregoriano	243

ADVERTENCIA

Este libro es la reedición de una obra aparecida inicialmente en 1958. Se trata precisamente de la segunda parte de una tesis doctoral defendida en la Sorbona, y dedicada al desarrollo, más tarde a la detención y finalmente al declive del movimiento popular parisino desde la caída de los girondinos, el 2 de junio de 1793, hasta la de Robespierre, el 9 *Thermidor* del año II, que supuso la ruina del gobierno revolucionario y finalmente la desmembración del propio movimiento popular. No pensamos que, después de veinte años, este trabajo haya perdido interés, ni siquiera actualidad política, si entendemos por este término la reflexión, a partir de una cierta práctica, sobre el pasado a la luz del presente, y a la inversa.

En efecto, este libro se ocupa del estudio de la fuerza social determinante en el proceso revolucionario de 1793 y 1794, durante la dictadura jacobina del Comité de Salvación pública: la *sans-culotterie* parisina organizada en sus 48 secciones. Es historia vista «desde abajo», como nós enseñó nuestro maestro Georges Lefevre. Sin duda, aquí no se abordan todos los problemas o sólo se tocan de pasada, como el de la dirección de la guerra. El problema esencial de la época era la dirección política: pero ¿puede abstraerse la política del juego de las fuerzas sociales existentes? Toda auténtica historia política es, en primer lugar, historia social... En el año II asistimos al nacimiento de la política revolucionaria moderna, con su grandeza épica y su inmenso impulso de fraternidad, y también con sus maniobras y sus bajezas: Hébert descalificado en *Ventôse* del

año II como «patriota inglés», mientras dos meses después los militantes populares lo fueron como «hebertistas».

Si el pasado domina el presente, la reflexión sobre la historia se aclaraba, a la inversa, gracias a las experiencias vividas y puede a su vez servir de base a la acción. Los problemas de la dualidad de poderes, del paso necesario de los cuadros en los aparatos, y también de la burocracia revolucionaria y del nuevo conformismo, están en el fondo del complejo y terrible juego político y social del año II. ¿Quién no reconocerá en él algunos de los problemas que se presentan ante los movimientos revolucionarios de la segunda mitad del siglo xx?

¿Subjetividad del historiador, disimulada bajo la máscara de la erudición? O más bien, ¿relativismo absoluto, una historicidad cambiante y fluida que sustituiría a una historicidad definitiva y fija, ante la que el historiador actúa proyectándose a sí mismo y a su tiempo sobre el pasado e interpretando a éste en consecuencia? O más aún, ¿sólo podría conseguirse la totalidad de la historia a través de una pluralidad de comprensiones, y por tanto de diversos sistemas de interpretación y de historias independientes?

La Revolución Francesa ha sido un fenómeno total, el resultado de un proceso que engloba a todos los aspectos de la evolución histórica. En la evolución historiográfica, reflejo del movimiento de la historia, los diversos aspectos de esta totalidad se revelan alternativamente a los sucesivos historiadores que ponen de manifiesto contenidos hasta entonces ocultos por la misma densidad del fenómeno total. Más aún, la Revolución Francesa hizo posible un cierto número de evoluciones: cada vez que se realiza una de esas virtualidades, proyecta sobre el pasado revolucionario una nueva luz que aclara al historiador, y también al político, si tiene ojos para verlo.

La historia de la Revolución Francesa no se acabará nunca, ni se escribirá nunca en su totalidad. De generación en generación, a medida que se desarrolla la historia que ha hecho posible, la Revolución Francesa no dejará de suscitar la reflexión de los hombres. Y también su entusiasmo.

ALBERT SOBOUL

Introducción

REVOLUCIÓN BURGUESA Y MOVIMIENTO POPULAR

La revolución burguesa y sus historiadores: progreso y profundización.—Los historiadores del movimiento popular: esfuerzos y lagunas.—Autonomía y especificidad de la revolución popular.—Marcos y límites de este estudio.

La Revolución Francesa constituye, con las revoluciones inglesas del siglo xvii, la coronación de una larga evolución económica y social que convirtió a la burguesía en la dueña del mundo.

Esta verdad, que hoy puede pasar por común, la habían proclamado desde el siglo xix los historiadores más conscientes de la burguesía. Guizot quiso justificar la Carta por medio de la historia: una de las características esenciales de la sociedad francesa es la aparición, el crecimiento y el triunfo final de la burguesía; entre el pueblo y la aristocracia, la burguesía había creado lentamente el marco y precisado las ideas de una nueva sociedad, cuya consagración se produjo en 1789. «Nadie ignora el gran papel que ha desempeñado en Francia el Tercer Estado, ha sido el elemento más activo y el más decisivo de la civilización francesa, y el que ha determinado, en último extremo, su dirección y su carácter. Considerado desde el punto de vista social y en sus relaciones con las diversas clases que coexistían en nuestro territorio, lo que se ha denominado Tercer Estado se extendió progresivamente, se elevó y primero modificó poderosamente, después dominó, y por fin absorbió, o casi,

a todos los demás»¹. El Tercer Estado es, en opinión de Guizot, la burguesía. Tocqueville, al poner en evidencia después de Guizot el ascenso gradual de la burguesía, ha hablado con «una especie de terror religioso», «de esta revolución irresistible que avanza desde hace muchos siglos superando todos los obstáculos, y que hoy vemos progresar en medio de las ruinas que ella misma ha producido»². Taine ha esbozado también esta lenta ascensión de la burguesía en la escala social, al término de la cual la desigualdad se le hizo insoportable. «Desde que la nobleza, al perder la capacidad especial, y el Tercer Estado, al adquirir la capacidad general, se encuentran al mismo nivel por la educación y las aptitudes, la desigualdad que les separa ha llegado a ser ofensiva al volverse inútil»³. Pero aunque estaban tan seguros de que el nacimiento y los progresos de la burguesía tenían como causa fundamental la aparición y el desarrollo de la riqueza mobiliaria, de las empresas comerciales, y después de las industriales, estos historiadores apenas se preocuparon de realizar un estudio preciso de los orígenes económicos de la Revolución o de las clases sociales que la dirigieron.

Sin embargo, desde el mismo período revolucionario, Barnave había llevado su análisis más lejos. Por haber vivido en el *Dauphiné*, en medio de una actividad industrial que, si se cree lo que escribía el inspector de manufacturas Roland en 1785, había convertido a esta provincia, dada la variedad y densidad de las empresas y la importancia de la producción, en una de las primeras del reino, Barnave llegó a concebir que la propiedad *industrial* trae consigo el advenimiento político de la clase que la detenta. En su *Introduction à la Révolution Française*⁴, tras haber asentado el principio de que la propiedad *influye* en las instituciones, Barnave constata que las instituciones, creadas por y para la aristocracia terrateniente, se oponen y retrasan el advenimiento de una nueva era. «Desde que las artes y el comercio consiguen penetrar en el pueblo y crean un nuevo medio de riqueza en favor de la clase trabajadora, se prepara una revolución en las leyes políticas; una nueva distribución de la riqueza produce una nueva distribución del poder. De la misma manera

¹ *Histoire de la civilisation en France depuis la chute de l'Empire romain*, 1828-1830, 4, vol. in-8, lección 46, pág. 592 de la edición de 1839.

² *De la démocratie en Amérique* (1836-1839). *Obras completas*, t. I, 1951. Introducción, pág. 4. [Trad. al castellano: *La Democracia en América*, 2 volúmenes, Alianza ed., Madrid, 1980.]

³ *Les origines de la France contemporaine. L'Ancien Régime*, 1876, libro IV, cap. III, pág. 412.

⁴ *La Introduction à la Révolution française*, se publicó en 1843, en el tomo I de las *Obras* de Barnave editadas por Béranger de la Drôme. Jean Jaurès insiste mucho sobre esta obra en su *Histoire socialiste*, I, 98.

que la posesión de la tierra elevó a la aristocracia, la propiedad industrial eleva el poder del pueblo», es decir, de la burguesía. Barnave señalaba con claridad el antagonismo entre la propiedad territorial y la propiedad mobiliaria, así como el de las clases que se basan en estos tipos de propiedad. En la misma dirección de pensamiento, ilustrado todavía durante la primera mitad del siglo XIX por los socialistas utópicos, Marx y Engels señalaron con fuerza en 1847, en el *Manifiesto del partido comunista*, que a finales del siglo XVIII el régimen todavía feudal de la propiedad y la organización de la agricultura y de la manufactura ya no se correspondían con las fuerzas productivas en pleno desarrollo, y constituían otras tantas trabas para el desarrollo de la economía. «Era necesario romper estas cadenas —escribían los autores del *Manifiesto*—. Se rompieron»⁵.

Inspirándose en cierta medida en el materialismo histórico (en cierta medida solamente: de hecho, ¿no escribió en su Introducción general que su interpretación de la historia sería «a la vez materialista con Marx y mística con Michelet?»), Jaurès restituyó a la historia de la revolución sus fundamentos económicos y sociales en un vasto fresco, su *Histoire socialiste* que consigue la elocuencia y que sigue siendo un monumento válido⁶. «Mezclado con la vida febril de las asambleas y de los partidos», Jaurès era el más capacitado, tal como lo ha sugerido Albert Mathiez al prologar en 1922 una nueva edición de la *Histoire socialiste*, «para revivir las emociones y los pensamientos claros u oscuros de los revolucionarios». «Sabemos —escribía Jaurès— que las condiciones económicas, y la forma de la producción y de la propiedad constituyen el fondo mismo de la historia.» Quizá, la obra de Jaurès peca por exceso de simplificación. La Revolución se desarrolla muy sencillamente: su causa reside en el dominio económico e intelectual de la burguesía llegada a la madurez; su resultado fue el de consagrar este dominio en la ley. Pero esta explicación no tiene en cuenta ni la fecha de la Revolución ni el carácter violento que la convirtió en el episodio más dramático de las luchas de la burguesía.

Yendo más lejos, Albert Mathiez precisó, tras Philippe Sagnac, lo que fue la reacción aristocrática en el siglo XVIII, que culminó en los años 1787-1788, en lo que Mathiez ha designado con la ambigua expresión de *revuelta nobiliaria*: la furiosa oposición de la nobleza a cualquier tentativa de reforma, e incluso el acaparamiento de todos los cargos del Estado por una minoría privilegiada y la

⁵ Ver en particular la primera parte del *Manifiesto Comunista*, «Burgueses y proletarios». [Trad. al castellano, Ed. Ayuso, Madrid, 1975.]

⁶ *Histoire socialiste*, 4 vol., in-8, s.f. (1901-1904).

obstinada negativa a compartir la posición preeminente con la alta burguesía⁷. De esta forma se explicaba el carácter violento de la Revolución, y el hecho de que el advenimiento de la burguesía no fuera el resultado de una evolución progresiva, sino de un cambio brusco y fundamental.

Pese a ello, las dramáticas peripecias de la Revolución no podrían explicarse solamente por la resistencia de la aristocracia. Es preciso, además, situar en su lugar la rápida disgregación del Tercer Estado, sobre la que Jaurès, y en especial Mathiez han insistido con toda razón. Los antagonismos que se manifestaron con rapidez entre las diversas capas de la burguesía, así como entre la burguesía y la *sans-culotterie* artesanal y tendera, explican la complejidad de la historia revolucionaria y la progresión de sus diversas etapas. Albert Mathiez ha distinguido incluso cuatro revoluciones sucesivas, la última de las cuales, la del 2 de junio de 1793, concluyó con una tentativa de democracia social. Sin seguirle en estas distinciones (la Revolución es una y sigue siendo esencialmente burguesa a través de sus diversas peripecias), es preciso señalar, pese a ello, desde el punto de vista que ahora nos ocupa, la importancia de la obra de Mathiez.

Alejándose de la escena parisina y de las grandes ciudades que hasta entonces habían acaparado la atención de los historiadores, Georges Lefevre (ya que la Francia de finales del siglo XVIII seguía siendo esencialmente rural) se interesó por el estudio del campesinado. Hasta él, la acción campesina había sido considerada como una repercusión de los movimientos urbanos dirigidos esencialmente, de acuerdo con la burguesía, contra el feudalismo y el poder real: de esta forma se conservaban en la revolución del Tercer Estado su aspecto homogéneo y la majestad de su desarrollo. A partir de análisis sociales precisos, Georges Lefevre demostró que en el marco de la revolución burguesa se desarrolló una corriente campesina que poseía su propia autonomía en cuanto a su origen, sus procedimientos, sus crisis y sus tendencias⁸. La obra de Georges Lefevre tiene el valor de una demostración y de un ejemplo.

Desde entonces, ¿está completo y es fiel el relato? Nos parece que no. Un grupo social de la antigua Francia y de la Francia revolucionaria no ocupa en él el puesto que le corresponde: el grupo que

⁷ Albert Mathiez, *La Révolution française*, 1922, t. I, cap. I, «La crisis del Antiguo Régimen», y II, «La revuelta nobiliaria».

⁸ Nos parece suficiente remitir a la exposición de síntesis que Georges Lefevre dio en 1939, del resultado de sus investigaciones: «La Revolución francesa y los campesinos» (*Cahiers de la Révolution française*), núm. 1, página 6; texto recogido en *Études sur la Révolution française*, 1954, pág. 246.

desde aquella época fue denominado con el término de los *sans-culottes*.

Todos los historiadores de la Revolución han insistido en el papel de las clases populares urbanas, y en especial del pueblo de París: la Revolución es en gran parte obra suya. De la primavera de 1789 a la primavera de 1795, del 14 de julio a las jornadas de *Prairial* del año III, el pueblo le dedicó sus energías; puso en ella todas sus esperanzas; vivió y sufrió por ella. Ningún historiador ha ignorado este papel preponderante.

El pueblo es el actor principal en la *Histoire de la Révolution française* de Michelet⁹. No los *sans-culottes*, sino el *Pueblo*, del que no se ha dado ninguna definición ni se ha hecho ningún análisis: el *Pueblo*, es decir, el conjunto de la nación erigido, como Francia, en un personaje mítico. Pero en el desarrollo cambiante de la Revolución, ¿se ha estimado en su justo valor el papel del pueblo parisino? ¿Le han situado los historiadores en su auténtico lugar? ¿No han tenido la tendencia, en mayor o menor grado, a considerar que su acción estaba determinada por la de la burguesía, a caracterizarla como dirigida fundamentalmente contra la aristocracia y el feudalismo, contra el poder real y el Antiguo Régimen? ¿No se considera que los *sans-culottes*, y en especial los *sans-culottes* parisinos han actuado siempre en pleno y perfecto acuerdo con la burguesía revolucionaria?

A decir verdad, algunos autores han barruntado el problema. Y en primer lugar Thiers, quien, en alguna ocasión, subrayó el papel de las secciones parisinas y la autonomía de su acción. Por ejemplo, a propósito de las subsistencias, cuando opone en febrero de 1793 a las secciones que reclamaban la tasa, y los Jacobinos que «condenaban la tasa como peligrosa para la libertad de comercio»¹⁰: simple anotación rápida. El relato sigue siendo esencialmente político; la vida económica, las luchas sociales que forman el telón de fondo de la Revolución popular no aparecen en él. Su información se basa en los documentos oficiales y en las memorias; y ni siquiera ojeó el enorme depósito de documentación de las secciones parisinas existente en su tiempo.

Michelet fue más lejos. Nos dice, en su prefacio de 1868, que su libro nació *del seno de los Archivos*. «Para las grandes tragedias del París revolucionario, el depósito del Hôtel-de-Ville me ha abierto la puerta de los registros de la Comuna; y la Prefectura de policía me

⁹ *Histoire de la Révolution française*, 1847-1853, 4 vol., in-8.

¹⁰ *Histoire de la Révolution française*, 1823-1827, 7.ª edición, 1838, t. VIII, capítulo VI, pág. 310.

ha dado la divergente variedad de las actas de nuestras 48 secciones.» Michelet no se contentó con estudiar la acción de la municipalidad, es decir de los elegidos del pueblo; observó al mismo pueblo, en sus secciones. Para los acontecimientos del 31 de mayo, nos dice que puso «un cuidado religioso para leer y copiar los registros de las 48 secciones»; para el 9 *Thermidor*, siguió *paso a paso* las 31 actas de las secciones que aún pervivían. Pese a ello, retengamos su confianza: Michelet no se interesó más que por las *grandes tragedias del París revolucionario*, cuando los *sans-culottes* irrumpieron en la escena política. Tras introducir al pueblo en la historia, Michelet se permitió dejar de lado el estudio de su actividad cotidiana. ¿Cuáles eran sus preocupaciones y sus esperanzas, sus necesidades y sus móviles? Y, ¿quién era ese pueblo? ¿Era homogénea la *sans-culotterie*? ¿Eran los mismos intereses del oficial y del artesano propietario? Y, ¿qué eran exactamente estas secciones, estos comités, estas sociedades populares que aparecían de repente en el tráfico de las grandes jornadas, para volver inmediatamente a la sombra? Por haber estado en contacto con los documentos, por haber tenido un conocimiento vivo de la Revolución a través de los testigos oculares, Michelet fue capaz de expresar el alma del pueblo que la había llevado a cabo, con sus entusiasmos y sus ilusiones. Recogió la gran esperanza de 1789, la cólera popular que suscitó *el complot aristocrático*, y el ímpetu patriótico de 1792. Como vivió entre el pueblo, en los barrios donde el recuerdo de Marat, de Jacques Roux y del Père Duchesne seguía vivo, se despertó en él el cariño por Hébert y por los *Enragés*; sintió la gran desilusión popular de la primavera de 1794. ¿Comprendió el alcance real de las aspiraciones políticas y sociales de la *sans-culotterie* parisina, cuando convirtió a Jacques Roux en uno de los primeros socialistas? «En el mismo corazón de París, en las negras y profundas calles obreras (Arcis, Saint-Martin) —escribió en su prefacio de 1868— fermentaba el socialismo, una revolución dentro de la revolución.» ¿No traspuso Michelet al período final del siglo XVIII, y por las necesidades de su polémica con Louis Blanc sobre Robespierre sus preocupaciones de hombre del siglo XIX?

Lo mismo que Michelet aportó simpatía y calor humano al estudio de los documentos de las secciones parisinas, Mortimer-Ternaux se aplicó a ello con un espíritu de denigración sistemática. Para su *Histoire de la Terreur* buscó con obstinación en las actas todo lo que podía confirmar su postura política, y demostrar que las secciones de París sólo eran «cuarenta y ocho focos de agitación perpetua»¹¹:

¹¹ *Histoire de la Terreur, 1792-1794* (1862-1869), 3.^a edición, 1868. Introducción, I, 27.

al menos su actitud nos ha servido para conservar la transcripción de documentos desaparecidos en la actualidad.

Por su parte, Taine, en sus *Origines de la France contemporaine*, y sin recurrir normalmente a las fuentes, recogió de sus predecesores, y en especial de la obra de Mortimer-Ternaux, todos los testimonios hostiles que apoyaban sus ideas preconcebidas: del pueblo parisino, «bestia que se revuelca en una alfombra de púrpura»¹², sólo conocía su caricatura. Pese a ello, conviene señalar que Taine apuntaba líneas de investigación de innegable fecundidad. Puso de manifiesto el carácter social del movimiento de las secciones y sus amenazas a la burguesía. Dedicado a describir con tanto desprecio como temor los movimientos populares, señaló su complejidad, al mostrar la imbricación de fuerzas sociales, intereses personales y pasiones colectivas. Por diversas razones, fue un precursor.

A esta búsqueda positiva de la que Taine se vio alejado por sus prejuicios y tomas de postura de clase, se dedicó modestamente un hombre, cuya obra, si no aguanta la comparación con la de sus ilustres antecesores, tiene, al menos, el mérito de haber indicado el camino a seguir. En 1898 Ernest Mellié publicó *Les Sections de Paris pendant la Révolution française*. Deseoso de estudiar ante todo su organización y su funcionamiento, quiso mostrarlas no en la calle, en las grandes jornadas revolucionarias o en la tribuna de las Asambleas, «sino en su casa, en sus reuniones de cada día, en medio de sus diferentes ocupaciones». Observada en sus asambleas, en sus comités, y en sus sociedades, la acción del pueblo no aparece como una actividad intermitente y limitada al terreno político, sino como una acción cotidiana, continua y preocupada por todas las necesidades de la existencia: de esta forma se restituye a la acción política su soporte social. Vasto programa, que si se hubiera realizado, habría conducido a una descripción global de la vida popular en el París revolucionario. De hecho, Mellié se contentó con un estudio fundamentalmente institucional: cuándo se crearon las secciones, qué leyes las regían, cómo se organizaban, cómo se distribuyeron el trabajo y extendieron poco a poco sus atribuciones, hasta que de ser organismos simplemente electorales se transformaron en municipalidades autónomas con capacidad para imponerse a las autoridades parisinas e incluso a las asambleas nacionales. Mellié examinó las secciones en sus actuaciones más diversas, puso en juego todos sus engranajes y las resucitó en la com-

¹² *Les Origines de la France contemporaine. La Révolution*, t. III. *Le gouvernement révolutionnaire*, 1885. Prefacio, pág. I. Taine escribe: «Tanto este volumen como los precedentes están escritos solamente para los amantes de la zoología moral.»

plejidad de sus funciones. ¿Consiguió poner de manifiesto lo que el movimiento popular, al que las secciones parisinas servían de marco, tenía de específico? «Hacer la historia de las secciones vendría a ser casi lo mismo que volver a contar la Revolución», escribió Mellié: y esta frase supone la aceptación implícita de que la acción popular sólo se desarrolló en función de la burguesía, y que no poseyó ninguna especificidad, ninguna autonomía. Si es cierto que las secciones parisinas no sólo influyeron en el desarrollo de la Revolución en los momentos de las grandes jornadas, sino que además intervinieron todos los días en los debates de las asambleas nacionales y municipales, y que por ello su historia se confunde muy a menudo con la de la misma Revolución, no es menos cierto que vivieron una vida autónoma, muy intensa, y que presenta características propias. Hacer la historia de las secciones de París no es volver a contar la Revolución; es escribir, al menos desde 1792, la historia de los *sans-culottes* parisinos.

Esta historia de las secciones que Mellié desistió hacer la llevó a cabo F. Braesch para el período de junio a diciembre de 1792. Su tesis está dedicada tanto a la historia de París como a la *Comuna del diez de agosto de 1792*, «Me ha parecido que el personaje histórico más considerable de la Revolución francesa [...] el personaje con cien cabezas y mil brazos que se llama París merecía que se le colocara en el puesto central en el período del Terror»¹³. Más que en el organismo central de la misma Comuna, es en las secciones donde hay que buscar la verdadera explicación de la política municipal y por consiguiente, en muchos casos, de la política general. Braesch se interesó también por «seguir con exactitud el complicado juego de la política de las secciones», y por escribir su historia, con lo que realizó una obra original y positiva. Pese a ello, esta obra tiene ciertas limitaciones. Aunque destina un largo espacio a los hechos económicos y religiosos, el autor se empeña en considerarlos sólo *desde el punto de vista político*. Retomando una frase de Michelet, considera que la cuestión económica es «una consecuencia y una profundización esencial de la libertad»: la libertad *precede a todo lo demás*. Esta posición de principio, una falsa analogía con los problemas sociales del siglo xx, ocasiona con frecuencia un error de perspectiva. «La lucha se desarrollaba, entonces como hoy, entre los trabajadores y la burguesía poseedora.» Tal afirmación supone olvidar que la aristocracia siguió siendo el enemigo principal para los *sans-culottes*, confundiendo en un mismo término al oficial del taller con el obrero de la fábrica:

¹³ *La Commune du dix août 1792. Etude sur l'histoire de Paris du 20 juin au 2 décembre 1792* (1911). Introducción, pág. II.

no hay en ello «simplemente una diferencia de modalidad», sino que esta diferencia es absolutamente esencial.

Albert Mathiez se situó en el centro del problema cuando, en *La vie chère et le mouvement social sous le Terreur*, convirtió la libertad económica y la reglamentación en el tema fundamental de la lucha entre *sans-culottes* y poseedores, cuando presentó a los *Enragés* oponiendo al derecho de propiedad el derecho a la existencia. Pero, ¿no habían hecho muchos partidarios de la Montaña la misma distinción? Preocupado sobre todo por la cuestión de las subsistencias y tras señalar con toda razón *el profundo y violento antagonismo* entre el sistema del *máximum* general, del Terror económico deseado por la *sans-culotterie*, y «las aspiraciones de una sociedad apasionadamente enamorada de la libertad»¹⁴ (digamos, para ser más precisos, los intereses de la burguesía), Mathiez llegó a olvidar la incompatibilidad política entre la democracia *sans-culotte* y el Gobierno revolucionario, y a sobreestimar el papel de Robespierre.

Por el contrario, Daniel Guérin, en *La Lutte de classes sous la première République*, convirtió a Robespierre en el precursor de la reacción thermidoriana. Guérin ha querido ver en la *sans-culotterie* parisina una vanguardia, y en su tentativa del año II un embrión de revolución proletaria: de esta forma se verificaba la teoría de la revolución permanente según la cual, en el marco de la revolución burguesa del siglo XVIII, se perfilaba ya la revolución proletaria del siglo xx. «En 1793, la revolución burguesa y un embrión de revolución proletaria cabalgan una sobre otra.»¹⁵ Con ello se transplantan al siglo XVIII los problemas de nuestro tiempo, se convierte a la *sans-culotterie* artesanal y tendera en proletariado de fábrica, se define como una vanguardia proletaria lo que sólo es a veces una retaguardia defensora de las posiciones de la economía tradicional: se elimina el carácter específico del movimiento popular bajo la Revolución.

De esta forma, tanto quienes han considerado la acción popular bajo el ángulo de la burguesía, como dirigida fundamentalmente contra la aristocracia y el Antiguo Régimen, y por consiguiente integrada perfectamente en la revolución burguesa, como quienes han visto en ella un movimiento precursor de las luchas sociales de los siglos XIX y XX, la mayoría de los historiadores, con matices diversos derivados sin duda de su temperamento, su origen social y su época,

¹⁴ *La vie chère et le mouvement social sous le Terreur* (1927). Conclusión, pág. 611.

¹⁵ *La Lutte de classes sous la première République. Bourgeois et «braves»* (1793-1795), 1946, 2 vols., I, 8. [Trad. al castellano de la edición resumida: *La lucha de clases en el apogeo de la Revolución Francesa* (1793-1795), Alianza Ed., Madrid, 1974.]

han desestimado el carácter original y específico de la Revolución popular.

Es del todo evidente que la *sans-culotterie* luchó fundamentalmente contra la aristocracia y el absolutismo real. Lo prueba el 14 de julio, y también Valmy y el entusiasmo patriótico de los revolucionarios. Los *sans-culottes* suministraron a la burguesía revolucionaria la masa de maniobra indispensable para derribar al Antiguo Régimen y vencer a la coalición. Eso no quitó para que constituyeran un elemento social que, en muchos de sus puntos, estaba enfrentado a la burguesía. No podían desviar la marcha general de la Revolución, pero no dejaron por eso de perseguir sus propios objetivos, muchas veces en alianza con la burguesía, otras enfrentándose a ella. La *sans-culotterie*, igual que el campesinado, iba más allá de la ruina de la aristocracia hacia objetivos que no eran exactamente los de la clase revolucionaria dirigente. Del mismo modo que existe en el marco de la Revolución una corriente campesina autónoma, igualmente se desarrolló en ella una corriente *sans-culotte* específica.

Es preciso buscar los orígenes en la posición del mundo artesanal y de los tenderos en la sociedad del Antiguo Régimen, y en esta crisis de la economía francesa sobre la que los trabajos de C. E. Labrousse han arrojado una nueva luz en el empeoramiento de las condiciones de existencia de las clases populares parisinas mucho antes de 1789. Los *sans-culottes* se pusieron en movimiento por la crisis de las subsistencias, más que por el complot aristocrático. Específica por sus orígenes, esta corriente popular lo es además por sus procedimientos y por sus organizaciones políticas: asambleas generales de las secciones parisinas donde los *sans-culottes* reinaban solos en el año II, y más aún estas sociedades seccionarias de nueva fundación desde el otoño de 1793. ¡Qué diferencia entre ellas y las sociedades populares del período censitario! ¡Qué diferencia también, incluso en el año II, entre una sociedad seccionaria y el club de los Jacobinos! Finalmente, específica y autónoma en cuanto a sus crisis: por ejemplo, la del verano de 1793 que desembocó en las jornadas de los días 4 y 5 de septiembre, calificadas por Albert Mathiez de *impulso hebertista*, de manifestación *específicamente obrera* por Daniel Guérin, y que sólo son jornadas *sans-culottes*, seguidas más que guiadas por Hébert, Chaumette y la Comuna de París. Estas jornadas se producen sin relación estrecha y exacta con la marcha general de la Revolución: los *sans-culottes* reclamaban la tasa de los artículos de primera necesidad y la reglamentación de su comercio, que la burguesía jacobina sólo los concedió apremiada y forzada el 29 de septiembre de 1793:

De esta forma, se aclara en último extremo el carácter específico de las tendencias de la *sans-culotterie*. Ligada a la reglamentación y a la tasa que caracterizaban el antiguo sistema de producción y de cambio, permaneció hostil en su mayoría al estado de ánimo de la burguesía que pobló las administraciones, y que sólo cesó cuando hubo restaurado la libertad favorable a sus empresas. La mentalidad de los *sans-culottes* parisinos muy a menudo era idéntica en su esencia a la de los campesinos empeñados en defender, frente a los progresos de la agricultura capitalista y del individualismo agrario, sus comunidades rurales y los derechos colectivos que aseguraban su existencia. Por encima del conflicto entre el Tercer Estado y la aristocracia feudal, parecían enfrentarse dos Francias: la de los artesanos y oficiales, tenderos y pequeños campesinos, y la de los grandes arrendatarios, jefes de negocio y jefes de empresa.

Pese a ello, los antagonismos sociales se duplicaban con enfrentamientos políticos. Desde 1789 el movimiento popular tendía a la descentralización y a la autonomía local: tendencia lejana, profunda, frenada largo tiempo por la imperiosa necesidad de un fuerte poder monárquico y que se liberó durante la Revolución. Poco propenso a sondear la voluntad popular, Tocqueville no la descubrió: se acopló a la tesis esencial de su libro que conduce a la descentralización durante todo el período del Antiguo Régimen. La guerra la volvió a hacer necesaria. En la primavera de 1793 la lógica de la defensa nacional soldó de nuevo la unidad de lo que subsistía del Tercer Estado revolucionario: sólo ella podía asegurar la salvación pública. El pueblo impuso el Gobierno revolucionario, la leva en masa, y la economía dirigida que debía abastecer las ciudades y suministrar las armas. Pero la burguesía, que desde los comienzos había tenido las riendas de la Revolución en la persona de los partidarios de la Montaña, entendió que podía asumir su dirección. ¿Se contentaron los *sans-culottes* con obedecer? El Gobierno revolucionario se había creado para hacer la guerra en las fronteras y rematar la ruina de la aristocracia en el interior del país: pero, al haberle instalado en el poder, ¿soportarían los *sans-culottes* el peso de un Gobierno fuerte y centralizado? El conflicto debía agravarse con la diferencia de las mentalidades y de los comportamientos políticos: ¿Podían los *sans-culottes* tener la misma concepción que la burguesía de la democracia y de la dictadura revolucionaria?

De esta forma se complica el juego de las luchas sociales y políticas. La evolución histórica no se reduce a un esquematismo mecánico, es un movimiento dialéctico. So pena de caer en la simplificación, los que se dedican a su estudio deben rendir cuentas de la complejidad

que hace de ella su riqueza, y de las contradicciones que le confieren su carácter dramático.

Las fuentes para la historia de esta corriente popular que desde la primavera de 1789 a la primavera de 1793 da fuerza a la Revolución y la arrastra muy a menudo, pese a que hayan sufrido pérdidas irreparables y sólo se presenten bajo la forma de series incompletas o de conjuntos disparatados, siguen siendo todavía numerosas, aunque poco explotadas.

Están constituidas fundamentalmente por lo que queda de los documentos de las secciones parisinas tras el incendio de los Archivos de la Prefectura de Policía en mayo de 1871. Organizadas por la ley municipal del 21 de mayo al 27 de junio de 1790, las 48 secciones de París desaparecieron el 19 *Vendémiaire* del año IV; habían sustituido a los 60 distritos creados por el reglamento real del 13 de abril de 1789. A los documentos que recibieron de los distritos, las secciones añadieron un importante conjunto de archivos: registros de las deliberaciones de las asambleas generales, actos de las sesiones de los comités civiles, de los comités revolucionarios, de los militares, de la beneficencia, de la pólvora, correspondencia con las demás secciones y las diversas autoridades administrativas (Comuna, Departamento, Comités de las asambleas nacionales), registros de alistamientos, de salvoconductos, de pasaportes, por no hablar de los documentos de numerosas sociedades populares recogidos en el momento de su desaparición en la primavera del año II o del año III. Estos archivos se entregaron en el año IV por las secciones suprimidas a las doce municipalidades que las sustituyeron; muchos de ellos fueron clasificados entonces. Un año antes, los comités revolucionarios de las secciones habían depositado igualmente sus documentos en los doce comités de vigilancia de distrito instituidos por la ley del 7 *fructidor* del año II.

Los archivos de los comités revolucionarios y de las secciones no se habían entregado a los nuevos organismos sin sufrir importantes destrucciones. Cuando, tras la ejecución de Hébert y más aún tras Thermidor, el curso de la Revolución, desviado temporalmente por el movimiento popular, recuperó la senda que le habían marcado los hombres del *ochenta y nueve*, el personal *sans-culotte* de las secciones y de los comités no dejó de tomar algunas precauciones. De ello se encuentra mención en los documentos de mayo y junio del año III, cuando se iniciaron los trámites para el desarme y el arresto de los antiguos terroristas. Las comisiones de encuesta nombradas para este fin se apresuraron a reclamar documentos y registros del año II, para encontrar en ellos motivo de represión: muy a menudo se habían que-

mado los registros o se habían arrancado las páginas comprometedoras. Pese a ello, cualquiera que fuera la importancia de las destrucciones llevadas a cabo tras el 9 *thermidor*, todavía hay una enorme cantidad de cuartillas y de registros que los comités revolucionarios entregaron en *vendémiaire* del año III, y las propias secciones las cedieron un año después a los organismos que la sustituyeron, a los comités de vigilancia y a las municipalidades de distrito.

¿Qué ha pasado con este conjunto incomparable? Es difícil seguir con precisión la historia de los archivos de las 48 secciones parisinas. ¿En qué fecha y según qué criterios estos documentos, primero reagrupados en las doce municipalidades instaladas desde *vendémiaire* del año IV, se transfirieron a los Archivos nacionales donde existe un conjunto de registros de cierta importancia, o a los Archivos de la Prefectura de policía donde, si es normal encontrar casi intacta la serie de las actas de los comisarios de policía de las secciones, es mucho más raro que se hayan depositado los registros de las asambleas generales? Responder a estas preguntas se revela como imposible. Sólo hay una certeza: en los Archivos de la Prefectura de policía que poseían «más de 300 registros de las secciones», es donde Barthélémy Saint-Hilaire efectuó, desde septiembre a noviembre de 1874, este singular despojo que nos ha servido para conservar algunos documentos preciosos. Así fue cómo las actas de las secciones dieron a Michelet *la variedad divergente* de sus relatos de las «grandes tragedias del París revolucionario». Así fue, por fin, cómo Mortimer-Ternaux consultó los documentos de las secciones para su *Histoire de la Terreur*, y constató la ausencia de los registros de tres secciones. En efecto, algunos estaban depositados en los archivos de las municipalidades donde se habían llevado en el año II: por ejemplo, los de la sección de *Correos*, encontrados en la Alcaldía del Segundo Distrito, y depositados en los Archivos del Sena en 1891. Una parte considerable de los documentos de las secciones conservados en los Archivos de la Prefectura de policía se destruyó en el incendio de mayo de 1871. Únicamente escaparon a este desastre las actas de los comisarios de policía y las páginas que Barthélémy Saint-Hilaire, al no haberlas transcrito, había cortado de los propios registros: se encuentran en su mayor parte, con el conjunto de sus documentos, en la Biblioteca Victor Cousin. La pérdida de mayo de 1871 sigue siendo igual de irreparable.

A pesar de la azarosa distribución de los archivos de las secciones entre los diversos depósitos, la falta de escrúpulos de Barthélémy Saint-Hilaire, y la existencia en la Biblioteca Nacional de una importante colección formada por documentos de las secciones, permiten constituir todavía un considerable conjunto de documentos indispen-

sables para quien quiera estudiar la historia de los *sans-culottes* parisinos. Por lo demás, numerosos documentos de las secciones continúan dispersos en las diversas series revolucionarias de los Archivos nacionales que es necesario examinar, so pena de olvidar piezas de una importancia esencial en algunas ocasiones. Por ejemplo, en los archivos de las Asambleas revolucionarias que constituyen la Serie C, las mociones, recursos y peticiones de las asambleas generales y de las sociedades populares, que se encuentran todavía, aunque menos numerosas, entre los documentos del Comité de legislación de la Convención. La serie F⁷ y en especial el fondo del Comité de seguridad general y su inagotable serie alfabética presenta una cantidad de documentos de gran valor, en especial para el estudio del personal revolucionario de las secciones parisinas. Por último, ¿cómo olvidar los archivos del Tribunal revolucionario y de las Comisiones militares del año III agrupados en la serie W? El conjunto de los archivos revolucionarios desde 1790 hasta el año IV aparece como el complemento necesario de los diversos fondos de las secciones: vasto campo donde la alegría del descubrimiento recompensa muy a menudo la paciencia del investigador.

Si reunimos los fondos y los papeles dispersos en distintos depósitos, aún podemos disponer de una documentación abundante y variada por muy mutilada que se nos presente hoy el conjunto de documentos que las secciones parisinas y sus diversos comités nos han legado hasta su desaparición en testimonio de su extraordinaria actividad y de su protagonismo en la Revolución.

Su estudio no puede menos que arrojar una nueva luz en la historia de la Revolución, que permite marcar el verdadero lugar de los *sans-culottes* parisinos, cuya ayuda fue lo único que permitió a la burguesía alcanzar la victoria.

Al estudio de la Convención y de sus Comités y al de la Comuna de París que hasta ahora han retenido fundamentalmente la atención de los historiadores, intentamos añadir el del pueblo parisino en sus asambleas generales y sus sociedades seccionarias: al modificar la iluminación, aparecerán nuevos aspectos, que perfeccionarán el conocimiento. La historia de «las grandes tragedias del París revolucionario», para retomar la expresión de Michelet, se desarrolló en diversos planos: la Convención y sus Comités, la Comuna, las propias secciones, el movimiento general de la Revolución y la corriente popular. De uno a otro, las interferencias son múltiples; en 1793 y en el año II constituyen dos series de problemas. Un problema de orden político: ¿cómo conciliar el comportamiento específico de los *sans-culottes* con

las exigencias de la dictadura revolucionaria y las necesidades de la defensa nacional? Dicho de otra forma, cómo resolver el problema de las relaciones entre la democracia popular y el Gobierno revolucionario. Un problema de orden social: ¿cómo conciliar las aspiraciones y las reivindicaciones económicas de los *sans-culottes* con las exigencias de la burguesía que constituye el elemento dirigente de la Revolución? De otra manera, cómo resolver el problema de las relaciones entre las masas populares y las clases poseedoras.

Aquí nos importa demostrar, dentro del marco parisino, que la corriente popular posee su autonomía y su especificidad, y que es preciso reservarle un lugar importante en la historia de la Revolución: en primer lugar, para enriquecer nuestro conocimiento del período, y también para integrarla con más exactitud en la perspectiva de los orígenes de la Francia contemporánea y para contribuir por eso mismo a subrayar los caracteres originales de nuestra historia nacional.

MASAS POPULARES Y MILITANTES «SANS-CULOTTES»: MENTALIDAD Y COMPOSICIÓN SOCIAL

De junio de 1793 a febrero de 1794, el movimiento de la *sans-culotterie* parisina permitió la consolidación del Gobierno revolucionario y la organización de la dictadura de salvación pública, al mismo tiempo que impuso a una Convención reticente, medidas económicas que se estimaron apropiadas para mejorar la suerte de las masas. Si más allá de estos aspectos se intenta precisar los móviles de la acción popular, se plantea un primer problema, el de la definición social de la *sans-culotterie* parisina, y de su composición.

La dificultad es enorme. Faltan los documentos económicos o fiscales que permitirían realizar análisis precisos. Los pocos elementos estadísticos que se pueden reunir se caracterizan por su falta de rigor y de precisión. Es fundamentalmente a través de los documentos políticos como es posible comprender los aspectos sociales de la *sans-culotterie*: en especial, a través de los expedientes de la represión anti-terrorista * del año III. Por el contrario, el antagonismo de dos categorías sociales permite precisar la mentalidad y el comportamiento del *sans-culotte* parisino: se define sobre todo por oposición. La composición social de la población parisina; al menos en la medida en que se puede conocer, explica esta ausencia de conciencia de clase y, más todavía, la composición social del personal político de las secciones.

* Terrorista y antiterrorista, a lo largo de la obra, tienen como referencia concreta la época del Terror, a partir de septiembre de 1793. (N. del R.)

1. CONCIENCIA POPULAR DE LAS OPOSICIONES SOCIALES

Concepción igualitaria de las relaciones sociales: vestido y actitud externa.—El antagonismo fundamental entre aristocracia y sans-culotterie: extensión del término aristócrata.—Oposición popular a las gentes honradas, a los rentistas y a los ricos.—Hostilidad popular contra el comercio: voluntad de represión, justificación del pillaje, y exaltación terrorista.—Toma de conciencia positiva: sans-culottes y proletarios, sans-culottes y trabajadores.—Conciencia social y comportamiento político.

Si se intenta delimitar los contornos sociales de la *sans-culotterie*, importa precisar, en primer lugar, la manera en que se definía a sí misma. Desde este punto de vista, no faltan los textos que nos dan una primera aproximación.

El *sans-culotte* se caracterizaba exteriormente por su vestimenta, y se oponía de esta forma a las categorías sociales más elevadas: el pantalón es el signo distintivo del pueblo, el calzón de la aristocracia y, en general, de las capas superiores del antiguo Tercer Estado. Robespierre oponía *culottes dorées* y *sans-culottes*; y estos últimos hicieron la misma distinción. El observador Rousseville al anotar, en su informe del 25 *messidor* del año II, las intrigas que minaban el comité de vigilancia de *Sceaux*, señala la oposición entre los *medias de seda* y los *sans-culottes*. El vestuario enfrenta también a los *sans-culottes* y a los *petimetres*. Detenido el 4 *prairial* del año III, por haber dicho que «a los bribones de los *petimetres* habría que echarles rápidamente a patadas», interrogado sobre lo que entendía por esta palabra, el obrero relojero Barack de la sección de los Lombards respondió que «los *petimetres*, en su opinión, son aquellos que van bien vestidos». El artillero Fontaine, de la sección de la Réunion, fue arrestado el 5 *prairial*: sólo hablaba de vengarse de los *petimetres*, designando de esta forma «a aquellos que le parecían mejor vestidos entre la guardia».

El vestido va acompañado de un cierto comportamiento social. También en este aspecto, los *sans-culottes* se afirman por oposición. Las maneras del Antiguo Régimen ya no se usan en el año II: los *sans-culottes* no aceptan ya una posición subordinada en las relaciones sociales. Jean-Baptiste Gentil, empresario maderero y comerciante de madera, arrestado el 5 *pluviôse* del año II por no haber cumplido sus compromisos con la República, vio censurados sus modales por el Comité revolucionario de los Trescientos *: «Sólo se le podía acercar

* Los Trescientos: hospital fundado en París por S. Luis para 300 ciegos. (N. del R.)

uno con el sombrero en la mano, en su empresa se usaba todavía la palabra *señor*, ha conservado siempre un espíritu de grandeza»; así que nunca había sido considerado como un buen ciudadano. El cargo principal contra el comerciante de hierro Gannal, de la sección de la Réunion, detenido el 7 *frimaire*, es su «carácter altivo con sus obreros». Paul Bonjour, adjunto a la cuarta división del Ministerio de Marina, es denunciado en *frimaire* por la sociedad popular Poissonnière, no tanto por haber ejercido el cargo de primer criado en el guardarropa del antiguo jefe, como por haber conservado el tono y las maneras de la antesala de la antigua Corte: sólo su figura denuncia ya «los movimientos de un corazón gangrenado de aristocracia».

De la actitud externa, los *sans-culottes* deducen fácilmente el carácter, y del carácter las convicciones políticas: todo lo que ofende su sentido de la igualdad es sospechoso de aristocracia. Difícilmente perdonan a alguien vinculado a lo anterior, aun cuando no puedan articular contra él ningún cargo preciso. «Porque tales hombres no pueden ponerse a la altura de nuestra Revolución, el orgullo está siempre en su corazón, y nosotros no olvidaremos nunca su grandeza anterior y la dominación que ejercían sobre nosotros»: así motivó el Comité revolucionario de la República el arresto, el 16 de octubre de 1793, del duque de Brancas-Céreste, precisando que todavía gozaba de 89.980 libras de renta. Los *sans-culottes* no soportan el orgullo ni el menosprecio, sentimientos aristocráticos contrarios al espíritu de fraternidad que debe reinar entre ciudadanos iguales, e implican, evidentemente, una posición política hostil a la democracia tal como la practican los *sans-culottes* en sus asambleas generales y en sus sociedades populares. Estos rasgos de carácter aparecen con frecuencia en los informes justificativos de los arrestos de sospechosos.

El comité de la sección Révolutionnaire decide, el 17 de septiembre de 1793; el arresto de Étienne Gide, industrial relojero, que ha tomado partido por Brissot, posee también un carácter *altivo y orgulloso*, y muy a menudo habla *con ironía*. El 12 de octubre, el procurador Bourgeois es arrestado por el Comité revolucionario de la sección de la Réunion: ha tomado partido por los aristócratas en las asambleas generales, y sobre todo ha mostrado «un carácter altivo con los *sans-culottes*». Langlois, arquitecto —sección de Gravilliers— es un partidario de la libertad, «pero sin igualdad»; ha mostrado siempre un gran desprecio «por los pobres *sans-culottes*»: es detenido el 19 de octubre de 1793. El comité de la sección de *Marchés* decide, el 28 *brumaire*, la detención del comerciante de música Bayeux: habría declarado en la asamblea general de la sección que «era una abominación ver a un zapatero como presidente y, además, tan mal vestido». Joseph Catoire, alguacil-tasador, según el comité revolucionario

de la sección de Bon-Conseil es un egoísta y un negligente; y, sobre todo, desprecia a los *sans-culottes*: es detenido por falta de civismo el 28 *frimaire*. El comerciante de quincalla Gence, sección de los *Marchés*, también había «mostrado desprecio por los *sans-culottes*: el 22 *germinal* es arrestado por notoria falta de civismo. En la sección del Contrat-Social, el relojero Brasseur es detenido el 23 *floréal*: se le acusa sobre todo de haber dicho «que era muy desagradable para un hombre como él, encontrarse en un cuerpo de guardia con tipos de gentes totalmente desconocidos».

Más grave todavía, a los ojos de los *sans-culottes*, que la actitud altiva o de menosprecio hacia ellos o la simple indiferencia, era la afirmación de su posición social subordinada. En su informe del 8 *frimaire* sobre Louis-Claude Cezeron, detenido como sospechoso, el comité de la sección Poissonnière concede una consideración específica a ideas expuestas en la asamblea general del 31 de mayo pasado: «Que los pobres dependen de los ricos y que los *sans-culottes* han sido siempre la clase más baja.» El comerciante de pieles Bergeron, sección de los Lombardos, «cuando veía a los *sans-culottes* cumplir su deber de ciudadanos [...], decía que mejor harían trabajando que mezclándose en los asuntos políticos»: es detenido el 18 *pluviôse* como sospechoso. Los *sans-culottes* soportan mal que alguien pueda valerse de su condición social o de su fortuna para imponérseles. E incluso de su instrucción. El abogado Truchon, de la sección de los Gravilliers, denunciado en numerosas ocasiones por Jacques Roux en su *Publiciste*, fue detenido finalmente el 9 *prairial* del año II: el comité revolucionario le acusó de haber influenciado a los ciudadanos «poco ilustrados» y de haber afirmado «que para los cargos se necesitaban hombres ilustrados y acomodados que pudiesen perder el tiempo». Anthaume, antes cura, maestro de los jóvenes alumnos de la Patria, de la sección Guillermo-Tell, fue detenido el 16 *brumaire*: se le reprocha «un orgullo y un pedagogismo insoportables y opuestos a la igualdad y a la simplicidad de un buen republicano».

Los *sans-culottes* tienen una concepción igualitaria de las relaciones sociales. Pese a ello, su comportamiento oculta realidades más precisas. ¿En qué medida las han comprendido y expresado?

El antagonismo social que se afirma con más claridad en la conciencia popular es el que opone aristocracia y *sans-culotterie*: los *sans-culottes* se alzaron del 14 de julio al 10 de agosto contra la aristocracia, y continuaron luchando contra ella. El informe a la Convención del 8 de septiembre de 1793 de la sociedad de *Sans-Culottes* de Beaucaire es muy significativo a este respecto: «Nosotros somos

los *sans-culottes*; [...] pobres y virtuosos, hemos formado una sociedad de artesanos y campesinos [...] conocemos a nuestros amigos: aquellos que nos han librado del clero y de la nobleza, del feudalismo, del diezmo, de la realeza y de todas las calamidades que componen su cortejo; aquellos a quienes los aristócratas han llamado anarquistas, facciosos y *maratistas*.» El sentido de la lucha de clases se marca todavía más nítidamente en el informe de la sociedad popular de Dijon del 27 *nivôse* del año II: «Es preciso que seamos un solo pueblo y no dos naciones opuestas entre sí»; en consecuencia, que un decreto ordene la pena de muerte «contra todos los individuos reconocidos como aristócratas sin excepción». Para el mecánico Guyot, sección de la République, «todos los nobles sin distinción merecerían la guillotina».

La aristocracia constituye de tal manera el enemigo esencial de los *sans-culottes*, que llegaron a englobar bajo este término a todos sus adversarios, incluso aunque éstos no pertenecieran a la antigua nobleza, sino a las capas superiores del antiguo Tercer Estado: de esta forma, queda marcado el lugar de los *sans-culottes* en la Revolución y se subraya la autonomía de su acción.

El 25 de julio de 1792, la sección del Louvre, al reclamar el destronamiento del rey, denuncia, al mismo tiempo que a la aristocracia nobiliaria, «a la aristocracia ministerial, financiera, burguesa, y en especial a la de los curas refractarios». Por extensión de su sentido primitivo, la palabra *aristocracia* termina por englobar, en el año II, a todas las categorías sociales contra las que luchaban los *sans-culottes*. De ahí, la significativa expresión de *aristocracia burguesa* que aparece en los textos con tanta frecuencia. De ahí también la definición específicamente popular que da, en el año II, un peticionario anónimo en la que se mezclan consideraciones políticas y sociales. El aristócrata es, naturalmente, todo aquel que echa de menos el Antiguo Régimen y desaprueba la Revolución, no hace nada por sostenerla, no ha prestado juramento cívico y no está inscrito en los registros de la guardia nacional; el que no ha comprado bienes nacionales, aunque haya tenido la ocasión y posibilidades de hacerlo; aquel que deja las tierras sin cultivar, sin querer venderlas a su justo precio, ni arrendarlas, ni darlas en aparcería. El aristócrata es, además, aquel que no ha dado trabajo a los obreros y a los jornaleros, pese a que podía hacerlo, y «a un precio progresivo en relación con los productos de primera necesidad», aquel que no ha suscrito colectas para los voluntarios, aquel que no ha mejorado la suerte de la humanidad indigente y patriota. El *verdadero patriota* es quien en cada ocasión ha adoptado la actitud contraria. El término de *aristócrata* designa, finalmente, a todos los adversarios de

los *sans-culottes*, tanto burgueses como nobles, que constituyen «la clase de los ciudadanos de los que deberían sacarse los mil millones que habrán de conseguirse en toda la República». En último extremo, los *sans-culottes* más radicales designaban con el término de *aristócratas*, no ya a la antigua nobleza, sino a la burguesía. El 21 de mayo de 1793, un orador popular de la sección del Mail declara que «los aristócratas son todos los ricos, todos los grandes comerciantes, todos los acaparadores, los oficiales de notarías, los banqueros, los dependientes (*sic*) del comercio, todas las personas de la curia y todos aquellos que poseen alguna cosa».

La crisis económica contribuyó a precisar las oposiciones sociales: al antagonismo fundamental *sans-culotterie*-aristocracia, se añade, a medida que la crisis se agrava y se disocia el partido patriota de 1789, el que enfrenta a los *sans-culottes* y las capas superiores del antiguo Tercer Estado. Una nota destinada al Comité de seguridad general el mes de *pluviôse* del año II señala la existencia de dos partidos en la sección de Brutus: el del pueblo, el del *sans-culottisme*, y el otro formado «por los banqueros, los agentes de cambio y los ricachones». Un informe del 27 *ventôse* a la Convención opone a los *bravos sans-culottes*, no sólo el clero, la nobleza y los reyes coaligados, sino también los procuradores, abogados y notarios; y añade además: «esos grandes granjeros, esos egoístas y todos aquellos comerciantes riquísimos hacen la guerra contra nosotros, no contra nuestros tiranos». ¿Oposición entre poseedores y desposeídos? No es exacto, ya que entre los *sans-culottes*, los artesanos y los pequeños comerciantes son propietarios. Más bien, oposición entre los defensores de una cierta concepción de la propiedad limitada y controlada, y los partidarios del derecho total de la propiedad, tal como se había proclamado en 1789. Más aún, oposición entre los defensores de la reglamentación y de las tasas y los partidarios de la libertad económica; oposición entre los consumidores y los productores.

Por encima de estas reacciones elementales o de estas afirmaciones tajantes, los textos permiten precisar y matizar al mismo tiempo los antagonismos sociales por medio de los que se afirman los *sans-culottes*. Denuncian a las *gentes honradas*, entendiendo por tales a quienes poseen si no la riqueza, al menos desahogo y cultura: los ciudadanos más instruidos, mejor vestidos, conscientes, cuando no orgullosos, de su desahogo y de su instrucción. Denuncian a los rentistas, es decir, a quienes viven de las rentas sin trabajar. Por último, denuncian a los ricos de un modo más general, no precisamente a los propietarios o a los poseedores, sino a los *grandes* por oposición a los *pequeños* que son ellos. Los *sans-culottes* no son hostiles a la propiedad de la que disfrutaban ya los maestros artesanos y peque-

ños comerciantes y que los oficiales aspiran a adquirir, con tal de que sea limitada.

La expresión *gentes honradas* aparece tras el 2 de junio, cuando los *sans-culottes* y los moderados se enfrentan en el plano político y social. En primer lugar, designa a los burgueses opuestos a la igualdad, pero acaba por adquirir un sentido tan amplio como la palabra *aristócrata*, englobando a todos los enemigos de la *sans-culotterie*. El 12 *nivôse* del año II se detiene a un tal Berberat: se ha opuesto al 31 de mayo, y ha tildado de pordioseros a los patriotas; en resumen, «se inclinaba más por quienes se autodenominaban gentes honradas, o, mejor dicho, por los aristócratas que por los *sans-culottes*». Gence, quincallero de la sección de los Marchès, detenido el 22 *germinal*, en junio de 1793, se había declarado partidario «de quienes se llamaban entonces gentes honradas». Un tal Lamarre, dueño de un establecimiento de bebidas, de la sección del Bon-Conseil, es detenido el 5 *prairial* del año III: vociferaba sin cesar contra las gentes honradas, pidiendo para ellos, en plena asamblea, una guillotina permanente. En cuanto a la obrera lavandera Rimbaut, afirmaba que era preciso llevar a la guillotina hasta la última de las llamadas *gentes honradas*. Si los *sans-culottes* calificaban irónicamente a sus adversarios como *gentes-honradas*, estos últimos no se privaban de calificarles de *canalla*: así se marcaban los antagonismos sociales con dos expresiones. El 25 de septiembre de 1793, el carpintero Bertout es detenido por orden de la sección de la República: había deseado «otro Gobierno para oprimir a la canalla, porque las gentes honradas estaban perdidas». Entre los cargos formulados contra un tal Appert, detenido como sospechoso el 25 *brumaire* del año II, el comité revolucionario de la sección de los Lombardos incluye unas consideraciones particulares sobre los patriotas acusados «de haberse servido de un táctica para deshacerse de las gentes honradas, y para poner en su lugar a la canalla». En los documentos del año III, algunas veces se encuentran enfrentadas las expresiones *gentes honradas* y *cabecillas*, utilizada esta última para designar al personal político *sans-culotte* del año II. En raras ocasiones se precisa el vocabulario hasta el punto de señalar el aspecto social de las facciones en presencia. El 16 *pluviôse* del año III, el comité de vigilancia del Sexto distrito señala no obstante las tumultuosas escenas de la asamblea general de los Lombardos al enfrentarse *hombres de cuarenta sueldos y honrados ciudadanos*; de esta forma se afirma implícitamente la oposición entre la clase acomodada o rica y quienes trabajan con sus manos.

Esta oposición se traduce, además, por la animosidad de los *sans-culottes* contra los rentistas, que se afirma en particular en el

otoño de 1793, cuando la crisis económica y las dificultades de la existencia agudizan los antagonismos de clase. La calidad de rentista llega a constituir un motivo de sospecha. El 18 de septiembre de 1793, el comité revolucionario de la sección Mutius-Scaevola ordena la detención de Duval, primer secretario de la policía de París, sospechoso por doble motivo: por despreciar a las asambleas de sección, y por disfrutar de 2.000 libras de renta. El duque de Brancas-Céreste es detenido el 16 de septiembre de 1793 por el comité revolucionario de la sección de la République, en su calidad de antiguo noble, y también porque todavía posee 89.980 libras de renta. El 2 *germinal*, el comité revolucionario de la sección de Mont-Blanc ordena la detención de Jean-François Rivoire, antiguo colono en Santo Domingo; no ha firmado la Constitución, jamás ha hecho una contribución patriótica, y nunca ha hecho guardias; circunstancia agravante, posee 16.000 libras de renta. Un caso extremo: un tal Pierre Becquerel de la sección de Guillermo-Tell es detenido, el 19 *ventôse*, durante una operación de policía en el jardín de l'Égalité, simplemente «por haber dicho que vivía de sus bienes». El 2 *frimaire* anterior, la sociedad popular Lepeletier adoptó una petición que tendía a excluir de todas las administraciones no sólo a los antiguos nobles, a los hijos de los secretarios del Rey y a los agentes y corredores de cambio, sino también a todas las personas que se supiera disfrutaban de más de 3.000 libras de renta: las plazas vacantes se reservarían a los *sans-culottes*. Pese a todo, estos últimos no son hostiles a todos los rentistas indistintamente, sino solamente a los grandes rentistas. Entre el personal político de las secciones en el año II, figuran numerosos pequeños rentistas, artesanos o pequeños comerciantes retirados de sus negocios. El comerciante de papel Potin, comisario de policía de la sección del Contrat-Social, afirmaba en mayo de 1793, que «la ley agraria era indispensable hasta la posesión de 4 a 5.000 libras de renta»: ideal social a la medida de la tienda y del pequeño comercio.

La hostilidad de la *sans-culotterie* contra los grandes rentistas no constituía más que un aspecto muy señalado de su oposición instintiva contra los ricos. Los *sans-culottes* más radicales no están lejos de considerar, lo mismo que Babeuf en el año IV, a la Revolución como una guerra declarada «entre los ricos y los pobres». Esta oposición determina en buena medida la mentalidad del Terror. El 5 de mayo de 1793, cerca de Saint-Germain-l'Auxerrois, es detenida una mujer llamada Saunier «por haber gritado en voz alta que era preciso recomenzar la jornada del 10 de agosto y asesinar y degollar a todos los ricos». En el año III, propuestas semejantes, que se habían mantenido incluso el año anterior, constituyen un motivo ordinario

de detención. Delaviez, peluquero de la sección Bonne-Nouvelle, fue detenido el 12 *germinal* por haberse vanagloriado de conducir al cadalso a los ricos que condenaba el Tribunal revolucionario. Viguiet, de la sección Poissonnière, también peluquero, detenido el 5 *prairial*, habría afirmado «que sólo sería feliz cuando se hubiera degollado a los ricos y a los petimetres». Sección de Amis-de-la-Patrie, Pierre Fortier es detenido el 10 *prairial*: había mostrado en diversas ocasiones «sus sentimientos envidiosos contra los ricos». Llenos de animosidad o de odio contra los ricos, los *sans-culottes* no se consideraron culpables, ya dueños del poder de las secciones, de practicar una política discriminatoria contra ellos. Con mucha frecuencia, la riqueza constituyó un motivo de sospecha. Si en raras ocasiones aparece como el único motivo invocado, sirvió muchas veces de apoyo de vagas acusaciones políticas que debía confirmar y precisar.

Si damos crédito a las declaraciones que motivaron su encarcelamiento el 13 *ventôse* del año III, Jean-Baptiste Mallais, zapatero, comisario revolucionario de la sección del Temple, atacaba de manera particular a los ricos. Declaró a un ciudadano que «si no le había detenido, era porque le consideraba un *sans-culotte*, pero que había detenido a su maestro, lo mismo que detenía a todos los ricos»; a una mujer le dijo que «si su marido tenía una fortuna de 20.000 libras sería guillotinado; pero como no tenía nada, le consideraba como un *sans-culotte*». Aun teniendo en cuenta su intención provocadora, tales propuestas siguen expresando significativamente la mentalidad del Terror. En la sección de Droits-de-l'Homme, en agosto de 1793, a un ciudadano se le denegó un certificado de civismo bajo la única alegación de «que tenía fortuna». El 10 de octubre el comité de la sección Revolutionnaire ordena la detención de Bapst, joyero del quai des Orfèvres: frecuenta a los moderados y a los aristócratas, es «un presunto rico, sus bienes pueden sumar 80.000 libras». El 26 *ventôse* se detiene a Godefroy, comerciante de mercería de la sección de los Lombards: él también ha perturbado varias veces las asambleas generales. En especial, su posición social refuerza las sospechas en torno a su persona: posee en Vernon, en el Eure, una hilatura de algodón donde trabajan 120 mujeres, ancianos y niños; su renta asciende a 16.122 libras. Contra Jean-Baptiste Gentil, tratante en madera y empresario carpintero, detenido el 5 *pluviôse* por no haber cumplido sus compromisos con la República, el Comité Revolucionario de la sección de Quinze-Vingts no puede hacer valer ningún cargo político; se tomaron en cuenta su carácter y sus rentas: 24.722 libras. De igual modo se comportan con el antiguo comerciante de gasas Santerre, sección del Faubourg-

du-Nord, detenido el 24 *germinal*: vive de su renta; «sus relaciones han sido siempre con gentes de dinero, por consiguiente aristócratas»; se ha «enriquecido siempre con los sudores de los ganapanes».

De esta forma, la reacción instintiva de los más humildes se convirtió en una actitud sistemática y una regla de conducta política para los más conscientes. A finales de junio de 1793, cuando se va sabiendo que los propietarios defienden las tentativas «federalistas y constituyen el núcleo del partido moderado», una petición de la sección de los *Sans-Culottes* reclama que los ricos aristócratas sean despojados de sus bienes y reducidos a la mendicidad. La petición presentada a la Convención por la Comuna, el 5 *frimaire* para exigir que los ricos que han abandonado París para irse al campo sean obligados a volver, denuncia la riqueza como «una gangrena que corrompe todo lo que está cerca o depende de ella». El 9 *ventôse*, en el informe del observador Charmont, un miembro de la comisión de la pólvora de la sección Chaligny aseguraba «que no había visto nada tan tenaz como los ciudadanos ricos de esta sección»; mientras los pobres sacrificaban más de lo que podían, los ricos lo pensaban dos veces; «había que aporrear con toda la fuerza la puerta de esos egoístas que nada sabían de ninguna patria».

Esta profunda tendencia de los *sans-culottes* a ponerse en contra de los ricos se fomentó en el año II por la clase política dirigente. «Aquí está la revolución del pobre», escribió Michel Lepeletier en el proyecto de educación nacional que Robespierre leyó en la Convención los días 13 y 29 de julio de 1793. Y Saint-Just proclamó el 8 *ventôse*: «Los desgraciados son las fuerzas de la tierra; tienen derecho a hablar como amos a los Gobiernos que les ignoran». Sin pretender precisar aquí las concepciones sociales de los partidarios de la Montaña y de los Jacobinos y la idea que se hacían de las relaciones de clases, ni poner en duda la sinceridad de los seguidores de Robespierre, es preciso reconocer que había una necesidad táctica para una política como ésta. La crisis de la Revolución, desde la primavera al otoño de 1793, hizo necesaria la alianza popular: los *sans-culottes* constituyeron la fuerza que permitió a la fracción más consciente de la burguesía aplastar a la aristocracia y a sus aliados. «Los peligros internos —escribía Robespierre en su Diario durante la insurrección del 2 de junio— proceden de los burgueses; para vencer a los burgueses, es necesario atraerse al pueblo.» Algunos comisionados se dieron cuenta de estas necesidades y practicaron resueltamente una política social favorable a las clases populares. Por ejemplo, Fouché en la Nièvre.

Entre los hombres que no compartían las responsabilidades de Gobierno, el tema del enfrentamiento entre ricos y *sans-culottes* se explotó de forma manifiesta con fines políticos. Primero Jacques Roux y después Hébert le orquestaron con numerosas variantes. La *sans-culotterie* constituía una fuerza de maniobra importante, por medio de la cual se podía influir en los Comités de Gobierno: no hay ninguna duda de que Hébert y sus amigos pensaron utilizarla para conseguir sus objetivos. Ya Jacques Roux puso como epígrafe en su *Publiciste de la République française par l'Ombre de Marat*: «Ut redeat miseris, abeat fortuna superbis» *. En su estilo popular, el *Père Duchesne* lanza invectivas contra los ricos y exalta a los *sans-culottes*. El rico egoísta, el rico holgazán, el rico inútil: estos temas se repiten de diversas formas. De esta manera Hébert alumbró una idea difusa en el pueblo; pero por su inspiración, la refuerza y contribuye a dar a los *sans-culottes* una conciencia más clara de los antagonismos de clases.

La oposición de los *sans-culottes* a los ricos se completa con su hostilidad contra el comercio, que constituye uno de los rasgos fundamentales de la mentalidad popular en el año II.

Como consumidores urbanos, los *sans-culottes* parisinos están inclinados por naturaleza a oponerse a quienes detentan el comercio de los artículos de primera necesidad. Como pequeños comerciantes, acusan a los grandes. Maestros *artesanos u oficiales*, más raramente obreros en el sentido actual del término, siguen siendo esencialmente pequeños productores independientes enfrentados a los detentadores del capital comercial. La crisis económica y las luchas políticas reforzaron este antagonismo inherente a la condición social de los *sans-culottes*. Al agravarse la penuria y la carestía, cualquier gran comerciante se hacía sospechoso con toda rapidez de ser un *monopolista* o un acaparador. Después, la lucha contra los Girondinos, y tras el 31 de mayo contra los moderados, se convirtió muy a menudo, al menos en el plano de las secciones, en una lucha contra la burguesía comercial. Al reclamar los *sans-culottes* la tasa y la reglamentación el conflicto se envenenó: en la misma medida en que defendían la libertad de producción y de cambio, los comerciantes se hicieron sospechosos. Los *sans-culottes* unieron en adelante la aristocracia mercantil a la aristocracia nobiliaria y a la aristocracia religiosa. Por una inversión natural de las cosas, cuando los moderados recuperaron su elevada posición anterior en el año III, uno

* «Que la Fortuna retorne a los desgraciados y se aleje de los soberbios.» (N. del R.)

de los cargos que esgrimieron con más frecuencia contra los antiguos partidarios del Terror fue el de haber perseguido a los comerciantes: «Desde lo alto de esta montaña, se ha destruido el comercio», declara, el 20 *germinal*, un proyecto de petición de la sección depurada de los Gravilliers *.

En 1793 y en el año II, la hostilidad popular contra los mercaderes se manifiesta por la violencia y el pillaje en los momentos de paroxismo. También se hace notar por una voluntad constante de represión. Según una denuncia del año III, «si en las asambleas [de la sección de los Mercados] surgía el más mínimo incidente, se culpaba a los comerciantes y se les amenazaba con descargar sobre ellos la espada de la ley»; al estar compuesta la sección en gran parte por comerciantes, se les tildaba de aristócratas; «se justificaba el pillaje llevado a cabo contra los especieros, alegando que el pueblo tenía derecho a tomar la justicia por su mano ante la codicia de los especieros». En marzo de 1793, en la época de los alistamientos para La Vendée, las colectas para los voluntarios fueron muy a menudo la ocasión para los *sans-culottes* de afirmar su hostilidad contra los comerciantes. En la sección de los Lombards, Jean-Baptiste Larue, oficial albañil y miembro del comité revolucionario, parece haber declarado que los voluntarios eran «unos juanlanas... y unos cobardes si se marchaban sin tener en el bolsillo cien pistolas * cada uno, que era preciso cortar las cabezas a todos los bribones de los comerciantes y que tras esta operación las sumas de dinero se encontrarían enseguida».

Una vez afirmado el poder popular, la cualidad de comerciante por sí sola fue muy a menudo motivo de sospecha para los comités revolucionarios. Estos fueron alentados por la Comuna, cuyo decreto del 19 del primer mes colocó entre las personas sospechosas a «quienes se quejan de los recaudadores y a los ávidos comerciantes contra los que la ley está obligada a tomar medidas». Algunos comités no habían esperado a este estímulo. Desde el 14 de septiembre, el Comité de la sección de los Lombards, en el que la hostilidad contra los comerciantes era particularmente viva, detuvo a un tal Dussautoy: se le acusaba, además de su indiferencia, por su calidad de comerciante de especias. A comienzos de octubre, el comité revolucionario de la sección de *Brutus* decide la detención del comerciante de lencería Launay, de la calle *Neuve-Saint-Eustache*: era «uno de los comerciantes de esta calle que reforzaban el partido federalista en esta sección». En la sección del Bon-Conseil, el comité justifica

* *Gravilliers*: obreros que trabajan con grava, gravilleros. Por no tener una traducción correcta, lo hemos dejado siempre en francés. (N. del R.)

* Pistola: moneda de oro.

la detención de Jean-Louis Lagrave, comerciante de especiería, el 25 *brumaire*, solamente por su comportamiento social: «(...) Estaba con los negociantes, con los egoístas como él, no veía ni se manifestaba a ningún patriota (...), mantenía siempre el rango de todos los grandes comerciantes, censuraba a los ciudadanos como la mayoría de los grandes comerciantes, e incluso los vejaba». Las detenciones de comerciantes siguieron hasta la primavera del año II: el comité de la sección de los Lombards ordena todavía, el 18 *ventôse*, la detención de Duthu, y el 1 *germinal* la de Garillaud, a quienes aparte de su indiferencia por asuntos públicos, apenas se les reprocha otra cosa que su condición de comerciantes de especiería o de mercería.

La hostilidad de los *sans-culottes* contra el comercio se hacía sentir no sólo en las medidas adoptadas contra individuos, sino que también iba dirigida contra toda una categoría social, a la que se trataba si no de eliminar de la vida política, al menos de reprimirla para evitar que perjudicara. El 3 de octubre de 1793, la asamblea general de sección de l'Unité pide que los comerciantes *de cualquier clase que sea* sean excluidos de los tribunales. El 30 *nivôse* del año II esta misma sección decide nombrar a seis comisarios para vigilar a los comerciantes *de cualquier clase*. El 27 *pluviôse*, la sociedad popular de la sección de la Bonne-Nouvelle escuchó un discurso del ciudadano Jault, miembro del Consejo general de la Comuna, contra la aristocracia mercantil. Finalmente, los ataques contra el comercio y los comerciantes constituían uno de los temas favoritos del *Père Duchesne*. Tras la condena de Hébert y la de Chaumette, cesaron las detenciones de comerciantes y las denuncias contra el comercio. El Comité de salvación pública inauguró una nueva política comercial; las autoridades de la Comuna tuvieron el valor de acabar con una campaña contraria al equilibrio social tradicional y de rehabilitar una profesión juzgada como indispensable para el esfuerzo de guerra.

Al triunfar definitivamente la reacción en el año III, los comerciantes hicieron valer contra los antiguos partidarios del Terror las vejaciones que habían sufrido. Simples opiniones constituyeron, en *germinal* y en *prairial*, motivos suficientes de detención. La crisis de las subsistencias, agravada por la supresión del máximo, había aumentado aún más entre los *sans-culottes* la hostilidad contra el comercio. Los informes de la represión antiterrorista ofrecen una amplia gama que permite precisar la mentalidad popular en este tema: varía, ayudada por las circunstancias, de la simple afirmación de hostilidad a la resuelta voluntad de destrucción de una categoría social.

Por haber dicho, en el año II, «que era preciso tratar sin miramientos a los comerciantes y a los ricos», Davelin, plumajero, de la sección de los Amis-de-la-Patrie, es desarmado el 5 *prairial* del año III. Se detiene a Jacques Brabant, de la sección del Arsenal, por haber mantenido opiniones contra los comerciantes, aunque nadie las puede precisar. Detenido también el sillero Caillaud, de la sección del Bon-Conseil: «Espero, había declarado, que esto acabará y que los grandes canallas de los comerciantes y de los petimetres no serán siempre nuestros amos.» Algunas opiniones denotan una conciencia más precisa de los antagonismos sociales. Un hombre llamado Barqui, de la sección de Bonne-Nouvelle, pedía en el año II que los comerciantes fueran alejados de las asambleas generales y de las sociedades populares, así como de todas las funciones civiles o militares. El empleado Rose, de la sección de los Lombards, se opuso a la admisión de los comerciantes en la sociedad popular. El oficial carpintero Queréau declaró en *ventôse* del año II que en el comité revolucionario no se necesitaba, «a ningún comerciante, ni siquiera a un comerciante de cerillas».

De la hostilidad contra el comercio, los *sans-culottes* más conscientes o más violentos pasan a la justificación del pillaje. Gillet, uno de los militantes más destacados de la sociedad popular de los Quinze-Vingts, si se cree una denuncia del año III, predicó a los obreros del puerto de la Râpée el pillaje contra los comerciantes: «Eran unos bribones y unos malvados; lamentar la suerte de los desdichados obreros, constatar que ganaban muy poco, eran los medios que creía propios para inspirarles el gusto por el bandidaje.» En la época de los motines de los días 25 y 26 de febrero de 1793, el zapatero Servièrre, comisario revolucionario de la sección del Museum en el año II, habría declarado en plena asamblea general «en esta antigua iglesia de Germain, que aprobaba el pillaje con todas sus fuerzas y que le irritaría mucho oponerse a él». El 5 *prairial* del año III, en la sección de los Gardes-Françaises, se acusó a Chespeaux, antiguo presidente del club de los Cordeliers, de haber afirmado en 1793 que «el pillaje tenía un objetivo moral». Al carpintero Debon, de la sección de Quinze-Vingts, se le acusó «de haber predicado el saqueo contra los comerciantes en numerosas ocasiones, cuando pregonaba que eran los enemigos más crueles del pueblo». En la sección de Bonne-Nouvelle, el aguador Bergeron fue detenido el 6 *pluviôse* del año III, cuando «por sus provocaciones excitaba al saqueo contra los comerciantes en madera». El saqueo respondía en cierto modo (Chesneaux lo señaló al afirmar que tenía un objetivo moral) al igualitarismo radical de los *sans-culottes*: la recuperación

individual se legitimaba por la desproporción de las condiciones de la existencia.

Más aún que por las propuestas contra los comerciantes o las exhortaciones al saqueo, la profunda hostilidad de la *sans-culotterie* contra la burguesía comerciante se tradujo en una voluntad punitiva y en una exaltación terrorista. Para muchos militantes, la amenaza de la guillotina constituye un remedio eficaz contra la carestía. Para obligar a los granjeros a vender sus granos según la tasa, reclamaron la creación de un ejército revolucionario. Una vez decretado éste, no cesaron de pedir, para aumentar su eficacia, que fuera acompañado de una guillotina ambulante. Esta mentalidad da cuenta de todas las propuestas terroristas sostenidas contra los comerciantes en el año II. La viuda Barbau, de la sección de l'Indivisibilité, una verdadera *furia* según sus denunciantes, tenía la costumbre de declarar «que mientras los comerciantes egoístas, los antiguos (nobles), los ricos, etc., no fueran guillotinado o enviados en bloque al otro mundo, nada iría bien»: la viuda Barbau colocaba, de forma muy natural, a los comerciantes antes que a los aristócratas. En la sección de l'Unité, un tal Roux pedía la colocación de guillotinas «en todas las esquinas de las calles de París, a la puerta de todos los comerciantes, para obtener, decía, las mercancías baratas». Calvet, peluquero, antiguo miembro del comité civil de la sección Lepeletier, aseguraba en el año II que se respetaría el *maximum* cuando se enviara a la guillotina a doscientos comerciantes por día. En la sección de los Invalides, el relojero Fargère declaraba que «cuando hubieran acabado con los antiguos (nobles), se comenzaría con la clase comerciante»...

En el año III, la carestía y la miseria exacerbaron de nuevo el odio de los *sans-culottes* contra los comerciantes. Las fórmulas terroristas contra ellos abundan en los *dossiers* de la represión. El 19 *ventôse*, el obrero impresor Jacques Rohait, de la sección del Pantheon, exasperado por el elevadísimo precio de la carne, desea «que todos los j... bribones de los comerciantes lo empiecen a pasar mal». Sección de la Fraternité, un tal Berthaux sería desarmado por haber declarado el 2 *prairial*, «que sería preciso expulsar a todos los comerciantes». Cuando ve rodar, el primero *prairial*, el cuerpo del representante Féraud, «¡Bravo!», grita una mujer, Maudrillon, «muy pronto llegará el turno de los comerciantes». Las expresiones que traducen una excitación desenfrenada son abundantes en estas jornadas de *prairial* (mayo-junio). Nicolas Barrucaud, tintorero, antiguo comisario revolucionario de la sección del Arsenal, declara que el día del Corpus habría que «alfombrar las calles con las cabezas de los comerciantes». El grabador de joyas Baudit, de la sección de los Gardes-Françaises, alborotaba a los pascantes de la calle de Saint-

Honoré: «Estos buenos j... comerciantes! Sí, ¡estos bribones!... Me los comería a bocados.» Los recuerdos todavía vivos del año II sugieren a muchos *sans-culottes* la necesidad de recurrir al terror organizado para terminar con los comerciantes y con los aristócratas. El sombrerero Ferrier, de la sección de los Gardes-Françaises, recordando las revueltas de Lyon, Marsella o Burdeos en 1793 y la represión subsiguiente, habría afirmado «que era preciso destruir los grandes ayuntamientos, compuestos solamente de mercaderes y ricos, a quienes habría que aniquilar y aplastar». En la sección del Museum, Baillieux, sastre, miembro del antiguo comité revolucionario, afirma «que en la primera revolución todos los curas, nobles y comerciantes serían degollados». Por su parte, las hermanas Barbot, que tenían un pequeño comercio de mercería en la sección de los Gravilliers, habrían declarado el primero de *prairial* que «si ganan los Jacobinos, se colocarán guillotinas en las esquinas de todas las calles para ajusticiar a todos los aristócratas, moderados y comerciantes».

De todos estos textos se saca la conclusión de que la *sans-culotterie* se afirma a sí misma por oposición a la aristocracia, a la riqueza y al comercio; antagonismos que dan cuenta de la imprecisión de los límites sociales dentro del Tercer Estado, y de la imposibilidad de definir a la *sans-culotterie* como una clase social, ya que sólo se diferencia claramente en relación con la aristocracia, y sus límites respecto a la burguesía son imprecisos. Como coalición de elementos socialmente muy dispares, está minada por contradicciones internas que explican su incapacidad para establecer un programa coherente y, en último extremo, su fracaso político.

Sin embargo, la hostilidad radical contra la aristocracia no es característica únicamente de los *sans-culottes*. En 1789 la compartió todo el antiguo Tercer Estado. Sin duda, al agravarse la crisis de la Revolución, el Tercer Estado se disocia, y algunas fracciones de la burguesía se plantean un compromiso semejante al de la Revolución inglesa de 1688. Pero en el año II, la burguesía de la Montaña, y en especial su fracción jacobina, permanecen resueltamente a la cabeza de la lucha contra la aristocracia en el interior del país y en las fronteras; las necesidades de esta lucha determinaron toda la política del Gobierno revolucionario.

Pero, además, la hostilidad popular contra la riqueza y el comercio comporta una serie de contradicciones, en la medida en que algunos *sans-culottes* son propietarios de un taller o de un pequeño comercio. Sin duda, sus portavoces tienen siempre cuidado de precisar que su hostilidad va dirigida contra la gran propiedad y el gran

comercio. Por ejemplo, el *Père Duchesne*, cuyas iras proceden de «que los grandes continúan comiéndose a los pequeños». Tras haber declarado: «¡La patria, j...! los negociantes no tienen patria», Hébert se apresura a precisar: «Que no se crea que desprecio al comercio. Nadie aprecia más que yo al hombre honrado que vive de su industria.» Hemos de entender que se refiere al artesano y al pequeño comerciante independientes, a la pequeña producción y al pequeño comercio. Hébert no llega a sospechar que los intereses de los maestros artesanos y de los pequeños comerciantes puedan oponerse a los de los oficiales y obreros.

Estas contradicciones, peligrosas para la unidad de la *sans-culotterie*, aparecen en algunos textos en los que los *sans-culottes* se esfuerzan por definirse de una manera positiva. Textos más escasos porque salen de las capas más populares, pero que no por ello dejan de subrayar la heterogénea composición social de la *sans-culotterie*.

En algunos documentos, los *sans-culottes* se identifican con quienes no poseen nada, es decir, con los proletarios en el sentido tradicional del término. Al definir en *brumaire* del año II, en un *Précis sur la Révolution et le caractère française*, el espíritu de la República, Didot, presidente del comité revolucionario de la sociedad de la Reunion, opone a los ricos «los verdaderos patriotas indigentes en su mayoría». El *sans-culotte* defiende la propiedad del rico, «y cada día el rico aristócrata viola la propiedad del pueblo que son sus derechos, su subsistencia y su libertad». En un cartel del 27 *pluviôse*, Erimante Lambin, de la sección Chaliér, denuncia a los abogados, a los procuradores, a los curas y a los nobles: los opone a los *sans-culottes* que no tienen nada. Muy pronto Babeuf hablará de los *sans-culottes* «impropietarios». Que los *sans-culottes* constituyen la gran mayoría de quienes no son propietarios entre los patriotas, los poseedores tienen también conciencia de ello. El 5 de julio de 1793, Chabot lee en los Jacobinos una carta de Ramel escrita desde Toulouse, «sólo los propietarios podrían salvar la cosa pública. ¿Cómo —les dice— podéis sufrir que se confíe a otros vuestros intereses? ¿Por qué tenéis que poner en manos de los *sans-culottes* vuestras armas?». Pese a ello, la definición más clara en este sentido, y que sale de los *sans-culottes*, es la que proporcionó Pétion el 10 de abril de 1793 a la Convención, para rechazarla indignado: «(...) Cuando se habla de los *sans-culottes*, en principio no se entiende como tales a todos los ciudadanos, exceptuados los nobles y los aristócratas, sino que se entiende como tales a los hombres que no tienen nada, para distinguirlos de quienes tienen.»

Al no poseer nada, los *sans-culottes* trabajan para vivir y, para ser más precisos, trabajan con sus manos; en algunos textos, el sen-

tido de la palabra se restringe de nuevo y a la vez se precisa. Que la *sans-culotterie* comprende a todos los trabajadores y que constituye «la clase más preciosa» de la nación, fue un tema explotado muy a menudo por Hébert que cumplía con su obligación de llegar de esta forma a su clientela popular. «No hay nadie que valga, sino los *sans-culottes* —escribe en septiembre de 1793 en su *Père Duchesne*— (...) son ellos quienes confeccionan las telas con las que vamos vestidos, son ellos los que trabajan los metales y quienes fabrican las armas que sirven para la defensa de la República». Y opone a «estos artesanos laboriosos que se agotan a fuerza de trabajo», a los banqueros, financieros, comerciantes, acaparadores, hombres de leyes, y «en una palabra, a todas las sanguijuelas de la *sans-culotterie*». En su informe a la Convención del 24 de septiembre de 1793, la sección Poissonnière opone a los *ricos egoístas*, «esta porción laboriosa del pueblo que sólo posee su trabajo para vivir». El 16 *messidor* del año II, el Comité revolucionario de la sección del Bon-Conseil suspendió a tres comisarios de la fabricación de pólvora: «Gozaban de un bienestar, una fortuna y un orgullo que no podían concordar con lo que interesaba a sus obreros», calificados, por otra parte, de *auténticos sans-culottes*. Detenido el 17 *germinal* del año III e interrogado sobre su sección, el *sans-culotte* Vingtier respondió que sólo es de la sección «del pueblo y de los obreros».

Durante la represión del año III, los antiguos militantes se vieron acusados muy a menudo de haber explotado el sentido de este antagonismo social con fines políticos, que los poseedores, por el contrario, tenían interés en ocultar. Según una nota del 17 *nivôse*, el antiguo comité revolucionario de la sección de Bonne-Nouvelle sólo ha buscado «ofuscar a la numerosa clase de obreros amontonados en habitaciones». El comerciante de vino Damilot, comisario de aprovisionamiento de la sección de los Gardes-Françaises, es acusado de haber sido «el consejero y motor de los obreros pobres de la sección». Al denunciar, el 20 *germinal*, «a la facción [que] inventó la absurda denominación de *petimetres* y *sans-culottes*», las personas honradas de la sección del Bon-Conseil le acusan de haber dividido a los ciudadanos en dos clases antagónicas. «En la primera clase, como si pudieran existir dos entre los republicanos, aquellos malintencionados colocaban a los abogados, rentistas, genes de letras, empleados y artistas. En la segunda, (...) sólo admitían a estos ciudadanos estimables acostumbrados a trabajar con sus manos. (...) Les repetían sin cesar que quienes eran más ricos, mejor vestidos o más instruidos que ellos eran sus enemigos y unos contrarrevolucionarios, y como si el patriota sólo consistiera en la profesión y en el

vestido, habían establecido también el privilegio de la casta que ellos llamaban la *sans-culotterie*, que, fuera de ella, sostenían que no podía haber civismo.» De este texto, y pese a la malévolamente y, sin duda, la exageración de los denunciantes, resulta claramente que una fracción de la *sans-culotterie* tendía a situar en primer plano la oposición poseedores-trabajadores, mientras que los moderados, al retornar al poder en el año III, se contentaban con el antagonismo tradicional Tercer Estado-Aristocracia. La conciencia confusa de esta oposición sólo podía contribuir a disociar la coalición *sans-culotte*, y a separar de ella a los artesanos y pequeños comerciantes, quienes, aun siendo pequeños propietarios, no por eso dejaban de ser poseedores.

Claramente consciente del antagonismo fundamental de la sociedad del Antiguo Régimen y llena de odio contra la aristocracia, pese a ser en ello semejante a la burguesía de la Montaña, la *sans-culotterie* no podía tener, evidentemente, una conciencia de clase: dividida en diversas categorías con aspiraciones a veces discordantes, no constituye una clase; su unidad es sólo negativa. Un último rasgo señala este aspecto. En la mentalidad popular, las características sociales son insuficientes para definir al *sans-culotte*: Un trabajador contrarrevolucionario no podría ser un buen *sans-culotte*; un burgués patriota y republicano es calificado gustosamente como *sans-culotte*. La definición social se precisa por una definición política: una no existiría sin la otra. «Sólo se encuentra virtud y patriotismo —declara el *Père Duchesne*— entre los *sans-culottes*; sin ellos, la Revolución se habría j..., sólo ellos salvarán a la República.» *Sans-culotte* se convierte en este texto en sinónimo de patriota y de republicano.

Para el *sans-culotte*, no se trata de un patriotismo verbal ni de una simple disposición de ánimo, sino de un comportamiento político: el *sans-culotte* ha participado en las grandes jornadas revolucionarias y combate por la República democrática. En la asamblea general de la sección de *Marchès* que le acusa, el 9 *prairial* del año III, de haber sido terrorista, Herbet, vendedor ambulante de tisanas y *sans-culotte* donde los haya, responde precisando su hoja de servicio: «Sin duda soy un terrorista, pero de ello sólo he dado pruebas ante el palacio del tirano Capet, el 10 de agosto de 1792, donde mi terrorismo me costó el brazo izquierdo (...). Yo soy un hombre de sangre. Pero sólo soy pródigo de la mía que corrió el 10 de agosto, cuya pérdida he sentido sólo porque me ha imposibilitado el ir a combatir con mis hermanos en las fronteras.» Es aún

más precisa la definición de Brutus Magnier, presidente de una comisión militar de los ejércitos del Oeste en el año II. Se le cogió una carta con críticas «al Gobierno que ha jurado la muerte de los *sans-culottes*», y se le pregunta, durante su interrogatorio del 28 *mesidor* del año III, qué entiende por *sans-culotte*. «Ha dicho que él entendía por *sans-culottes* a los vencedores de la Bastilla, del Diez de Agosto y del Treinta y Uno de Mayo, en especial a estos últimos, a quienes parece que se ha jurado una guerra eterna; que él entiende también por *sans-culottes* a quienes se conoce con el nombre de terroristas y de bebedores de sangre, designados así por caníbales que merecerían con más justicia estos títulos.» De esta forma, el *sans-culotte* se define a sí mismo, tanto por su comportamiento político como por su condición social; ésta era menos fácil de comprender que aquél.

Un documento de mayo de 1793 recoge todos estos rasgos para responder «a la pregunta impertinente: pero, ¿qué es un *sans-culotte*?». «Es un ser que va siempre a pie (...) y que vive de modo muy sencillo con su mujer y sus hijos, si los tiene, en un cuarto o quinto piso.» Jacques Roux hablará también de los desvanes donde habitan los *sans-culottes*, y el *Père Duchesne* escribirá: «Si se quiere conocer la flor y nata de la *sans-culotterie*, que se visite las buhardillas de los obreros.» El *sans-culotte* es útil, «porque sabe trabajar un campo, forjar, serrar, limar, cubrir un techo, hacer zapátos (...). Y como trabaja, uno está seguro de no encontrarle en el café de Chartres, ni en los garitos donde se conspira, donde se juega, ni en el teatro de la Nation cuando ponen *L'ami des lois* (...).» «Por la tarde, se presenta en su sección, sin empolvarse, sin estar perfumado, ni con botines elegantes, con la esperanza de ser observado por todos los ciudadanos de las tribunas, sino para apoyar con todas sus fuerzas, las mociones correctas (...). Por lo demás, un *sans-culotte* tiene siempre su sable bien afilado para cortar las orejas a todos los malintencionados. Algunas veces va con su pica; pero al primer redoble de tambor, se le ve partir para la Vendée, para el ejército de los Alpes o para el ejército del Norte.»

Es más bien el comportamiento político popular el que, por encima de la diversidad social, refuerza la unidad de la *sans-culotterie* parisina.

2. DATOS ESTADÍSTICOS

La población parisina: su reparto por secciones.—La población obrera: predominio del artesanado.—La población indigente.—El

personal de las secciones: comisarios civiles, comisarios revolucionarios y militantes.—Preponderancia de los artesanos y pequeños comerciantes.—Consecuencias ideológicas: la propiedad, el trabajo, el pan.—Contradicciones y unidad de la sans-culotterie parisina.

Si, por encima de los textos y los documentos políticos, se intenta un estudio estadístico de las secciones parisinas en el año II, constatamos las mismas dificultades para definir a la *sans-culotterie*, para delimitar sus contornos y para fijar su número en el conjunto de la población.

¿Cuál era la cifra de esta población? Es imposible decirlo con precisión. Más difícil todavía de estimar es la proporción de *sans-culottes* respecto al número de habitantes de cada sección. La ley del 11 de agosto de 1793 ordenó un censo de la población de cada comuna. Comenzado en las secciones parisinas en el año II, este trabajo se realizó muy lentamente: sólo diez secciones lo habían acabado en Thermidor. El censo se prolongó durante todo el año III. El 11 *fructidor*, el Comité de división hizo proceder a una revisión de las cartillas de pan en los registros de los comités de las secciones. Su *Tableau sommaire* de la población parisina da un total de 640.504 habitantes: cifra superior a la del censo de 1789 de 524.186, con motivo de los Estados Generales, y sin duda exagerada, debido al interés de las secciones en declarar un número de bocas para alimentar mayor que el que había en realidad. Pese a ello, esta cifra coincide poco más o menos con un estado de la población de París en relación con las subsistencias, del 13 *pluviôse* del año III, que parece haberse escapado a los investigadores hasta este momento, y que da un total de 636.772 bocas.

Cualquiera que sea el carácter aproximativo de estas cifras, permiten, sin embargo, constataciones interesantes sobre la presión que ejercía la población en las diversas secciones en cuanto al problema de las subsistencias. La sección del Panthéon Francés es la más poblada, con 24.977 habitantes, seguida de cerca por la de los Gravilliers, con 24.774. Por el contrario, es notable que las secciones de los suburbios de Saint-Antoine y Saint-Marcel no están entre las más pobladas. En el primero, la sección de los Quinze-Vingts alcanza el quinto puesto, con 18.283 habitantes, pero la de Montreuil (13.479) ocupa solamente el puesto diecisiete, y en el puesto treinta y siete está la de Popincourt (10.933). La sección de Finistère en el suburbio de Saint-Marcel se clasifica en el treinta lugar, con 11.775 habitantes. En el centro de París aparecen dos zonas fuertemente pobladas, a un lado y al otro del Sena. En la orilla derecha, doce secciones del Centro agrupan conjuntamente a más

de 180.000 habitantes. En la orilla izquierda, las cuatro secciones de l'Unité, del Bonnet Rouge, de Mutius-Scaevola y la de Marat tienen más de 70.000 habitantes. Estas secciones aparecen entre las más avanzadas en el año II: el problema de las subsistencias se hacía sentir en ellas con más agudeza que en todas las demás. Sólo el nombre de Ducroquet, comisario de aprovisionamiento de la sección de Marat, simboliza la presión que ejercían estas masas populares sobre las autoridades, y los remedios que proponían confusamente para su miseria.

El reparto de la población obrera corresponde a estas zonas de agrupamiento: las grandes masas de trabajadores están en el corazón de la capital. El estudio de F. Braesch, según las respuestas de los empleadores a propósito del cambio de los asignados grandes por pequeños billetes fraccionarios para pagar a los obreros, permite precisar el número de asalariados en 41 secciones sobre 48 hacia el año 1791¹. Su número asciende a 62.743, o sea, si contamos cuatro personas como media por familia, a 250.972 habitantes. Finalmente, Braesch estima la población obrera para el total de la capital en 293.820 personas: la mitad aproximadamente de la población parisina. Dos zonas de fuerte concentración obrera ocupan el centro de París, a un lado y al otro del Sena. En la orilla izquierda, las secciones de l'Unité, la de Marat, la del Bonnet Rouge, la de Mutius-Scaevola, la de Chalier y la del Panthéon-Français agrupan a más de 10.000 trabajadores. En la orilla derecha, un compacto bloque de población obrera se extiende desde el Sena hasta las puertas: cerca de 28.000 asalariados. Por el contrario, los arrabales: cerca de 28.000 asalariados. Por el contrario, los arrabales con más fama en la historia revolucionaria son menos obreros que el corazón de la capital. Las tres secciones del arrabal de Saint-Antoine sólo cuentan con 4.519 obreros, la sección de Finistère en el arrabal de Saint-Marcel sólo tiene 613, si le añadimos las dos secciones cercanas del Observatoire y la de los *Sans-Culottes* llega a 3.441 obreros.

No menos significativa resulta la concentración obrera por taller y por sección. Si se establece el término medio de trabajadores por patrono para el total de París en 16,6, baja a 14,9 en el arrabal de Saint-Antoine; y es de 16,1 en la sección de Finistère. Para los barrios obreros del centro, se establece en 15,6 en la orilla izquierda, y asciende a 19,6 en la orilla derecha. La sección menos obrera es la de la Fraternité, con 305 trabajadores, mientras que la de los Amis-de-la-Patrie, en el centro de París, cuenta con 5.288 obreros.

¹ F. Braesch, «Essai de statistique de la population ouvrière de Paris vers 1791» (*La Révolution française*, t. 63, 1912, pág. 288).

La concentración de mano de obra se consolida en las secciones de los Marchès y del *Faubourg-du-Nord*: en ellas el término medio de trabajadores por empresa asciende a 27,9 y a 31,8 respectivamente; en la sección de los *Sans-Culottes* es de 25,7. Por el contrario, la pequeña producción artesanal predomina en las secciones de *Brutus*, del *Homme-Armé*, y la *Revolutionnaire*, donde la media desciende a 10,2 a 9,9 y a 8,5 respectivamente.

Sin embargo, los inventarios para el cambio de los asignados utilizados por Braesch no dan cuenta exacta de la estructura social del mundo parisino del trabajo; dado que en ellos sólo aparecen los patronos que debían asegurar la paga de sus obreros. Pero, ¿cuántos pequeños artesanos trabajaban solos en su taller sin preocuparse por ello? ¿A cuántos oficiales, que vivían bajo el techo de su maestro y comían a su mesa, se les pagaba en especie fundamentalmente? De hecho, la pequeña empresa artesanal escapa a la estadística calculada por Braesch.

Prueba de ello son los inventarios preparados por las autoridades de la sección del *Faubourg-Montmartre* en junio de 1793, para las empresas de ensamblaje, de carrocería, de cerrajería y de carpintería situadas en la sección. La concentración de mano de obra aparece ahí como mucho menor que la que se puede calcular con los documentos utilizados por Braesch. Varía según las profesiones: es mayor para aquellas empresas que exigen una inversión de capital y un utillaje más importantes, y es más marcada en las empresas de ensamblaje que en los talleres de cerrajería. En junio de 1793, en la sección del *Faubourg-Montmartre* se contaron nueve empresas de ensamblaje que empleaban a un total de 81 obreros, o sea, nueve por término medio: dos años antes, los documentos para el cambio de los asignados sólo mencionan a cinco empresas, que empleaban a 17 obreros por término medio. Si en junio de 1793 dos empresas dan trabajo, una a 31 obreros y otra a 14, siete emplean de tres a siete obreros. La concentración es menor en las empresas de carrocería: 146 obreros para 23 empresas, o sea, 6,1 por término medio; no obstante, solamente nueve empresas habían procedido en 1790-1791 al cambio de los asignados, éstas empleaban cada una a nueve obreros por término medio. La empresa más grande emplea a 24 trabajadores, otras dos a 14 cada una, otra a 12 y otra a 11. Pero dos carreteros no tienen ningún obrero, otros dos solamente tienen uno; tres talleres cuentan con dos obreros, dos más cuentan con tres. Tres carreteros están asociados en un mismo taller; otros cuatro, asociados también, dan trabajo a cuatro obreros. En las empresas de carpintería, 19 en la sección, la media de oficiales desciende a 5,2 (pero hay 12 empresas y una media de nueve ofi-

ciales, según los documentos para el cambio de los asignados en 1790-1791). Si nos encontramos con cuatro empresas con 24, 12, 11 y 10 oficiales respectivamente, cuatro artesanos carpinteros trabajan solos; una empresa sólo tiene un oficial, dos de ellas emplean a dos, otras dos a tres y sólo una a cuatro; tres pequeños patronos trabajan con cinco oficiales cada uno, y dos, con seis. La dispersión es aún mayor en la cerrajería: 51 oficiales para 25 empresas, o sea, una media de dos oficiales por taller (nueve empresas y una media de 6,5, en cambio según los documentos utilizados por Braesch). Si una empresa cuenta con 16 oficiales, diez no tienen ninguno, cinco tienen solamente uno, y tres de ellas sólo tienen dos. Esta selección de datos permite matizar los resultados obtenidos por Braesch respecto a la concentración de la mano de obra parisina. Para la sección del *Faubourg-Montmartre*, obtiene una media de 15,9 obreros por patrono: si nos atenemos a los cuatro bloques de oficios, según los inventarios de junio de 1793, esta media desciende a 5,5. Sin duda, esta última cifra no tiene en cuenta las profesiones donde la concentración de mano de obra estaba ya muy avanzada: por ejemplo, en el textil las fábricas de tela o de gorros... Pese a ello, nos parece más ajustada a la realidad que la de Braesch, cuyos cálculos están falseados por la eliminación de las pequeñas empresas donde el artesano trabaja solo, o todo lo más con uno o dos oficiales. Mas bien es el artesanado el que imprime su sello al mundo parisino del trabajo.

Al margen del trabajo, pero ejerciendo una influencia determinante en los períodos de carestía sobre el conjunto de la población parisina, existe una masa de indigentes miserables y hambrientos. Según un informe presentado por Danjou, administrador de los hospitales, al Consejo general de la Comuna el 14 *germinal* del año II, el número de indigentes socorridos se elevaba a 68.981 para el conjunto de las secciones parisinas, o sea, si se toma como referencia el inventario de la población del 13 *pluviôse en relación con las subsistencias*, un indigente socorrido por cada nueve habitantes aproximadamente. La presión de esta masa miserable varía según las secciones. Es especialmente más fuerte en los suburbios históricos: de esta forma, se aclara su papel político. Las tres secciones del suburbio de Saint-Antoine cuentan con 14.742 indigentes socorridos, o sea, uno por tres habitantes aproximadamente: se comprende que la cuestión del pan de cada día sea aquí lo más importante por encima de cualquier otra consideración. Cuando el 4 *prairial* del año III se desarmó al suburbio, el carretero Delorme, capitán de los artilleros de la sección de Popincourt, al mando de la primera pieza de su batería, respondió al general Menou que le preguntaba si era

republicano: «¿Tienes pan para darme?» La sección de los Quinze-Vingts se sitúa en el primer lugar de las secciones parisinas por el número de indigentes socorridos (6.601), seguida por la de Finistère con 4.951, o sea, un indigente por 2,3 habitantes: la proporción es más elevada en el suburbio de Saint-Marcel que en el de Saint-Antoine. Todavía en la orilla izquierda, las cuatro secciones de Chaligny, del Panthéon-Français, del Observatoire y de los *Sans-Culottes* cuentan con 10.625 indigentes, o sea, uno por seis habitantes aproximadamente. Estuvieron entre las más avanzadas el año II. De forma similar, siempre en la orilla izquierda, la sección del Bonnet-Rouge con 2.037 indigentes, es decir, uno por cada ocho habitantes. Por el contrario, las secciones del Oeste cuentan con menos indigentes. La proporción vuelve a elevarse en las secciones de la zona periférica del Norte: Faubourg-Montmartre, Faubourg-Poissonnière, Faubourg-du-Nord, Bondy y Temple agrupan a 8.448 indigentes, es decir, uno por cada 6,4 habitantes. En el centro, la presión mayor se ejerce sobre la sección de Maison-Commune que, al contar con 4.258 indigentes, alcanza el tercer lugar con una proporción de 2,9. Por el contrario, la sección de los Gravilliers sólo contiene 1.676 indigentes para 24.774 habitantes: uno por cada 16,5 habitantes.

De este modo, se matiza el cuadro social de la *sans-culotterie*, parisina, y se confirma, al mismo tiempo, el factor esencial de los movimientos populares: el hambre.

Si en período de crisis, la *sans-culotterie* parisina en su inmensa mayoría ha llevado al paroxismo el movimiento revolucionario, en época de calma, menos ansiosa por su subsistencia, sólo prestó una atención desigual a la vida política: no todos los *sans-culottes* fueron militantes. El estudio del personal político de las secciones en el año II permite precisar y al mismo tiempo matizar la descripción social de la *sans-culotterie* parisina.

La base fundamental de este estudio está constituida por el conjunto de informes agrupados en la serie alfabética de los fondos del Comité de seguridad general. Sin duda, en ellos se contienen fundamentalmente los informes de la represión de *prairial* en el año III, que, en algunos aspectos, nos informa tanto sobre la psicología terrorista de las clases poseedoras como sobre la mentalidad terrorista de los sans-culottes. Muchas denuncias sólo deben aceptarse con la mayor prudencia; en la exasperación de la lucha de clases en la primavera del año III, cualquier comentario se amplificaba hasta legitimar una detención: ¿Cuántos que jamás participaron en las matan-

zas fueron denunciados y detenidos por septembristas? Los odios y las venganzas personales se desataron. Añadamos el inmenso miedo que en el año II habían tenido las *gentes honradas*, de verse desposeer de su primacía social y política; la represión se multiplicó. A pesar de todo esto no dejan de tener un gran valor los numerosos informes sobre desarmes y detenciones, la única documentación que se refiere al personal político *sans-culotte* en conjunto.

Sin embargo, el estado de esta documentación está muy lejos de permitir un estudio estadístico preciso. Sólo se indica muy vagamente la edad de los militantes; muy a menudo se olvida su profesión. Se debe añadir la imprecisión del vocabulario: aquí se refleja hasta qué punto cualquier estudio sobre la composición social de la *sans-culotterie* está condenado a permanecer en la ambigüedad. A la masa que trabaja con sus brazos, los poseedores, aristócratas o burgueses, a finales del siglo XVIII, la designaban con el término un poco desdenoso de *pueblo*. El librero Hardy, en su *Journal*, engloba, bajo la expresión de *pueblo menudo*, a las clases no poseedoras y a la pequeña burguesía parisina, muy a menudo propietaria: pequeños comerciantes, dueños de taller, así como oficiales, braceros e indigentes. De hecho, de la pequeña burguesía al asalariado, son numerosos los matices y también los antagonismos. Jean-Jacques Rousseau escribía ya en sus *Confesiones* que había nacido «en una familia cuyas costumbres la distinguían del pueblo»: su padre era relojero. Como un eco, responde el caso del carpintero Duplay, el huésped de Robespierre; se ha citado en numerosas ocasiones el testimonio de su hija, la mujer del convencional Lebas, según la cual su padre, preocupado por la dignidad burguesa, no había admitido nunca a su mesa a ninguno de sus *criados*, es decir, de sus obreros. El *carpintero* Duplay, Jaurès nos recuerda que percibía diez o doce mil libras de alquileres de casas, sin contar los beneficios de su empresa. El vocabulario señala la imprecisión de los límites sociales y la marca indeleble que el artesanado imprime a sus miembros; es el oficio o la corporación quien lleva consigo la cualificación, no la noción de trabajo o el puesto en la producción. El *carpintero* Duplay está inmerso en el mundo del trabajo; y no por eso deja de ser un empresario bastante importante de carpintería. ¿Había manejado la garlopa en su juventud? ¿Y su padre? ¿Y su abuelo? Puede ser una nimiedad, pero sería preciso aclararla en interés de una auténtica historia social de la Revolución. El jefe de empresa guardaba su cualificación profesional y siempre se titulaba a sí mismo como *carpintero* (*menuisier*) o *ensamblador* (*charpentier*), incluso cuando daba trabajo a varias docenas de obreros. Por ejemplo, el abaniquero Mauvage, militante *sans-culotte* de la sección del Faubourg-du-Nord:

es preciso examinar su informe con atención, para constatar que poseía una fábrica de abanicos que empleaba a más de sesenta obreros. Dado que el mismo término designa realidades sociales profundamente diferentes, será preciso fijar, en cada caso particular, el grado de la jerarquía social donde se sitúan estos artesanos y pequeños comerciantes. ¿Dónde termina el artesanado y dónde comienza la empresa? Muy a menudo resulta imposible, en los documentos de la época, establecer una separación entre los oficiales, el pequeño artesano o el empresario: entre unos y otros, existen múltiples matices y una transición lenta y gradual. Cualquier clasificación que pretenda fijar en una nomenclatura rígida un orden social esencialmente en movimiento, es arbitraria. Por otra parte, este estudio, basado únicamente en documentos políticos, no puede satisfacer plenamente. Sería importante determinar el grado de fortuna de estos militantes; la ausencia de documentos fiscales para las secciones parisinas deja intacto el problema. Quizá una minuciosa búsqueda en los archivos notariales permitiría suplirlo, al menos para las categorías de la *sans-culotterie* que rondaban con la burguesía media, pues las capas más populares han desaparecido sin dejar rastro, a no ser en los informes de la represión antiterrorista.

Según sus funciones así como según sus orígenes, el personal político del año II se agrupa en tres categorías que traducen la diversidad social de la *sans-culotterie*. Los miembros de los comités civiles representan el grupo más antiguo, el más estable y el más acomodado, muy a menudo se hallan vinculados a la burguesía media. De creación más reciente, el personal de los comités revolucionarios, muy pronto asalariado, es de origen más popular; desde marzo de 1793 a *fructidor* del año II, sufrió los contratiempos de las vicisitudes políticas, y se democratizó cada vez más hasta el otoño de 1793. En cuanto a los simples militantes de base, agrupados a menudo en las sociedades de las secciones desde el otoño, representan los elementos más populares de la *sans-culotterie*.

Creados por la ley municipal del 21 de mayo al 27 de junio de 1790 y llenos de ciudadanos censitarios, los comités civiles se renovaron en gran medida tras el 10 de agosto de 1792. La mayoría de estos comisarios se mantuvieron en ellos desde entonces hasta el año III, y muchos de ellos escaparon incluso a la represión de *prairial*; sus funciones fundamentalmente administrativas les habían permitido a menudo mantenerse al margen de la política terrorista. Por otro lado, si los comités recibían fondos del Ayuntamiento para sus gastos de oficina, los comisarios no cobraron ninguna dieta durante largo tiempo, solamente el 6 *floréal* del año II, la Convención les asignó tres libras por jornada destinada al servicio público. Medida demasia-

do tardía para que el personal de estos comités se hubiera democratizado. Los comisarios civiles pertenecen en su mayoría a las capas superiores de la *sans-culotterie*: los ingresos de un taller o los beneficios de un comercio les permitían consagrarse a sus tareas administrativas.

De 343 comisarios civiles censados en el año II, 91, es decir más de la cuarta parte (el 26,2 por 100) viven de sus bienes. Si solamente doce (el 3,4 por 100) se clasifican como rentistas o propietarios, 77 (el 22,8 por 100) han abandonado cualquier actividad profesional; al vivir de los beneficios reunidos durante una carrera artesanal, el pequeño comercio o una carrera liberal, constituyen una categoría de pequeños rentistas. En conjunto, los antiguos miembros de las profesiones liberales suponen un 7,8 por 100: antiguos empleados, antiguos abogados y antiguos curas. Los antiguos artesanos y pequeños comerciantes constituyen el grupo más importante: el 14,1 por 100. Todos los gremios de artesanos y todos los comercios están representados: el primer puesto lo ocupan los antiguos comerciantes de especias, después los comerciantes de vino, los sastres, y los peñadores o peluqueros. Los pequeños comerciantes o los comerciantes retirados de los negocios son más numerosos aquí que los antiguos artesanos propiamente dichos: 36 (el 10,4 por 100) por 13 (el 3,7 por 100). Sería necesario fijar, además, el grado de holgura económica de estos pequeños jubilados, de estos modestos rentistas; pero los documentos no lo permiten. No obstante, sus rentas fueron suficientes como para permitirles dedicarse a los asuntos de las secciones sin recibir ninguna dieta hasta *floréal* del año II.

Aun teniendo en cuenta las imprecisiones del lenguaje, el elemento proletario se halla ausente del grupo de comisarios que ejercen una profesión, pero que todavía pueden dedicar parte de su tiempo a sus funciones administrativas (252, es decir el 73,8 por 100). Por el contrario, los jefes de empresa, fabricantes o empresarios, están en número de 8 (el 2,3 por 100). Los comisarios ligados a las profesiones liberales constituyen un grupo de 42 personas (el 12,2 por 100): en primer lugar, los arquitectos, escultores y pintores, a continuación los abogados, los oficiales de sanidad y los cirujanos, y finalmente los empleados. Si se les añaden los comisarios que, durante su carrera, pertenecieron a las profesiones liberales, este grupo asciende al 20 por 100 de la totalidad.

La mayoría de los comisarios está formada por los hombres de oficio y de tienda: 201 sobre 343, es decir un 58,6 por 100. Si se añaden los antiguos artesanos o los antiguos comerciantes, este grupo alcanza unos efectivos de 250 (un 72,7 por 100); aproximadamente las tres cuartas partes del personal de los comités civiles. De esta

totalidad, 120 comisarios (un 34,9 por 100) pueden considerarse como artesanos, 81 (un 23,6 por 100) como pequeños comerciantes o comerciantes. En este caso, la proporción es inversa a la de los comisarios retirados de sus negocios: ¿Puede concluirse de ello que el pequeño comercio producía más que un puesto? Entre los comerciantes, 35 son calificados como mercaderes: su comercio tiene, pues, una cierta importancia; el mercader de mercería o el mercader de especiería pertenecen a una categoría social más elevada que el mercero o el especiero. Los 46 restantes en realidad son simples tenderos. Mercaderes o pequeños comerciantes, los doce mercores están a la cabeza, seguidos por 9 propietarios de un café, 9 especieros, y 5 comerciantes de vino. El pequeño comercio de alimentación y en especial las tiendas de bebidas proporcionaron una parte importante del personal de los comités civiles.

Entre los 120 artesanos (el 34,9 por 100 del total), si los 30 sastres están a la cabeza seguidos de 12 pintores, el grupo de 34 artistas es el más numeroso (*artisans d'art*). El grupo de los oficios de la madera y de muebles comprende a 16 artesanos, 11 del gremio del cuero, 10 del gremio textil, y finalmente, 9 del gremio de la construcción. Añadamos 6 peinadores o peluqueros. En todo esto, una vez más, sería preciso fijar la importancia de estas empresas artesanales. ¿Cuántos oficiales trabajaban con el pequeño patrono? Los informes individuales no permiten precisar a qué escala de la jerarquía social pertenecen estos comisarios civiles. Pese a ello, dos indicaciones. Ladainte, comisario civil de la sección de los *Amis-de-la-Patrie*, cuya profesión anterior no se detalla, poseía 1.400 libras de renta, es decir, el sueldo anual de un pequeño empleado; además ejercía gratis las funciones de juez en el tribunal de comercio. Respecto a Veirun, comisario civil de la sección de los Lombards, empleaba a 80 obreros en su *fábrica*: este buen *sans-culotte* era en aquella época un gran patrono.

Primero indemnizados, asalariados definitivamente desde el 5 de septiembre de 1793, los comités revolucionarios tuvieron un reclutamiento más democrático que los comités civiles; y representan categorías más populares de la *sans-culotterie*. Los comisarios que viven de sus bienes son poco numerosos: 21, o sea el 4,6 por 100 de los 454 comisarios censados, frente al 26,2 por 100 de los comités civiles; entre ellos solamente hay cuatro rentistas propiamente dichos (un 0,8 por 100), once comisarios que habían pertenecido a las profesiones liberales (un 2,4 por 100), y 6 antiguos pequeños comerciantes o artesanos (un 1,3 por 100). Si los jefes de las empresas no son en este caso demasiado numerosos, no pasa lo mismo con los elementos propiamente populares. Fabricantes, empresarios o maestros arte-

sanos están en número de 13 (un 2,8 por 100 en vez de un 2,3 por 100 para los comités civiles). Por el contrario, hay 22 asalariados, obreros, oficiales o aprendices, y 23 sirvientes o antiguos sirvientes, o sea el 9,9 por 100 del total. Las profesiones liberales están representadas por 52 comisarios (un 10,5 por 100): en primer lugar, los artistas, escultores, pintores y músicos; después los maestros de escuela; los abogados son relativamente poco numerosos. En este grupo se puede incluir a 22 empleados, de los que siete son empleados de Correos (un 4,8 por 100).

También aquí la mayor parte de los comisarios pertenecen a las profesiones artesanales y a los pequeños comerciantes: 290 sobre los 454 censados, es decir el 63,8 por 100 del personal de los comités revolucionarios. Sobre el total, 206 comisarios (el 45,3 por 100) se pueden considerar como vinculados al artesanado, 84 al comercio (el 18,5 por 100). Los artesanos son relativamente más numerosos que en los comités civiles: la indemnización de 3 libras, y después de 5 libras por día constituyó para muchos una compensación al declive o a la ruina de su negocio; a este respecto es significativo el número de los artesanos de las profesiones del arte o del lujo. Los 28 zapateros forman el grupo más importante (un 6,1 por 100), seguidos por los 18 carpinteros (el 3,9 por 100), y por último los 16 peinadores o peluqueros (el 3,5 por 100). Pero 42 comisarios (9,2 por 100) pertenecen al conjunto de oficios relacionados con las artes. El grupo de oficios de la construcción comprende 37 comisarios (el 8,1 por 100), y 29 los oficios de la madera y del mueble (el 6,3 por 100).

Entre los 84 comerciantes, 41 calificados como mercaderes (el 9 por 100) parecen situarse por encima de la simple tienda. Comercio o tienda, los 10 tratantes en vino van a la cabeza, a ellos se les puede añadir los 6 dueños de un café; los despachos de bebidas han jugado un papel importante en la vida política de las secciones. Con el comercio de alimentación, están relacionados además 15 comisarios: 6 especieros, 3 pasteleros, 1 carnicero y 1 frutero, a quienes se pueden añadir 2 figoneros y 2 posaderos.

Indicaciones dispersas por los informes individuales permiten precisar algunas veces el nivel social de estos comisarios. Numerosos artesanos o pequeños comerciantes más o menos arruinados por la pérdida de su clientela encontraron en las funciones asalariadas de comisarios un medio para subsistir. De ahí, el importante número de peinadores-peluqueros o de zapateros en los comités revolucionarios, así como de los antiguos criados privados de su puesto, especialmente numerosos en el comité de la sección del *Bonnet-Rouge*, en el antiguo arrabal de Saint-Germain. Noël, de la sección del *Bon-Conseil*, que ha perdido su empleo de peluquero *por la Revolución*, se hizo comi-

sario: tenía a su cargo tres hijos y su anciana madre. De forma similar, Jean-Baptiste Moulin, peluquero, comisario de la sección de la *République* y jurado del Tribunal revolucionario tras el 22 *prairial* del año II. Detenido en el año III, se justifica: «Como había perdido mi oficio de peluquero, me vi forzado a entrar en el Comité de vigilancia de mi sección para poder subsistir.» En la sección de los *Marchès*, según dice el comité civil en *messidor* del año III, Miel, detenido desde el 5 *prairial*: «Sólo ha aceptado un puesto en el comité revolucionario para conseguir un medio de subsistencia para él, su mujer y sus hijos». Grambau, comisario de la sección de los Lombards, era florista en 1789: su comercio fue destruido por la Revolución. Castet, comerciante de la sección de Guillermo-Tell, se habría metido en el comité revolucionario, según la opinión de sus denunciantes del mes *prairial* del año III, «para tener puestos». El antiguo sirviente Claude Gourgaud «que se había encontrado sin casa que servir como consecuencia de la Revolución», llegó a ser escribiente del comité revolucionario de la sección de Poissonnière. Nicolas Petit, desengrasador de la sección de Lepeletier, fue contratado como escribiente el 16 de octubre de 1793. Detenido el 29 *ventôse* del año III, se vio acusado por este nombramiento; y es que no sabía leer ni escribir. En su memoria justificativa, hizo escribir: «Mi profesión de desengrasador no me permitía subsistir ni a mí, ni a mi familia, me vi forzado a recurrir a un puesto y obtuve un puesto de escribiente (...). ¿Es un crimen buscar con qué vivir?»

Si muchos comisarios encontraron en sus funciones unos recursos que no se los daba ya su oficio, otros, por el contrario, gozaban o de rentas modestas, o de una situación importante. En la sección del Arsenal, el comisario Lambert es un antiguo criado que vive de su pequeña renta. Étienne Fournier, comisario de la sección de la Indivisibilité, antiguo fabricante de loza, poseía 1.700 libras de renta, el sueldo anual de un empleado medio. En la sección *Révolutionnaire*, el comisario Tarreau reconocía que su oficio de joyero no le había dado «eso que se puede llamar una fortuna»; «solamente me ha proporcionado una medianía necesaria para sostener a mi mujer y a mis hijos». Precisemos que la posición social de Tarreau estaba a medio camino entre las clases acomodadas y las clases populares. Martineau, comerciante de vino y madera, miembro del comité revolucionario de la sección de Bondy desde su fundación hasta el 9 *thermidor*, tenía dinero, pues había recibido de su tío una *herencia de cierta importancia*, «también posee bienes respetables del capital de su mujer». El tintorero Barrucand de la sección del Arsenal, vencedor de la Bastilla, comisario para la fabricación de picas, y miembro del comité revolucionario, declara una fortuna de 21.600 libras; ha comprado una casa de 47.300

libras; por supuesto, ha tenido que pedir prestado y vender su servicio de plata; por eso no deja de ser menos acomodado.

Otros comisarios están al frente de empresas importantes. Por ejemplo, en la sección de los Gardes-Françaises, el fabricante de yeso Maron emplea a veinte obreros en la cantera de su propiedad. En cuanto a Mauvage, comisario de la sección del Faubourg-du-Nord y activo militante, se encuentra al frente de una manufactura de abanicos que daba trabajo a más de sesenta obreros: no por ello deja de llamarse simplemente abaniquero. Algunos han aprovechado las circunstancias para establecerse por su cuenta y elevarse de este modo en la escala social. Si el antiguo portero Candolle, comisario de la sección del Arsenal, llegó a ser un simple tratante en vino, Larue, del comité revolucionario de la sección de los Lombards, oficial albañil en 1789, en el año II es empresario de albañilería: según sus denunciantes, «ha sido contratado por la antigua Comuna en diferentes trabajos de su oficio lo que ha contribuido a su fortuna».

De reclutamiento más popular que los comités civiles, los comités revolucionarios ofrecen, pese a ello, la misma diversidad social, desde el trabajador asalariado al gran patrono: la *sans-culotterie* constituía una coalición de elementos sociales heterogéneos.

Si se considera el tercer grupo del personal político de las secciones en el año II, el de los militantes, se impone la misma constatación, pero con el matiz de que en este caso es más importante el elemento asalariado. Sobre 514 militantes censados (y por este término entendemos a todo ciudadano que tuvo un papel político activo en la sociedad popular o en la asamblea general, y que por este título cayó bajo el golpe de la represión en el año III), 64 son trabajadores asalariados, oficiales, obreros, aprendices, jornaleros o braceros: es decir el 12,4 por 100 del total. Si se le añade los criados, ganapanes, escribientes y dependientes de comercio, o sea 40 personas (el 7,7 por 100), los elementos más populares constituyen el 20,1 por 100 del grupo de los militantes, mientras que sólo forman el 9,9 por 100 del personal de los comités revolucionarios, y el 0,8 por 100 del de los comités civiles. Por el contrario, sólo se encuentra un rentista y un propietario de casas, 8 pequeños comerciantes o comerciantes retirados: el 1,9 por 100, mientras que esta categoría representa el 4,6 por 100 de los comisarios revolucionarios y el 26,2 por 100 de los comités civiles. Los empresarios o fabricantes son también poco numerosos: solamente 4, es decir el 0,7 por 100, mientras la proporción se establece en un 2,3 por 100 en los comités civiles y en un 2,8 por 100 para los comités revolucionarios. En cuanto a las profesiones liberales, están representadas por 35 militantes (el 6,8 por 100), a los que se puede añadir 45 empleados: la proporción as-

ciende así a un 15,5 por 100. El grupo de los empleados es en este caso particularmente importante: muy a menudo, animaban las sociedades de las secciones.

El pequeño comercio y en especial el artesanado, predominan aunque en menor proporción que en los comités civiles o revolucionarios: 81 comerciantes (el 15,7 por 100), 214 artesanos (el 41,6 por 100). Entre los primeros, 34 (el 6,6 por 100) están calificados como mercaderes; los 18 pequeños comercios de alimentación forman el grupo más numeroso; pero los 10 tratantes en vino alcanzan el primer puesto: se confirma así, una vez más, la importancia de su papel en la vida política de las secciones.

Entre los 214 artesanos, los zapateros constituyen un grupo compacto de 41 militantes (el 7,9 por 100 del total), seguidos por 24 peñadores peluqueros y por 20 sastres: ¿Se debe establecer una relación entre la actividad militante de estos pequeños artesanos y sus dificultades profesionales? Los profesionales de la construcción ascienden a 30 militantes (el 5,8 por 100), 29 son los profesionales de la madera y del mueble (el 5,6 por 100), y solamente 23 los profesionales de las artes y del lujo (el 4,4 por 100). Así, pues, los oficios que exigen una menor cualificación profesional proporcionan un número de militantes mucho mayor; la proporción era inversa en los comités civiles y revolucionarios: los artesanos formaban una verdadera élite que suministró sus cuadros a la *sans-culotterie* en muchas secciones.

Si el elemento asalariado es superior entre los militantes, pese a ello entre estos se encuentran muchos ciudadanos acomodados. En la sección de los Droits-de-l'Homme, Varlet posee 5.800 libras de renta, a su sueldo como empleado de Correos se añadía una cierta fortuna personal; este *enragé* se aproximaba ya a la burguesía media. Frangeux, de la sección de Lepeletier, era un jacobino convencido, vivía de sus rentas; «mi existencia era el fruto de mis ahorros desde hace más de cuarenta años conseguidos en rentas sobre el Estado antes de la Revolución». En la sección de Marat, François Mercier, antiguo dependiente de un comerciante de sombreros, y que fue jurado del Tribunal revolucionario, empleó en una renta vitalicia las 12.150 libras que heredó de su madre en 1780; dijo haberse ocupado «en los negocios de diversas personas» y haber ahorrado con sus rentas, además de con sus honorarios de jurado, reuniendo de este modo 9.430 libras. En el año III, declara bienes por valor de 21.580 libras. Bouland, militante activo de la sociedad de Lazovski y de la sección de Finistère, y que no cesaba «de pedir justicia contra los comerciantes», había comprado a principios de la Revolución una casa en el boulevard de l'Hôpital. Damoye, guarnicionero de la sección de Montreuil, fue

detenido en *pluviôse* del año III por su pasado terrorista: *propietario acomodado*, declara en su memoria justificativa, «tiene que defender sus bienes y ha tenido que sufrir la intranquilidad de ser detenido sin cesar desde hace dos meses»; en el año IV, a Damoye se le impondrán 3.000 libras (valor en metálico) en el empréstito obligado. Damoye, o el burgués *sans-culotte*.

Así, pues, si nos referimos a la composición social del personal político de las secciones en el año II y al papel del suburbio de Saint-Antoine y, en menor medida, al del suburbio de Saint-Marcel en el movimiento de la Revolución y en todas las grandes jornadas, de julio de 1789 a *prairial* del año III, debemos constatar que la vanguardia revolucionaria de la *sans-culotterie* parisina no está formada por un proletariado de fábrica, sino por una coalición de pequeños patronos y de oficiales que trabajan y viven con ellos. De ahí se derivan ciertos rasgos del movimiento popular, un comportamiento especial, así como ciertas contradicciones que son resultado de una situación ambigua.

Al trabajar y vivir al lado de sus oficiales, muy a menudo el mismo antiguo oficial, el pequeño patrón artesano ejerce sobre ellos una influencia ideológica decisiva: A través de él las influencias burguesas penetran en el mundo del trabajo. Incluso aun estando en conflicto con ellos, los oficiales de los pequeños oficios, formados en la escuela de los maestros, viviendo muy a menudo bajo su techo y comiendo a su mesa, tienen las mismas concepciones sobre los grandes problemas de su tiempo; la pequeña burguesía artesanal conforma la mentalidad obrera. No cabe duda de que habría que matizar todo esto. En particular, al lado del artesanado independiente, sería necesario delimitar con respecto a París el sector del artesanado dependiente cuyo tipo más clásico sigue siendo el sedero de Lyon; jurídicamente libre y jefe de una empresa, que poseía su propio utillaje, que incluso podía contratar oficiales, este artesano tiene todas las apariencias de patrón; pero económicamente, sólo es un asalariado que depende estrechamente del negociante que le suministra la materia prima y comercializa el producto fabricado. Los intereses del artesano que depende de otro y del oficial son los mismos: frente al capitalismo comercial, reivindican la tarifa y el salario mínimo vital. Pero no llegan a establecer una relación entre el valor del trabajo y la tasa del salario; el salario se determina en relación con el precio de las subsistencias, no según el valor del trabajo. No se concibe con claridad la función social del trabajo. El artesano que depende de otro aparece en una posición intermedia entre el oficial y el artesano independiente en el límite ya con la pequeña burguesía.

En cuanto al asalariado de la manufactura ya concentrada y anónima, muy importante en el centro de París, entre el Sena y las puertas, y menos extendida en los suburbios, tendrá en ocasiones un comportamiento más independiente que nos prenuncia ya el del proletario de la gran empresa contemporánea: por ejemplo, en la época del asunto de la fábrica de papeles pintados Réveillon, que se convirtió en un motín el 28 de abril de 1789. Pero los asalariados de la gran empresa han comenzado muy a menudo en los pequeños talleres y permanecen impregnados del espíritu artesanal reforzado incluso por el medio en que viven, entre los oficiales en proporción a los cuales sólo constituyen una minoría. El mundo del trabajo en su totalidad está muy marcado por la mentalidad de la pequeña burguesía artesanal y, como ella, participa de la ideología burguesa. Ni por el pensamiento, ni por la acción podían los trabajadores constituir un elemento independiente en la Revolución.

Tal posición está cargada de graves contradicciones que pesaron en la representación que los *sans-culottes* se hacían del trabajo y de su papel social, así como de su acción política. Ligados a sus oficiales por las condiciones de existencia, los maestros artesanos no dejan por ello de poseer su puesto y su utillaje, y ofrecen el aspecto de productores independientes. El tener por debajo y sometidos a su disciplina a oficiales y aprendices acentúa su mentalidad burguesa. Pero el sistema de la pequeña producción y de la venta directa les enfrenta irremediablemente a la burguesía mercantil y al capital comercial. Por ello, entre estos artesanos y estos pequeños comerciantes que forman el ala mercantil de la *sans-culotterie*, existe un ideal social en contradicción con la evolución económica. Se levantan contra la concentración de los medios de producción; pero ellos mismos son propietarios. Cuando los más avanzados reclamaron, en el año II, el máximo para las fortunas, se les escapó la contradicción entre su posición social y esta reivindicación. Las reivindicaciones de estos artesanos se plasmaban en demandas apasionadas y en ímpetus de revuelta, sin plasmarse nunca en un programa coherente; pasó lo mismo con los hombres y los grupos políticos que compartían su mentalidad: tanto Jacques Roux y Hébert, como Robespierre y Saint-Just.

Con dificultades para definir su puesto en la sociedad como trabajadores, los *sans-culottes* tampoco tienen una noción clara y distinta del trabajo en sí mismos, no piensan que pueda constituir una función social por sí mismo, lo conciben únicamente en relación con la propiedad. La burguesía del Siglo de las Luces había rehabilitado las artes y oficios, y había dado un impulso incomparable a la invención: pero, por su especial sensibilidad a los problemas de la técnica y de la producción, no concibió el trabajo como una función social. Nunca

de 1789 a 1794 enfocó los problemas del trabajo en sí mismos ni en función de los trabajadores, sino más bien en relación con sus intereses de clase; la ley Le Chapelier lo prueba. Si la Convención decretó, el 29 de septiembre de 1793, la tasa general reclamada por la *sans-culotterie*, la burguesía de la Montaña sólo vio en ello una concesión táctica; la tasa sigue estando fundamentalmente en función de las subsistencias, los salarios no se conciben nunca en relación con el trabajo. Dividido entre la economía artesanal dominante y la gran industria naciente, y desprovisto de toda conciencia de clase, ¿cómo hubiera podido el mundo del trabajo oponer sus concepciones a las de la burguesía? Dedicado a la lucha contra la aristocracia, es a la burguesía a quien ha confiado en gran medida la representación y la defensa de sus intereses, porque respecto a los problemas del trabajo sólo podía tener una posición influenciada por las estructuras políticas dominantes. Para la burguesía, la propiedad está en el centro del problema social: la Declaración de 1793, igual que la de 1789, la situó en el rango de los derechos imprescriptibles del hombre, antes de que la abolición del feudalismo la convirtiera en un derecho absoluto. Los *sans-culottes* del año II no pusieron en el centro de sus preocupaciones sociales el problema del trabajo. Fueron mucho más sensibles a sus intereses de consumidores; no son las huelgas y las reivindicaciones salariales las que sublevan a la *sans-culotterie*, sino el problema de las subsistencias. El alza o la baja de los precios de los principales productos de consumo popular, de los granos y, en especial, el del pan que representa casi la mitad de los gastos familiares, constituye el factor decisivo que comprime o alivia el presupuesto del asalariado. Los *sans-culottes* exigieron la tasa de los artículos de primera necesidad; la reivindicación de una tarifa general siguió siendo excepcional: punto de vista significativo de las condiciones económicas y sociales así como de la ideología de la época.

La tasa de los artículos de consumo fue reclamada con tanto más encarnizamiento por los militantes cuanto que sufrían, en sus respectivas secciones, no sólo la presión de los trabajadores, sino también la de una masa importante de indigentes atenazados por el hambre. Factor esencial de los movimientos populares, el hambre ha constituido el cemento que unió categorías tan diversas como el artesano, el pequeño comerciante o el obrero, que un interés común coaligaba contra el gran comerciante, el empresario o el acaparador noble o burgués. El término de *sans-culotterie* puede parecer vago, a la vista del vocabulario sociológico actual: en relación con las condiciones sociales de su tiempo, responde a una realidad. Sin duda, los móviles políticos no pueden excluirse del comportamiento popular; sobre todo, el odio a la nobleza, la creencia en el complot aristocrático, la voluntad de

destruir el privilegio y de establecer la igualdad de derechos. Si no fuera así, ¿cómo se puede comprender el entusiasmo y la abnegación de los voluntarios? Pero, las revueltas de febrero de 1793 igual que el impulso popular del verano siguiente no se inscriben exactamente en la línea general de la Revolución burguesa: en opinión del propio Robespierre, los primeros se debieron al interés popular por los *mezuquinos comerciantes*. El máximo reclamado con obstinación, impuesto finalmente el 29 de septiembre de 1793, apuntaba no a facilitar la defensa nacional, sino a asegurar a los trabajadores su pan cotidiano. El móvil permanente de la acción popular reside mucho más en la dureza de las condiciones de existencia; en último extremo, se ha podido sostener que las fluctuaciones económicas marcaban el ritmo del movimiento revolucionario.

El primero de *prairial* del año III, el sastre Jacob Clique de la sección de los Gardes-Français, fue detenido por haber dicho: «Se diría que los intermediarios se entienden con los granjeros para venderlo todo más caro, para que el obrero se muera de hambre.» Interrogado, declaró: «Estoy afligido por la desgracia; soy padre de tres niños pequeños, no tengo fortuna, con mi trabajo de jornalero tengo que mantener a cinco personas; no he trabajado casi nada durante el riguroso invierno que acabamos de pasar.» A la exigencia del pan se vinculó para muchos de ellos, muy confusamente, la reivindicación política. «Bajo el reinado de Robespierre —habría declarado el primero *prairial* del año III, el carpintero Richer de la sección de la République— la sangre corría y no faltaba el pan; hoy ya no corre la sangre, y falta el pan, es preciso que corra para tenerle.» Los *sans-culottes* no podían olvidar que durante el *Terror*, pese a todas las dificultades, no les había faltado el pan. El comportamiento terrorista está indisolublemente unido a la exigencia del pan cotidiano: este doble factor suelda la unidad de la *sans-culotterie* parisina.

Capítulo 2

LAS ASPIRACIONES SOCIALES DE LA «SANS-CULOTTERIE» PARISINA

Su condición y también las circunstancias explican que los *sans-culottes* situaran en el centro de sus reivindicaciones sociales la cuestión del pan. De ella extrajeron confusamente la afirmación del derecho a la existencia: es preciso que todos los hombres coman hasta saciarse. No se puede buscar aquí un sistema social coherente: las reivindicaciones se precisan según el peso de las circunstancias. Su unidad viene dada por igualitarismo radical, que caracteriza la mentalidad y el comportamiento populares: las condiciones de la existencia deben ser iguales para todos. Al derecho total de propiedad generador de desigualdad, los *sans-culottes* oponen el principio de la *igualdad de disfrutes*. De ahí sus diversas reivindicaciones sociales, hasta las del derecho a la asistencia y a la instrucción.

1. DEL DERECHO A LA EXISTENCIA A «LA IGUALDAD DE GOCES»

Reivindicaciones prácticas y afirmaciones teóricas de 1793 al año III.—El igualitarismo popular: de las subsistencias a las demás condiciones de vida.—El sans-culotte: un repartidor.

La declaración de Derechos del Hombre de junio de 1793 afirma que el fin de la sociedad es la *felicidad común*. Los *sans-culottes* van más lejos: la Revolución hecha por el pueblo debe garantizarle, en primer lugar, el derecho a la existencia. Los documentos no ofrecen, evi-

dentemente, ninguna justificación teórica de este derecho: los militantes, incluso los más informados, no son teóricos. El derecho a la existencia se afirma bajo la presión de los acontecimientos y en función del problema de las subsistencias. Partiendo de estas premisas, los *sans-culottes* concluyen de forma natural en la *igualdad de los goces*.

Durante los primeros meses de 1793, el agravamiento de la crisis de subsistencias condujo a algunos militantes a precisar su pensamiento en materia social. El 7 de febrero, la sección de los Gardes-Français declara que el pobre no debe estar a merced del rico: «Si no es así, los hombres dejarían de ser iguales en derechos (...); si no es así, la existencia del primero estaría comprometida a cada instante, mientras que el segundo le impondría las leyes más rigurosas.» En una petición a la Convención del 9 de marzo de 1793, un ciudadano de la sección de Arcis coloca entre los enemigos de la República, «a quienes bajo el pretexto de la libertad y de la propiedad se creen libres para chupar la sangre del desgraciado y para satisfacer su vil avaricia dejando apenas al indigente la facultad de respirar o de lamentarse». Es aún más significativa, en esta misma fecha, la petición de un ciudadano de la sección de Marais: «Ha llegado la hora de que el pan del mercenario, modesto tributo a un trabajo asiduo y penoso, le sea asegurado. Ha llegado la hora de que las especulaciones con la existencia humana sean proscritas en un gobierno republicano.»

Estas ideas forman el fondo común del pensamiento popular. Jacques Roux las desarrolló en su petición del 25 de junio de 1793: «La libertad sólo es un fantasma inútil cuando una clase de hombres puede hacer padecer hambre a la otra impunemente. La libertad sólo es un fantasma inútil, cuando el rico ejerce por medio del monopolio el derecho de vida y muerte sobre sus semejantes.» En la época de la crisis del verano de 1793, estas mismas ideas se afirman con fuerza. Al hablar en nombre de los comisarios de las asambleas primarias, Félix Lepeletier declara a la Convención el 20 de agosto: «No basta con que la República francesa esté fundada sobre la igualdad; es preciso además que las leyes, y que las costumbres de sus conciudadanos tiendan, por un feliz acuerdo, a hacer desaparecer la desigualdad de los goces; es preciso que se asegure una existencia feliz a todos los franceses.» El 2 de septiembre, al reclamar el máximo para las subsistencias, la sección de los *sans-culottes* declara: «La República debe asegurar también a cada uno los medios para procurarse los artículos de primera necesidad, y la cantidad sin la cual no podrían conservar su existencia.» Según la Comisión temporal de la sección de la Commune-Affranchie, el 26 *brumaire* del año II, hubiera sido una burla llenarse continuamente la boca con la igualdad, «cuando inmensos

intervalos de felicidad han separado siempre al hombre del hombre». Hasta qué punto el derecho a la existencia y su corolario, incluso aunque no estén formulados con claridad, corresponden a las aspiraciones profundas de los *sans-culottes*, nos lo demuestra una vez más la sección de los Quinze-Vingts, en la época de la carestía del año III. Al reclamar a la Convención, el 10 *floréal*, medidas coercitivas contra los productores de granos, «es preciso, sin embargo, declara, que el pobre que sólo tiene asignados, pueda vivir como el rico».

Esta reivindicación de la *igualdad de goces* corresponde a uno de los rasgos fundamentales de la mentalidad popular: el igualitarismo. Especialmente sensible a la desigualdad irritante que la riqueza acentúa en tiempos de escasez, el *sans-culotte* reclama, en primer lugar, la igualdad en materia de subsistencias. Este estadio se sobrepasa rápidamente: la igualdad se convierte en una palabra vacía de contenido si no se aplica a todas las condiciones de la existencia. El rico no debe vivir mejor que el pobre; por consiguiente, debe cederle lo que le sobra, y, a continuación, repartir sus bienes con él. «Tomad todo lo que un ciudadano tiene de sobra —declara la Comisión Temporal de la sección de la Commune-Affranchie—; porque lo superfluo es una violación evidente y gratuita de los derechos del pueblo. Todo hombre que posee por encima de sus necesidades, no lo puede usar, sólo puede abusar; por ello, si le dejamos lo que le es estrictamente necesario, todo lo demás pertenece a la República y a sus miembros infortunados.» El *sans-culotte* desde este momento es un repartidor.

La tasa de las subsistencias tendía a reducir las ventajas de la riqueza en beneficio de los trabajadores. Del mismo modo la obligación para los productores de vender en los mercados; allí, «sin distinción de rico ni pobre», todos los consumidores van a proveerse según la tasa. La reivindicación igualitaria va más lejos. La riqueza no debe permitir apropiarse, incluso con la tasa, de los artículos de mejor calidad que el pobre no puede conseguir. Tras la lectura de una resolución de Fouché y de Collot d'Herbois, comisionados en la sección de la Commune-Affranchie, el Consejo general decide por requisitoria de Chaumette, el 3 *frimaire* del año II, que sólo habrá una clase de pan, el *pan de la igualdad*: «Como la riqueza y la pobreza deben desaparecer igualmente del régimen de la igualdad, no se hará nunca más un pan de flor de harina para el rico y un pan de salvado para el pobre.»

La distribución desigual de los diversos artículos suscita constantes reclamaciones por parte de los *sans-culottes*. El 21 *brumaire*, la sección de Finistère se queja al Consejo general, «de que los comerciantes establecen una gran diferencia entre las mercancías entregadas al máximo y las mercancías que se les paga por encima»; es

preciso impedir «este desorden que favorece al rico y oprime al pobre». Son todavía más vivas las reivindicaciones populares al referirse a la distribución de la carne. El Comité de vigilancia del departamento de París denuncia a los carniceros el 20 *pluviôse*: «El pobre que acude a vuestros puestos, rechazado y humillado, sólo lleva huesos y desperdicios», mientras el rico encuentra los trozos más delicados *porque paga*. Las autoridades de las secciones se mostraron solícitas en hacer desaparecer en materia de abastecimiento las distinciones que el dinero lleva consigo. El comité de beneficencia de la sección del Observatoire había designado a cinco panaderos para proveer de pan a los indigentes, el comité revolucionario anuló esta decisión, «celoso de hacer desaparecer cualquier línea de demarcación entre los ciudadanos infortunados obligados a recibir, y aquellos que, más felices, pueden bastarse a sí mismos durante su existencia».

El igualitarismo popular apunta no sólo a las subsistencias, sino también a todos los bienes por medio de los cuales se afirma la superioridad social del rico. Una reacción irracional, primaria por llamarla de alguna manera, impulsa al *sans-culotte*, no poseedor, o incluso pequeño propietario, a codiciar aquello que no tiene: comportamiento significativo de la mentalidad popular de la época y de una cierta concepción de las relaciones sociales. Se manifiesta espontáneamente en comentarios u ocurrencias rápidamente captadas por un confidente de la policía, o por cualquier oyente, con fortuna, y que lo recordará todo el año III.

Según el informe del observador Prévost, el 9 *brumaire* del año II, una mujer que se dice jacobina comentaba a otra: «Tienes un bonito traje; paciencia, dentro de poco, si tienes dos me darás uno, así es como nosotros lo entendemos; será así como en cualquier otra cosa.» A mediados de *ventôse*, cuando la crisis de subsistencias puso otra vez en movimiento a los *sans-culottes*, Ancard afirma en un café de la calle Thionville «que es preciso que los ricos repartan sus fortunas con los *sans-culottes*». Comentarios semejantes eran corrientes en aquella época. Según Bacon, un ciudadano declaró el 25 *ventôse*, en la asamblea general de la sección del Contrat-Social: «Hemos llegado a una situación en que es preciso que el rico pague, en que es preciso que quien tiene dos platos dé uno al que no tiene ninguno»; fue vivamente aplaudido.

En cada época de carestía se constata una pujanza de esta tendencia igualitaria. Por ejemplo, de nuevo en la primavera del año III, el primero *germinal*, en ocasión de un atropello en el bulevar de Montmartre, Gervais Béguin, carretero, intenta volcar el cabriolet de un fabricante de botones para el ejército, diciéndole: «No debes tener un cabriolet si yo no lo tengo.» El 12 *germinal*, en la sección del Museum,

un tal Caillau, subido a una barraca, aplaudía el pillaje, diciendo «que sólo había que temer a quienes tenían alguna cosa, que, por lo demás, lo tenían bien merecido». Un oficial de la guardia nacional le invitó a bajar, por ser la barraca de propiedad nacional: Caillau le respondió «que entonces debía tener su parte en ella».

En la época de la represión antiterrorista, tales comentarios se invocaron con frecuencia como motivos de detención. Por ejemplo, el 5 *ventôse*, en contra de un empleado de las oficinas de la Guerra, Cordebar, denunciado en la asamblea general de la sección de la Halle-au-Blé como «amigo de los Hébert y de los Chaumette» y por haber declarado en *floreale* del año anterior que: «Si fuera libre, iría a casa de quienes fueran más afortunados que él y les diría: tú eres más rico que yo, es preciso que me hagas participar de tu fortuna, y que si no querían, que él les obligaría a ello.» El comerciante de papel Potin, antiguo comisario de policía de la sección del Contrato Social fue arrestado el 5 *prairial*; había declarado en mayo de 1793 «que la ley agraria era indispensable hasta la concurrencia de 4.000 a 5.000 libras de rentas». El 10 *prairial*, Oudard, maestro de la sección de la Halle-au-Blé, es detenido por haber sostenido que era preciso guillotinar a «todos los ricachones que son todos aristócratas, y repartir sus bienes». Al resumir todos los agravios de los poseedores contra los militantes populares, los comisarios de la sección de la Butte-des-Moulins escriben en un informe del 30 *pluviôse* del año III: «Es entonces, finalmente, cuando al no encontrar ya ninguna resistencia concibieron el proyecto de invadirlo todo, de aniquilar no las propiedades, sino a los propietarios para repartir después las propiedades.»

2. DE «LA IGUALDAD DE GOCES» A LA LIMITACIÓN DEL DERECHO DE PROPIEDAD

Restricciones al derecho de propiedad sobre los productos de la agricultura: ¿Nacionalización o municipalización del comercio de subsistencias?—Críticas al libre ejercicio del derecho de propiedad: protección de la pequeña propiedad y limitación de la grande.—Grado de originalidad de estas tendencias.

En efecto, como afirmaban en el año III los comisarios moderados de la sección de la Butte-des-Moulins, bajo ningún concepto los *sans-culottes* eran hostiles a la propiedad: pretendían únicamente aprovecharse ellos también de este derecho y no sufrir los abusos que ocasiona. De la reivindicación de la igualdad de goce, llegaron con

toda naturalidad a la limitación del derecho de propiedad: no a su supresión.

Como consumidores, los *sans-culottes* abordan en primer lugar el derecho de propiedad sobre los productos de la agricultura. El derecho del pueblo a la existencia nunca se formuló en abstracto, sino siempre en función de una situación concreta y para legitimar la tasa de los productos de primera necesidad, estimada como la única medida capaz de asegurar la igualdad de goces. De esta forma, los *sans-culottes* llegan a restringir los derechos de propiedad del cultivador sobre su cosecha, y al control del comercio de los productos agrícolas: otro lugar común del pensamiento popular.

Este principio fue formulado con toda claridad por la sección del Panthéon-Français, el 22 de septiembre de 1792. «Que no hay ningún pretexto, ni razón, ni ley, ni derecho de propiedad al que reclamar, tan pronto como se descubren los abusos, en especial en estas tres clases de comercio [granos, carne y vino], en vista de que afectan muy de cerca a la vida del pobre, a la sociedad entera y a la tranquilidad pública.» El carácter inviolable del derecho de propiedad no puede invocarse para legitimar la libertad de comercio de los artículos de primera necesidad: va en ello la existencia del pueblo. El 7 de febrero de 1793, la sección de los Gardes-Français afirma que los productos de la agricultura no deben ser considerados por el cultivador o el propietario «más que como un depósito del que debe rendir cuenta a la República». Por no ser un derecho imprescriptible la propiedad sobre los productos de la agricultura, la Convención puede legislar en esta materia; que no tema, en particular, restringir la libertad de comercio fijando un máximo para el precio del trigo; sólo molestará a los especuladores «que quieren enriquecerse con la subsistencia del pueblo, que quieren poner precio a la existencia de millares de ciudadanos». Todavía es más clara la declaración de un ciudadano de la sección de Marais, en marzo de 1793: «(O) Los bienes pertenecen generalmente a todos mientras producen la existencia.» En su petición del 25 de junio, Jacques Roux legitima la tasa de los artículos de primera necesidad por el derecho a la existencia: «¿Serán las propiedades de los bribones algo más sagrado que la vida del hombre?» Según Leclerc, en *L'Ami du Peuple*, del 14 de agosto de 1793, «los granos y en general todos los artículos de consumo de primera necesidad pertenecen a la República, excepto una indemnización justa para pagar al cultivador los sudores y los trabajos consagrados a su cultivo». Y de nuevo el 17 de agosto: «Las subsistencias pertenecen a todos.» En la petición de la sección de los *Sans-Culottes*, del 2 de septiembre de 1793: «La propiedad no tiene más base que la extensión de las necesidades

físicas.» La instrucción de la Comisión temporal de la sección de la Commune-Affranchie afirma que «las producciones del territorio francés pertenecen a Francia, a cargo de la indemnización debida al cultivador; por consiguiente, el pueblo tiene un derecho asegurado sobre los frutos que ha hecho nacer». En el año III, la sección de los Quinze-Vingts declara todavía el 10 floréal: «Los productos de la tierra pertenecen a todos los hombres, solamente se debe una indemnización justa a los cultivadores.»

Pero todavía hay que asegurar el ejercicio de este derecho. Los *sans-culottes* más conscientes se dan cuenta de que la tasa sólo es un paliativo insuficiente e intuyen que la solución radical consistiría en poner en manos de la nación la distribución de los productos de la tierra. Una vez más, es en período de crisis cuando se esbozan estas nuevas orientaciones del pensamiento popular.

Al partir de este principio que «todos los hombres tienen un derecho igual a las subsistencias y a todos los productos de la tierra, que le (*sic*) son de una necesidad indispensable para asegurarle su existencia», Leclerc dedujo, en *L'Ami du peuple*, del 10 de agosto de 1793, que la República debe convertirse en compradora: «Desde ahora en adelante nadie podrá vender más que al Estado estos objetos de primera necesidad.» Además, es una especie de nacionalización no sólo de las subsistencias, sino de todos los bienes de consumo, lo que reclama la sección de los Arcis a los Jacobinos, el 18 brumaire del año II. Leyes sociales deben fijar el uso de la libertad, en particular la de comercio; el agio y el acaparamiento se destruirán solamente cuando se establezcan almacenes nacionales: «Que los cultivadores, propietarios y manufactureros sean obligados a depositar a un precio moderado el excedente de sus consumos de toda clase de mercancías; que la nación distribuya estas mismas mercancías.» Al discutir, en ventôse, sobre la distribución de una reserva de aceite aprehendida en la bodega de un emigrado, la asamblea de la sección de los Champs-Élysées pone también en cuestión la propia existencia del comercio privado: «¿Qué es un comerciante? Es el depositario y no, como se le ha creído estúpidamente hasta ahora, el propietario de los objetos necesarios para la vida. Es el depositario de estos objetos como otros ciudadanos lo son de una parte de la autoridad; es, por consiguiente, un funcionario público y el más importante de todos, porque tiene en sus manos la propia existencia del pueblo.» «En efecto, insiste un ciudadano (...), uno de los medios mejores y más rápidos para hacer fracasar las miras interesadas o contrarrevolucionarias de los comerciantes sería hacer llegar a París y distribuir a cada sección tantos artículos como fuera posible, y venderlos a los ciudadanos al precio fijado por la ley.»

La crisis de la primavera del año III condujo a los *sans-culottes* a concebir todavía sistemas parecidos de municipalización o de nacionalización del comercio de las subsistencias. Por ejemplo, el carretero Journet, comisario civil de la sección de la Indivisibilité, propuso, el 25 *floréal*, que el Estado controlase el comercio de comestibles comprándoselos a los comerciantes para distribuirlos «en partes iguales a todos los ciudadanos». Indigentes y obreros con menos de 1.500 libras de ingresos pagarían las mercancías a la mitad del precio que hubieran costado al Gobierno, «y el rico las pagaría a su precio». Journet legitimaba este sistema no por consideraciones teóricas, sino por las necesidades del momento: París y la República constituían una plaza militar sitiada, «donde todos los habitantes deben ser reducidos a una proporción igual».

Las propuestas de Journet, que señalan la pervivencia de las reivindicaciones populares, presentan un doble aspecto igualitario: asegurar a todos los ciudadanos una subsistencia igual, y compensar las desigualdades sociales castigando la fortuna de los ricos. De esta forma, bajo la presión de los acontecimientos se precisaba el pensamiento popular, y por la práctica diaria se esbozaba una teoría social. Del principio de la *igualdad de goces*, los *sans-culottes* dedujeron la necesidad de limitar el derecho de propiedad sobre los productos de la tierra; y a través de una concatenación necesaria llegaron a la crítica del libre ejercicio del derecho de propiedad, al menos tal como la habían definido la Declaración de agosto de 1789 y la de junio de 1793.

El principio mismo de la propiedad nunca se pone en duda: los *sans-culottes* están fuertemente ligados a la pequeña propiedad. Pero, como pequeños productores que son, la fundan en el trabajo personal. Esta propiedad privada del trabajador sobre los medios de su actividad corresponde a la estructura artesanal, que aún caracteriza a Francia a finales del siglo XVIII; modo de producción que sólo puede funcionar cuando el trabajador es un propietario libre: el campesino del campo, el artesano de su tienda y de sus útiles de trabajo. Al pedir a la Administración de subsistencias, el 27 *nivôse*, que pague la indemnización debida a un panadero de la sección, la sociedad Poissonnière declara que «las pequeñas fortunas conseguidas en trabajos útiles a la sociedad nunca podrán ser suficientemente respetadas ni preservadas contra cualquier atentado». El trabajo, estima la Instrucción de la Comisión temporal de la sección de la *Commune-Affranchie*, debería «ir acompañado siempre del bienestar».

A quienes atacan los *sans-culottes* es a los ricos y a los grandes, porque se dan cuenta, aunque confusamente, de que si el imperio de la riqueza permanece intacto, por falta de restricciones al ejercicio del derecho de propiedad, la *igualdad de goces* será siempre una palabra vacía de contenido. En sus informes y peticiones, en especial en períodos de crisis, sus reflejos igualitarios se concretan en planes y proyectos más o menos razonados sobre la igualación de las fortunas; no hacen falta ni ricos ni pobres, una legislación apropiada debe hacer imposible la concentración de la propiedad y de los medios de producción. Los *sans-culottes* no creían contradictorio el mantenimiento de la propiedad privada de que ya gozaban o cuyo disfrute reivindicaban, y su limitación dentro de estrechos límites, a la medida de su condición social.

El 18 de agosto de 1792, Gonchon, orador de la sección de los Hommes du Quatorzo-Juillet y del Dix-Août, declara en la barra de la Asamblea legislativa: «Haced un Gobierno que ponga al pueblo por encima de sus débiles recursos y al rico por debajo de sus medios. El equilibrio será perfecto.» Un año más tarde, Leclerc retoma la idea como un eco en *L'Ami du peuple*, del 10 de agosto de 1793: «Un Estado está muy cerca de su ruina, siempre que en él se ve a la máxima indigencia sentada al lado de la máxima opulencia.» Y Félix Lepeletier precisa, el 10 de agosto, en nombre de los comisarios de las asambleas primarias: «Que el rico sea menos el propietario que el feliz depositario de un excedente de fortuna consagrado a la felicidad de sus conciudadanos.» Por último, la Instrucción de la Comisión temporal de la sección de la *Commune-Affranchie* declaraba el 26 *brumaire* del año II que «si, por desgracia, resultara imposible una igualdad perfecta en la felicidad, al menos sería posible reducir más los intervalos».

De eso a los proyectos utópicos, no había más que un paso franqueado rápidamente. Un folleto anónimo de enero de 1793, tras haber declarado al indigente *copropietario imprescriptible* de los bienes del rico, pide que no se haga «ninguna convención importante, sea de adquisición, de contrato de arrendamiento, de manufacturas y de sociedades de comercio, sea de matrimonio o de cualquier otra clase, sin destinar libremente a los indigentes una suma cualquiera de la que se hará mención en el acta». En la primavera de 1793, el ciudadano Tobie presenta a la sección de los Federés que lo adopta, un *Essai sur les moyens d'améliorer le sort de la classe indigente de la société*. Recuerda que según «el filósofo ginebrino», el estado social sólo es ventajoso a los hombres «en tanto en cuanto todos tienen algo y ninguno tiene nada en exceso». «Pese a que la perfecta igualdad de las fortunas sólo puede contemplarse como

una quimera por todas las personas sensatas, no obstante, la monstruosa desproporción que existe entre el soberbio millonario y el humilde ganapán, no podrá subsistir durante mucho tiempo en el nuevo orden de cosas.» Sin embargo, para disminuir la desigualdad en las condiciones y asegurar una propiedad a todos los ciudadanos, el autor del *Essai* no imagina otra cosa que vender los antiguos palacios reales, y «todos los objetos de lujo y de escándalo que contienen», así como las joyas del Guarda-Muebles; las sumas conseguidas permitirán constituir préstamos sin interés para quienes quieran crear un *pequeño establecimiento*. Este proyecto concierne claramente a los artesanos deseosos de instalarse y vivir como productores independientes; refleja, pues, las aspiraciones del medio social donde ha sido concebido. En la sección Lepeletier, la sociedad popular adopta, el 2 *frimaire*, un proyecto cuyo objetivo declarado es el de «establecer la igualdad de las fortunas en la medida de lo posible». Las grandes propiedades «necesarias para las combinaciones monárquicas» son peligrosas en una República. Es preciso «aniquilar la opulencia particular, asegurar el bienestar general y desterrar la miseria innoble. Por medio de las alianzas entre ricos, las fortunas quedan amontonadas en un estrecho círculo de la sociedad. Propongamos decretar que pueden unirse los hombres y no las fortunas». En resumen, cuando dos individuos ricos quieran unirse entre sí, oblígueseles a depositar en una caja de beneficencia una suma proporcional a sus bienes: «Que el producto de este justo tributo se emplee en dotar a doncellas pobre y en poner la casa al artesano trabajador y falto de recursos que se case.» Esta ley *sun-tuaria* tendría un efecto seguro «para diseminar las fortunas».

Estos proyectos no se salían del terreno de la utopía. La petición de la sección de los *Sans-Culottes*, del 2 de septiembre de 1793, es más precisa, no sólo pretende fijar «las ganancias de la industria y los beneficios del comercio» por medio de la tasa general, y limitar la extensión de las explotaciones agrícolas, sino también imponer un *maximum* a las fortunas. ¿Cuál sería? La petición no lo precisa exactamente, pero da a entender que correspondería a la pequeña propiedad artesanal y al pequeño comercio: «Que nadie pueda poseer más que un taller, un pequeño comercio.» Estas medidas radicales, concluye la sección de los *Sans-Culottes*, «harían desaparecer poco a poco la enorme desigualdad de las fortunas y aumentar el número de propietarios». En ningún otro momento de la Revolución se encuentra una formulación tan concisa y llamativa del ideal social popular: ideal hecho a la medida de los artesanos y de los pequeños comerciantes que formaban los cuadros de la *sans-culotterie* y que ejercían sobre sus oficiales o empleados una influencia ideológica

decisiva. Ideal también a la medida de esta masa de consumidores y de pequeños productores urbanos, hostiles al mismo tiempo a todos los vendedores directos o indirectos de subsistencias y a todos los empresarios cuyas iniciativas les hacían correr el riesgo de verse reducidos al estado de trabajadores dependientes.

Las ideas que los *sans-culottes* avanzaron bajo la presión de la carestía no presentaban una gran originalidad. Fueron expresadas, bajo formulaciones diferentes, por los portavoces de las diversas fracciones de la burguesía de la Montaña, quienes a su vez las tomaban de este fondo común del pensamiento filosófico del siglo influenciado por Rousseau.

Y lo primero de todo que el cultivador no podría tener un derecho absoluto de propiedad sobre los productos de su tierra. En su discurso sobre las subsistencias del 2 de diciembre de 1792, a propósito de los disturbios d'Eure-et-Loir, Robespierre subordina el derecho de propiedad al derecho a la existencia: «El primero de los derechos es el de existir; la primera ley social es aquella que garantiza a todos los miembros de la sociedad los medios para existir; todos los demás (derechos) están subordinados a aquéllos.» En mayo de 1793, en su *Opinion sur la fixation du maximum du prix des grains*, Momoro, que no pertenecía a la *sans-culotterie*, pese a ello supo expresar su pensamiento social, tras haber definido, según la costumbre, a la propiedad por el derecho de usar y de abusar, se pregunta: «¿Pertenece este mismo derecho al cultivador sobre los productos que la tierra concede a sus sudores? No, sin ninguna duda. Porque estos productos están destinados a la subsistencia de la sociedad, mediante una indemnización justa y previa que debe ser su precio»; tal indemnización debe estar en proporción «a las posibilidades de los ciudadanos». Respecto a Hébert, una vez más eco sonoro, antes que teorizador, «la tierra —escribe en agosto de 1793— ha sido creada para los seres vivientes, y desde la hormiga hasta el orgulloso insecto que se llama hombre, cada uno debe encontrar su subsistencia en las producciones de esta madre común». Y concluye: «La primera propiedad es la existencia, es preciso comer a cualquier precio.» Tan banales podían parecer estas ideas durante el verano de 1793 y tan grande la presión popular, que el dantonista Dufourny, cuya hostilidad a la *sans-culotterie* era manifiesta pese a todo, formuló claramente, el primero de septiembre, las confusas aspiraciones de las masas: «Los poseedores del suelo, aunque los cultivadores no tienen el derecho de abusar, sea no cultivándolo, o destruyendo los productos del cultivo, no son, en realidad, ni los

propietarios del suelo ni de sus productos.» Sólo son los depositarios de las cosechas, de las que únicamente la nación puede disponer mediante una indemnización. El comercio debe volver al objeto de su institución, el de servir al cultivador y al consumidor. Las subsistencias no podrían ser un objeto de especulación: «Todo especulador que sólo emplea sus fondos en artículos para obtener beneficio es un intermediario inútil, peligroso y culpable, un verdadero acaparador, un monopolizador, un enemigo de la sociedad.»

Los *sans-culottes* afirman lo mismo; su única originalidad fue la de querer transformar estas ideas en hechos e imponer la reglamentación y la tasa a la economía. La Montaña sólo aceptó el *maximum* a disgusto y forzada por las circunstancias. El silencio de Robespierre sobre este grave problema, durante el transcurso del verano de 1793, es muy significativo a este respecto: había en él demasiada profundidad política, para que, pese a su amor por el pueblo, subestimara la balanza de las fuerzas sociales y olvidara los intereses de la burguesía. Tras la falsa apariencia de las declaraciones unánimes, la oposición de intereses siguió siendo irreductible.

Pasa lo mismo en lo que concierne al derecho de propiedad; ante este tema, los dirigentes de la Montaña o los jacobinos formularon proposiciones semejantes a las de los *sans-culottes*: ¿Cuándo intentaron transformarlas en ley? No faltan declaraciones de Chaumett en la tribuna del Consejo general o de Hébert en sus periódicos, pues se consideraban los portavoces ordinarios de la *sans-culotterie*. Más teórico, Billaud-Varenne establece en sus *Elements de républicanisme* que la propiedad es el pivote de las asociaciones civiles. En consecuencia, «el sistema político no sólo debe asegurar a cada uno el goce tranquilo de sus posesiones, sino que este sistema debe combinarse de manera que establezca, en tanto sea posible, un reparto de bienes si no absolutamente igual, al menos proporcional entre los ciudadanos». Si el derecho de propiedad es imprescriptible, «debe tener su aplicación en beneficio de todos los seres que componen la nación; de esta forma, nadie se encontrará en la República «bajo la dependencia directa y no recíproca de otro particular». El 24 de abril de 1793, Robespierre había convertido a la propiedad no en un derecho natural, sino en una institución social, de la que era deseable que todos los ciudadanos pudieran gozar. Saint-Just asignó como objetivo de la República en sus *Instituciones*: «Dar a todos los franceses los medios de obtener las primeras necesidades de la vida, sin depender de nada salvo de las leyes y sin dependencia mutua en el estado civil.» Dicho de otra forma, que cualquier francés sea un pequeño propietario y un productor independiente. Y en otra parte añade: «Es preciso que el hombre viva independiente (...); no

es necesario que haya ni ricos ni pobres.» Que la República no puede subsistir sin una cierta igualdad social, es un lugar común en el pensamiento del siglo XVIII, de Montesquieu a Rousseau: los líderes de la Montaña no dieron prueba de una mayor originalidad que los militantes populares.

Pese a ello, en un tema los *sans-culottes* parisinos demostraron una cierta audacia ideológica. Los partidarios más audaces de la Montaña sólo concibieron la limitación de la propiedad territorial. En sus *Institutions républicaines*, Saint-Just precisa que «sólo será establecido el *maximum* de la posesión territorial». Si Billaud-Varenne pretende en sus *Elements de républicanisme* «atenuar la influencia corrosiva [de las grandes fortunas] por una subdivisión acelerada y sin posibilidad de una acumulación ulterior», piensa únicamente en la riqueza territorial. «Que ningún ciudadano pueda poseer (...) más de una cantidad prefijada de arpendes de tierra», veinte por término medio. Es más clara todavía la posición de Momoro, pese a ser militante cordelier y estar más próximo a la *sans-culotterie*. Su declaración de los Derechos de septiembre de 1792 garantiza sólo las *propiedades industriales*, las propiedades «que se llaman falsamente *territoriales* sólo están garantizadas hasta que se hayan dictado leyes en este tema». En los confines de la *sans-culotterie* y de la burguesía, muchos revolucionarios, jacobinos o partidarios de la Montaña, fueron más hostiles a la riqueza territorial que a otras formas de propiedad. Una prueba más la constituye este ensayo sobre el Gobierno popular del verano de 1792: si la nación debe fijar en 120.000 libras de renta el *maximum* de la propiedad territorial, no tiene, sin embargo, intención de «asignar límite ninguno al aumento de las fortunas consistentes en propiedades de bienes puramente mobiliarios, como dinero, valores públicos, mercancías, navíos, etc.».

Como consumidores de productos agrícolas, y también como pequeños productores urbanos, aferrados a la independencia de su pequeña tienda o de su taller, los *sans-culottes* van más lejos, son tan enemigos de la gran propiedad comercial o industrial como de los grandes latifundios o de la gran explotación territorial, porque temen, por encima de todo, verse reducidos a la condición de proletarios. De ahí, la reivindicación de la sección de los Sans-Culottes con objeto de impedir la concentración de los medios de producción: que nadie pueda poseer más de un taller o más de una pequeña tienda.

Al terminar esta investigación, se imponen dos series de reflexiones. En primer lugar, son características la oleada de las tenden-

cias sociales populares y, hasta cierto punto, su falta de originalidad. El primer rasgo se deduce de la propia posición de la *sans-culotterie* en la sociedad. Compuesta por elementos heterogéneos, su único factor unitario es la oposición a la aristocracia. Integrada por artesanos y comerciantes que apuntan a la pequeña burguesía y a veces a la media, oficiales que por compartir la existencia con los maestros artesanos participan de una mentalidad similar, obreros de las escasas empresas industriales grandes con que entonces contaba París, sin hablar de intelectuales, de artistas y de algunos desclasados, la *sans-culotterie* no podía tener conciencia de clase ni un programa social coherente; sus aspiraciones siguen siendo confusas y no escapan a la contradicción. Por otro lado, no presentan ningún carácter específico: proceden de este fondo común del que bebieron en mayor o menor medida todos los revolucionarios y en especial los partidarios de la Montaña y los Jacobinos. El ideal social de los *sans-culottes* está muy cerca del de los seguidores de Robespierre: una comunidad de productores independientes a los que el Estado a través de sus leyes aseguraría una igualdad aproximativa. Opuestos a la burguesía de la Montaña, los militantes *sans-culottes* exigieron la tasa y la reglamentación, algunos reclamaron la limitación de la propiedad artesanal y comercial. Más que por consideraciones teóricas, justificaron el *maximum* por las necesidades de la defensa nacional, y más aún como un medio de establecer el equilibrio entre intereses económicos antagónicos. Al hacer esto, seguían siendo fieles a la Declaración de la Montaña de junio de 1793, que concibe a la nación como una comunidad donde todos los ciudadanos son iguales y cuyo fin es la felicidad común. Por consiguiente, en el terreno social, la *sans-culotterie* aparece, con algunos matices, con las mismas contradicciones, a remolque de la burguesía de la Montaña y en especial de la jacobina. Su originalidad hay que buscarla en otra parte: en su comportamiento político.

¿En qué medida estas ideas sociales son representativas del conjunto de la *sans-culotterie*? Las deliberaciones, los informes y las peticiones que nos han transmitido, sólo proceden de una minoría de militantes lo bastante cultivados como para redactarlos y que, a pesar de no tener un conocimiento directo del pensamiento filosófico de su siglo, estaban más o menos impregnados de él. Las ideas de Rousseau en especial ya se habían difundido mucho antes entre el pueblo a través de los clubes y las sociedades populares; muchos textos procedentes de las secciones son un eco ensordecido de tales ideas. No es menos cierto que muchos militantes, que incluso ocuparon cargos en las secciones, no sabían leer ni escribir: muchos escritos dan fe de ello. La gran mayoría de la *sans-culotterie* se puso

en movimiento más que por la fuerza de las ideas por sus miserables condiciones de vida; la carestía constituye el móvil permanente de la agitación popular, desde el motín de Rêveillon, en abril de 1789, a las jornadas de *germinal* y de *prairial* del año III, sin que por ello puedan descartarse los móviles políticos, en especial al tratarse de las jornadas revolucionarias. En el año II todos los *sans-culottes* tienden confusamente hacia esta república igualitaria, a la que califican como democrática o popular. Si, gracias a una instrucción suficiente, sólo algunos militantes pueden esbozar sus rasgos y justificarlos en teoría, a la zaga de los líderes de la Montaña o jacobinos, la mayoría de los *sans-culottes* se contentan con luchar por sus reivindicaciones más inmediatas.

Las aspiraciones sociales de la *sans-culotterie* se vislumbran, en último análisis, a través de sus luchas reivindicativas; así por ejemplo, la tasa y la reglamentación. En 1793 se reclamó el *maximum* de los granos para poner el precio del pan en armonía con los salarios, es decir, para permitir vivir a los trabajadores: en su apoyo se invocó entonces como argumento el derecho a la existencia. La reivindicación social precedió y suscitó la justificación teórica que, a su vez, reforzó la lucha. Las acciones reivindicativas, más que las declaraciones de principios, permiten precisar las aspiraciones sociales de la *sans-culotterie*.

Por ejemplo, las reivindicaciones de las secciones referentes a las diversas formas de especulación y, en especial, a la concentración de los suministros de guerra en manos de grandes empresarios, subrayan, mejor que todos los sistemas, el ideal popular de la propiedad limitada y de la pequeña producción independiente que la legislación habría de mantener dentro de estrechos límites.

3. «SANS-CULOTTERIE» Y CAPITAL COMERCIAL

Contra el comercio de numerario.—Contra las sociedades por acciones.—Contra la concentración de los suministros de guerra: crítica de la gran empresa, defensa de la pequeña producción independientes.—Los talleres de vestuario de las secciones: aspiraciones populares y exigencias de la defensa nacional.

La hostilidad de los *sans-culottes* contra el capital comercial está simbolizada, en primer lugar, por la persistencia de sus reivindicaciones contra el comercio de numerario.

Había en ello razones de carácter general. La circulación de la moneda de oro y plata contribuía al descrédito del asignado y agra-

vaba, en consecuencia, la crisis de la economía y de las subsistencias. El dinero amonedado se había convertido en el símbolo de las clases sociales que se oponían a la República igualitaria de los *sans-culottes*. De ahí las declamaciones tan frecuentes en el año II contra el oro o el lujo. En febrero de 1793 una vigorosa petición reclamó la prohibición de vender numerario resaltando su incidencia en la depreciación del asignado y en el encarecimiento de la vida. El 3 de marzo, un nuevo informe en este sentido procedente del conjunto de las secciones. La Convención acabó por ceder el 11 de abril. No por ello cesó el comercio de dinero. El 27 de junio, el representante Dentzel denunciaba a los agiotistas de la calle Vivienne. El 29 de agosto, la sección de l'Unité señalaba al Consejo general de la Comuna la existencia de mercaderes que traficaban con dinero bajo las galerías del jardín de l'Egalité. El establecimiento del Terror ocasionó un aumento de la represión que todavía pareció insuficiente. El 7 *frimaire*, el Consejo General adoptó una petición del club de los Cordeliers tendente a proscribir la circulación de numerario hasta la paz. Los Cordeliers pedían en particular «que cualquier mercader, negociante e incluso cualquier individuo que perciba un salario de un hombre culto, sea obligado a depositar en la Casa de la Moneda todo lo que pueda poseer en oro y plata, sin excepción, para cambiarlo por asignados». Ello hubiera suscitado una nueva causa de descontento en el mundo de los negocios y del comercio, así que la petición fue reenviada al Comité de salvación pública.

No era suficiente perseguir a los agiotistas. Todavía era necesario emprenderla con los organismos que servían de punto de apoyo al capital comercial. Los *sans-culottes* reclamaron el cierre de la Bolsa y la supresión de las compañías por acciones. El 1 de mayo de 1793, la sección del Faubourg-du-Nord pidió que se cerrara la Bolsa; al día siguiente, la sección del Contrat-Social se adhería a esta petición. Una vez eliminada la Gironda, la Convención accedió a esta petición, el 27 de junio de 1793, decretó el cierre de la Bolsa de París. Sin embargo, lo hizo solamente bajo la presión popular y como una concesión a las reivindicaciones de las secciones, el día 25, Jacques Roux había presentado una petición amenazadora, y el día 26 los disturbios del jabón habían estallado en los puertos del Sena.

Muy significativo también de la posición económica de los *sans-culottes* fue su hostilidad a las sociedades por acciones que se habían multiplicado a fines del Antiguo Régimen y que constituían la forma más evolucionada del capital comercial. A finales de julio de 1793, un ciudadano de la sección de los *Sans-Culottes* se extraña al ver aparecer «aquí un Montepío, allí una Caja de Comercio, en otro

sitio la Caja de Ahorros, más lejos el Seguro de los ancianos, por aquí la Caja de la Tontine de los seguros de vida, en esta puerta la Lotería patriótica de la calle de Bac», simples empresas para acaparar el dinero. «Estos hombres ricos, dueños y empresarios de caja son a los que más hay que temer»; *arruinan* el comercio y contribuyen a las dificultades de la República. Que la Convención haga embargar a «estas cajas de bribones». El 24 de agosto, la Asamblea prohibía las Compañías financieras, el 26 *germinal* las prohibía todas sin excepción, rectificando así su decreto del 17 de primer mes del año II.

Aunque la política de defensa nacional en materia de suministros pudo prescindir de las sociedades por acciones, fue, no obstante, necesario el recurso a la empresa privada, habiéndose adoptado la nacionalización sólo para la fabricación de armas. Deseosos de eficacia, los Comités de gobierno estaban dispuestos a concentrar los pedidos en manos de grandes empresarios u hombres de negocios, en lugar de dispersarlos entre los múltiples pequeños talleres. De ahí brotó, durante todo el año II, una fuente de conflictos entre el Gobierno revolucionario y la *sans-culotterie*, lo que contribuyó al empeoramiento de sus relaciones.

Declarada la guerra y, con el fin de aliviar la miseria popular y reducir el paro, las secciones pretendieron reservar para sus miembros el trabajo de proporcionar el vestuario de las tropas. El 8 de septiembre de 1792, el Consejo general de la Comuna había pedido que la tarea se distribuyera proporcionalmente entre las 48 secciones. La crisis de comienzos de 1793 y los alistamientos que provocó, multiplicaron las necesidades. Las secciones abrieron talleres, por ejemplo, la de las Tuileries, que, para reunir los fondos necesarios, estableció, el 4 de febrero de 1793, «una contribución cívica en dinero y en especie». Los considerandos en los que la sección de las Tuileries basa su decisión, son significativos de la hostilidad popular contra el capital comercial. «En primer lugar, los proveedores ávidos, mal intencionados o torpes no podrán estorbar nunca más el movimiento de las tropas, ni frenar nuestros éxitos; la suerte de la libertad ya no estará a merced de las especulaciones de un monopolio. En segundo lugar, ya nunca más un pequeño número de empresarios ricos se apropiará de todo el beneficio de abastecimientos inmensos; se repartirá entre todos nuestros comerciantes, entre todos nuestros obreros, entre todos nosotros. En tercer lugar, al estar las pequeñas empresas dirigidas siempre con inteligencia y con economía, y hacer un gasto menor, abasteceremos antes y los abastecimientos serán mejores.» No se podía hacer mejor el elogio de la pe-

queña producción independiente. Pero ¿se podía conciliar con las inmensas necesidades de la defensa nacional?

De hecho, el trabajo seguía organizado según el modo más corriente en aquella época: los empresarios recibían de la Administración la materia prima y hacían confeccionar los uniformes. Las secciones no cesaron de protestar contra esta organización: pero, faltas de anticipos, difícilmente pudieron librarse de él. El 15 de junio de 1793, a fin de que los obreros obtuvieran ventajas de la nueva tarifa de confección, la sección de Finistère decide establecer un taller bajo su control. Sin embargo, debe recurrir a comisarios capaces de aportar una garantía equivalente al valor de la materia prima atribuida a la sección, y adelantar el salario de los obreros; dos comisarios ajenos a cualquier especulación ejercerían la vigilancia en nombre de la sección y recibirían las reclamaciones. Sólo se presentó un ciudadano para depositar la garantía de 6.000 libras: era también un empresario, pero su libertad de empresa siguió estando limitada por el control de los comisarios de la sección.

Sin embargo, este sistema que respondía a las aspiraciones populares chocaba con las necesidades de la defensa nacional, que exigía una crecida producción y, por consiguiente, concentrada. Naturalmente, en el tema del vestuario la Administración se vio abocada a organizar grandes talleres, donde la producción se establecía sobre bases racionales, y se estrelló contra una oposición constante de los obreros habituados a un trabajo independiente que no cesaron de reclamar la organización de pequeños talleres en las secciones. De este modo, se enfrentaban dos concepciones de la organización económica, pero también lo hacían la política gubernamental y las reivindicaciones populares.

El 25 de julio de 1793, el ministro de la Guerra, Bouchotte, se esforzó una vez más en conciliar estos intereses contradictorios y en allanar «en bien del servicio» las dificultades entre las secciones y la Administración del vestuario. El 30 de julio, los comisarios de las 48 secciones expusieron al Consejo general de la Comuna, «a cuántos inconvenientes da lugar la reunión de un gran número de ciudadanos en un único taller» y consideran mucho más ventajoso el reparto del trabajo entre las secciones. El 9 de agosto, la Convención no dejó de decretar por ello la organización de seis grandes talleres de corte y confección en París y de una oficina de distribución y de reparto al lado de cada taller; la distribución de los trabajos para confeccionar se haría en proporción a las necesidades de cada sección. Los obreros reclamaron insistentemente contra la forma en que los administradores distribuían la obra. El 25 de agosto, una comisión de mujeres pide a la Convención la reorganización de los talleres de vestuario y que

los trabajos se transfieran a las secciones». Para acallar estas demandas, la Convención autorizó al ministro de la Guerra, el 30 de agosto de 1793, a elevar a 36 las oficinas de distribución, con el fin de evitar a los obreros cualquier desplazamiento excesivo; las asambleas generales nombrarían comisarios, a razón de uno por sección para vigilar la distribución y el reparto de los efectos que se habrían de confeccionar.

No por eso desaparecieron las quejas durante todo el año II. Los *sans-culottes* soportaban mal la tutela de la Administración juzgada como demasiado estricta; en especial, protestaban contra los empresarios y subastadores de quienes, por otra parte, no podían prescindir. El 2 de octubre de 1793, la sección del Faubourg-Montmartre reclamó a los Jacobinos, «en nombre de las mujeres indigentes de esta sección, ocupación en la partida del vestuario de las tropas». Por la misma época, la sociedad de los Hombres-Libres, de la sección *Révolutionnaire*, pide que la distribución del trabajo sea confiada a las secciones, «donde se conocen mejor las necesidades reales y el civismo de los ciudadanos», y a este respecto afirmó el derecho al trabajo de «la clase indigente y laboriosa». Las reclamaciones contra los empresarios y los subastadores fueron mucho más vivas. El primero de octubre de 1793, una comisión de zapateros pidió a la Convención ser ellos los únicos admitidos como proveedores de zapatos para la tropa». El 4 *pluviôse*, la sociedad popular de la sección de la *l'Unité* propuso «una ley para aniquilar y suprimir a todos los subastadores de la República que, por medio de astutas maniobras, se introducen en los abastecimientos del equipo para las tropas». ¿Quién lo sufre? «La República, los artesanos indigentes, los obreros sin fortuna, quienes, para poder comer pan, se ven forzados por las necesidades de la vida a ir a casa de estos egoístas a pedir trabajo para hacerlo a un precio tirado». Para evitar recurrir a estos intermediarios, la sociedad de la sección de *l'Unité* pide «que todas las mercancías necesarias para el mantenimiento y el abastecimiento de los ejércitos se depositen sin dilación en los almacenes de los administradores, con el fin de que estas mercancías se repartan entre los talleres de vestuario de las secciones» establecidos conforme al decreto de 30 de agosto de 1793; de esta forma, los obreros tendrán trabajo «y el pan que comen reanimará sus sentimientos republicanos». La petición denunciaba los beneficios de los *subastadores monopolistas*. Las operaciones que realizan, parecen ventajosas para la República; en realidad «los monopolistas hacen recaer todo el peso de su avaricia sobre los infortunados»: pagan de 16 a 18 sueldos por la confección de un par de botines, de 10 a 12 sueldos por una camisa, mientras que ellos reci-

ben 30 sueldos por cada uno de estos trabajos, sin contar el hilo que corre a cargo del obrero y absorbe casi la mitad de su salario.

Esta petición respondía demasiado a la hostilidad popular contra el capital comercial, como para no suscitar la adhesión del conjunto de las sociedades de las secciones. Por ejemplo, la de la sociedad Lepeletier desde el 7 *pluviôse*, y el 15 la de la asamblea general de la sección de los Inválidos. Los obreros de esta sección volvieron a la carga el 30 *pluviôse*, presentando a la asamblea una petición que pretendía «obtener que los uniformes a confeccionar para los soldados de la República se repartan entre los talleres de las secciones y no entre los subastadores ávidos quienes retienen una gran parte del precio de las hechuras»; al considerar la asamblea «que era justo que el beneficio por hacer trabajos públicos se utilice en beneficio del mayor número y de los más pobres», nombró comisarios para acompañar a los peticionarios ante los Jacobinos. La sociedad popular de l'*Unité* que había presentado su petición a la Convención el 20 *pluviôse* sin conseguir nada y al Consejo General de la Comuna el día 24, consiguió arrastrar a todas las secciones y a las sociedades populares. Sus comisarios se presentaron en la barra de la Convención el 5 *ventôse*: la petición se volvió a enviar al Comité de salvación pública. Mientras se profundizaba la enfermedad social, constituía una advertencia suplementaria para el Gobierno. Una vez superada la crisis y eliminados los dirigentes de los *cordeliers*, los Comités no tenían ya por qué dar satisfacción a las aspiraciones populares: eso hubiera distanciado del gobierno revolucionario a una fracción de la burguesía, para la que las mercancías de guerra constituían una fuente de beneficios, y ello en el mismo momento en que los Comités revisaban su política comercial en un sentido liberal.

Por consiguiente, el problema subsistió al mismo tiempo que las reivindicaciones populares. El endurecimiento de la política gubernamental tras *germinal* no les impidió manifestarse. El 15 *floréal*, la asamblea general de la sección del *Bonnet-Rouge* denunció a una nueva aristocracia, la de los empresarios: «En todas partes, uno sólo, siempre el más rico, está seguro de absorber todas las empresas lucrativas cuyo reparto justo ofrecería los medios de existencia para sus familias y los beneficios obtenidos a una gran cantidad de buenos ciudadanos.» El establecimiento de las 12 Comisiones ejecutivas va a exigir «la ayuda en todos los sentidos de una multitud de obreros». No se puede permitir que algunos empresarios acaparen todo el trabajo. Con el fin de prevenir «este acaparamiento que traman esos empresarios financieros», la Convención debe decretar que nadie pueda presentarse a la subasta de estos diversos trabajos, si no está provisto de un certificado de civismo. De esta forma, se mantendrán ale-

jados a todos esos especuladores ávidos, que preferirán mantenerse aparte antes que correr el riesgo de una prueba cuyo resultado podría no ser favorable a muchos de ellos. En cuanto al *sans-culotte* que obtendrá fácilmente el certificado que ha merecido, sólo tomará «la porción de trabajo que le pertenezca, sin perjudicar a su hermano *sans-culotte*». Los militantes de la sección del *Bonnet-Rouge* tenían la intención de volver el Terror contra el capital comercial: la denegación de estos certificados de civismo arrojaba a los comerciantes-empresarios a la categoría de los sospechosos. Esta petición corrió la misma suerte que las precedentes: llegaba en el momento preciso en que los Comités de Gobierno aflojaban los resortes del Terror económico en beneficio de las clases poseedoras.

Pese a ello, los talleres de prendas de vestir de las secciones no fueron suprimidos inmediatamente por la reacción termidoriana; sin duda, prestaban algunos servicios. El aplastamiento de la *sans-culotterie* parisina durante las jornadas de *prairial* del año III ocasionó finalmente su supresión: el día 25, el Comité de Salvación Pública autorizó a la Comisión de abastecimientos a liquidar los talleres de corte y confección y las oficinas de distribución de la Comuna de París, y a hacer confeccionar el vestuario de las tropas por empresarios particulares.

La historia reanudaba su curso. No se podía tratar de favorecer a la pequeña producción independiente, mientras se había vuelto a la libertad económica y cuando la producción de guerra aparecía a la burguesía de negocios como un terreno reservado a sus iniciativas capitalistas.

4. LA FISCALIDAD POPULAR

Aspectos políticos y sociales de la tasa popular.—Las tasas de las secciones a los ricos, de 1793 al año II.—Los principios del reparto: su carácter moderado.—Contradicciones de la fiscalidad popular.

Mucho más que la acción contra la concentración de la producción de guerra, son las realizaciones de las secciones en materia de fiscalidad las que permiten caracterizar las aspiraciones sociales de la *sans-culotterie* y marcar sus límites. Tienden también a disminuir la diferencia entre ricos y pobres y a igualar las condiciones de existencia.

En este caso, el instinto social se combinaba con el fervor revolucionario, mientras los poseedores eran en muchas ocasiones moderados. La fiscalidad popular surgió de la misma mentalidad que los decretos de *ventôse*. Se trata de socorrer a los ciudadanos poco afor-

tunados imponiendo tasas a los ricos; aún importa golpear a los enemigos de la Revolución. El decreto que pidieron Collot d'Herbois y Fouché a la sección de la Commune-Affranchie * el 24 *brumaire* del año II, es particularmente claro: la tasa revolucionaria impuesta a los ricos será proporcional a su fortuna y a su falta de civismo. Las consecuencias sociales y políticas de esta fiscalidad popular fueron idénticas, guardadas todas las proporciones, a las de los decretos de *ventôse*: levantó a los poseedores contra un sistema que vejaba a la riqueza, y les incitó a liberarse del yugo de la democracia *sans-culotte*.

De la mentalidad con que se establecieron y percibieron las tasas revolucionarias sobre los ricos, da testimonio *L'Instruction* de la Comisión temporal de la sección de la Commune Affranchie compuesta en su mayoría por *sans-culottes* parisinos. ¿Cómo hacer frente a los gastos de la guerra y atender a todos los costes de la Revolución si no es imponiendo tasas a los ricos? Si son aristócratas, es justo que paguen una guerra que ellos han provocado. Si son patriotas, no pueden menos de alegrarse de ver cómo su fortuna sirve a la República. Todo ciudadano que ha superado el nivel de la necesidad debe estar sujeto a la tasa: «No se trata aquí de una exactitud matemática, ni de un escrúpulo timorato con el que se debe trabajar en el reparto de las contribuciones públicas.» Los recaudadores tomarán todo aquello que un ciudadano tenga de sobra, «porque lo superfluo es una evidente y gratuita violación de los derechos del pueblo». Llevados del espíritu *repartidor*, los militantes redactores de *L'Instruction* la emprenden con todos los bienes. La tasa sobre los ricos no recaerá solamente sobre sus rentas. «Todas las materias que les sobran y que pueden ser útiles a los defensores de la patria, la patria las reclama en este momento; por ejemplo, hay personas que tienen montones ridículos de paños, de camisas, de servilletas y de zapatos»: todos estos objetos serán sometidos a la requisa revolucionaria. En algunos casos, *L'Instruction* se aplicó al pie de la letra.

Que esta concepción según la cual sólo los ricos deben soportar el peso de las cargas del Estado, y asimismo ayudar a los ciudadanos sin fortuna es característica de la mentalidad popular, lo prueba también su supervivencia durante la reacción del año III. El informe de la sección de Piques a la Convención, el 30 *germinal*, que, sin embargo, denuncia a los antiguos terroristas, reclama una constitución «que sobre todo no condene al hombre privado de fortuna a cumplir los deberes del rico que los olvida con demasiada frecuencia. El hombre

* Se ha preferido mantener el original francés, en vez de dar una traducción literal: comuna liberada, que no tiene la fuerza expresiva del término francés. (N. del R.)

que tiene propiedades y, que, por tanto, exige una mayor garantía, debe, en consecuencia, pagar más servicios al Estado. Ha llegado la hora —prosigue el informe— de atacar a los ricos egoístas que no comparten ni nuestras penas, ni nuestros peligros; uncíles al carro de la Constitución; que sólo ellos le arrastren con esfuerzo y que el agricultor, el artesano, y la clase indigente le conduzca sin esfuerzo».

Del 10 de agosto al 9 *thermidor*, los militantes de las secciones tuvieron varias veces la ocasión de poner en práctica estos principios. Los empréstitos, tasas o *colectas voluntarias* llevadas a cabo por orden de las asambleas generales en las diversas secciones, en general tuvieron como objetivo sostener el esfuerzo de la guerra bien fuese el armamento y el equipamiento de los voluntarios o la organización de la recogida de la pólvora, o bien para socorrer a las mujeres y a los hijos de los combatientes. En raras ocasiones, tuvieron como única misión la de socorrer la miseria de los indigentes. De este modo, las aspiraciones sociales de los *sans-culottes* aparecen orientadas por las necesidades de la lucha revolucionaria; con menos frecuencia, se afirman solamente en nombre de los principios.

La ley de 13 *frimaire* del año III exigió una rendición de cuentas a las autoridades constituidas que habían percibido tasas revolucionarias o efectuado *colectas voluntarias* o *forzadas*: la sección del *Théâtre-Français*, antes de Marat, hizo redactar inmediatamente el extracto de cuentas. En septiembre de 1792, la asamblea había decretado una *colecta voluntaria* para el armamento y el vestuario de los voluntarios. En marzo de 1793 se decretaron nuevas *colectas voluntarias* con motivo de la leva de los 300.000 hombres, y más adelante, en mayo, en el momento del reclutamiento para La Vendée. En *frimaire* del año II, se abrió una suscripción «para ayuda de las personas que habían sufrido un incendio en la calle Serpente». En *nivôse* otra *colecta* para el armamento y el equipamiento de la caballería jacobina reclutada por la sección. En *germinal*, se trata de gallardetes para las compañías y de los gastos de la fiesta proyectada de los mártires de la libertad. En *floreale*, la asamblea general ordenó una última *colecta* «para satisfacer sus compromisos con los defensores de la patria y con sus familias».

Si consideramos el conjunto de las secciones, las exigencias de la fiscalidad popular estuvieron determinadas, en primer lugar, por el peligro exterior. Los militantes comenzaron a imponer tasas a los ricos para armar o socorrer a los voluntarios. El carácter de clase de la tasación se acentuó a medida que se reforzó el poder popular. La primera reivindicación de una tasación de clase corresponde a las jornadas de septiembre de 1792. El 2 de septiembre, la sección de Montreuil pide «una ley que obligue a todos los rentistas que no pudieran

pagar con sus brazos para defender la libertad, [a pagar] con sus fortunas para sostener a las mujeres y a los niños cuyos padres estuvieran combatiendo al enemigo». Este mismo día, la sección Poissonnière toma conciencia de una resolución de los Gravilliers que propone «que los ricos viejos se encarguen de las mujeres y de los hijos de los ciudadanos inscritos para defender las fronteras». Evidentemente, estas reivindicaciones no fueron satisfechas; las clases poseedoras detentaban todavía el poder con demasiada fuerza como para ceder en este punto. Las asambleas generales como la del *Théâtre-Français* organizaron muy bien en su territorio las colectas voluntarias pero sigue siendo imposible precisar sus modalidades.

En marzo de 1793, tras decretarse el 24 de febrero la leva de los 300.000 hombres, se asiste a un nuevo impulso de tasación revolucionaria: se trata de vestir y de armar a los combatientes, y de socorrer a sus mujeres y a sus hijos. Pero los *sans-culottes* todavía no son los dueños absolutos de sus secciones; los poseedores le disputan el poder. De manera que la tasación no presenta un claro carácter de clase, sino que resulta más bien de un compromiso. La asamblea general de la sección de *Bondy* decide, el 9 de marzo, vestir y armar a todos los voluntarios de la sección. Pero al considerar «que una de las causas que han retrasado hasta ahora la marcha de los intrépidos defensores de la libertad, ha sido la incertidumbre de la existencia de sus padres, madres, mujeres e hijos», decide, «que las mujeres, hijos, padres y madres de los ciudadanos poco afortunados que partieren, serán alimentados y sus alquileres pagados a costa de los ciudadanos de la sección». La sección deja a los propietarios reunidos en asamblea la responsabilidad de imponerse tasas a sí mismos, «de poner una pequeña parte de sus fortunas como compensación a los peligros, penalidades y la propia vida de quienes marchan a combatir al enemigo, para asegurarles a todos las ventajas de nuestra sagrada Revolución y sus propietarios». La sección se reserva únicamente el derecho de fijar por su propia autoridad la contribución de un ciudadano cuando ésta parezca notoriamente baja. Se ha llegado, está claro, a un compromiso entre poseedores y *sans-culottes*: éstos dan su sangre, aquéllos su dinero: compromiso que confirma, bajo otra forma, el privilegio de la sustitución, contra el que reaccionarán los *sans-culottes* cuando estén en el poder. Según los mismos principios, la asamblea general de la sección del Temple decreta el 11 de marzo de 1793, que «todos los ciudadanos contribuirán voluntariamente y según sus medios, que evaluarán ellos mismos, a las necesidades de aquellos de nuestros hermanos que marchan a las fronteras».

Tras el 2 de junio, en muchas secciones persistió la mala voluntad de los poseedores que pese a ello continuaron remitiéndose a su gene-

rosidad; esto sólo resalta la persistente debilidad del movimiento popular. Los comités civil y revolucionario de la sección de la *Indivisibilité* alertan a la asamblea general el 4 de junio: «Muchos ciudadanos ricos se niegan a cooperar con su persona y su fortuna al mantenimiento de la libertad y de la igualdad», otros no cooperan según sus posibilidades. Sin embargo, la asamblea ha decidido entregar, mientras dure la guerra de la Vendée, 100 libras al mes a cada voluntario, además de una ayuda a sus padres, es decir: 30.000 libras al mes para las quince compañías de la sección. Los comités señalan dos medios para hacer frente a estos compromisos. «El primero, que cada persona rica de la sección se comprometa por escrito, voluntariamente y según le dicte su conciencia, según sus posibilidades a aportar la suma que quiera entregar al mes, durante todo el tiempo que se prolongue la campaña de la Vendée; el segundo, es una tasa obligatoria sobre los ciudadanos ricos.» Los comités se pronuncian por la primera solución. El monto de las sumas prometidas será impreso y fijado en carteles. «Si se encuentran compromisos que no estén conformes con las fortunas presumidas (...), entonces la asamblea general podrá tomar las medidas que juzgue convenientes para hacer pagar a los ciudadanos citados según sus posibilidades.»

Tras las jornadas de septiembre de 1793, los *sans-culottes* se imponen definitivamente en sus secciones y lo que se había dejado a la buena voluntad de los poseedores, se convirtió en una exigencia. La tasación adquiere entonces un carácter de clase y se afirma como revolucionaria. El nuevo estado de ánimo, lo expresa Chaumette cuando declara al Consejo General de la Comuna el 19 *brumaire*: «Como los ricos no han querido contribuir de ninguna manera al bien de sus hermanos, ha sido preciso exprimirles para que pagaran la actividad y la vigilancia de los *sans-culottes*.» Si los poseedores no lo llevan a cabo, se les obligará por la fuerza. Antoine Lebrun, tapicero, juez de paz de la sección del *Bonnet-Rouge*, fue detenido en *prairial* del año III por haber declarado en septiembre de 1793, «que se podría obtener por las bayonetas los fondos para subvenir las acuciantes necesidades de las mujeres y de los hijos de los defensores de la patria». El carpintero Antoine Maréchal, comisario revolucionario de la sección del Mont-Blanc, es denunciado en *frimaire* del año III, porque en el año II no cesaba de reclamar «tasas revolucionarias obligatorias» sobre los ricos. En el momento de la fiesta que dio la sección en honor de Marat, ante la advertencia de que costaría muy cara, rebatió a gritos: «En la sección hay ricos, gentes sospechosas, los detendremos y les impondremos, si es necesario, hasta cien mil escudos de tasa revolucionaria.»

La ley del 14 *frimaire* sobre la organización del Gobierno revolucionario, y la prohibición de imponer y recaudar tasas semejantes, hizo que los *sans-culottes* se contentaran desde entonces con organizar colectas *voluntarias* en sus secciones. Aun así, los ricos tuvieron que pagar, ante el temor de levantar sospechas sobre su civismo. Lo hicieron con desagrado. Los comisarios de la sección de la *Halle-au-Blé*, encargados de la colecta para el equipo de un soldado de caballería jacobino, se presentaron en casa de un tal Petit, médico, quien les recibió gritando, «¡otra vez vosotros! ¿Pero cuándo va a terminar todo esto?», y se contentó con entregarles un asignado de diez sueldos, siendo público y notorio que poseía unas 5.000 libras de renta. Denunciado a la asamblea general, ésta le declaró por unanimidad mal ciudadano; la declaración se imprimió y se publicó en carteles.

Durante el invierno se multiplican las colectas *voluntarias* y aumenta la tensión entre poseedores y *sans-culottes*: armamento de soldados de caballería jacobinos, recogida de pólvora, ceremonias decatorias, fiestas cívicas, son otras tantas ocasiones de gravar indirectamente a los ricos. Si se ocultan, las autoridades populares amenazan con tratarlos como sospechosos. A comienzos de *pluviôse*, la sociedad Lepeletier decide armar a un soldado de caballería jacobino. Publica una circular dirigida a los ciudadanos acomodados: «¡Dichoso tú que tienes más dinero que ellos [los *sans-culottes*] para dar. No querrás renunciar a esta felicidad de la que tus hermanos te ven disfrutar sin envidia, solamente porque en compensación todos ellos están dispuestos a dar su sangre a la patria.» La asamblea de la sección de los Lombards adoptó, el 30 *pluviôse*, un reglamento sobre la organización de la recogida del salitre. Para hacer frente a los gastos de la instalación del taller y pagar a razón de seis libras por día a los *sans-culottes* ocupados en este trabajo, se organizó una colecta: el artículo 3 impone como multa que si los ricos no dan según sus medios económicos, se hará un informe a la asamblea general. El 30 *ventôse*, la sección Chalier decide hacer una colecta para la compra de tres calderas de cobre necesarias para el refinamiento del salitre; el 5 *germinal*, el comisario del salitre, tras haber hecho el elogio de los *sans-culottes* que han contribuido con todas sus fuerzas (jornaleros pobres han dado hasta 20 libras), «se queja amargamente de esos viles egoístas, enemigos de la Revolución, que todo lo guardan para sí y parecen insultar con su fausto y suntuosidad a la miseria del pueblo»: gentes ricas, de cuarenta mil libras, otros que poseen muchos criados, «individuos anteriormente con carruaje de lujo» no se han avergonzado de ofrecer solamente veinte sueldos o cinco libras. La asamblea general resolvió enviar la lista de estos ciudadanos

ricos al comité revolucionario, «con orden expresa de tratarlos como sospechosos según los términos de la ley».

Por haber perdido las secciones el poder de recaudar tasas revolucionarias por la ley del 14 *frimaire* y al no proceder más que a colectas *voluntarias*, sólo algunos documentos anteriores a esta fecha dan una idea de los principios de la fiscalidad popular. Las tasas recaudadas desde junio de 1793 a *frimaire* del año II tienen por objeto fundamentalmente el reembolso de los anticipos consentidos por el Tesoro, por orden de la Convención, que habían permitido a las secciones cumplir sus compromisos con los voluntarios de la Vendée.

El 11 de junio de 1793, la asamblea general de la sección del Panthéon-Français decide, a fin de liquidar sus deudas, recaudar una contribución sobre todas las propiedades territoriales y mobiliarias de la sección, que no recaerá sobre «la clase indigente de los obreros». La tasa es moderada; y, sobre todo, no presenta ningún carácter progresivo. Se impone a la propiedad territorial a la décima parte de su renta, deducción hecha de las cargas probadas por piezas legales y de 150 libras por hijo menor de quince años. La tasa de imposición es la misma para la riqueza mobiliaria, pero calculada sobre el alquiler. Abogados y gentes de leyes contribuyentes por un décimo de su alquiler, los maestros en una veintea parte (el 5 por 100), los funcionarios públicos a razón de seis dineros por libra de salario (el 2,5 por 100). Por último, los ciudadanos «que viven únicamente del trabajo de sus manos» habrían de contribuir con seis dineros por libra de alquiler que superase las cien libras; por debajo de esta cantidad, darían lo que quisieran. Si trabajadores y empleados era favorecidos, la tasación sobre las propiedades territorial e inmobiliaria, en ausencia de cualquier progresividad, seguía siendo moderada: ¿No eran muchos *sans-culottes* propietarios ellos mismos de su tienda o de su terrero?

La sección de los Gravilliers adoptó un sistema progresivo. Los días 6, 7 y 8 de junio, el comité revolucionario discutió sobre «una forma de reparto sobre los ricos» para recuperar las 180.000 libras pedidas en préstamo por la sección. Finalmente, la asamblea fijó el *minimum* imponible en 1.200 libras para los bienes territoriales, en 300 para los alquileres, la tasa de base de la tasación en la veintea parte (el 5 por 100) «y así progresivamente». Por desgracia, no está indicada la tasa de progresión. Un acta de deliberación de la sección de los Lombards del día 6 de septiembre, para reembolsar a la Tesorería nacional el préstamo contraído en favor de los voluntarios de la Vendée, fija una base de percepción idéntica, pero entrando en más detalles. Serán gravados todos los ciudadanos de la sección cuyos salarios públicos o cuyas rentas territoriales o industriales excedan

de 1.200 libras de renta anual, conocida o presumida. Los ciudadanos «acomodados que viven de sus rentas», es decir sin trabajar, pagarán la mitad además de la tasa impuesta a los demás ciudadanos. Los solteros son clasificados dos clases por encima de la que les correspondería por sus rentas. Por el contrario, cualquier padre de familia que tenga a su cargo al menos cuatro hijos por debajo de los doce años será desgravado a la mitad, contando como un niño cualquier pariente anciano o enfermo a su cargo. Por último, «los jóvenes comerciantes, empleados de banqueros, pasantes de notarios y de abogados, alojados a costa de las personas para quienes trabajan» y que estaban en situación de requisa en el momento de la marcha para la Vendée, son penalizados: pagarán según el caso de 10 a 50 libras. También en este caso faltan dos elementos esenciales para apreciar el alcance de la fiscalidad popular: las tasas de imposición y de progresión.

Sobre este punto es más explícito el proyecto de *contribución* de la sección de Bonne-Nouvelle. Los propietarios de inmuebles y las personas que vivan de sus rentas serán gravados en una quinta parte (el 20 por 100) de la renta neta de sus inmuebles o de sus rentas: no se prevén para esta categoría ni un *minimum* imponible ni la tasa progresiva. Sobre todos los inquilinos pesará un gravamen; para que esta contribución no golpee a «la clase indigente», la asamblea general determinará un *minimum* imponible; la tasa será progresiva: un sueldo por libra (el 5 por 100) de *minimum* imponible hasta 300 libras de alquiler; un sueldo con seis dineros por libra (el 7,5 por 100) de 300 a 600 libras; dos sueldos por libra (el 10 por 100) de 600 a 1.000 libras; dos soles con seis dineros por libra (el 12,5 por 100) por encima de 1.000 libras. Los funcionarios, empleados, pensionistas, etc., serán gravados según su sueldo a razón de: un sueldo por libra (el 5 por 100) hasta 2.000 libras de salario; un sueldo con seis dineros por libra (el 7,5 por 100) de 2.000 a 4.000 libras; dos sueldos por libra (el 10 por 100) por encima de 4.000 libras de salario.

Es sorprendente el carácter moderado de esta tasación popular. Las secciones parisinas reclamaron muchas veces a la Comuna y a la Convención el impuesto progresivo sobre los ricos bajo el nombre de préstamo obligatorio. Ésta finalmente decretó uno obligatorio de forma excepcional y con repugnancia. Cuando se discutió el día 21 de junio el proyecto de este préstamo decretado ya en principio, Robespierre declaró que no trataba con suficientes miramientos *las fortunas medianas*, pero al mismo tiempo recomendaba no asustar a los ricos. La fiscalidad popular presenta la misma contradicción: está deseosa de tratar con miramiento a los no poseedores, pero sin agobiar la propiedad territorial o mobiliaria de la que en cierta medida

gozaban muchos *sans-culottes*, maestros artesanos o pequeños comerciantes.

5. EN FAVOR DEL DERECHO AL TRABAJO Y A LA ASISTENCIA

Reivindicaciones populares.—Promesas y realizaciones gubernamentales.—¿Una gran esperanza defraudada?

En el pensamiento popular y a falta de una redistribución de la propiedad a través de la fijación de un *maximum* para las fortunas, la fiscalidad debía remediar la desigualdad de las condiciones de vida. La reivindicación de los derechos al trabajo y a la asistencia tendía al mismo principio: asegurar su subsistencia y una existencia independiente a cada ciudadano. Derecho al trabajo y derecho a la asistencia aparecen como los corolarios del derecho a la existencia: tienden a asegurar *la igualdad de goces*.

El 22 de mayo de 1793, en la presentación de sus voluntarios para la Vendée, la sección de Gravilliers pide a la Convención que asegure la subsistencia de los *sans-culottes*, en especial por medio de *obras públicas*. La Declaración de derechos del 24 de junio era menos clara dado que en ella no se afirmaba explícitamente el derecho al trabajo, sino tan solamente el derecho a la asistencia, aunque en el pensamiento popular no podían dissociarse el uno del otro. La sección de la *Maison-Commune* deduce uno y otro del derecho a la existencia, en su petición del 27 de julio de 1793. El paro forzoso y la carestía arrebatan «a la clase menos acomodada» sus posibilidades de existencia; el legislador debe restituírselas. Los medios son *simples*: «el trabajo, el precio moderado de los artículos de primera necesidad». En consecuencia, la sección de la *Maison-Commune* pide el inicio de obras públicas. «En un Estado donde reinan la libertad y la igualdad —afirma aún en *brumaire* del año II una petición de la sociedad de los Hombres Libres— las obras públicas son la propiedad de la clase indigente y laboriosa de la sociedad», era reivindicar el derecho al trabajo.

Las reivindicaciones populares en materia de asistencia fueron más precisas y más obstinadas.

Desde antes del 31 de mayo, en su lucha contra los moderados, las secciones avanzadas habían situado la organización de ayudas públicas en el primer plano de sus preocupaciones; era preciso captar a los *sans-culottes* más pobres. Por medio de su decreto de 26 de noviembre de 1792, la Convención ya había concedido ayudas a los padres y a los hijos de los voluntarios, medida que se extendió a las

familias de los militares de todas las armas el 4 de mayo de 1793. La sección de los *Inválides* fue más allá; el 8 de mayo reclamó una pensión para las viudas y los huérfanos, para los mutilados y para aquellos que perdieran su profesión; los fondos necesarios serían suministrados por una contribución de una doceava parte de la renta anual sobre los ciudadanos en edad de llevar armas. Pero no se trataba solamente de conceder ayudas a los padres y a los hijos de los voluntarios; era preciso también atender a las necesidades de los que lo requiriesen haciendo contribuir a los ricos; las medidas propuestas que no están exentas, en general, de una cierta hostilidad de clase contra los poseedores. El préstamo obligatorio sobre los ricos que reclaman las secciones del arrabal de *Saint-Antoine*, el primero de mayo de 1793, tiene como objetivo equipar a los voluntarios, pero también socorrer a los pobres.

Tras el 2 de junio, el tono cambia y se hace más imperativo. En su llamamiento del día 10, los artilleros de la sección del Quatre-Vingt-Douze piden una Constitución «que consagre que los socorros de la Patria son la propiedad del pobre». La Declaración de derechos les da satisfacción, pues en ella los socorros públicos se declaran *deuda sagrada*. Pero todavía era preciso que estuvieran organizados. En el mes de marzo anterior, la Convención había sentado las bases de la organización general de los socorros públicos. El día 28 de junio, adoptó un decreto sobre las ayudas que habrían de otorgarse anualmente a los niños, a los ancianos y a los indigentes; el 15 de octubre, se ocupó de la extinción de la mendicidad. Pese a ello, no se tomaron nunca las medidas de aplicación de estos decretos generales, y las reivindicaciones no cesaron.

En el momento de la aceptación de la Constitución, muchas de las asambleas primarias parisinas felicitaron a la Convención por haber proclamado el derecho a la asistencia, pero la apremiaron «a consumir su obra». En particular, las secciones del arrabal de *Saint-Antoine*. Las secciones de los *Quinze-Vingts*, de *Popincourt* y de *Montreuil*, donde los indigentes eran más numerosos, declaran el 4 de julio de 1793 que ha llegado la hora de que el pobre que ha sostenido él sólo la Revolución hasta el momento, «comience a recoger sus frutos»; reclaman «el establecimiento deseado desde hace tanto tiempo de talleres donde el hombre trabajador encuentre siempre en cualquier tiempo y lugar, el trabajo que le falta; hospicios donde el anciano, el enfermo y el lisiado reciban con fraternidad las ayudas que la humanidad les debe». El 17 de julio, la sociedad de Mujeres Republicanas-Revolucionarias pide la *organización de los socorros públicos*. El 14 de agosto, todas las secciones parisinas en conjunto comunican al Consejo general una petición dirigida a la Convención

sobre la organización de los hospicios y de los hospitales. A comienzos de septiembre, coincidiendo con la partida de los jóvenes de la recluta, aparecen las mismas reivindicaciones en los informes patrióticos. El 11 de septiembre, los de la sección de *Montreuil* recuerdan a la Convención su *promesa sagrada*; «la munificencia nacional debe [a nuestros padres] las ayudas que exige el estado de desnudez en que los dejamos». El 22 de septiembre, hacen la misma reivindicación los quintos de la sección de *Popincourt*.

En *brumaire*, las medidas adoptadas por Fouché en la Nièvre y comentadas con entusiasmo al Consejo general por *Chaumette* suscitaron nuevas reclamaciones. «Se me escribe —declaró el procurador de la Comuna el 11 *brumaire*— que en este país ya no hay nobles ni sacerdotes, ni ricos; digo ricos porque se ha encontrado el modo de expulsar de este país la indigencia al dar ayudas a todos los desgraciados lisiados y zarrapastrosos.» *Chaumette* reclamó un plan de asistencia «para ayudar a los ancianos, a los inválidos y encontrar el medio de dar ocupación a los indigentes para extirpar la mendicidad de París y socorrer a la humanidad sufriente». La financiación se haría a expensas de los ricos. «¡Los ricos! Es preciso obligarles a hacer el bien y hacerles contribuir por grado o por fuerza a la felicidad de todos.» Una vez más, todo quedó en estas afirmaciones de principio. El 22 *brumaire*, la sección Mutius-Scaevola sugirió que las sumas necesarias se descontaran del préstamo obligatorio sobre los ricos, pero esta sugerencia no se tuvo en cuenta. La sociedad popular de *Popincourt* pide el 28 *nivôse*, que se organicen siempre «a expensas de los ricos egoístas» los depósitos donde colocar a los ciudadanos indigentes y a los ancianos, «por ser escasa su fortuna —razonan— la sección tiene el dolor de ver sufrir a sus hermanos sin poderlos asistir».

El empeoramiento de las condiciones de vida a finales del invierno del año II motivó una nueva oleada de reivindicaciones para la organización de las ayudas públicas. El 3 *ventôse*, el observador Hanriot señala la organización de un hospicio por la sección del Contrat-Social «donde serán recibidas las mujeres encintas y donde se les procurará el caldo y la carne necesarios en casos semejantes». La sección del Homme-Armé adoptó una resolución «sobre las ayudas que se deben dar a los desgraciados», a la que se adhirieron en particular la sociedad popular Lepeletier, el 14 *ventôse*, y la sección de los Inválidos el 15. La sección del Homme-Armé, basándose en el artículo 21 de la Declaración, recuerda a la Convención «que ha llegado la hora de hacer entrar en posesión de sus derechos a los ciudadanos sin fortuna». Pide el establecimiento de un hospicio en cada sección, «de manera que el rico egoísta no pueda aspirar a tener en su propia

casa más atenciones y comodidades que las que van a encontrar nuestros hermanos pobres en el asilo preparado por nuestras manos republicanas». Ningún pobre con buena salud será recibido en estos hospicios; que se les distribuyan las ayudas momentáneas de las que tuvieran necesidad, en especial que se les busque trabajo o las materias primas necesarias para su profesión. Por su parte, el 15 *ventôse*, la sociedad popular de la Bonne-Nouvelle presenta a la Convención sus ideas «sobre los medios de hacer concurrir proporcionalmente a las diferentes clases de la sociedad en socorro de los indigentes». El día 29, la sociedad popular de los Lombardos discute sobre un proyecto de caja de beneficencia: «Según los medios propuestos, en caso de enfermedad cada miembro estará seguro de recibir ayudas de la sociedad.» Era ya el principio de la seguridad social. El decreto del 22 *floreál* sobre la apertura de un libro de la Beneficencia nacional en cada departamento esbozó este sistema de seguridad social que reivindicaban confusamente los *sans-culottes*, todavía no enteramente liberados de la concepción tradicional de la caridad.

De todo eso, no quedó nada tras *Thermidor*, salvo una gran esperanza frustrada.

6. EN FAVOR DEL DERECHO A LA INSTRUCCIÓN

Reivindicaciones e ideas populares en materia de educación y de instrucción.—Discusiones, promesas e impotencia gubernamentales.—Las realizaciones de las secciones: sus dificultades.—Decepción e irritación populares.

Lo mismo sucedió con la instrucción pública cuya organización hubiera contribuido también a realizar *la igualdad de goces*.

Como hijos de su siglo, los *sans-culottes* colocaron la instrucción en el primer puesto de sus reivindicaciones con el mismo título que los demás derechos sociales. En ella vieron un medio de mejorar sus condiciones de vida, de elevarse en la escala social y de destruir el imperio de la riqueza, pues la instrucción, cuando la comunidad no la asegura a todos, es el privilegio más precioso de las clases afortunadas. Esperaban también de sus progresos un reforzamiento de la República, pues creían que solamente se podía asegurar el porvenir si las generaciones jóvenes estaban nutridas de su ideal. De este modo, la reivindicación de una enseñanza gratuita se integra en la acción social de la *sans-culotterie* y acaba de caracterizarla.

Desde antes del 31 de mayo, las secciones más avanzadas insisten sobre la organización de la instrucción pública o se esfuerzan por

organizarla ellas mismas. El 17 de marzo de 1793, la sociedad patriótica de la sección de Luxembourg decide establecer «una instrucción pública y provisional para los niños». En vista de la urgencia, se encargará ella misma de enseñarles a leer y escribir; recibirá a los niños, muchachos y muchachos de seis a doce años, dos veces por semana. Concederá una atención especial a la educación moral y cívica. «Las bases de la instrucción serán la explicación de los deberes y las obligaciones de los niños hacia su patria y hacia sus padres, la exposición de las costumbres y los sentimientos que deben esforzarse en tener para ser útiles a la sociedad; se cultivará su bondad natural, se les inclinará a la piedad y el respeto a los ancianos (...). Se les demostrará por medio de comparaciones sencillas y a su alcance el fin de toda sociedad, los diversos gobiernos que pueda adoptar; en especial se les instruirá sobre el gobierno fundado en la libertad y la igualdad. Se les explicarán las leyes naturales, las leyes políticas y las leyes civiles. Se añadirá a ello la definición de la soberanía, de la sanción del pueblo, de la libertad, de la igualdad, de la República, de los males inherentes a todo gobierno tiránico y de los bienes que se derivan naturalmente del gobierno republicano.» La sociedad de Luxembourg colocaba en primer plano las preocupaciones cívicas y políticas.

Estas mismas preocupaciones guían a las secciones del Observatoire, de Finistère, de los Sans-Culottes y del Pantheon-Français, cuando reclaman en el mes de mayo *un código de educación nacional* conforme con los principios de la República. El día 22 de mayo, la sección de los Gravilliers compromete a la Convención a asegurar la unidad y la indivisibilidad en particular por la educación nacional.

Tras el 2 de junio, la organización de la instrucción parece más necesaria que nunca para consolidar la victoria popular. «Por un lado, la ignorancia y el fanatismo destruyeron cuatro años de combates y sacrificios —declara el día 16 un ciudadano en la asamblea general de la sección de los Amis-de-la-Patrie; por otro, la instrucción y las luces disipan los prejuicios y nos hacen amar a una Revolución que sólo en la virtud puede encontrar una base indestructible.» El orador insiste en la necesidad «de proporcionar todos los medios de instrucción a la parte indigente del pueblo», pide la rápida organización de las escuelas *primarias*. La Declaración del 24 de junio de 1793, al reconocer el derecho a la instrucción, daba satisfacción teórica a las reivindicaciones populares. Pero, como afirma la sección del Pantheon-Français el día 27, «no basta con crear las leyes, es preciso asegurar su ejecución». Una vez terminada la Constitución, la tarea urgente y actual es elevar «la columna que debe servirle de barrera contra los prejuicios del sacerdocio y de la nobleza; decretad, organizad una educación común y republicana; esta educación, olvi-

dada durante largo tiempo, entra esencialmente en las grandes medidas de salvación pública. La ignorancia y el fanatismo hacen más mal que la *Vendée* y que las armas de los sublevados». También aquí, el fin es esencialmente político: se trata de organizar «una educación nacional que facilite a los *sans-culottes* los conocimientos adecuados para desempeñar todos los empleos».

Los informes de felicitaciones con motivo de la aceptación del Acta constitucional insistieron en la necesidad de organizar rápidamente la instrucción pública. Por ejemplo, el día 4 de julio, la sección de los Amis-de-la-Patrie. Ese mismo día, la sección de los Federés pide «un plan de educación concebido sabiamente para asegurar la prosperidad de nuestros hijos»; las floristas invitan a la Convención a organizar «la instrucción nacional según los principios populares». El 7 de julio, la sección del Bon-Conseil pide una educación nacional que desarrolle «el germen de las virtudes patrióticas»; el día 14, la de los Droits-de-l'Homme, «una instrucción pública que enseñe a los ciudadanos la norma de su deber y la práctica de las virtudes».

No obstante, los *sans-culottes* no tienen intención de contentarse exclusivamente con una educación cívica que tienda a formar a los futuros ciudadanos; quieren también una educación práctica y utilitaria que por la formación profesional prepare a la juventud para actividades positivas. En este caso, la influencia de las ideas del siglo es innegable, especialmente la del *Emilio*: es preciso inculcar a los niños no tanto un saber intelectual cuanto principios morales y profesionales. El día 4 de julio, la sección de Faubourg-Montmartre pide, «no una de esas educaciones metafísicas que debilitaría las costumbres y las virtudes republicanas, sino una instrucción adecuada para perfeccionar las artes y los oficios, capaz de dar un gran impulso a la industria nacional, actividad a nuestras fábricas y a nuestro comercio, y de destruir para siempre la tiranía». Ese mismo día, las tres secciones del arrabal de Saint-Antoine declaran que esperan con confianza la ley sobre la educación: «Estamos absolutamente seguros de que encontraremos en ella los medios de hacer gozar al cultivador (...) de todos los descubrimientos que puedan simplificar sus operaciones y multiplicar los frutos; que el artista, el alma del comercio, encontrará en ella el medio de perfeccionar su arte, el obrero su talento, y que haréis desaparecer de ella todo lo que pudiera dejar renacer o perpetuar el espíritu de la superstición.»

El día 13 de julio, Robespierre daba a conocer a la Convención el plan de Lepeletier de Saint-Fargeau; el día 29, en nombre del Comité de instrucción pública, propuso su adopción. El asunto quedó ahí, aunque la organización de la instrucción pública constituyó un tema de agitación para la oposición. El 17 de julio, la reclaman las

Mujeres Republicanas Revolucionarias. El 17 de agosto en *L'Ami du Peuple*, Leclerc da las gracias «a aquellos que han concebido el proyecto de dar una educación común a todos los niños», es decir, a Lepeletier. «¿Por qué no ha adoptado íntegramente la Convención nacional esta juiciosa medida, por qué teme obligar a los padres a someterse al nivel de la igualdad enviando a sus hijos sin distinción a las casas comunes de educación?» Hébert es más vehemente: «Nunca habrá buenos generales, buenos magistrados hasta que una buena educación haya reformado a los hombres.» Que la Convención se apresure «a dar instrucción a los *sans-culottes*, para librarles de la tiranía de los hombres de toga y de los literatos».

Animadas de esta manera, las secciones volvieron a la carga. El día 25 de agosto, la de los Lombards presenta una petición a la Convención para que la educación nacional *obligatoria y gratuita*. El día 12 de septiembre, la sección del Pantheon-Français sienta este principio: «La ley castiga, la instrucción persuade», y pide la apertura de una escuela pública y gratuita en cada sección o cantón. Por otro lado, no se trata solamente de educar a la infancia y a la juventud; tampoco se debe olvidar a la edad *viril* que sufre todavía «el ascendiente de los antiguos prejuicios». El día 21 de octubre, la Convención votó una decreto que instituía las escuelas primarias del Estado, cuyo programa combinaba el cultivo del espíritu y el del cuerpo, la moral y la formación física, los conceptos y la experiencia. Pero a partir del 14 *brumaire*, se le puso en cuestión. El movimiento de descristianización hizo sentir la urgencia de una organización, pues no se trataba solamente de destruir. Las secciones de Mutius-Scaevola y del Bonnet-Rouge aportan a todo esto un recuento de cuanto había quedado vacante del culto —22 *brumaire*— y apremian a la Convención para que organice «la educación nacional común y uniforme para todos». El 6 *frimaire*, «los niños» de la sección de *Mutius-Scaevola* perfectamente ensayados vuelven a solicitar a la Convención «la más rápida organización de las escuelas primarias».

La lentitud gubernamental obligó algunas veces a las secciones o a las sociedades populares a tomar la delantera. La sección de la Bonne-Nouvelle organizó «un curso de moral y de razón», la sociedad popular de Lazovski abrió «una escuela de moral para los jóvenes ciudadanos». El 27 *brumaire*, la sociedad popular de la Reunión propuso «un curso de moral conforme a los principios de la naturaleza y de la verdad»; la asamblea general adoptó este proyecto y creó una comisión de instrucción pública.

El 29 *frimaire*, la Convención promulgó un decreto relativo a la instrucción pública y particularmente a las *escuelas primarias*. En él se establecía un sistema de enseñanza libre, pero controlado por el

Estado, y descentralizado que se ajustaba bastante bien a la mentalidad popular. Una vez más era preciso aplicarlo, pero el Gobierno revolucionario, volcado básicamente en la prosecución de la guerra olvidó esta tarea.

Las recriminaciones continuaron. En *pluviôse*, Hébert describía en su número 349, «la gran cólera del Père Duchesne al ver que la instrucción pública ha decaído y que existen acaparadores del espíritu que no quieren que el pueblo sea instruido, para que los mendigos sigan cargando su miseria en sus alforjas. El 6 *pluviôse*, los alumnos de la sección de la Fontaine-de-Grenelle llaman la atención de la Convención respecto a sus maestros «que languidecen en la más vergonzosa indigencia, pues hace tres años que no reciben el más mínimo sueldo». El día 17 del mismo mes, los alumnos de la sección de Mutius-Scaevola se presentan de nuevo ante la Convención para pedirle «la pronta organización de las escuelas primarias».

La cuestión de los manuales escolares no era menos urgente y requería atención de las autoridades de las secciones. El 22 *brumaire*, el comité revolucionario de la sección Lepeletier había denunciado un impreso aristocrático titulado *Nouvelle Méthode pour apprendre l'A.B.C.*, y había invitado a los padres de familia a vigilar a los maestros de sus hijos, a fin de «que no propaguen en sus clases este escrito liberticida». El decreto del 29 *frimaire* había encargado al Comité de instrucción pública, publicar «los libros elementales de los conocimientos absolutamente necesarios para formar a los ciudadanos». El 9 *pluviôse*, la Convención convocó un concurso para la redacción de obras de enseñanza elemental. Pese a ello, las secciones se impacientan. El 17 *pluviôse*, los alumnos de la sección Mutius-Scaevola pedían libros elementales de donde aprender «el amor a la patria, los principios de la sabiduría y de todas las virtudes». El día 20, los alumnos de la sección de *Finistère* declaran que aún están esperando «los libros elementales de moral y de otras ciencias».

Durante el mes de *ventôse*, la irritación causada por el retraso que experimentaba la organización de la instrucción pública contribuyó a la crisis general de la *sans-culotterie*. El 5 *ventôse*, según el observador Charmont: «Todo el mundo está aburrido de ver que los niños no reciben nunca esta nueva instrucción que debe hacer un día la dicha de las generaciones futuras»; todo el mundo deseaba que por fin se establecieran las escuelas primarias. El día 10, la sección de los *Sans-Culottes* adopta una petición vehemente; se ha convertido en *extremadamente urgente* la organización de la enseñanza primaria, «de forma que cada uno de los individuos adquiera los talentos y las virtudes necesarias para gozar de la plenitud de sus derechos naturales». El día 14, según el observador Hanriot, «el voto de los pa-

triotas sobre la necesidad de la instrucción pública se ha pronunciado tan fuertemente que se lamentan de que en ninguna parte se hayan abierto escuelas para formar el espíritu republicano. Parece como si se quisiera frenar el carro de la Revolución, decía un buen ciudadano en su sección». El 15 *ventôse* se comunicó a las asambleas generales la petición de la sección de los *Sans-Culottes*; fue muy bien acogida por la sección de la Montagne. Para responder a esta reivindicación unánime, el día 21, el Departamento imprimió una resolución tendente a acelerar el establecimiento de las escuelas primarias: según un observador, «la avidez con que se lee, prueba el deseo de los buenos ciudadanos de ver rápidamente organizadas las escuelas republicanas».

¿Comenzó, al menos, a aplicarse este decreto del Departamento? Así parece. Pero, pese a la buena voluntad de las autoridades, las dificultades eran enormes: faltaba de todo, locales, libros y material. Ni las secciones, ni la Comuna tenían recursos suficientes para organizar las escuelas. El 19 *germinal*, los comisarios de la sección de la Halle-au-Blé señalan al Departamento que su sección no posee ningún establecimiento escolar. Para instalar una escuela de niños y otra de niñas, piden permiso para utilizar dos casas nacionales; en cuanto a los bancos y a las mesas, piden que se les concedan los del Colegio Duplessis transformado en cárcel. El Departamento pudo únicamente encargar a uno de sus miembros que acompañara a los Comisarios al Comité de instrucción pública. Este último no tenía aún poder de decidir acerca de la adjudicación de los bienes nacionales.

A través de ello se pueden medir las insuperables dificultades entre las que se debatían las autoridades populares para organizar las escuelas de las secciones: muchas renunciaron a ello. La decepción de los *sans-culottes* fue tanto mayor cuanto más esperanza habían puesto en la instrucción, al ver en ella un medio de consolidar el régimen y elevarse por encima de su situación.

Concepción de un derecho limitado de la propiedad, acción reivindicativa contra la concentración de las empresas, intento de organización de la fiscalidad, de la asistencia y de una enseñanza que hubieran realizado *la igualdad de goces*, y ello en nombre de un derecho a la existencia sentido siempre de forma muy confusa, incluso no siempre expresado con nitidez, todos estos rasgos caracterizan un ideal social a la medida de las condiciones económicas de la época.

Como campesinos o artesanos, y para disponer libremente de sus personas y de su trabajo, los *sans-culottes* debían, en primer lugar,

dejar de estar enfeudados a otros, vinculados a la tierra o prisioneros en el marco de una corporación. De ahí, su odio a la aristocracia feudal, su hostilidad contra el Antiguo Régimen y su organización corporativa; sin su ayuda, la burguesía no hubiera triunfado. Como productores inmediatos, basan la propiedad en el trabajo personal y sueñan con una sociedad de pequeños propietarios, donde cada uno poseerá su campo, su taller, su pequeño comercio. El Estado interviene para mantener una igualdad relativa; por medio de la protección a las pequeñas empresas, las leyes sobre la herencia, el impuesto progresivo sobre la renta y la asistencia reconstruye la pequeña propiedad a medida que la evolución económica tiende a destruirla. Se trata sobre todo de prevenir la constitución de un monopolio de la riqueza así como la de un proletariado dependiente. Cualesquiera que hayan sido los esfuerzos del Gobierno revolucionario, este se había equivocado al finalizar el invierno del año II en que cuajó la crisis suprema de la Revolución. La confiscación de los bienes del clero y de los emigrados, ¿había permitido distribuir un pedazo de tierra a los campesinos sin tierras? La abolición de los gremios, ¿había sido suficiente para que los oficiales se establecieran por su cuenta?

Este régimen de pequeños productores independientes suponía la división del suelo y la fragmentación de la propiedad; excluía la cooperación social y la concentración de los medios de producción. Los *sans-culottes* no imaginaban que llegado a un cierto grado de evolución, este régimen engendraría a los agentes de su propia destrucción. Dado que los medios de producción individuales y dispersos se transforman necesariamente en medios de producción socialmente concentrados, la pequeña propiedad de una multitud de productores directos independientes es suplantada por la gran propiedad de una minoría capitalista. La propiedad basada en el asalariado reemplaza a la propiedad basada en el trabajo personal.

La *sans-culotterie* se debatía en medio de contradicciones insolubles. Hostil a los ricos y a los grandes propietarios, está ligada, sin embargo, al orden burgués porque ya es propietaria o aspirante a serlo. Reclama la tasa y la limitación de la propiedad; pero al mismo tiempo reivindica la independencia del pequeño comercio, del artesano y de la pequeña propiedad rural, fiel en todo ello al liberalismo económico tan caro a la burguesía capitalista. Estas contradicciones reflejan la composición social de la *sans-culotterie* que, al no constituir una clase, no podía establecer un programa económico y social coherente. Ligados a un sistema de producción basado en el trabajo personal, la mayor parte de los artesanos estaban condenados a hundirse a medida que progresara la organización capitalista de la

economía; sólo una minoría tendrá éxito por medio del impulso del capitalismo industrial.

Los partidarios más avanzados de la Montaña, en especial los partidarios de Robespierre, cuyas ideas sociales no estaban lejos y eran casi idénticas a las de los *sans-culottes*, participaron de estas mismas contradicciones, y como ellos fueron también sus víctimas. Así pues, resalta el antagonismo irreductible que puede existir entre las aspiraciones de un grupo social y el estado objetivo de las necesidades históricas, y se va precisando, ya desde el invierno del año II, el trágico conflicto que hundirá, por las exigencias de la Revolución burguesa, la República igualitaria que querían los *sans-culottes*.

LAS TENDENCIAS POLÍTICAS DE LA «SANS-CULOTTERIE» PARISINA

Si los militantes populares no pudieron concebir un programa social original y eficaz, al menos pusieron en práctica en el terreno político un conjunto coherente de ideas que les hace aparecer como el grupo más avanzado de la Revolución. Al deducir de la soberanía popular, concebida en el sentido total del término, la autonomía y la permanencia de las secciones, así como el derecho a la sanción de las leyes, al control y a la revocabilidad de los elegidos, tendían a la práctica de un gobierno directo y a la instauración de una democracia popular. Pero ¿podían conciliarse las concepciones burguesas de la democracia y las exigencias del Gobierno revolucionario, con las tendencias políticas de la *sans-culotterie*?

1. LA SOBERANÍA POPULAR

Del principio de la soberanía popular a la práctica del Gobierno directo.—El pueblo, legislador soberano: la sanción de las leyes, reivindicación teórica y aplicación práctica.—El pueblo, juez soberano.—El poder de las armas: atributo del soberano.—Soberanía popular y Gobierno revolucionario.

La soberanía reside en el pueblo; de este principio se deriva todo el comportamiento político de los militantes populares; para ellos no se trata de una abstracción, sino de la realidad concreta del pueblo

reunido en sus asambleas de secciones ejerciendo la totalidad de sus derechos.

La soberanía popular es «imprescriptible, inalienable, indelegable». El 3 de noviembre de 1792 la sección de la Cité extrajo una conclusión: «todo hombre que pretenda revestirse de la soberanía, será considerado como un tirano, usurpador de la libertad pública y digno de muerte». El 13 de mayo de 1793, tras haber declarado un ciudadano en la Asamblea General del Panthéon-Français: «Se nos amenaza con un dictador», la Asamblea entera se levanta, y jura apuñalar a «cualquier dictador, protector, tribuno, triunviro, regulador, o a todos aquellos que, bajo cualquier denominación, aspiren a destruir la soberanía del pueblo». Esta preocupación por salvaguardar la soberanía popular explica, sin duda, el excaso éxito de las propuestas hechas por Marat, en diversas ocasiones, de nombrar un tribuno del pueblo o un dictador, así como la acusación dirigida contra Hébert y otros, y destinada a destruirles ante el espíritu popular, de haber planeado la creación de un *juez supremo*.

Los *sans-culottes* consagraron en la práctica el carácter imprescriptible e inalienable de la soberanía popular, participando en masa, desde julio de 1792, en las asambleas de sección. Así se abolió la distinción entre ciudadanos activos y ciudadanos pasivos. «Ninguna clase particular de ciudadanos —declara el llamamiento de la sección Théâtre-Français del 30 de julio de 1792— tiene la facultad de arrogarse el derecho exclusivo de salvar a la patria», en consecuencia, exhortaba a los ciudadanos «conocidos bajo el nombre de ciudadanos pasivos, según la terminología aristocrática», a realizar su servicio en la guardia nacional, a deliberar en las asambleas generales, y, en resumen, a tomar parte en «el ejercicio de la porción de soberanía que pertenece a la sección». Expresando las mismas ideas, Hanriot había declarado de forma más directa el 31 de mayo en la plaza de armas de la sección de Finistère: «Hace mucho tiempo que el rico hace las leyes, es necesario, por fin, que el pobre las haga también, y que reine la igualdad entre el rico y el pobre.»

El ejercicio de la soberanía popular no podía sufrir ninguna restricción: los *sans-culottes* pretenden disfrutar de ella en su totalidad y en todos los dominios.

Y, en primer lugar, en lo que concierne al poder legislativo: la ley sólo es válida cuando está hecha por el pueblo o sancionada por él. Cuando la Asamblea Constituyente, el 10 de mayo de 1791, al negar la soberanía del grupo en nombre del derecho individual, prohíbe las peticiones colectivas, y pretende limitar las deliberaciones de las asambleas comunales a los «temas de administración puramente municipal», la Sociedad Fraternal de los Dos Sexos que se reúne en

los Jacobinos protesta contra esta limitación: «Es privar a las comunas, es decir, al pueblo soberano, del ejercicio del primer derecho público, es privarles de su existencia.» La soberanía reside en los ciudadanos reunidos en asamblea; no se les puede prohibir ejercerla, ni privarles del derecho a rechazar las leyes que desapruueban: cualquier ley es arbitraria, si no han intervenido en su elaboración. Este principio desembocó en la práctica del gobierno directo, en especial en períodos de crisis; es entonces, en efecto, cuando los *sans-culottes* reivindicaban con más fuerza el ejercicio total de sus derechos. El llamamiento de la sección del Théâtre-Français, del 30 de julio de 1792, proclama que, cuando la patria está en peligro, «el pueblo se encuentra naturalmente reinvestido con el ejercicio de la vigilancia soberana». Más aún, sienta el principio de «la necesidad de dejar a cada departamento el cuidado de hacer las leyes locales mientras duren los peligros de la patria». Esta tendencia de carácter libertario estaba en contradicción con las exigencias de una acción nacional colectiva. Según un folleto del verano de 1792, en circunstancias críticas el pueblo no debería contentarse con elegir representantes y delegarles sus poderes: las asambleas del pueblo soberano debían subsistir mientras durase la Convención Nacional: «Mientras la patria esté en peligro, el pueblo soberano debe estar en su puesto; a la cabeza de sus ejércitos, al frente de sus negocios; debe estar en todas partes.»

En circunstancias excepcionales, los *sans-culottes* toman de hecho en sus manos el ejercicio del poder legislativo. Por ejemplo, en caso de insurrección. Por ejemplo, para la aceptación de la Constitución. El 14 de julio de 1793, numerosas secciones se presentaron en la barra de la Convención para manifestarle su aceptación del Acta Constitucional; bajo su presión, la Asamblea decretó que los oradores que tomaran la palabra permanecieran en la sala, «porque no se presentan como peticionarios, sino como miembros del pueblo soberano». De forma similar, el 4 de septiembre de 1793, se invadió la sala de sesiones del Consejo General de la Comuna; el pueblo se sentó con sus magistrados y deliberó con ellos. Si el *Moniteur* anota simplemente que «se estableció una discusión fraternal entre el pueblo y sus magistrados», el *Journal de la Montagne* es más preciso: «La sala de audiencias estaba llena, y el pueblo que se encontraba mezclado con sus magistrados ha deliberado con ellos.» En el *Ami du peuple* del 21 de agosto de 1793, Leclerc afirma sin rodeos: «Soberano, toma tu sitio; comisionados del soberano, bajad de las gradas; pertenecen al pueblo; ocupad la parte baja del anfiteatro.»

El establecimiento del Gobierno revolucionario no parece haber atenuado estas pretensiones, al menos hasta *germinal* del año II. Si creemos las denuncias del año III, fueron frecuentes las afirmaciones

de los derechos populares en materia legislativa. Testimonio de la sección de les Marchés: «Cuando un decreto molestaba a los intrigantes [quien habla es un moderado], decían: nosotros somos el pueblo soberano, sólo nosotros tenemos el derecho de hacer la ley y, en consecuencia, el de no ejecutar las que no nos convienen.» En la sección del Contrat-Social, Guiraut, miembro del comité revolucionario, no temía declarar en la tribuna durante el verano de 1793: «Ha llegado el momento en que es necesario que las secciones se levanten y se presenten en masa ante la Convención, y que le digan que haga leyes para el pueblo y, en especial, leyes que le convengan; que fijen a la Convención el plazo de tres meses, y le adviertan que, si en este tiempo no las han hecho, la pasarán en pleno al filo de la espada.» Balestier, otro comisario, afirmaba «que la Convención estaba compuesta únicamente por hombres pagados para hacer las leyes que se les pidiese, y que, cuando los decretos no conviniesen, se debía seguir con el orden del día».

Del principio de la soberanía popular, impulsado confusamente por los *sans-culottes* hasta llegar a la teoría del Gobierno directo, se derivaba una reivindicación esencial en materia legislativa que los militantes no cesaron de reclamar: la sanción de las leyes por el pueblo.

Rousseau ya había proclamado que no pudiéndose enajenar la soberanía y siendo las leyes actos de la voluntad general, «cualquier ley que el pueblo en persona no ha ratificado, es nula». En la *Bouche de fer*, Nicolas de Bonneville había desarrollado estos mismos principios. El 30 de mayo de 1791, los Cordeliers afirmaron que la nación sólo podía gobernarse por leyes que hubiera *consentido* o *pedido*, que la Constitución sólo llegaría a ser definitiva una vez ratificada por el pueblo; si las asambleas primarias estaban privadas del derecho a criticar las leyes y a expresar sus opiniones, la aristocracia de los representantes sucedería a la aristocracia nobiliaria.

Durante la crisis del verano de 1792, cuando los *sans-culottes* se imponen en la vida política y la insurrección del 10 de agosto pone de manifiesto la soberanía popular, estos principios se afirman de nuevo con ostentación. El 9 de agosto, la asamblea general de la sección del Marché-des-Innocents, al proponer *las bases* de una Convención Nacional, pide que «los decretos redactados por ella para el establecimiento de una Constitución, y de las leyes permanentes como las que regulan los matrimonios, las sucesiones, y el orden judicial», no sean obligatorios hasta su aceptación por las asambleas primarias. El 27 de agosto, la sección de Bondy se reserva el derecho de aceptar o de rechazar la Constitución que sea redactada por la Convención.

El 9 de septiembre, en la asamblea electoral del departamento de París, un representante de la sección de los Halles propone que los decretos de la Convención no tengan fuerza legal hasta haber recibido la sanción del pueblo en las asambleas primarias. El 18 de septiembre, la asamblea general de la sección de Halle-au-Blé delega en los diputados nombrados para la Convención «los poderes necesarios para proponer a los franceses cualquier clase de ley y cualquier modo de gobierno», y les recuerda que la soberanía reside solamente en el pueblo. Este mismo día, la sección Poissonnière adopta una petición pidiendo que la Constitución sea sancionada por el pueblo. El 29 de septiembre, la sección de la Cité, al considerar «que no puede existir una Constitución sin la libre aceptación del pueblo», declara que aprueba la abolición de la realeza por la Convención y su proclamación de la unidad y de la indivisibilidad de la República; pide que antes incluso de ocuparse de las leyes constitucionales, la Convención haga «conocer lo más rápidamente posible a las asambleas primarias la forma de sanción de sus decretos». El derecho del pueblo a la sanción de las leyes no se aplica, pues, de forma excepcional, y únicamente tratándose de la Constitución, sino a todo el conjunto de la legislación. El 2 de noviembre de 1792, la asamblea general de la sección de Piques adoptaba todavía un proyecto «sobre la forma de sancionar de las leyes», pues, por ser inalienable la soberanía, «sólo nosotros debemos dictar nuestras leyes, su única labor [la de los representantes] es la de proponérselas». Las leyes serán sometidas al pueblo en las asambleas primarias, y no a una asamblea *sancionadora* formada por delegados.

Los *sans-culottes* no se ciñeron únicamente a la afirmación teórica de sus derechos que les sirvieron de justificación para oponerse en algunas ocasiones a los decretos de la Convención y legitimar las violaciones de la ley conforme a sus intereses políticos. El 16 de diciembre de 1792, la Convención, pese a la oposición de la Montaña, desterró a todos los miembros de la familia de los Borbones, medida que provocó una viva agitación en las secciones parisinas. El día 19, en la sección de los *Sans-Culottes*, Hanriot declara el decreto atentatorio a la libertad; la asamblea general establece «que una masa de hombres que se constituye en sociedad tiene el derecho de admitir y de responsabilizar a quien quiera»: En consecuencia, pide que el decreto del 16 sea sometido a la sanción del pueblo. El 5 de junio de 1793, en la sección de Mont-Blanc, el presidente de la Asamblea General está refiriéndose a la ley que ordena levantar la sesión a las diez; Auvray, comandante del batallón, se opone: «Porque no había tal ley, porque la que existía no había sido sancionada por el pueblo.» Si se cree una denuncia del 29 *ventôse* del año III contra el Comité

revolucionario de la sección del Bonnet-Rouge, los comisarios tenían la costumbre de afirmar «que la Convención Nacional había dado un decreto en favor de los detenidos, presentado por el presidente; ellos por deferencia lo pasaban a la aprobación del Comité». En la sección de los Amis-de-la-Patrie, Cailleux es denunciado el 2 *brumaire* del año III, por haber afirmado «que él podía discutir una ley».

En la concepción popular de la soberanía no podía haber separación de poderes: el pueblo es legislador soberano y también juez soberano. «La justicia vive siempre en medio del pueblo», declara Lelerc al Consejo General de la Comuna el 16 de mayo de 1793. En la asamblea general de la sección de Finistère, el *sans-culotte* Bouland había declarado varias veces tras el 10 de agosto: «En estos momentos de crisis no son necesarios los tribunales, el pueblo es soberano, y es capaz de juzgar y ejecutar a los culpables.» ¿No ha sido siempre la justicia uno de los atributos esenciales de la soberanía? En el sistema de la democracia seccionaria, la justicia se convierte de modo natural en la prerrogativa del pueblo, que la retoma cuando es necesario. Los tribunales, que celebran sus sesiones en el momento de las jornadas de septiembre reciben sus poderes del pueblo que no ha abdicado de su soberanía al delegarla en ellos: si el pueblo la afirma, los tribunales deben inclinarse. Por ejemplo, las secciones de la Fontaine-de-Grenelle, la de los *Sans-Culottes* y la de las Quatre-Nations, reclamaron en favor de alguno de sus miembros: los tribunales de la Abbaye o de la Force obedecieron. Como estos tribunales habían sido formados por el pueblo, eran el pueblo mismo. Uno de los comisarios del Consejo General de la Comuna declaró en la Asamblea Legislativa, en la noche del 2 al 3 de septiembre: «El pueblo hace justicia cuando ejerce su venganza.»

El ejercicio popular de la justicia, atributo de la soberanía, marcó especialmente la crisis de septiembre de 1792; encontró entonces pocos oponentes; pues se trataba de legitimar la insurrección del 10 de agosto y de superar el peligro de la patria. Estas mismas pretensiones se afirmaron en todas las circunstancias críticas. En marzo de 1793, en el momento de la leva de los 300.000 hombres, en la asamblea general de la sección de Bonne-Nouvelle, Pouxlandry, luego comisario revolucionario, reclama una nueva *septembrización*, declarando que el pueblo debía *castigar* a todos los diputados que en el proceso del rey habían votado a favor de la apelación a un tribunal superior. En *prairial* del año III, el zapatero Duval pide un tribunal del pueblo para salvar a la República.

Es finalmente, un atributo esencial de la soberanía popular, cuyo beneficio reclamaron continuamente los *sans-culottes*, desde julio de 1789 a *prairial* del año III; manifestó consecuencias irremediables:

el poder de las armas. El pueblo soberano sólo podía existir armado.

En agosto de 1792, un folleto dirigido al cuerpo electoral define los pilares de la libertad, enumera la permanencia de las secciones, la libertad de prensa, y «el libre armamento de todos los ciudadanos sin distinción». Cuando los *sans-culottes* invadieron las asambleas generales de sección en julio de 1792 coparon también las filas de la guardia nacional. La pica se convirtió en el símbolo del pueblo soberano en armas y del orden nuevo; se la exaltó hasta convertirse en la *santa pica*, y terminó por designar a los propios *sans-culottes*. Sus progresos políticos iban en paralelo a su armamento; su desarme significó el de su influencia. Los *sans-culottes* no cesaron de reclamar armas de fuego, más eficaces que la pica, así que, en el otoño de 1792, protestaron cuando se trató de arrebatarse sus cañones a las secciones para transferirlos a los ejércitos. El 4 de noviembre, la asamblea de los Champs-Élysées retomó un decreto de la sección de la Bonne-Nouvelle: no consentir nunca «que sus cañones, que son su propiedad, y su conquista del 14 de julio, salgan de su seno más que con la sección armada». El 6 de noviembre la sección de la Cité adopta una actitud idéntica: los cañones son propiedad suya, y sólo la asamblea general puede autorizar a la compañía de artilleros a abandonar el servicio de la sección. En diciembre de 1792, un escrito de la sección de los Quinze-Vingts recordó a la Convención que solamente los ciudadanos tienen derecho a llevar armas en París; por ello los ministros no pueden llamar las tropas a la ciudad. El 2 de junio de 1793 marcó al mismo tiempo la victoria política, y el armamento general de los *sans-culottes*; ese día, la sección de la Reunión, como todas las secciones avanzadas, desarmó a los aristócratas y a los moderados, «a fin de armar los brazos que son verdaderamente dignos de combatir por la libertad». En el año III el desarme de los *sans-culottes* fue no sólo una medida de precaución: sino todo un símbolo de la reacción política, reforzada en la mayoría de los casos por la exclusión de la asamblea general. Una de las primeras medidas reclamadas por los sublevados de *prairial*, fue la restitución de sus armas a los ciudadanos que habían sido privados de ellas: Duray hizo esta proposición que constituyó uno de los cargos principales de la acusación contra él. El pueblo en armas que recupera el ejercicio de sus derechos a través de la insurrección, era la aplicación extrema del principio de soberanía popular rechazado por los termidorianos.

Las ideas populares en materia de soberanía y las consecuencias que de ello derivaban, poseían por sí mismas un contenido revolucionario que apoyado por la fuerza de las secciones armadas, se mani-

festó a lo largo de toda la Revolución, y, en especial, en el verano de 1792. Sin embargo, un año más tarde estalló la contradicción entre las aspiraciones y el comportamiento político de la *sans-culotterie* y las exigencias del Gobierno revolucionario: Este problema, de una gravedad extraordinaria y que, al igual que la cuestión social, se encuentra en el centro de la crisis, había de llevar finalmente a la ruina tanto al Gobierno revolucionario como al Movimiento popular.

La concepción popular de la soberanía fue un arma decisiva en la lucha contra la monarquía. El 31 de julio de 1792, la sección de Mauconseil en su célebre resolución declaraba que reasumía sus derechos y que ya nunca más reconocería a Luis XVI como rey de los franceses; y que para permanecer fiel a la nación, abjuraba de «todos sus demás juramentos por haber sido sorprendida en su buena fe». De esta manera, los principios de la soberanía popular y de la autonomía de las secciones le llevaban hasta sus últimas consecuencias: la disolución del cuerpo político. El 4 de agosto de acuerdo con el informe de Vergniaud, la asamblea legislativa anuló el decreto de la sección de Mauconseil: la soberanía pertenece a todo el pueblo, no a una parte del pueblo. Se enfrentaban dos concepciones distintas de la soberanía; no quedaba más recurso que la insurrección. Las secciones no dieron ese paso.

Tras el 10 de agosto, la soberanía no tardó en concentrarse en la Convención, y más adelante en manos de sus Comités de Gobierno. El problema de agosto de 1792 se replanteó en toda su agudeza en el año II, pero bajo una forma distinta: ¿Cómo conciliar las exigencias de la soberanía popular, tal como la concebían los militantes de las secciones, y las necesidades del Gobierno revolucionario completamente absorbido por la política de la defensa nacional?

Incluso la misma expresión de «soberanía popular», tan empleada a lo largo de 1792 y 1793, desapareció del vocabulario político gubernamental en el año II; en vano la buscaríamos en el discurso de Saint-Just del 10 de octubre de 1793 sobre la necesidad de declarar un Gobierno revolucionario hasta la llegada de la paz, en el decreto del 14 *frimaire* constitutivo de ese Gobierno, en el discurso de Robespierre del 5 *nivôse* sobre los principios del Gobierno revolucionario. Silencio tanto más significativo. Según el decreto del 14 *frimaire*, las secciones no juegan ningún papel en el Gobierno revolucionario. Un decreto del 5 *brumaire* había suspendido la elección de los Ayuntamientos; las elecciones desaparecen en este momento y, para reemplazar a los magistrados y a los funcionarios, los representantes comisionados y los agentes nacionales habrían de limitarse a consultar a las sociedades populares. De esta forma, la soberanía del pueblo se concentró no «en los clubs, es decir, el partido en el po-

der», como escribe Albert Mathiez, sino en manos del aparato gubernamental. Los *sans-culottes* se aferraban a su potencia electoral por encima de todo, como símbolo de su soberanía. En el año II se les fue de las manos. Los comités revolucionarios elegidos por las asambleas generales en la primavera de 1793, reelegidos en septiembre y depurados en otoño por el Consejo General de la Comuna, cayeron bajo el control del Comité de Seguridad General a lo largo del invierno y en la primavera del año II, sus miembros serán nombrados por el Comité de Salvación pública. Tras *germinal* y tras la ejecución de Hébert y de Chaumette, el Comité priva de su autoridad a varios miembros del Consejo, y nombra a sus sustitutos sin consultar con las secciones. El 16 *floreale*, el agente nacional de la Comuna de París, Payan, recuerda a las secciones que «bajo el Gobierno revolucionario, no existe la asamblea primaria; sólo se reconoce a las asambleas generales». Para los *sans-culottes*, esto significa que sus derechos soberanos se transfieren al Gobierno revolucionario. El zapatero Potel, comisario de la sección del Contrat-Social, fue detenido por declarar en *germinal* en la tribuna de la sociedad de los Amis-de-la-Republique, que la sociedad, como parte del pueblo soberano, tenía el derecho de hacer leyes. El desconocimiento de las aspiraciones populares en materia de soberanía influyó muchísimo en el alejamiento de los *sans-culottes* del Gobierno revolucionario en la primavera del año II.

Tras *thermidor*, los reaccionarios se dieron cuenta del peligro que representaba para la primacía burguesa la noción de soberanía popular, y denunciaron el abuso que, según ellos, se había dado. El pueblo tenía una concepción concreta de la soberanía, según la cual ésta residía en las asambleas generales de sección. Una concepción abstracta, de acuerdo con las tendencias y con los intereses de la burguesía, sustituyó estos conceptos juzgados demasiado simplistas. El 12 *vendémiaire* del año III, el representante Lambert se quejó al Comité de Salvación Pública del uso indiscriminado que se había hecho de palabras tales como *pueblo soberano*...: «Sólo al pueblo, considerado colectivamente, pertenece la verdadera soberanía; de ello resulta que el soberano es esencialmente uno e indivisible, sólo un ser puramente metafísico, es decir, la expresión de la voluntad general.» Para los *sans-culottes*, el soberano era un ser de carne y hueso: el pueblo que ejercía sus derechos por sí mismo en las asambleas de sección. No se puede tener ninguna duda sobre la persistencia de esta convicción. El 1 *prairial*, Jean Thévenin, comerciante mercero de la sección del Arsenal, declara que la Convención no tiene ya el derecho de hacer las leyes, «que no habría otras leyes que las que el pueblo hiciera aquel día». Habiendo invadido la Convención precisamente

este primero *prairial*, los *sans-culottes* se instalan en los bancos de los diputados, un manifestante les grita: «Marchaos todos; nosotros mismos vamos a formar la Convención.» Como los representantes no habían realizado su misión, el pueblo recuperaba el ejercicio de su soberanía.

Al final de la Convención, los notables moderados, beneficiarios de la Constitución del año III, utilizaron argumentos basados en los mismos principios de los *sans-culottes*, para protestar contra el decreto por el que dos tercios de los Convencionales se perpetuaban en el poder. «Cuando el pueblo soberano está reunido —declara la sección de la Fidelité el 20 *fructidor* del año III— no puede ni debe reconocer ninguna autoridad superior, porque sólo él puede dictar las leyes, y no las recibe de nadie.» Afirmación decisoria por parte de ciudadanos para quienes en el futuro la cualidad de censitarios era la negación misma del principio de la soberanía popular.

2. CONTROL Y REVOCABILIDAD DE LOS ELEGIDOS

Inconvenientes del sistema representativo.—Censura y escrutinio depuratorio, mandato imperativo y revocabilidad de los representantes.—Vigilancia del ejecutivo y de las administraciones.—Control popular y Gobierno revolucionario.

Del carácter inalienable e indelegable de la soberanía popular se deriva otra consecuencia, que constituyó una de las palancas de la acción popular: la censura, el control y la revocabilidad de los elegidos.

También aquí es necesario remontarse a Rousseau y al *Contrato Social*. Rousseau había criticado vivamente al régimen representativo tal como funcionaba en Inglaterra. «Si el pueblo inglés piensa ser libre, se equivoca completamente; solamente lo es durante la elección de los miembros del Parlamento; tan pronto como son elegidos, es un esclavo; no es nada...» «Por consiguiente, los diputados del pueblo no son ni pueden ser sus representantes; sólo son sus comisarios»: los *sans-culottes* dirán sus *mandatarios*. Los diputados de la Convención, observa un ciudadano de la sección de las Tuileries el 22 de septiembre de 1792, «no deben ser llamados representantes, sino mandatarios del pueblo». Parafraseando a Rousseau, Leclerc, en el *Ami du peuple* del 21 de agosto de 1793, explicita lo que los *sans-culottes* pensaban de forma confusa: «Recuerda especialmente que un pueblo representado no es libre y no prodiga este calificativo de representante (...); la voluntad no puede ser representada (...); cua-

lesquiera que sean tus magistrados sólo son tus mandatarios.» En el año II, muchos *sans-culottes* cuando se dirigen por escrito a los representantes, firman: *tu igual en derechos*.

Para conciliar el régimen representativo y las necesidades de una verdadera democracia, los *sans-culottes* reclamaron el derecho a sancionar las leyes; el control de los elegidos por el pueblo tendía al mismo fin. En el momento de las elecciones a la Convención, las secciones parisinas lo reclamaron con vigor. Desde la soberanía popular la elección de segundo grado multiplica los inconvenientes del régimen representativo. Muchas secciones creyeron que el remedio estaba en censurar las elecciones de la asamblea electoral del departamento de París y en el ejercicio de su derecho de control y de revocación.

Habiendo suprimido la Asamblea Legislativa la distinción entre ciudadanos activos y pasivos, pero conservando todavía el sistema de elección de segundo grado, las secciones más avanzadas reclamaron el sufragio universal directo. En sus *Moyens présentés à la section de Marseille... pour établir irrévocablement la liberté et l'égalité*, Lacroix denuncia el sufragio de segundo grado como «inmoral, destructor de la soberanía del pueblo y favorable a las intrigas y a las camarillas». El 21 de agosto de 1792, la sección de los Quinze-Vingts se adhiere a un proyecto de petición de la sección de Montreuil «para pedir que no exista cuerpo electoral ninguno, y que las elecciones, cualesquiera que sean se hagan en las asambleas». El 27 de agosto la sección de la Place-Vendôme, bajo la influencia de Robespierre, acepta el escrutinio de segundo grado, pero declarando que «en principio todos los mandatarios del pueblo deben ser nombrados inmediatamente por el pueblo, es decir, por las asambleas» y para prevenir los inconvenientes del sufragio indirecto, los electores votarán en voz alta y en presencia del pueblo. Ese mismo día la asamblea primaria de la sección de Bondy afirmaba «que el pueblo soberano no debe encomendar a nadie el ejercicio de los derechos que no se pueden delegar sin inconvenientes, y que la representación sólo es verdadera cuando se deriva de forma inmediata de los representados». El Consejo general de la Comuna sancionó estas propuestas decretando el 27 de agosto, que los electores habrían de votar en alta voz, en presencia del pueblo, y que las elecciones a la asamblea electoral habrían de someterse a la sanción de las diversas secciones.

La censura o el escrutinio depurador de los elegidos tenía como meta no solamente remediar los inconvenientes del escrutinio de segundo grado sino también manifestar el carácter indivisible de la soberanía popular. El 27 de agosto, la sección de la Place-Vendôme pide que los diputados nombrados por los electores sean «sometidos

a la revisión y al examen de las secciones o de las asambleas primarias, de manera que la mayoría pueda rechazar a quienes fuesen indignos de la confianza del pueblo». La sección de Bondy concede a la asamblea electoral únicamente un derecho de presentación, «reservándose reconocer como diputados solamente a quienes sean confirmados o reprobados por la mayoría de las asambleas primarias del departamento». El mismo 27 de agosto, el Consejo general de la Comuna se adhiere una vez más a estos puntos de vista. El día 31, la sección de la Maison-Commune decreta que los electores únicamente señalarán los diputados mientras que las secciones los aceptarán o los rechazarán. El primero de septiembre, la sección de Poissonnière, «considerando que el pueblo soberano tiene el derecho de prescribir a sus mandatarios el camino que deben seguir para proceder según sus voluntades», declara que los diputados serán discutidos, aprobados o rechazados por las asambleas primarias. Por último, la sección de los Inválidos decide, el 9 de septiembre, que los miembros de la Convención nombrados por los electores sólo serán admitidos definitivamente una vez hayan obtenido la sanción de las asambleas primarias.

Fue tal la presión popular que el 12 de septiembre, la asamblea electoral decidió presentar a las secciones la lista de diputados elegidos para la Convención, «con objeto de preparar la sanción del pueblo por medio del escrutinio depurador, y también con objeto de despertar el espíritu de soberanía en todos los miembros del cuerpo político».

Para salvaguardar el principio de la soberanía popular, no basta con que la censura de los diputados subsane la elección de segundo grado. Es preciso también que los elegidos sean fieles al mandato que han recibido. Sin recuperar formalmente la teoría del mandato imperativo, tal como se había afirmado con ocasión de las elecciones a los Estados Generales y la redacción de los cuadernos de quejas, las secciones parisinas enunciaron con toda claridad, en el momento de las elecciones a la Convención, el principio del control y de la revocabilidad de los elegidos por el pueblo soberano. De esta forma se atenuaban, en cierta medida, los inconvenientes del sistema representativo.

El 25 de agosto de 1792, la asamblea general de la sección del Marché-des-Innocents establece como base fundamental de una Convención nacional, que «los diputados habrán de ser revocables a voluntad de sus departamentos», y que «los funcionarios públicos serán revocables por sus compromisarios cuyas deliberaciones estarán obligados a ejecutar». Ese mismo día, la asamblea general de la sección de Bonne-Nouvelle, con objeto de impedir que no se reconociera el derecho de las secciones a revocar a voluntad a sus elegidos, invita a las

secciones de París «a recordar a sus delegados el derecho imprescriptible que tienen de retirarles su poder, y recordarles el objeto de su misión». El día 9, un elector de la sección de los Halles hizo la propuesta en la asamblea electoral del departamento de París «de declarar como principio que la soberanía imprescriptible del pueblo admite el derecho inalienable y la facultad de retirar a sus representantes, todas las veces que lo juzgue conveniente según sus intereses». El día 18, la asamblea de la sección Droits-de-l'Homme declara que se reserva el derecho de revocar a los diputados, «si durante su mandato se hicieran sospechosos de falta de civismo». Ese mismo día, la sección Poissonnière da el mandato a los diputados a la Convención de introducir en la futura constitución el principio de la revocabilidad de los elegidos «según la voluntad de las asambleas primarias»; la asamblea general de la sección de la Reunión declara «que se reserva expresamente el derecho de revocar a los diputados elegidos en el caso de que, en el ejercicio de sus funciones, realicen cualquier acto que les haga sospechosos de falta de civismo o de buscar medios de introducir en Francia un gobierno contrario a la libertad y a la igualdad».

El principio del control y de la revocabilidad de los diputados no se afirmaba de una manera abstracta por las secciones parisinas. Al igual que el de la censura de las nominaciones de la asamblea electoral, en las circunstancias concretas del verano de 1792 respondía a necesidades tácticas precisas. Se trataba de asegurar el triunfo del partido avanzado; así que se acudía a este principio cada vez que era amenazada la política revolucionaria. Los diputados, para recuperar los términos de un folleto del verano de 1792, sólo son los *mandatarios*, portadores de las órdenes de los ciudadanos; por consiguiente, deben seguirlas de la forma más estricta, no apartarse de ellas y responder ante sus delegantes de todo lo que han dicho, escrito o hecho, en el ejercicio de sus funciones de mandatarios. En el conflicto que enfrentó a Girondinos y partidarios de la Montaña desde el otoño de 1792, las secciones avanzadas reivindicaban el derecho a censurar a los elegidos y a pedirles cuentas, mientras que las secciones moderadas protestaban contra esta pretensión.

Con ocasión de las operaciones electorales que comenzaron el 11 de noviembre de 1792 para la renovación de las autoridades parisinas, la sección del Panthéon-Français decretó el 2 de diciembre que se reservaba el derecho de someter a los ciudadanos elegidos al escrutinio depurador. De igual modo, el día 18, la sección del Quatre-Vingt-Douze invita a la asamblea electoral a permanecer fiel al compromiso establecido de someter sus nominaciones a la aprobación de las secciones; también los elegidos deben rendir cuentas. La sec-

ción de los Champs-Élysées denunció el 30 de diciembre de 1792 esos «decretos dictados por un espíritu maquiavélico y desorganizador, que con amenazas de proscripción fuerzan los votos de los ciudadanos olvidándose de los principios hasta el extremo de pretender influenciar a los representantes de la nación entera por medio de la publicidad de un juramento indiscreto» y reclamaba el respeto de la libertad de los representantes *en toda su plenitud*. De esta forma, se marcaba con toda claridad la oposición entre dos concepciones del régimen representativo, popular una, burguesa la otra.

Al agravarse la crisis en marzo de 1793, los patriotas avanzados exigieron la aplicación del derecho del pueblo a revocar a sus representantes contra *la facción impía*. El 10 de marzo, en el momento de la primera tentativa para eliminar a la Gironda, el club de los Cordeliers invita al departamento de París, «parte integrante del soberano», a adueñarse del ejercicio de la soberanía; y propone que se convoque al pueblo de París para sustituir a «los miembros traidores a la causa del pueblo». Ese mismo día, la sección de las Quatre-Nations pide «como medida suprema y única eficaz» la convocatoria de las secciones para autorizar a la asamblea electoral del departamento de París «a revocar a los mandatarios infieles e indignos de ser legisladores del bien público», puesto que han traicionado su mandato al votar «la conservación del tirano y el llamamiento al pueblo».

Al principio de la revocabilidad de los elegidos, los Girondinos oponían el de su inviolabilidad. Pero la sección de las Tuilerías observó, el 10 de abril de 1793, que este último «se había concebido exclusivamente bajo un régimen monárquico», por lo que los diputados no pueden gozar de él bajo un Gobierno republicano; «los mandatarios deben dar cuentas de sus actos y acciones a un pueblo libre». En consecuencia, la sección de las Tuilerías pedía la supresión de la inviolabilidad, «por ser un privilegio odioso, un manto pérfido con el que puede cubrirse un mandatario corrompido para traicionar impunemente los intereses del pueblo». El 12 de mayo, en nombre de estos mismos principios, la sección de Finistère manifestaba «su descontento (...) por las desgracias que la negligencia, la imprudencia o la mala fe de la Convención nos ocasiona», y exigía a los representantes que «explicaran categóricamente, si podían o no salvar la cosa pública».

Esta convicción popular sobre la responsabilidad y la revocabilidad de los elegidos constituye la justificación teórica de las jornadas del 31 de mayo y del 2 de junio de 1793: al no obedecer la Convención las órdenes expresas del soberano respecto a los representantes considerados como traidores a su mandato, el pueblo retomó el ejercicio directo de la soberanía e impuso la revocación de los diputados

girondinos. El 31 de mayo, Luillier, procurador general del departamento, exige a la Convención en nombre de las autoridades revolucionarias plegarse a los mandatos de la nación; los diputados y una muchedumbre de ciudadanos se confunden «fraternamente con los miembros de la parte izquierda». El 2 de junio, el orador de la diputación de las autoridades revolucionarias declara que los ciudadanos de París «reclaman ante sus mandatarios, sus derechos indignamente traicionados». La insurrección constituía la última consecuencia del principio de la soberanía.

Los partidarios de la Montaña habían sostenido y precisado las reivindicaciones populares en materia de soberanía desde agosto de 1792, pero, una vez en el poder ¿las introducirían en la legislación? El 25 de mayo, la sección de l'Unité «en vista de que la responsabilidad es la esencia de una república», había pedido «que un tribunal de éforos compuesto por miembros de los 86 departamentos, al producirse la reelección de diputados, se pronunciara sobre la conducta de los de la sesión precedente, y que quienes hubieran desmerecido de la patria fueran (...) expulsados para siempre de todos los puestos de la República». Las secciones de Arras plantearon el problema con toda crudeza el 18 de junio, al informar a la Convención de que cinco diputados del Pas-de-Calais habían perdido su confianza: aunque la Asamblea no tomó ninguna decisión. Respondiendo a estas preocupaciones durante la discusión del proyecto de Constitución, Hérault de Séchelle presentó el 24 de junio un capítulo titulado *De la censura del pueblo contra sus diputados y de su garantía contra la opresión del cuerpo legislativo* que levantó una gran oposición; Couthon hizo que se le rechazara en nombre del Comité de Salvación Pública. Una vez más las necesidades tácticas triunfaban sobre los principios.

El reforzamiento del Comité de Salvación Pública, y más tarde el establecimiento progresivo del Gobierno revolucionario, no acallaron totalmente las reivindicaciones de las secciones en esta materia, mantenidas, por otra parte, por la prensa popular. Leclerc, en el *Ami du peuple* del 21 de agosto de 1793, recordaba a los diputados que estaban bajo las «miradas vigilantes» del pueblo: «su brazo será remunerador o vengador según la opinión que se haya formado de vuestra conducta examinando vuestras acciones». El 4 de agosto, la sección de los Amis-de-la-Patrie había pedido al Consejo General de la Comuna que los diputados fueran juzgados después de cada sesión y «que se les retribuyera según sus obras». El 29 de septiembre, la sección del Halle-au-Blé afirma con toda solemnidad «que sólo al pueblo soberano pertenece examinar a los miembros de los poderes constituidos que él mismo ha elegido». A comienzos del año II, la sec-

ción del Observatoire recuerda aún «que la soberanía del pueblo lleva consigo necesariamente el derecho de revocar a sus representantes infieles y a todos los funcionarios públicos indignos de su confianza».

Sin embargo, este control del pueblo reforzaba la autoridad de los representantes a quienes otorgaba su confianza. Algunos partidarios de la Montaña se dieron cuenta de ello, tanto que en la crisis del verano de 1793, creyeron necesario justificar sus actos ante su sección. Por ejemplo, Collot d'Herbois, miembro de la sección de Lepeletier, comisionado en los departamentos del Oise y del Aisne el 4 de septiembre envía desde Senlis una exposición de su conducta y la totalidad de sus decretos, que la asamblea discute y aprueba. Tal comunicación permitía a las secciones controlar a sus elegidos, y a los representantes contribuir a la dirección de la opinión.

Establecido definitivamente el Gobierno revolucionario por el decreto del 14 *frimaire*, y asentada sin discusión posible desde entonces la autoridad del Comité de Salvación Pública, desaparece la afirmación de los principios de la soberanía nacional. Preocupados ante todo por la centralización y la eficacia, los Comités del Gobierno no toleran ya ni siquiera el simple recuerdo del derecho del pueblo a controlar y a revocar a sus elegidos. Los principios se subordinaron a las exigencias de la política de salvación pública.

Los *sans-culottes* no se contentaron con reclamar el control del poder legislativo en nombre de sus derechos soberanos: quisieron, además, vigilar al poder ejecutivo y a sus agentes. Este principio se afirmó con toda claridad y se reivindicó enérgicamente mientras duró el conflicto entre la Gironda y la Montaña y no se desvaneció plenamente el peligro moderado. El establecimiento del Gobierno revolucionario condenó a los *sans-culottes* al silencio también en este punto.

El 14 de diciembre de 1792, la sección del Bon-Conseil, a propósito de negligencias en el equipamiento de los voluntarios, afirma que es preciso «vigilar sin decaer las acciones del poder ejecutivo en todos los lugares de la administración»; invita a las demás secciones «en nombre de la salvación pública y de la libertad», a establecer un comité encargado de vigilar las operaciones ministeriales. El 17 de diciembre, la asamblea de la sección de las Quatre-Nations se adhirió a este llamamiento, pero la de los Gardes-Françaises, donde dominaban los moderados, denunció el 11 de enero de 1793 «cualquier tipo de organismo que tendiera al debilitamiento de la responsabilidad individual de los ministros».

La vigilancia popular sobre el poder ministerial se extendió también al terreno militar, incluso al de la dirección de las operaciones.

La sección del Bon-Conseil, donde el sentimiento de los derechos del pueblo parece haber sido especialmente vivo, ordena a Santerre, comandante en jefe de la guardia nacional parisina, que comparezca ante la asamblea general, para arreglar algunas diferencias sobre una cuestión de servicio: lo ejecuta el 10 de febrero de 1793, argumentando que «si no acudía a las secciones cuanto deseaba era para no dar la impresión de que estaba haciéndose ver y adulándose». En marzo de 1793, al constatar que «las traiciones sólo pueden prevenirse por una vigilancia pura, clara y siempre activa», la sección de los Lombardos propone la creación de una comisión permanente que delegará a algunos de sus miembros en la Vendée, para vigilar «todas las operaciones de los generales, movimientos de los ejércitos y fuerza y disposición de los ánimos»; según sus informes, la comisión hará «las denuncias, avisos y esclarecimientos» necesarios. Si esta proposición no parece haber dado resultado, la sección de los Gardes-Français no dudó, el 17 de junio de 1793, en enviar a Tours a dos comisarios para que informaran de la posición del ejército, de sus éxitos y de sus fracasos, se pusieran de acuerdo con los capitanes de las compañías de la sección y vigilaran la conducta de los oficiales y de los soldados; «por todos los medios de persuasión a su alcance exigirán fraternalmente el cumplimiento de su deber a los oficiales o soldados que hubieren podido apartarse de él». No era una misión de puro trámite. Los poderes de los dos comisarios de la sección de los Gardes-Français se reconocieron el 25 de junio, en Tours, por los representantes comisionados del ejército de Côtes-de-la-Rochelle. El 4 de septiembre, en el cuartel general de este ejército en Saumur, el jefe del estado mayor entregaba un «pasaporte para donde quiera ir» a François Lemaître, comisario de la sección de los Gardes-Français de París, y diputado en el ejército de la Vendée; el 21 de septiembre, el general Bournet, en Saumur, reconocía de nuevo los poderes de Lemaître.

Evidentemente, los empleados de las administraciones públicas caían bajo la jurisdicción de la vigilancia popular. El derecho de las secciones a censurar a los funcionarios se afirmó en múltiples ocasiones, desde el verano de 1792 hasta el invierno del año II. Hay que ver en ello al mismo tiempo una prerrogativa de la soberanía y una reivindicación inmediata, dado que los depurados debían ceder su puesto a los buenos *sans-culottes*. Por otro lado, el objetivo político se afirma también con toda claridad. El 14 de diciembre de 1792, la sección del Bon-Conseil pide que se imprima y haga pública la lista de los empleados de todas las administraciones de París, «con objeto de exponer estos agentes a la censura pública y de realizar una reforma imperiosamente dictada por las circunstancias, y además al objeto

de sustituir a aquellos cuyos sentimientos puedan ser contrarios al sistema de gobierno actual, por excelentes padres de familia y otros patriotas que no tienen profesión ni pan por haberlo sacrificado todo a la Revolución». La sección de los Quatre-Vingt-Douze planteó la misma reivindicación el 18 de diciembre.

Tras el 2 de junio, el ejercicio del poder por las secciones reforzó entre los *sans-culottes* la convicción de que los funcionarios dependían del pueblo y sólo de él. «Muchos ciudadanos —si creemos una denuncia del año III— han pensado y quizá piensan todavía, que el derecho a nombrar a los funcionarios da también el derecho a destituirlos como si fuera una consecuencia necesaria.» La sección de los Amis-de-la-Patrie eligió para comisario de abastecimientos a un tal Bailly y después quiso destituirle por falta de firmeza. El 23 de agosto de 1793, el Consejo general de la Comuna trató la cuestión de saber si un comisario podía ser revocado por la sección que le había nombrado, y terminó pronunciándose por la negativa: «Si se permitiera a las secciones divagar de esta manera, nunca habría en la República nada estable.» La sección de los Amis-de-la-Patrie al menos no destituyó a Bailly. La Convención, ante la que se llevó el asunto el primero de septiembre acabó cediendo; la selección de comisarios era competencia exclusiva de las secciones.

En este terreno y a estas alturas, a las autoridades revolucionarias les importaba menos el principio que el uso que de él pudiera hacerse: era bueno cuando lo invocaban los *sans-culottes*, pero en manos de los moderados se convertía en nefasto. Cuando las secciones moderadas pretendieron controlar los aprovisionamientos de París y obligar a abrir los almacenes, invocaron, como la sección de Beaurepaire el 28 de julio, «el derecho inalienable de vigilar las operaciones [de los mandatarios del pueblo] cuando actúan, o de pedirles cuenta de sus operaciones, cuando se han terminado»; oponerse a ello sería «un verdadero atentado contra la soberanía nacional, una rebelión contra la voluntad y el derecho de los delegantes». La Convención había disuelto el 25 de agosto el comité de subsistencias de las secciones ante lo cual la sección de l'Indivisibilité protestó en nombre de su derecho inalienable, el 29 de agosto, «a hacer que sus comisarios y mandatarios le rindan cuentas, y a investigar su conducta en todos los aspectos de su gestión», por lo que tal decreto atentaba contra la soberanía del pueblo. Los moderados, pues, volvían los principios de los *sans-culottes* contra los Comités de gobierno.

En el otoño de 1793, coincidiendo con los intentos de acabar con el peligro moderado y los esfuerzos por asentar sobre bases sólidas al Gobierno revolucionario, se reclaman con toda energía el control y la censura de los funcionarios. Desde el 28 de agosto, la

sección de Arcis pedía la creación, bajo la inspección de las secciones, de una comisión encargada de examinar el civismo de todos los empleados. En el movimiento general de depuración que se desarrolló tras las jornadas populares de los días 4 y 5 de septiembre, algunas administraciones levantaron las protestas de las secciones más avanzadas al haber manifestado la pretensión de depurarse ellas mismas. El 29 de septiembre, la sección del Halle-au-Blé declara *nulo e ilusorio* el escrutinio al que ha procedido el propio Departamento: «Pertenece al pueblo soberano en exclusiva examinar a los miembros de los poderes constituidos que ha elegido él mismo». Por la misma época, la sección del Observatoire afirma que la soberanía del pueblo lleva consigo necesariamente el derecho de revocar no sólo a los representantes infieles, sino «a todos los funcionarios públicos indignos de su confianza»: estando este principio «tácitamente violado por la imposibilidad legal de tomarlo como referencia», esta sección pide a la Convención «una forma de hacer cesar a todos los funcionarios públicos que traicionaren su deber».

Una vez descartada la amenaza de los moderados, la censura de los funcionarios y la de las autoridades constituidas escapó de las manos de las asambleas generales y de las sociedades populares. El decreto del 14 *Frimaire*, que contiene las bases y estructura del Gobierno revolucionario, confía la depuración de las autoridades constituidas al Comité de Salvación Pública y a los representantes comisionados en los departamentos. Las secciones perdieron cualquier derecho de control o de revocación: la estabilidad y la centralización triunfaban sobre la práctica popular de los principios democráticos. Esta evolución contribuyó al distanciamiento de los *sans-culottes* respecto del Gobierno revolucionario, que se nota a partir de *germinal*. En efecto, sus profundos sentimientos contenidos hasta ahora no ofrecen ninguna duda. «¿Dónde estaríamos nosotros —declara un ciudadano de la sección del Contrat-Social el 25 *pluviose*— si no pudiéramos examinar muy de cerca la conducta de quienes nos mandan!» Por la misma época, la ciudadana Auxerre, empleada del taller de sacos del almacén de harinas de la calle del Temple, declaraba «que eran el pueblo soberano, y que los oficiales municipales y las autoridades sólo eran sus agentes»: fue denunciada el 6 *ventôse* al comité de los Amis-de-la-Patrie por afirmaciones contrarrevolucionarias.

3. PERMANENCIA Y AUTONOMÍA DE LAS SECCIONES

• *Las reivindicaciones de las secciones de 1790 a 1792.—La patria en peligro y la permanencia activa.—Ventajas y peligros de la perma-*

nencia; su supresión (9 de septiembre de 1793).—La autonomía de las secciones.—Persistencia de las reivindicaciones populares después del 9 thermidor.

Más aún, quizá, que por la política general, el militante *sans-culotte* se interesa por la política local. De ahí la importancia que atribuye a las organizaciones de base de la vida política: asambleas comunales y, más todavía asambleas de sección y sociedades populares. A la noción abstracta de soberanía que se ejerce por intermedio de una asamblea nacional, opone la realidad concreta del pueblo reunido en sus asambleas de sección; es ahí donde el *sans-culotte* tiene realmente plena conciencia de sus derechos soberanos y del uso que puede hacer de ellos. Consecuentemente, la permanencia y la autonomía de las secciones ocupan el primer lugar entre esos derechos.

Con este planteamiento el *sans-culotte* del año II retomaba una reivindicación de los ciudadanos activos de 1790, pero cargándola de un nuevo contenido social. El distrito de la Chaussée-d'Antin recordó, el 18 de marzo de 1790, «que el patriotismo y la permanencia de los distritos eran los fundamentos de la libertad francesa»; que las secciones debían conservar «su imprescriptible derecho de reunirse libremente en asamblea, bien para cuestiones de régimen interno, bien para oponerse a los proyectos de la municipalidad, o por cualesquier otra causa justa y razonable». De 60 distritos, 53 adoptaron una resolución pidiendo la permanencia «de las asambleas constituidas con regularidad cada mes». El 23 de marzo de 1790, el alcalde de París presentó su súplica a la Asamblea Constituyente. Nueva gestión de los distritos, el 10 de abril de 1790, mientras que continuaba la campaña de folletos. Uno de ellos, anónimo, precisa que por permanencia debe entenderse la facultad de las secciones para reunirse en asamblea todos los meses y «en caso de que asuntos importantes exigieran asambleas generales», también la de formar comités permanentes «para la ejecución de los reglamentos de la municipalidad y de la policía». A la objeción de que la permanencia de las secciones transformaría París en otras tantas repúblicas soberanas, y que atribuir a las secciones todos los actos del poder reglamentario sería aniquilar la Comuna, otro folleto opone la necesaria inspección de las secciones en todos los actos de la vida pública y las ventajas de la permanencia para la formación cívica de los ciudadanos.

Los progresos del movimiento democrático desde principios del año 1792, y a continuación la crisis general que determinó la declaración de guerra, derribaron las frágiles barreras levantadas de forma artificial por la Asamblea Constituyente para restringir la soberanía de las secciones y su autonomía. El 2 de febrero de 1792, la Socie-

*sections <=> Commune**

dad fraternal de los dos sexos reunida en el club de los Jacobinos reclamaba la permanencia de las secciones, no para el ejercicio de los poderes legislativo, ejecutivo o administrativo que «una gran sociedad sólo puede ejercer a través de sus delegados», sino para el ejercicio del «poder de vigilancia que cualquier sociedad de hombres libres tiene el derecho de ejercer directamente»; ninguna autoridad tiene el derecho de impedir a una comuna o a una sección que se reúnan en asamblea cuándo y con tanta frecuencia como quieran. La Sociedad fraternal esgrimía los argumentos habituales: la permanencia contribuirá a la formación cívica de los ciudadanos, disipará los malentendidos y reunirá a todas las clases en «un único haz de fuerza y de voluntad».

* El empeoramiento de la situación en la primavera de 1792 dio una fuerza irresistible a la reivindicación patriótica de la permanencia: sólo ella, por tomar los términos de la petición de la Sociedad fraternal, permitía vigilar «a los agentes del Gabinete austríaco y del Comité de Coblenz». El día 28 de mayo, las secciones Théâtre-Français, de la Croix-Rouge y de Fontaine-de-Grenelle piden a la Asamblea Legislativa un decreto que les constituya «en estado de vigilancia tan necesario en aquellas circunstancias». La sección de los Lombards propone el 30 de mayo que las asambleas generales sean permanentes, mientras duren «estos días de crisis». La misma reivindicación de la sección de *Mauconseil*: «Cuando la patria está en peligro, todos los ciudadanos deben volar en su ayuda; pero, ¿cómo acudirán, si no tienen un centro para una reunión rápida y activa?». El día 16 de junio, la sección de la Croix-Rouge reclama de nuevo la permanencia activa de las secciones: «Es ahí donde en cualquier tiempo, y a cualquier hora, estarán dispuestos, armados y en pie, vuestros intrépidos defensores.» Al día siguiente, la sección de Faubourg-Montmartre, «en vista de los peligros que amenazan a la cosa pública desde todas partes», y para prevenir «desgracias incalculables», adoptaba la misma decisión. El día 28 de junio, la sección de Montreuil decidía el principio de una resolución «para la permanencia de las 48 secciones de París, con la facultad de deliberar sobre todos los asuntos que conciernen a la salvación pública». Todavía el 2 de julio, una comisión de los ciudadanos de París reclamaba la permanencia de las secciones.

El día 11 de julio, la proclamación de la patria en peligro llevó consigo la permanencia de las autoridades constituidas: pero las secciones no estaban consideradas como tales, al no tener ni autoridad definida ni atribuciones especiales. Pese a ello, durante el mes de julio se estableció de hecho la permanencia de las secciones, las sesiones llegaron a ser diarias, y se abrieron a todos los ciudadanos. El

día 3 de julio, la sección de Postes ordenó la publicidad de sus sesiones. El día 24, adoptaba el principio de una petición a la Asamblea Legislativa sobre los medios para remediar los peligros de la patria: En primer lugar, la permanencia de las secciones. Ese mismo día, decidió tener sus sesiones tres veces por semana, «hasta que la Asamblea Nacional ordene lo contrario». El 25 de julio, la Asamblea Legislativa cedió por fin y decretó la permanencia de las secciones. Las circunstancias impusieron una medida que primero los Constituyentes, y después los miembros de la Asamblea Legislativa habían rechazado durante dos años con obstinación.

Desde entonces la permanencia fue una de las bases del sistema político popular y del gobierno directo que los militantes intentaron confusamente instaurar. En período de crisis, se revela como un eficaz instrumento de acción, razón por la cual se la salvaguarda celosamente. A comienzos de septiembre de 1792, un elector de la sección de Thermes-de-Julien, en un llamamiento al cuerpo electoral la considera como uno de los «cuatro pilares de la libertad». El 16 de noviembre de 1792, la asamblea general de la sección de Butte-des-Moulins decide celebrar sus sesiones sólo tres veces por semana, pero deja bien sentado que no renuncia a la permanencia.

En la lucha entre Girondinos y partidarios de la Montaña, la permanencia constituyó un arma decisiva en manos de los *sans-culottes*. Así que la Gironda desde los comienzos de 1793 reclamó ardorosamente su supresión. El 6 de enero lo pide Richaüd; Salles argumenta que siendo la permanencia un *instrumento revolucionario* no se la puede prolongar sin que la seguridad pública corra peligro. Por el contrario, Marat sostiene que eso sería comprometerla, y pide que la permanencia continúe mientras la patria esté en peligro. Robespierre habló en el mismo sentido. El debate continuó en mayo con el empeoramiento de la crisis. El día 20, en la sección Poissonnière, se propone que las sesiones dejen de ser permanentes «en vista del pequeño número de ciudadanos que se reúnen en ellas», pero la asamblea se apresuró a rechazar esta moción juzgada como peligrosa, «solamente después de cuatro días de discusiones podría plantearse el poner fin a la permanencia de una asamblea». El día 24 de mayo, la Comisión de los Doce decidió que las asambleas generales terminarían todas las noches a las 10; medida indirecta para eliminar las ventajas de la permanencia, tal como la practicaban los sans-culottes. Las secciones avanzadas no hicieron ningún caso de este decreto; el 28 de mayo, la sección de los Marchés declaraba que no se sometería al decreto; la sección de la Bonne-Nouvelle, a propuesta de Hébert, decidió reunirse en el club, pasadas las 10, «para ocuparse de sus intereses».

La permanencia era, sin embargo, un arma de doble filo. Si los *sans-culottes* acudían a las asambleas generales en período de crisis, tenían tendencia, por el contrario, a abandonarlas una vez pasado el peligro. En ese caso bastaba con que sus adversarios fueran más asiduos, para que se produjera un cambio de mayoría. Tras el 2 de junio se notó bastante en las secciones parisinas; los moderados, derrotados en el plano de la política general, intentaron tomarse la revancha en las asambleas de sección que invadieron. De lo que resultaron luchas encarnizadas, y una auténtica guerra civil larvada; en algunas secciones, los *sans-culottes* sólo se apoderaron definitivamente del poder durante el verano o a comienzos del otoño de 1793. En las grandes ciudades, como Lyon o Marsella, la permanencia de las secciones fue el instrumento de la contrarrevolución. El peligro fue advertido por Marat, espíritu realista donde los haya. El 21 de junio, en una carta a la Convención, pide la supresión de la permanencia, principio y causa de los desastres acaecidos en algunas grandes ciudades; «porque los ricos, los intrigantes y los enemigos corren en tropel a las secciones, se hacen los amos y hacen tomar las decisiones liberticidas, mientras los jornaleros, los obreros, los artesanos, los vendedores al por menor, los agricultores y, en una palabra, la muchedumbre de los infortunados obligados a trabajar para vivir, no pueden asistir a ellas para reprimir las intrigas criminales de los enemigos de la libertad».

El argumento fue retomado por Danton y contribuyó a que se votara el decreto del 9 de septiembre de 1793, que reducía las sesiones de las asambleas generales a dos por semana. Cualquiera que haya sido el fundamento, la supresión de la permanencia asestó un golpe muy duro al sistema político popular. La supresión era un elemento integrante de la evolución del Gobierno revolucionario, que tendía a controlar el movimiento popular y a encerrarle dentro del marco de la dictadura jacobina en formación. Moderados tan destacados como Nicolau, antiguo presidente del Departamento de París, aplaudieron el decreto. La Convención, declara en una memoria justificativa, ha prevenido graves desórdenes «al suprimir esta funesta permanencia que ofrecía a los intrigantes tantas más posibilidades de engañar al pueblo, cuanto que las asambleas eran poco numerosas y los patriotas más ilustrados estaban obligados a alejarse de ellas para dedicarse a sus negocios o cumplir las funciones públicas». Nicolau dio la vuelta al argumento de Marat y Danton, pero la conclusión era idéntica.

Si la concesión de la indemnización de los 40 sueldos produjo la desavenencia entre los *sans-culottes* y dividió a las secciones, la supresión de la permanencia suscitó, en cambio, una oposición uná-

nime: los *sans-culottes* dieron la vuelta al decreto de 9 de septiembre formando las sociedades de seccionarios. No por ello dejaron de reclamar durante todo el año II, sesiones más frecuentes. Las autoridades comunales no cedieron lo más mínimo en su obstinada negativa, ante las exigencias de una aplicación estricta de la ley por parte de la comuna Robespierrista, más exigente aún que su predecesora.

La obstinación de los *sans-culottes*, en reclamar el mantenimiento de la permanencia, era tanto mayor cuanto que concebía a la sección no sólo como un órgano regulador de la política general, del que emanaba la representación nacional y que la controlaba, sino también como un organismo autónomo, que se administraba por sí mismo. La sección era soberana, y sus asuntos internos sólo dependían de su asamblea general.

En 1790, mientras se preparaba la ley sobre la nueva organización municipal, un tal Boileux de Beaulieu pidió que cada sección o distrito se organizara como un Ayuntamiento y se encargara de su policía, de su administración, y del reparto y de la percepción de las contribuciones; más aún, que la Comuna no pudiera hacer «ningún reglamento de administración o de policía más que después de haber propuesto la moción en cada sección o distrito para que en ellos se deliberara y se decidiera, y que no pudieran promulgarse o ejecutarse ninguna ley reglamentaria o administrativa más que sobre la base de la pluralidad de las diversas secciones o distritos».

Existe, incluso desde este punto de vista, una continuidad entre los ciudadanos censitarios de 1790 y los militantes populares del año II. Esta preocupación por una autonomía total impulsó a la sección de los *Sans-Culottes* a reclamar, el 3 de marzo de 1793, la transferencia del registro civil a las secciones. El 4 de mayo condujo a protestar a la sección de la Cité contra la pretensión de Santerre, comandante en jefe de la guardia nacional parisina, de nombrar ayudas de campo, ayudantes generales y adjuntos de todos los grados, en los batallones de la nueva leva, con el pretexto de que «los voluntarios no estén expuestos a ser sacrificados a la falta de talento de sus jefes». La medida se considera un atentado contra la libertad de las secciones, y la de la Cité sólo permitirá al mando de su compañía a los oficiales nombrados por ella. La sección de la Unidad que se ha opuesto a la elección de Raffet para comandante de la guardia nacional parisina declara el 26 de junio de 1793 que aunque se le nombre, no obedecerá sus órdenes. Con el fin de asegurar el funcionamiento de los servicios de las secciones, en el año II algunas asambleas generales establecieron una contribución sobre su territorio, pese a la

* La permanencia de las secciones fue el instrumento de la contrarrevolución.
* La permanencia de las secciones fue el instrumento de la contrarrevolución.

* La permanencia de las secciones fue el instrumento de la contrarrevolución.

ley que les prohibía votar impuestos directos o indirectos. En *pluviôse* una sección decidió «que se recogería a cada particular de la sección, una o dos veces cada diez días, 10 ó 15 sueldos según sus posibilidades para subvenir a las múltiples necesidades de las respectivas secciones». El 16 *pluviôse*, el Consejo General de la Comuna debió recordar, que ninguna sección tenía derecho a exigir contribución, «en base a que sólo el pueblo soberano tiene el derecho de votar y aceptar los impuestos, y en que ninguna sección puede establecer tasa parcial alguna».

En materia de policía es donde la autonomía de las secciones se reclamó con mayor ímpetu. Ya el 4 de febrero de 1791, la sección del Théâtre-Français declara que el modo de administración del departamento de policía es inconstitucional y peligroso para la libertad: la policía debe repartirse entre las 48 secciones. El 12 de septiembre de 1792, la sección Mirabeau afirma, «que es de derecho natural (...) el que cualquier individuo supuestamente culpable sea puesto provisionalmente bajo la salvaguarda de la sección donde está domiciliado». La sección es *el primer tribunal natural*; en su territorio debe ser la única encargada de la ejecución de los mandatos de detención y de las investigaciones. La susceptibilidad de las secciones en este tema iba tan lejos que, el 8 de septiembre de 1792, la sección de los Quinze-Vingts adoptó una resolución de este tema: «que no corresponde a la dignidad de la Comuna entrometerse en el campo de una sección cualquiera sin haber prevenido a la sección por medio de una ordenanza y sin que los comisarios puedan, bajo ningún pretexto, negarse a exhibir los poderes que les son dados». El 24 de diciembre la sección del Louvre declaró solemnemente que sólo ella tenía el derecho de policía en su territorio. La sección del Contrat-Social sostiene el 11 de mayo de 1793 que una sección no tiene por qué rendir cuentas de la policía de su distrito. Como aplicación de este principio, los comisarios de policía, nombrados en principio por las asambleas generales pero de hecho bajo el control de la Comuna, deben estar subordinados a los comités de sección, pues lo contrario «sería restablecer el vergonzoso régimen de esa policía tan justamente odiado y temido». En el momento más agudo de la crisis de marzo de 1793, el día 27, Marat decía a los Jacobinos: «Una sección es soberana dentro de sus muros.» Fácilmente se percibe la incompatibilidad de estos principios con las exigencias del Gobierno revolucionario.

La importancia que atribuyeron los *sans-culottes* a la permanencia y a la autonomía de las secciones, se comprobó tras el 9 *thermidor*

por la obstinación que pusieron en reclamar sesiones más frecuentes, y por su recurso a la permanencia en el momento de la tentativa de *prairial* del año III.

Los reaccionarios, en cambio, reglamentaron de forma cada vez más estricta el desarrollo de las asambleas, para suprimirlas finalmente. El 9 *thermidor*, la Convención prohibía convocar las secciones sin autorización de los Comités de Gobierno. El 4 *fructidor*, al mismo tiempo que suprimía la dieta de 40 sueldos, reducía las asambleas generales a una cada diez días: Thuriot, que el 25 de julio de 1792 había propuesto la permanencia de las secciones, insistió en «los inconvenientes de multiplicar las secciones de las asambleas de sección».

Los *sans-culottes* protestaron en vano. El 28 *fructidor*, François Paris, desengrasador de la sección de Piques, fue detenido por decir «que ya se habían reducido las asambleas de sección a una por década, y que se las iba a destruir en pocos días, (...) que las asambleas eran el sostén de la República». El 30 *fructidor*, los *Gravilliers* invitaban a la Convención «a tomar en consideración la necesidad de instrucción del pueblo, la de tratar y discutir sobre sus intereses, que tres asambleas al mes no eran suficientes para su celo patriótico y su solicitud cívica, y la necesidad de decretar que las secciones de París pudieran reunirse en asamblea como antes». La sección de Montreuil adoptó una resolución similar ese mismo día, a la que se adhirieron el 10 *vendémiaire* las secciones Montagne, de los Tuileries y de Popincourt.

En la primavera del año III, las asambleas decadarias parecían peligrosas por servir de punto de reunión a los *sans-culottes*. El 10 *ventôse*, en la sección de la République, compuesta sobre todo «de obreros, carreteros y otros», se proponía para eliminar a los *sans-culottes* celebrar las sesiones no ya de 6 a 10 de la noche, sino desde las 11 de la mañana hasta las 3 de la tarde: «Ya no habría que temer más la combinación de los medios terroristas.» El 8 *germinal*, una de las primeras medidas de la Convención para poner fin a los desórdenes fue la de fijar efectivamente de una a cuatro de la tarde el desarrollo de las asambleas generales; de esta forma, los *sans-culottes* serían eliminados de ellas. Por el contrario, las secciones sublevadas se declaran en sesión permanente. Así, el 13 *germinal* por la tarde, los ciudadanos de la sección de Popincourt reunidos en armas declararon adherirse a una resolución de la sección de la Cité que se «constituía en sesión permanente», e invitaban a «sus hermanos de las otras secciones a hacerlo del mismo modo para ocuparse de los medios de salvar la cosa pública y comunicarse entre ellas aquellos que juzgasen más adecuados para conseguir este efec-

to». El 10 *floréal*, la sección de Montreuil decide constituirse en sesión permanente para deliberar acerca de las subsistencias. El primero *prairial* el pueblo invade la Convención y, entre las reivindicaciones que plantea, figura la permanencia de las secciones. Tras la votación de algunos decretos por la minoría que permanece en sesión, Romme declara que: «No basta con hacer decretos útiles, es preciso asegurar los medios para hacerlos cumplir»; en consecuencia, propone la convocatoria de las secciones y su permanencia.

Este fue el último sobresalto. El 4 *prairial*, la Convención decretaba que las mujeres ya no serían admitidas a las asambleas de sección, a las que asistían desde el verano de 1792, y en cuyas deliberaciones habían participado con frecuencia, incluso durante el verano de 1793. A pesar de todo, las asambleas generales siguieron sus sesiones cada diez días. El 24 *thermidor*, y a propósito de una petición de la sección de Bonne-Nouvelle, un diputado desconocido se extraña de que las asambleas de París continúen sus sesiones. Al día siguiente, Boissy D'Anglas señaló que era inútil innovar para el poco tiempo que quedaba hasta que la Constitución estuviese terminada, puesto que en ella se prescribían reglas definitivas a este respecto. En *vendémiaire* del año IV, Merlén de Donai propuso la aplicación inmediata del artículo 363 de la Constitución del año III, por el que se suprimían las asambleas de sección, dado que estaban sirviendo de marco a la agitación realista, pero ante esta situación se adelantó el establecimiento del Gobierno Constitucional, fijado para el 5 *brumaire*.

De esta manera desaparecieron las asambleas de sección que habían suministrado a los *sans-culottes* los marcos de su acción política y cuya permanencia había simbolizado para ellos el principio mismo de la soberanía popular.

4. LA INSURRECCIÓN

Última consecuencia de la soberanía popular.—De la manifestación de masas a la insurrección armada.—Las resonancias afectivas.—Mecanismo de la insurrección.—Insurrección y Gobierno revolucionario.

El último recurso del pueblo soberano es la insurrección. La Asamblea Constituyente no había inscrito este derecho en la Declaración de agosto de 1789. Pese a ello, la «resistencia a la opresión» era uno de los derechos imprescriptibles. La Convención, tanto para legitimar el 10 de agosto y el 31 de mayo como para prevenir al

pueblo contra la opresión, lo afirmó en el artículo 35 de la Declaración de junio de 1793.

Los *sans-culottes* no vieron en él una mera afirmación teórica y formal de su soberanía. Imbuidos de sus derechos, practicaban confusamente los métodos del Gobierno directo, y estaban inclinados naturalmente a retomar el ejercicio de la soberanía cuando estimaban traicionados por sus mandatarios los derechos del pueblo soberano. Las afirmaciones populares del derecho a la insurrección se multiplican en todos los períodos de crisis hasta el año III. El primero *prairial* del año III, el zapatero Duval, de la sección del Arsenal, tras haber leído en la tribuna de la Convención la petición de los sublevados juró a Boissy D'Anglas, que presidía, a que reconociera que la insurrección era el más sagrado de los deberes, y que tales palabras estaban consignadas en la Declaración de derechos.

Sin embargo, esta palabra se carga, según las circunstancias, de diversos matices. La insurrección, tal como la conciben los *sans-culottes*, no es forzosamente una acción armada. El 6 de octubre de 1792, la asamblea general de la sección de Gravilliers declara no reconocida la soberanía del pueblo por las pretensiones de la Convención, «por el ejercicio de un poder ridículo e ilimitado sobre las secciones de París». «Levantémonos —concluye— por última vez y mantengámonos en pie hasta que demos a los mandatarios que los hombres del 89, los del 10 de agosto y los del 3 de septiembre último, con su actitud enérgica y consecuente, propia y exclusiva de la soberanía, son capaces de obligarles a retornar al cumplimiento de sus deberes y recordarles nuestros derechos que tan imprudentemente menosprecian.» La sección del Théâtre-Français se declara, el 27 de diciembre de 1792, en estado de insurrección hasta «el momento en que Francia sea liberada de sus tiranos», entendiendo por esta expresión «un estado continuo de útil desconfianza, de actividad, de vigilancia y de solicitud patriótica, en el que deben estar todos los buenos republicanos hasta que se consolide la libertad sobre bases inquebrantables». En este sentido lo entiende también la sección de l'Unité, cuando el 24 de mayo de 1793 se niega a someter sus registros a la Comisión de los Doce y pasa al orden del día «en base a que está permitido resistir a la opresión». Y del mismo modo el juez de paz Hu, presidente de la sección del Panthéon-Français. El 25 *frimaire* del año II un ciudadano invoca el decreto del día 14, en uno de cuyos artículos se prohíbe todas las comisiones o reuniones centrales; ante esto el juez abandona la presidencia y declara que tal ley no podía existir, «que si existía era preciso que el pueblo se levantara en masa y que él tendría el valor de ponerse a la cabeza para ir a la Convención y decirle que

estaba equivocada, y hacer derogar la ley en cuestión». Cuando el 11 *ventôse* los Cordeliers se declararon en insurrección, pensaban en una manifestación de masas más que en una acción armada. Finalmente, en el año III, Brutus Magnier respondió a la Comisión militar cuando se refería a su plan de *insurrección pacífica*, extrañada ante la alianza insólita de tales palabras, que una insurrección pacífica consistía en «el movimiento majestuoso de un pueblo que dice a sus mandatarios, haced eso porque yo lo quiero». Por consiguiente, para los *sans-culottes* la insurrección puede significar la resistencia del pueblo que se levanta, se niega a obedecer las leyes que no acepta, recobra el ejercicio de sus derechos soberanos, exige cuentas a sus mandatarios y les dicta su voluntad. En esta fase, la insurrección es una manifestación de masas, que traduce la unanimidad y la majestad popular al mismo tiempo.

Los medios pacíficos no siempre son eficaces. El pueblo sublevado impone su voluntad por la amenaza implícita de su fuerza y el recurso a la violencia tanto más que por la apelación a sus derechos. El 1 de mayo de 1793, la delegación de las secciones del arrabal de Saint-Antoine, tras haber propuesto a la Convención medidas de salvación pública, le dirige un auténtico ultimátum: «Si no las aceptáis, os declaramos nosotros, nosotros, que queremos salvar [la cosa pública], que estamos en estado de insurrección: 10.000 hombres esperan a la puerta de la sala.» Todavía en mayo, las secciones del arrabal de Saint-Marcel declaran a los representantes que el pueblo vela constantemente por el mantenimiento de sus derechos, «que basta un solo instante para que se levante como un solo hombre, os rodee y os pida la cuenta que debéis darle de la respetable misión que os ha confiado». En algunas ocasiones, la amenaza es más precisa. En la sección de los Quinze-Vingts, en la noche del 9 al 10 *thermidor*, un *sans-culotte* afirma que cuando «los apoderados de la representación» (no emplea el término de representantes y ni siquiera el de mandatarios) no cumplen con su deber, el pueblo tiene el derecho de levantarse y de expulsarlos.

La insurrección armada constituye la última manifestación de la soberanía popular. Se hace sentir primeramente por el toque de generala y por el toque a rebato, que significan que el pueblo recobra el ejercicio de sus derechos y va a imponer su voluntad por la fuerza de las armas. Un tal Pitton, pulidor de acero, de la sección de Poissonnière, con ocasión de la tentativa insurreccional del 12 *germinal* del año III, afirma «que el pueblo soberano tenía el derecho de hacer tocar a generala e iniciar asambleas». Tras el 10 de agosto, el bordador Cordas, de la sección de los Lombards, que en el año II será administrador de policía, parece haber declarado «que

puesto que el pueblo se había levantado no debía reconocer otra ley que la voluntad soberana». En la noche del 9 al 10 *thermidor*, Lécivain, antiguo miembro del Comité de Salvación Pública del departamento de París y escribano-jefe del Tribunal revolucionario, declaró «que no había que obedecer las órdenes de los comités de la Convención, porque cuando sonaba el toque a rebato, la Convención ya no era nada». Por sus resonancias afectivas, por el recuerdo de las grandes jornadas del 14 de julio, del 10 de agosto y del 31 de mayo, en las que el pueblo apareció en toda la majestad de su poder soberano, la insurrección adquiere un carácter exaltador para muchos *sans-culottes*. La atmósfera de estas jornadas sigue siendo inolvidable para ellos. El cierre de las puertas, el toque de generala, el toque a rebato y el cañón de alarma, sobreexcitan los nervios, ponen en tensión los espíritus, y contribuyen a la exaltación popular. Pero también actúa sobre estos hombres sencillos y humildes el sentimiento de haber ejecutado un acto por el que imprimían su sello sobre el destino de la nación y les elevaba por encima de su condición. En la noche del 9 al 10 *thermidor*, un tal Pelletat, de la sección de los Quinze-Vingts, presumía ante un joven guardia nacional: «¡Tú no tienes experiencia de la revolución, y no sabes lo que puede pasar en una Comuna cuando ordena el toque de generala y repicar a rebato!»

Una vez recuperado el ejercicio de sus derechos soberanos por medio de la insurrección, el pueblo concentra en sí todos los poderes: puede legislar, ejercer la justicia, y desempeñar todas las funciones del poder ejecutivo. Desde el momento de la insurrección, y mientras ésta dura, manda él en exclusiva. En la sección de la Indivisibilité, el comisario Marchand, un humilde *sans-culotte* (no sabe leer), declara el 1 *prairial* del año III: «Ya no hay autoridad, porque el pueblo está levantado, ya no hay necesidad de órdenes, sólo manda el pueblo.» El día 2, un tal Lallemand, trabajador del gas de la sección de Mont-Blanc, se niega a obedecer las órdenes de las autoridades: «Porque en ese momento ya no reconoce a la Convención porque está sublevado.» También el día 2, Louis Vian, ujier del Tribunal de paz, llegó a notificar al comité civil de la sección de Finistère «que el tribunal ya no era nada, porque el pueblo soberano había reconquistado sus derechos». Durante las jornadas de septiembre de 1792, el pueblo tomó en sus manos el ejercicio de la justicia como uno de los atributos esenciales de su soberanía. Una vez manifestada la plenitud de su poderío soberano a través de la insurrección, el pueblo depone las armas y delega nuevamente el ejercicio de su soberanía en mandatarios que vuelven a gozar de su confianza. La sección de los *Sans-Culottes* declara en su resolución

del 31 de mayo de 1793: «Si en el preciso instante en que el pueblo se levanta, todavía nuestra sección acude a vosotros, es con la esperanza de que cuando deponga nuevamente sus armas en vosotros y os devuelva el ejercicio de su soberanía, vosotros la vais a utilizar para el bienestar del pueblo.»

Un texto del año III muestra el mecanismo de la insurrección, tal como la conciben los *sans-culottes*. El 11 *floréal*, en la sección del Bonnet-de-la-Liberté una muchedumbre de hombres y mujeres, tras haber asediado en vano las panaderías vacías, marcha sobre el comité civil hacia las 5 de la tarde, deteniéndole «en nombre del pueblo soberano y de la ley». Un *sans-culotte* interpela al tambor de la sección: «Vete a buscar tu tambor para tocar generala y que la sección se declare en estado de insurrección.» Otro proclama: «Cuando el pueblo se halla en estado de insurrección, cuando tiene mandatarios infieles, es preciso acusarles, juzgarles y castigarles sobre la marcha». El pueblo en insurrección nombra, entonces, a cuatro comisarios para examinar la conducta de las autoridades constituidas de la sección. ¿Les parece suficiente este acto por el que otorgan su confianza a nuevos mandatarios y les delegan el ejercicio de su poder soberano? Por supuesto, muchos *sans-culottes* se retiran en seguida; para ellos la insurrección ha terminado. A eso de la medianoche, la fuerza armada conducida por cuatro representantes no tendrá dificultad para dispersar a quienes siguen todavía allí y liberar así al comité civil prisionero.

En este ejemplo se palpa al vivo la fuerza y la debilidad de las concepciones populares en materia de soberanía y de insurrección. No basta con proclamar la insurrección en nombre de los derechos del soberano: es preciso además organizarla. No basta con investir de la confianza popular a los nuevos mandatarios: es preciso además mantener a su disposición la fuerza de las armas. Ahí están para probarlo el 10 de agosto y el 31 de mayo; en sentido contrario lo atestiguan trágicamente las jornadas de *prairial*.

Quedan así definidos los límites de la madurez política de la *sans-culotterie*, al mismo tiempo que se clarifica el papel dirigente de la burguesía en la dirección de la Revolución. Los *sans-culottes* suministraron la masa de maniobra indispensable para el ataque; la burguesía, o al menos la fracción de la burguesía que vio la salvación de la Revolución en la alianza con el pueblo, preparó y organizó las grandes jornadas revolucionarias y explotó los resultados. Así sucedió el 10 de agosto y el 31 de mayo. En este sentido las gran-

des jornadas populares siguen siendo jornadas revolucionarias burguesas.

¿Podía ser de otro modo? Las veleidades de insurrección en solitario de la *sans-culotterie* en *ventôse* del año II, así como sus tentativas de *germinal* y de *prairial* del año III se saldaron con trágicos fracasos, como si los *sans-culottes* aislados y abandonados únicamente a su fuerza estuvieran abocados a la impotencia. Pero es que en todo ello existía una contradicción entre la acción popular y las necesidades objetivas de la Revolución burguesa. En el plano político esta contradicción estalla entre las tendencias de los *sans-culottes*, que entienden sus derechos al pie de la letra, y las características de la democracia burguesa para quien los derechos del pueblo soberano sólo se ejercen en el momento del nombramiento de sus representantes, y después por su conducto. El 13 de marzo de 1793, y en nombre de la Gironda, Vergniaud se levantó para hablar contra el abuso que hacían los *anarquistas* de la palabra *soberanía*: «Ha faltado poco —dijo— para que arruinaran la República, porque hacían creer a cada sección que la soberanía residía en su seno.»

Las concepciones populares en materia de soberanía proporcionaron a la burguesía de la Montaña la justificación de las insurrecciones del 10 de agosto y del 31 de mayo, que bajo ningún concepto parecieron incompatibles con la buena marcha del Gobierno revolucionario y una política eficaz de defensa nacional, contradicción que, en las condiciones objetivas de la época, sólo podía resolverse poniendo al paso a las secciones parisinas. Pero eso era romper el impulso del movimiento popular que había llevado al poder al Gobierno revolucionario y que constituía su único apoyo. Por todo ello, la crisis se fue agravando.

Lo esencial es poder pop

Tanto como por sus tendencias, la *sans-culotterie* había de inquietar forzosamente a la burguesía por su comportamiento y por sus prácticas políticas, suscitando en consecuencia la oposición del Gobierno revolucionario deseoso ante todo de equilibrio y de eficacia.

Dos principios esenciales guían la acción política de los *sans-culottes*, para quienes la violencia constituye el último recurso: la publicidad, salvaguarda del pueblo y que, en el año II, constituye el corolario de la vigilancia revolucionaria y la unidad que, fundada en la unanimidad de los sentimientos y de las convicciones, permite realizar la *unidad de acción*, y de este modo aparece como una garantía de victoria. Por ello, hay un cierto número de prácticas que caracterizan el comportamiento popular y le oponen al de la burguesía. Concebidas y probadas en el fuego de la acción, contribuyeron a los progresos de la Revolución y al fortalecimiento de la dictadura de los Comités. Pero, ¿eran compatibles con las necesidades de ésta, así como las tendencias profundas de la primera?

1. LA PUBLICIDAD, «SALVAGUARDA DEL PUEBLO»

Publicidad de las sesiones de los cuerpos administrativos y de las asambleas generales.—El voto en voz alta de agosto de 1792 al otoño de 1793; el voto por aclamación, por sentados y levantados en el

año II; el voto secreto impuesto por la Comuna robespierrista.—La denuncia: un deber cívico.

«El patriota no tiene nada personal» —escribe el 25 *ventôse* del año II, la sección de la Fontaine-de-Grenelle a la sociedad popular de Auxerre—, «refiere todo y cuenta todo a su agrupación: las alegrías, los sentimientos dolorosos, se expalan totalmente en medio de sus hermanos, éste es el origen de la publicidad que distingue al gobierno fraternal, es decir, al republicano».

La publicidad deriva de la concepción que de las relaciones sociales tiene el *sans-culotte*. En el plano político produce consecuencias importantes, el patriota no tiene por qué ocultar sus opiniones ni sus actos, tanto más cuanto que no tiene otro objetivo que el bien público. La vida política se desarrolla a pleno sol, bajo la mirada del pueblo soberano; los cuerpos administrativos, así como las asambleas generales deliberan en sesiones públicas, los electores votan en alta voz bajo la mirada de las tribunas. Sólo hay secreto cuando hay malas intenciones; la denuncia, pues, se convierte en un deber cívico. La publicidad es por supuesto la *salvaguardia del pueblo*, principio que, manejado en todos los períodos de crisis, de 1792 a 1794, demostró ser un arma revolucionaria de gran eficacia en manos de los *sans-culottes*.

El 22 de febrero de 1792, más de 200 ciudadanos de París exponían a la Asamblea Legislativa «cuán esencial es que se ordene la publicidad de las sesiones administrativas, a fin de que el pueblo distinga a los que actúan y velan sólo por su bienestar, de los que se apoderan de su confianza para favorecer su particular ambición o capricho». Una vez declarada la guerra se acentúa la función que la publicidad tiene como medio indispensable de vigilancia revolucionaria. El 1 de julio, con el fin de obligar a los cuerpos administrativos «a poner más madurez en sus deliberaciones y celeridad en la expedición de sus asuntos», y al objeto de que el pueblo ejerciera su derecho «de vigilar por sí mismo la conducta de sus administradores», la Asamblea Legislativa decretó la publicidad de las sesiones de los cuerpos administrativos. Bajo la presión popular, esta práctica se extendió rápidamente a toda la vida política. En el año II, se une y refuerza la vigilancia revolucionaria. El 13 de mayo de 1792, en la sección de Correos al pedir un ciudadano que las asambleas generales fueran públicas, se invocó el orden del día: ello hubiera supuesto admitir a los ciudadanos pasivos. Pero el 3 de julio, la asamblea general reconoció «que conviene que cada

ciudadano pueda ser testigo de lo que se trata en las deliberaciones»; sus sesiones, por tanto, serían públicas. La sección de Roule la imita el 20 de julio, y hacia la misma época lo hace el conjunto de las secciones. Los *sans-culottes* invaden las asambleas generales y no se contentan con el papel de espectadores. Se construyen tribunas en las salas de sesiones donde cada tarde se apelotonan mujeres y niños o ciudadanos ajenos a la sección. En lo sucesivo, las secciones deliberan en presencia del pueblo.

¿Era totalmente suficiente la publicidad de las sesiones? Faltaba todavía ejercer la vigilancia popular sobre las operaciones más importantes de la vida política: las elecciones y los votos. Para eliminar a sus adversarios, los patriotas impusieron el voto en voz alta, y después por aclamación.

La práctica del voto en alta voz se estableció tras el 10 de agosto de 1792. El 17, dos funcionarios municipales dieron lectura en la asamblea de la sección del Théâtre Français a la ley por la que se creaba el Tribunal de lo criminal; la asamblea, «en vista de la urgente necesidad de organizar prontamente el Tribunal», resolvió nombrar su representante por aclamación. Cuando las elecciones a la Convención, se impuso el voto en alta voz para el conjunto de las operaciones. Ello permitía influir en las opciones de los electores y subsanar en cierta medida el escrutinio de segundo grado, estimado como destructor de la soberanía popular y propicio a las intrigas. La sección de la Place-Vendôme bajo la influencia de Robespierre resolvió, el 27 de agosto de 1792, que para prevenir los inconvenientes del escrutinio de segundo grado, los electores votarían en alta voz y en presencia del público; con el fin de hacer eficaz esta última precaución, las operaciones electorales se desarrollarían en la sala del club de los Jacobinos. El mismo día, la sección de Bondy decidió que todas las elecciones habían de hacerse en alta voz, y que la asamblea general debería rodearse del mayor número posible de ciudadanos «para que fueran testigos del voto de cada elector», única medida capaz «de hacer fracasar las intrigas y de obligar a los electores a no abusar de sus poderes». Ese mismo día, el Consejo General de la Comuna sancionó estas propuestas: las votaciones habrían de realizarse en voz alta y por llamamiento nominal, las sesiones se desarrollarían en presencia del pueblo; y, finalmente, la asamblea electoral se desarrollaría en el local de los Jacobinos, porque la sala del Obispado no reunía las condiciones necesarias para albergar al público. La asamblea electoral se desarrolló de acuerdo con esta normativa.

La cuestión sobre el sistema de voto surgió de nuevo a partir de octubre de 1792, con ocasión del nombramiento del alcalde de

París y de los oficiales municipales: las mismas razones de vigilancia revolucionaria llevaron a la mayoría de las secciones a emplear un procedimiento idéntico. La ley electoral votada por la Convención, el 19 de octubre de 1792, imponía la votación secreta, pero la sección Mirabeau, «sobre los inconvenientes y peligros» que resultarían de ello, reclamó el voto en alta voz. Más prudente, la sección de los Champs-Élysées se contentó con afirmar la soberanía de las asambleas primarias, sin prejuzgar sobre su decisión. El 3 de octubre asentaba como principio que no podían ponerse trabas de ninguna clase al ejercicio del derecho de votar, a no ser las que emanaran de las mismas asambleas primarias «porque es el único derecho que ni puede ni debe delegarse jamás»; las asambleas primarias eran, por tanto, las únicas con capacidad para fijar el sistema de voto. Ese mismo día, sin embargo, las secciones del Arsenal, del Bon-Conseil y de Butte-des Moulins se pronunciaron en contra de la votación secreta, y a favor del voto mediante llamada nominal y en voz alta, que también adoptó la sección de Marais. Más circunspectos, los Gravilliers hacían protestas el 7 de octubre de sujeción a la ley, pero pedían que en lo sucesivo las elecciones se hicieran en alta voz: de esta manera no podría influenciarles «ninguna preponderancia de partido». El día 9, la sección de Piques adoptó una conducta similar; consideraba la votación secreta «como una forma destructiva de la libertad».

Al reanudarse la crisis a partir de marzo de 1793, los *sans-culottes* impusieron de nuevo la votación en alta voz, como un medio de lucha eficaz contra los moderados. Pero muy pronto incluso este sistema comenzó a resultar sospechoso, porque no expresaba los sentimientos de unanimidad que debían animar a los *sans-culottes*, por lo que en el verano de 1793 se generalizó el voto por aclamación. Más aún que el voto en alta voz, el escrutinio por aclamación o por el método de sentados y levantados permitía imponerse a los indecisos y eliminar cualquier oposición, así que muy pronto apareció como la única forma de escrutinio revolucionario.

En marzo de 1793, cuando las secciones parisinas, primero de forma espontánea, y después en ejecución de la ley del día 21, nombraron sus comités revolucionarios, estas elecciones por lo general se hicieron en voz alta, con frecuencia por el método de sentados y levantados como, por ejemplo, el 29 de marzo en la sección del Contrat-Social. Estos nombramientos lógicamente se juzgaron como ilegales y constituyeron, durante la represión del año III, uno de los cargos invocados con mayor frecuencia contra los antiguos comisarios. En los meses de mayo y junio, en la violenta lucha que libraron *sans-culottes* y moderados por el dominio de las asambleas

generales, la forma de la votación fue un arma que se disputaron las facciones rivales. «Nada de votación secreta, o triunfa la cábala», declara un *sans-culotte* de la sección de Mail el 21 de mayo. A la hora de elegir al comandante en jefe de la guardia nacional parisina, los *sans-culottes* impusieron el voto en voz alta en todas las secciones que dominaban; los moderados que apoyaban a Raffet defendían el voto secreto. La sección Lepeletier, controlada en ese momento por los moderados, se atuvo a la ley, pero los *sans-culottes* votaron en voz alta. Por ejemplo, el artillero La Merlière, quien declaró: «Yo no hago comedias, yo voto muy alto por Hanriot.» Allí donde no pudieron imponerse, los *sans-culottes* usaron un término medio. Por ejemplo, en la sección de l'Unité, un ciudadano hizo que se anulara, el 27 de junio, la resolución por la que la asamblea había adoptado el voto secreto: las papeletas serían firmadas por los votantes, so pena de ser considerados como votos nulos. De esta manera se mantuvo el principio de la publicidad.

Durante el verano de 1793, se generalizó el voto en voz alta a medida que progresaba la influencia política de la *sans-culotterie*. El 7 de agosto lo adoptó la sociedad de Hommes-Libres de la sección del Pont Neuf, porque es «el voto de los hombres libres»; el 4 de septiembre lo imita la asamblea general en el momento de mayor empuje popular. En *brumaire*, las últimas secciones o sociedades moderadas están «*sans-culotizadas*»: el día 27, la sociedad popular *Lepeletier* decide que votará en voz alta para todos los nombramientos. Los moderados que persisten en querer emplear el voto secreto son detenidos como sospechosos. Por ejemplo, a comienzos de *brumaire*, se detiene a un tal Boudon de la sección de Bonne-Nouvelle, «por votar en voz baja en el momento de los nombramientos en su barrio del marais». Por ejemplo, Louis Maillet, grabador en cobre de la sección del Panthéon-Français fue detenido el 12 *frimaire*, «por haberse opuesto encarnizadamente al deseo de los patriotas de votar en alta voz en las asambleas generales». A comienzos del año II, la práctica del voto secreto considerada como incivil desapareció de la vida política de las secciones.

Como dueños de las asambleas generales, los *sans-culottes* impusieron una forma de nombramiento que respondía aún mejor a su temperamento revolucionario y a su ardiente búsqueda de la unanimidad: el voto por aclamación. No era un método desconocido: los *sans-culottes* lo habían empleado ya en los momentos de crisis aguda. Por ejemplo, el 2 de agosto de 1792, la asamblea general de la sección de Postes designó a su presidente por aclamación y rechazó una petición de voto. A partir de septiembre de 1793, se generalizó el voto por aclamación. Por esta época, la asamblea general de

la sección de Beaurepaire, «no queriendo perder su tiempo en el escrutinio de votos», adquiere el hábito de nombrar a su presidente por aclamación, «lo que igualmente se apresuraba a hacer cada vez que el presidente del comité recibía órdenes para comunicar a la asamblea y sobre las que era preciso hacer una deliberación rápida». La urgencia no motiva por sí misma el voto por aclamación; es tanto un medio de aniquilar a los adversarios, como manifestación de la unidad revolucionaria tan entrañable para los *sans-culottes*. La aclamación fue la regla hasta la primavera del año II, juntamente con el voto por sentados y levantados, menos utilizado, pero también muy eficaz. Si la asamblea general de la sección de Butte-des-Moulins decide el 20 *brumaire* proceder a los nombramientos «de forma revolucionaria por sentados y levantados», el 25 *frimaire* renueva su dirección «de forma revolucionaria por aclamación». Esta es la forma empleada generalmente por la sección de los Inválidos, por la sociedad popular de la sección Poissonnière, etc. Finalmente, el voto por aclamación se impuso en el Consejo General de la Comuna, por la presión popular. El 2 *ventôse*, Lubin, su presidente, pide ser reemplazado. «¡Lubin!, ¡Lubin!», grita inmediatamente la casi totalidad de los miembros del Consejo, y las tribunas insisten: «¡Lubin!, ¡Lubin!». Lubin observa que un nombramiento como este no sería legal. «Se consulta las leyes sobre el gobierno provisional; en ellas aparece que el Consejo General tiene el derecho de nombrar y renovar, cuando quiera y de la forma que quiera, a su presidente.» ¿Nombrar superiores y proceder al escrutinio de los votos? «Eso sería abusar excesivamente del tiempo». Se proclama que Lubin queda elegido.

En esta fecha, la práctica popular del voto estaba casi a punto de desaparecer, no habría de sobrevivir a la crisis de *ventôse* y a la condena del grupo de los Cordeliers. Reforzada la dictadura jacobina, se produjo la vuelta a las formas burguesas. Payan, agente nacional de la Comuna depurada, proscribió formalmente el voto por aclamación o, simplemente en voz alta, para los nombramientos de las asambleas generales. Las secciones tuvieron que obedecer. Pero los *sans-culottes* abandonaron las asambleas generales, antes que aceptar un sistema de voto que estimaban favorable a sus adversarios. El 30 *messidor*, durante la elección de dos comisarios de vestuario, se produjo una discusión en la asamblea general de la sección de los Inválidos: ¿Se procedería por aclamación o por papeletas secretas? «Respecto a lo que se había declarado que los dichos comisarios serían nombrados por votación, muchos ciudadanos se salieron de la asamblea sin querer tomar parte en la deliberación.» La vuelta al sistema de voto secreto fue una de las medidas por las que

se hizo sentir la reacción de la primavera del año II, contribuyendo, además, al distanciamiento de los *sans-culottes* del Gobierno revolucionario.

La reacción thermidoriana mantuvo en este punto la política de la Comuna robespierrista. Aún más, en *prairial* del año III persiguieron a quienes habían preconizado el voto en alta voz, por sentados y levantados o por aclamación, y a quienes se habían beneficiado de ello. La última mención de esta práctica popular se refiere a la sección de l'Indivisibilité. En una reunión de la asamblea *primaire* el primer día complementario del año III, un tal Berger propuso que sólo se pudiera votar en voz alta, siendo expulsado por la casi totalidad de la asamblea «como uno de los agentes más destacados del terrorismo».

Por medio de la publicidad de las sesiones de los cuerpos administrativos y la prohibición del voto secreto, la vida política discurría a pleno sol; todos los ciudadanos eran llamados a controlar los actos, las palabras, e incluso las intenciones tanto de sus amigos como de sus enemigos. Pero además no debían callar nada de lo que interesase a la salvación pública. De esta forma, se llegó a las últimas consecuencias del principio de publicidad: la denuncia convertida en deber cívico para el *sans-culotte*.

En los lugares públicos, en las manifestaciones, *el ojo vigilante*, uno de los emblemas más usados del simbolismo revolucionario, invitaba a los ciudadanos a la vigilancia. La denuncia figuraba con frecuencia entre las obligaciones del juramento republicano. Las denuncias ocupaban una parte importante de las sesiones de las asambleas generales y de las sociedades populares. La propia ley alentaba al pueblo a ello. Según el decreto del 16 de septiembre de 1791, la *denuncia cívica* es obligatoria para cualquiera que hubiera sido testigo de un atentado. El 26 *ventôse* del año III, el Consejo General de la Comuna, a propuesta de los Jacobinos, invitaba a todos los ciudadanos a vigilar y a denunciar *más que nunca* a todos los enemigos de la cosa pública.

Los *sans-culottes* no se contentaron solamente con utilizar la denuncia, sino que la justificaron. En su *Enssai sur la dénonciation politique*, leído el 25 de julio de 1793 en la sociedad de la sección Guillermo Tell, Étienne Barry la definía con un acto por medio del cual «sin ser obligado a firmar, si no se quiere, y sin responsabilidad, se revela a las autoridades constituidas los atentados públicos de los que se tiene conocimiento». Bajo el Antiguo Régimen, el papel de delator era despreciable, «porque en un gobierno despótico, lo que

se llama el orden público no es otra cosa que el mantenimiento y la extensión del despotismo». A partir de la Revolución, «la denuncia política, lejos de ser un crimen contra la moral, se ha convertido en una virtud y en un deber»: porque su finalidad es la de preservar los desechos del hombre de cualquier atentado. ¿Existe algo más eficaz contra los aristócratas *nobles o burgueses*? Ahí está para probarlo el ejemplo de Marat. Y Barry concluye: «La denuncia es la salvaguardia de la libertad en una república popular.» Según un *sans-culotte* de la sección de Chalier, el 27 *floreale* del año II, la denuncia, igual que la publicidad, es la *salvaguardia del pueblo soberano*; debe de estar «en el mismo rango que la probidad y el honor»; los que se callan son malos ciudadanos, y quienes denuncian son dignos de remuneración. Tampoco es necesario para denunciar haber sido testigo de los hechos: «Es misión de los jueces y ministros de la justicia, defensores natos de los acusados, sopesar vuestras declaraciones.»

En consecuencia, durante el año II la denuncia fue una de las manifestaciones de la vigilancia revolucionaria. Justificada por su fin, pierde para los *sans-culottes* cualquier carácter odioso; por el contrario, es un deber cívico. El 26 de septiembre de 1793, el peluquero Marras advirtió al comité revolucionario de la sección de Chalier «que está siguiendo una e, incluso, varias sociedades contrarrevolucionarias, para lo cual tratará de afiliarse a ellas para denunciarlas, y que tendrá que comportarse de tal manera que no levante sospechas de ser un hermano falso...». En esta misma sección, el militante Montain-Lambin, miembro del comité de beneficencia, concedió ayuda a una ciudadana a la que, por otra parte, denunció «por tener principios contrarios a la Revolución». En la sección del Muséum, Chassant, ex-cura de la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois, consideraba como un deber de los niños denunciar a sus padres, si querían hacerles practicar el culto católico.

Los *sans-culottes*, que el año III eran detenidos por haber practicado la delación, lejos de defenderse por ello, se extrañaban de que aquello pudiera ser un cargo contra ellos. En la sección de las Thermes, el 9 *prairial* se detuvo a Landru, blanqueador de lino, bajo la acusación de haber denunciado a un tal Duhamel por sus opiniones realistas; Landru no niega los hechos porque: «creía que era su deber hacerlo». Por el mismo motivo, el pintor Michel de la sección de la Bonne Nouvelle había sido detenido el 5 *prairial*. «¿Será, por ventura, un crimen —escribe en una petición al comité de seguridad general— haber revelado y denunciado hechos verdaderos y útiles para la salvación pública? ¿Es que el desorden, la anarquía y la confusión han llegado hasta tal punto que la denuncia

cívica haya de ser asimilada a la dictada por el interés, la venganza o la pasión?» Ha denunciado, sí; pero no por odio, ni por interés, ni por venganza. «Sólo el amor a mi patria ha guiado mi denuncia. Si la mayoría de los ciudadanos hubieran tenido el valor suficiente para denunciar a todos los enemigos de la patria, hoy estaría a salvo.» Igual pensaba el carpintero Gentil, antiguo comisario de la sección del Contrat-Social, condenado a muerte el 5 *prairial* del año III. «¿Por qué denunció a varias personas de esta sección? —Porque las creía contrarias a los intereses de la patria.»

2. LA UNIDAD, «GARANTÍA DE VICTORIA»

De la búsqueda de la unanimidad a la lucha contra la indiferencia: llamadas a frecuentar las asambleas generales; la indiferencia, motivo de sospecha.—La práctica de la unidad: el derecho de petición colectiva, la correspondencia, la fraternización.

El principio de publicidad manifiesta, hasta en sus últimas consecuencias, el deseo ardiente de unanimidad que anima al *sans-culotte* que todo lo refiere a la masa, sin poder concebir que alguien se aísle de ella. La conformidad de los sentimientos, de las opiniones y de los votos le parece no sólo deseable, sino necesaria. La unidad será, pues, uno de los móviles de su acción política, de la que tendrá una concepción quasi-mística. No se trata ya tan sólo de la unidad nacional afirmada en la noche del 4 de agosto, proclamada por la Constitución de 1791, después por la Convención y celebrada con toda solemnidad el 10 de agosto de 1793. En manos de los *sans-culottes*, la unidad se convierte en un arma política, garantía y medio de victoria: quieren la unión más estrecha entre las organizaciones populares, y más aún, entre las diversas categorías sociales interesadas en la ruina de la aristocracia. La correspondencia y la fraternización son los medios de realizar la unidad; el símbolo es el beso fraternal; el juramento le confiere un valor religioso.

La necesidad de unir a todas las fuerzas revolucionarias se hizo sentir, en primer lugar, en el plano de las secciones. «Cuanto más en peligro está la patria, tanto más deben unirse los ciudadanos», declara, el 6 de septiembre de 1792, la sección de Beaubourg, que lanza una «proclamación de fraternidad», y abandona el nombre *insignificante* de Beaubourg por el de Reunión: que desaparezcan

todas las líneas divisorias entre los ciudadanos, y que la sección entera no forme más que «una única gran familia en la que todos los miembros estén perfectamente unidos». El beso de paz siguió a este juramento.

Los *sans-culottes* se esforzaron en arrastrar a todos los ciudadanos a participar en la vida política, pues no podían concebir que alguien fuera indiferente o neutral. No faltaron los llamamientos a la unión, que no lograron convencer a aquellos cuyos intereses habían sido dañados por la Revolución. Incapaces de persuadir, los *sans-culottes* castigaron con rigor. Convertidos en dueños de las secciones, se revolvieron contra aquellos que, indiferentes a los peligros de la patria, esperaban el fin de la tormenta. En el otoño de 1793, los indiferentes, los despreocupados, los egoístas se hicieron sospechosos. En la República no podía haber dos partidos. La ardiente búsqueda de la unidad contribuyó a reforzar el Terror.

Los llamamientos a acudir con asiduidad a las sesiones de las asambleas generales, seguidos de la amenaza contra el indiferentismo, se multiplicaron a comienzos de 1793, cuando la crisis movilizó a los militantes que cerraron filas. El 13 de diciembre de 1793, la sección del Arsenal aconsejó a los ciudadanos una asistencia asidua. Lo repitió el 2 de enero de 1793 (*sic*), para constatar con amargura que los más asiduos eran los menos acomodados; «son los obreros (...), son ellos quienes en las ocasiones difíciles se exponen los primeros a los peligros». Por el contrario, «los ciudadanos acomodados de todas las clases», unos indiferentes, otros «dedicados por entero a su negocio o a otras especulaciones útiles, se ocupan casi únicamente del cuidado de su fortuna». Por consiguiente, sólo una minoría popular frecuentaba las asambleas. La sección de los Gardes Françaises, haciendo suya una resolución de la sección del Arsenal, ordenó la inscripción de los votantes en un registro: así distinguía a «los ciudadanos que cumplen con los sagrados deberes que les impone el interés de la patria, de aquellos que los abandonan con diferentes pretextos».

Exhortaciones y amenazas tuvieron poco éxito. El 1 de abril, la sección de Bondy lanza un nuevo llamamiento a los *despreocupados*. Fue en vano. El 10 de abril, la *Última palabra de la sección de Bondy a los despreocupados* preveía sanciones. Serían declarados malos ciudadanos quienes faltaran tres veces seguidas a la asamblea general; el nombre de los *despreocupados* sería enviado al comité de la sección que no aceptaría el aval de su testimonio para la entrega de certificados de civismo y pasaportes. El despreocupado es ya un ciudadano disminuido, y rápidamente se convertiría en sospechoso. Más aún, la sección de Bondy declara despreciable a «cualquier ciudada-

no propietario, rentista o que disfrute notoriamente de medios suficientes que no esté ejerciendo ya una función pública, y al que, promovido para un puesto cualquiera, le rechace». En un momento en que los puestos cuyo nombramiento dependía de las secciones no estaban retribuidos los *sans-culottes* no los buscaban; pero rechazarlos constituía para los poseedores una mancha de incivismo.

La multiplicidad de estos llamamientos subraya su inutilidad. Las concepciones y el comportamiento político de la *sans-culotterie* y de la burguesía eran muy diferentes. La despreocupación no constituía para los ciudadanos acomodados el verdadero motivo de la desertión de las asambleas generales; se trataba más bien de su repugnancia a mezclarse con las gentes del pueblo y a sujetarse a su práctica política. Hacia finales de mayo, la sección de Molière-et-Lafontaine les invitaba una vez más «fraternalmente a que fueran a compartir sus trabajos, a aportarles el tributo de las luces que todo individuo debe a su país». El 5 de junio, para simbolizar la unidad recobrada, la asamblea del Théâtre Français decidía destruir «cualquier línea divisoria entre los ciudadanos» y rechazar «las denominaciones de lado derecho y de lado izquierdo». Todos los llamamientos y todas las invitaciones fueron inútiles.

Los *sans-culottes* no lograron interesar a los indiferentes en la cosa pública ni integrarlos en la unidad nacional; por ello, una vez dueños de las organizaciones de las secciones, les trataron con gran dureza; en septiembre de 1793, la indiferencia se convirtió en un motivo de sospecha, y lo siguió siendo hasta *thermidor*. De todas formas la ley del 17 de septiembre en ningún caso citó la indiferencia entre los caracteres de las personas consideradas como sospechosas. Por el contrario, el Consejo General de la Comuna fue más lejos insistiendo en ello en su resolución del 19 del primer mes: se convertían en sospechosos todos aquellos que, no habiendo hecho nada contra la libertad, tampoco habían hecho nada por ella.

Sin embargo, los comités revolucionarios habían sobrepasado a la Comuna. Apenas votada la ley de los sospechosos, comenzaron las detenciones de indiferentes o despreocupados. El 18 de septiembre de 1793, en la sección del Museum fue detenido un tal Blondel, antiguo ayuda de cámara. Era sospechoso por su «despreocupación y tibieza». El día 21, en la sección de los Inválidos, es detenido François Lagrange, que vive de sus rentas, «por ser un hombre que vivía entre nosotros sin participar en el bien general, y en consecuencia considerado como un despreocupado». En la sección de Bondy, el antiguo notario Arnoult es detenido el 2 de octubre: «Su carácter es por lo menos el de un egoísta y el de un despreocupado», no se le ha visto nunca en la sección; sólo puede ser un ene-

migo de la Revolución, porque no ha tomado nunca parte en ella. El 5 de octubre, en la sección de la Indivisibilité, Boutray, antiguo pagador de rentas, es considerado como sospechoso «por no haber hecho jamás acto de presencia cuando se trataba de apoyar a la Patria», pero su situación se agrava cuando, al ser detenido, declara, «que no era ni demócrata, ni realista, ni republicano, sino que permanecía tranquilo a la espera de los acontecimientos». En la sección de Arcis, Bluteau, escribano, es detenido el 2 *brumaire* porque nunca, en ningún momento de la Revolución había cogido las armas. Bossu, comerciante en seda, de la sección del Bon-Conseil no se había «mostrado nunca como amigo de la Revolución»; había dado pruebas de una gran indiferencia en su servicio que en raras ocasiones hacía personalmente»; fue detenido el 28 *brumaire*. El mismo día y en la misma sección, se detiene a François Boucher, comerciante de perlas: «Su carácter era el de un despreocupado, y no pertenecía a ningún partido».

Aunque menos frecuentes tras *frimaire*, una vez estabilizado el Gobierno revolucionario, continuaron, no obstante, las detenciones por indiferencia o despreocupación, lo que atestigua la pervivencia de las tendencias políticas de la *sans-culotterie*. André Angard, alguacil-tasador, de la sección del Bon Conseil, fue detenido el 18 *nivôse* por ser un despreocupado. Otro que tal, Lachapelle, rentista soltero, de la sección del Contrat-Social; «se dedicaba a sus placeres, y la Revolución le preocupaba poco»; detenido el 6 *germinal*, «tiene que dar cuenta hoy de su conducta política desde 1789». Aún el 23 *floréal*, el comité revolucionario de esta misma sección ordenaba la detención de Brasseur, relojero, «en vista de su despreocupación, pues olvida hacer sus guardias, no le gusta su servicio, no ha hecho nada por la Revolución».

La instrucción y el talento fueron considerados por los *sans-culottes* como una circunstancia agravante de la despreocupación; he ahí otro rasgo revelador de su comportamiento político, de su fe en la educación y de su convicción de que el conocimiento sólo puede vigorizar los sentimientos cívicos. En este caso, la represión fue a la medida de la decepción. El 15 *brumaire*, el comité revolucionario de la Montaña decidió la detención de Jean-Charles Choderlos, antiguo empleado de la compañía de las Indias, *hombre muy ilustrado*. «Lo que nos apena —escriben los comisarios— es tener que recordar que un gran número de estos hombres instruidos, como Choderlos, no se emplearon a fondo para combatir a los enemigos de la República tan pujantes en nuestra sección, el ver, en fin, que no se gastaron lo más mínimo en la lucha de los partidos, mientras que los *sans-culottes*, que no sabían ni el abecedario, sostuvieron

con energía los auténticos principios y no reconocieron más intereses que los de la patria.» En la sección de los Amis-de-la-Patrie, el notario Berthel «conocido por tener grandes luces y por haber permanecido neutral en la Revolución»: fue detenido el 25 *brumaire*. «Aunque pletórico de elocuencia y de talento», Civet, empleado de la Tesorería nacional, de la sección del Faubourg-Du-Nord, «nunca ha defendido los derechos del pueblo»; se le detiene el 9 *frimaire*. El 25 *ventôse*, el comité revolucionario de la sección de la Montaña ordenó también la detención del escribano Laharpe, que ha prestado servicios a la causa de la libertad; «no obstante, hay que hacerle un reproche, que es el de no haber venido a las asambleas de su sección para secundar en ellas a los *sans-culottes*, y desarrollar con su talento los grandes principios de la naturaleza para abatir a la aristocracia todavía en pleno vigor por aquel entonces».

El carácter de clase de esta represión contra la indiferencia apareció con toda claridad. Notarios, negociantes, rentistas... los despreocupados pertenecen todos a la clase acomodada, cuando no a la rica. El despecho de los *sans-culottes* por no haber podido ganarlos para la Revolución es significativo no sólo de su deseo de unidad sino de la debilidad de su conciencia de clase: los despreocupados son detenidos no tanto por su situación social cuanto por su comportamiento político. ¿Imaginaban los *sans-culottes* que la situación social podría condicionar el comportamiento? No lo parece. Su búsqueda de la unidad por encima de las barreras de clase subraya los aspectos utópicos de sus aspiraciones políticas y sociales.

Lo mismo que en el plano de las secciones, la unidad era necesaria entre las organizaciones populares, pues de ella dependía la eficacia de su acción. Coordinar el movimiento popular, hacer que secciones y clubs funcionasen concordes, con unos mismos sentimientos y opiniones, fue una de las preocupaciones constantes de los *sans-culottes*, así como de todos los dirigentes revolucionarios consecuentes. Las peticiones colectivas y la comunicación entre las organizaciones de las secciones fueron procedimientos eficaces durante mucho tiempo.

Por acuerdo unánime se había concedido a todos los ciudadanos el derecho de petición. Y aunque no está inscrito explícitamente en la Declaración de 1789, la de 1793 la proclama en su artículo 32. Pero, ¿cómo entender el ejercicio de este derecho? En éste se enfrentaron una vez más dos concepciones: la de la burguesía individualista, y la de los *sans-culottes* unitarios. Para la primera, las peticiones deben firmarse individualmente; para los segundos, las peticiones son colectivas. *Le Moniteur* del 6 de abril de 1791 marca muy bien la diferen-

cia. «Cualquier petición es un acto individual de los ciudadanos que consienten en firmarla. Va contra toda libertad, contra todos los principios, que se resuelva una petición por mayoría de votos y que se ponga título a un acta de este modo: *Petición de una sección, petición de una comuna*, a menos que todos los ciudadanos de esta sección o de esta comuna hayan estado presentes y sus opiniones sean unánimes, lo que debe señalarse con sus firmas.» El 10 de mayo de 1791 la Asamblea Constituyente prohibió las peticiones colectivas. Pero si el 9 de agosto siguiente inscribe el derecho de petición entre las *Disposiciones fundamentales garantizadas por la Constitución*, lo hace precisando que las peticiones deben firmarse individualmente. La práctica de las peticiones bajo un nombre colectivo no disminuyó porque se correspondían con la mentalidad popular, y servía a los intereses de la Revolución. El 4 de febrero de 1792 el ponente del Comité de legislación levantó un auténtico tumulto en las tribunas del lado izquierdo de la Asamblea, al proponer el rechazo de todas las peticiones colectivas. La entrada de los *sans-culottes* en las asambleas de sección, su participación cada vez más activa en la vida política impulsó esta práctica definitivamente durante el verano de 1792: ¿cómo podría ser de otra forma, cuando muchos *sans-culottes* ni siquiera sabían firmar?

El debate sobre el derecho de petición se reavivó con ocasión del conflicto entre la Gironda y la Montaña. El 15 de abril de 1793 los comisarios de las secciones parisinas se presentan en la Convención para pedir la exclusión de 22 de sus miembros; la Asamblea decretó que debían firmar individualmente su petición. Tuvieron que hacerlo; un ujier, por orden expresa del presidente, recogió sus firmas. Esta exigencia motivó la protesta de la sección de los Gravilliers, el 18 de abril. La sección justificaba el derecho de petición colectiva por los peligros de la patria y la necesidad de la unión. «En estos momentos difíciles, lejos de buscar la división de los ciudadanos, todos tenemos necesidad e interés de cerrar filas para formar un bastión inexpugnable», desde que la patria está en peligro, las secciones han utilizado siempre el derecho de presentar peticiones colectivas; abolirle sería hacer retroceder la Revolución. En resumen, la adhesión individual a una petición es una «adhesión inmoral y propuesta adrede para romper la unidad fraternal que reina entre los buenos ciudadanos [...]; ella] no es adecuada en absoluto a nuestro sistema de gobierno que llama a todos los ciudadanos sin ninguna distinción para las funciones cívicas; la parte mayor y más sana de los ciudadanos quedaría inhabilitada por este medio y, por consiguiente, privada de manifestar su voto en todo momento por no saber escribir». Pese a la Gironda, las secciones continuaron presentando peticio-

nes colectivas. Fueron la regla tras el 2 de junio, durante todo el año II e incluso tras el 9 *thermidor*. Desaparecieron al mismo tiempo que el movimiento popular, tras las jornadas de *prairial*. La Constitución del año III reconoció el derecho de petición, pero precisando que «deben ser individuales, y que ninguna asociación puede presentarlas colectivas». Eliminada del poder la *sans-culotterie*, se volvió a la concepción individualista y burguesa del derecho de petición.

Para realizar «la unanimidad de los sentimientos, y el acuerdo en la acción» necesarios según la sección de los Lombards el 27 de marzo de 1791 para la salvación de la Revolución, la práctica de la petición colectiva es poco eficaz si las secciones no pueden comunicarse entre ellas. En efecto, la *correspondencia* y la comunicación de sus deliberaciones y de sus resoluciones les permiten realizar la unidad de acción. En general, se comunican por medio de comisarios, lo que supone una extrema lentitud; cuando todas las secciones han sido contactadas, normalmente se ha pasado el momento de actuar. La comunicación, para ser eficaz, debe de ser rápida. El 27 de marzo de 1791 la sección de los Lombards propuso la organización de una oficina central de comunicación, donde los comisarios se comunicarían las resoluciones de sus respectivas secciones y las discutirían. En febrero de 1792 también la sección de Sainte-Geneviève intenta sin éxito organizar una *oficina de comunicación o comité de reunión*.

Bajo la presión de los acontecimientos, el 27 de julio de 1792, la Comuna abrió una oficina central de comunicación entre las secciones, simple agencia de información, donde no se podía deliberar sobre nada, pero que permitía una rápida coordinación de la acción popular. Con el mismo fin, el 11 de agosto de 1792, la sección del Théâtre-Français nombró a «dos mensajeros cívicos, autorizados a dirigirse donde fuera necesario (...), al efecto de dar y recibir todos los detalles, explicaciones e instrucciones que pudieran interesar a la cosa pública e informar a la sección». La Oficina central de comunicación no sobrevivió al verano de 1792. El 10 de febrero de 1793 la sección de los Quatre-Vingt-Douze se lamenta de la pérdida de tiempo que supone la comunicación por medio de comisarios. Por el contrario, los moderados se dedican a prohibirla. La Comisión de los Doce hizo adoptar, el 24 de mayo de 1793, un decreto que la reglamentaba; el día 25, la sección de Arcis ocupada por los moderados pide que se prohíba a las sociedades populares «cualquier clase de comunicación». El 4 de junio, al constatar que la unión de las secciones ha sido un factor de su victoria, la sección de la Halle-au-Blé propuso la creación de un Comité central formado por delegados de los comités revolucionarios para mantener una *comunicación ininterrumpida* con las secciones, porque «ése es el único medio de prevenir las traiciones».

El 1 *frimaire* del año II, en el Consejo General de la Comuna, esta sección volvía una vez más a recordar la necesidad de un Comité central de las secciones, «para difundir con prontitud sus resoluciones». Todas estas tentativas fracasaron, minadas por la mala voluntad de la Comuna. ¿Es que el Consejo General, formado por los representantes de las secciones no era su auténtico órgano de enlace? Un comité central, incluso de comunicación, habría constituido una autoridad rival.

En el paroxismo de las crisis revolucionarias y por las razones señaladas desde marzo de 1791 por la sección de los Lombards, la comunicación se reveló insuficiente. Los comités insurreccionales, como los que funcionaron el 10 de agosto y el 31 de mayo, sólo podían manifestarse en el momento mismo de actuar, cuando las secciones delegaban sus poderes soberanos. Para preparar esta acción suprema, y a falta de un organismo oficial central, los *sans-culottes* perfeccionaron la comunicación e inventaron la *fraternización*.

Para los *sans-culottes* la unión implica, evidentemente, la fraternidad; ambas palabras van unidas muy frecuentemente en los textos de 1793 y en los del año II. La fraternidad se entiende no sólo de los vínculos de afecto entre los ciudadanos, sino que significa, además, que se hallan fundidos en una masa donde todos son iguales. La comunicación era sólo un procedimiento administrativo. La fraternización se carga de un contenido afectivo y adquiere resonancias místicas. Sus orígenes se podrían buscar en las federaciones de 1790. En ellas se encuentra la misma ardiente afirmación de unidad, la misma comunión. Pero las federaciones hacían fermentar y unían a todas las clases de la nación; más que manifestaciones de lucha, eran afirmaciones solemnes. La fraternización en cambio unió sólo a aquellos que se reclaman de la *sans-culotterie*, se orienta a la acción inmediata y es un arma de guerra contra los moderados. La comunicación entre las secciones se operaba a través de comisarios provistos de poderes. Pero los *sans-culottes* fraternizan en masa; si una sección está amenazada por los moderados, la asamblea general de la sección vecina se traslada allí en pleno; en nombre de la fraternidad, las dos asambleas que ya sólo forman una, unida por medio de los lazos místicos del juramento y del beso fraternal, toman las decisiones en común. La fraternización es un pacto de asistencia mutua que, por encima de secciones y sociedades, une a toda la *sans-culotterie*.

La fraternización apareció en marzo de 1793. La sociedad de los Defensores de la República invitó a secciones y sociedades populares a congregarse el día 17, en la plaza de la Reunión, «con el fin de consolidar por medio de un beso fraternal, la unión que debe reinar entre los patriotas». Las fraternizaciones se generalizaron cuando se con-

cretó el peligro moderado. El 21 de abril de 1793 una nutrida representación de la asamblea de la sección de los Lombardos se presenta en la del Contrat-Social. Su orador denuncia «las intrigas, la anarquía y los disturbios sin número producidos por el partido realista de Dumouriez, y las crueles divisiones intestinas que atizan (*sic*) en las asambleas»; propone que las dos secciones hagan un juramento solemne «de vivir en fraternal correspondencia e íntima unión y concordia, para aplastar y aniquilar a la hidra y monstruo aristocrático». Delegación y asamblea intercambiaron el beso fraternal. El 23 de abril la asamblea de la sección del Contrat-Social, con su dirección a la cabeza, se dirige por su parte a la de los Lombardos. Las dos secciones forman una sola asamblea de *hermanos y amigos* mientras que las dos direcciones se entremezclan en la presidencia. Se repite el juramento de unión y de fraternidad. La sesión terminó con el beso fraternal. Desde este momento, las dos secciones estaban ligadas por un pacto quasi religioso. Por eso, cuando el 14 de mayo una delegación de la sección de los Lombardos anunció a la sección del Contrat-Social que «la aristocracia quería aplastar allí a los patriotas», el presidente suspendió las deliberaciones de inmediato, y toda la asamblea se trasladó en pleno a la sección de los Lombardos, para prestar su apoyo a los *sans-culottes* amenazados.

Lo mismo que la comunicación, la fraternización tiende a unir no sólo a dos secciones vecinas, sino al conjunto de las secciones de París. El 26 de abril de 1793 un ciudadano informa a la asamblea de la sección del Contrat-Social que la sección de los Gardes-Français está «en una especie de insurrección», se decide rápidamente que «los ciudadanos *sans-culottes*» se dirijan allí en comisión, «para reconducirla e invitarla a la calma, a la fraternización y a la cordialidad». El día 27 una nueva resolución en este sentido, la asamblea de la sección del Contrat-Social se trasladará al día siguiente, con su dirección a la cabeza, a la de los Gardes-Français, «para fraternizar con ella y prometerles unión, concordia, ayuda y asistencia contra todos los desorganizadores y malintencionados que pretenden destruir la República». El 28 de abril las dos asambleas deliberaron unidas sobre las medidas a tomar. Por último, el día 29, una delegación de la sección de los Gardes-Français presta el juramento ante la asamblea de la sección del Contrat-Social «de unirse y de fraternizar en buena unión y concordia»; se fraternizará «una vez por semana, alternativamente en cada sección».

El alcance político de la fraternización lo subraya el acta de la sección del Contrat-Social del 12 de mayo de 1793; reunidas aquel día en una única asamblea las dos secciones del Bon-Conseil y la del Contrat-Social deciden «como principio único e indivisible de la *sans-*

culotterie, que en todas partes y en cualquier lugar donde se encuentren reunidas una o varias secciones de París, las secciones reunidas sólo formarán una sola y única asamblea, y que las deliberaciones serán comunes a todas». La fraternización realizaba la unidad de acción de las secciones progresistas.

Hacia finales del mes de mayo, la situación se hace tensa, las fraternizaciones se multiplican. El día 18, ante la situación creada en la sección del Contrat-Social, donde los moderados han levantado cabeza, una delegación, «formada por más de 200», propone «fraternizar dos veces por semana con los *sans-culottes* de la sección del Contrat-Social, para marcar bien las diferencias entre aristócratas y *sans-culottes*». Le siguen delegaciones también muy numerosas de las secciones de Halles, de los Gravilliers, y de los Lombardos; las cinco secciones deciden ir a fraternizar «con sus hermanos los *sans-culottes* de las demás secciones en caso de que sean oprimidos por la aristocracia»; en primer lugar irían en ayuda de las secciones del Arsenal y de la Butte-des-Moulins «para expulsar de allí a los aristócratas». Al día siguiente, nuevas fraternizaciones en la asamblea de la sección del Contrat-Social, donde se agolpan delegaciones de las secciones de los Droits-de-l'Homme, de los Marchés, del Bon-Conseil y de los Gravilliers; «se propone dirigirse a algunas secciones donde corre el rumor de que domina la aristocracia».

El 20 de mayo la asamblea de los Droits-de-l'Homme ve desarrollarse una escena semejante. La sociedad de los Amis-Des-Droits-de-l'Homme pide, en primer lugar, vincularse a la sección por medio de un juramento que exprese «guerra a la aristocracia, unión contra la intriga y la tiranía». Se presenta entonces una delegación muy numerosa de las secciones del Contrat-Social, del Bon Conseil, de l'Unité de los Lombardos, de los Gravilliers y de los Marchés: «El entusiasmo del patriotismo y de la fraternidad se prolonga algunos instantes»... Toma la palabra el ciudadano Guiraud, presidente de la sección del Contrat-Social. «Venimos a jurar asistencia y ayuda contra la aristocracia a los *sans-culottes* de la sección de los Droits-de-l'Homme; venimos a jurar con ellos que combatiremos hasta la muerte a los enemigos de la santa igualdad, que perseguiremos sin descanso al monstruo del moderantismo (...), venimos a ayudarlos a desenmascarar a esos hipócritas indignos del glorioso título de hombres libres». La asamblea retoma la resolución del 12 de mayo, que constituye el pacto de unidad y la carta de la fraternización: «(...) las secciones reunidas sólo forman una asamblea, las deliberaciones son comunes». Por último, un *sans-culotte* de la sección de los Droits-de-l'Homme aborda el objeto mismo de esta sesión: pide la renovación de la dirección y del comité revolucionario, «al que se le podría llamar con justicia el comité

del moderantismo». Guiraud, de la sección del Contrat-Social, ocupa la presidencia procediendo a las destituciones y a los nombramientos por aclamación; los nuevos elegidos prestan juramento en sus manos. Se toma la resolución de que las siete secciones presentes serán garantes de las decisiones adoptadas. La fraternización permitía por tanto regenerar las secciones moderadas. Manifestación de unidad de la *sans-culotterie*, que se convirtió en un instrumento de la lucha de clases contra los moderados.

Una vez aplastado el moderantismo en las secciones parisinas, la fraternización desapareció de la práctica política popular. Con todo, los *sans-culottes* siguen experimentando la necesidad de reafirmar en algunas ocasiones la unión a través de alguna solemnidad. Por ejemplo, los días 6 y 10 de *pluviôse* del año II, la sociedad de los *Sans-Culottes-Révolutionnaires* y el comité de la sección de Chalier se juran «la unión y la fraternidad más estrecha», y declaran «odio eterno a cualquiera que se atreviera o intentara desunirlos».

En la primavera de 1793 la fraternización constituyó un arma eficaz en la lucha contra los moderados. Sin un partido organizado, y a falta de un organismo central que hubiera coordinado la acción política de todas las fuerzas populares, permitió realizar la unidad de la *sans-culotterie* en circunstancias concretas, despertando en el proceso su conciencia de clase. Dueños los *sans-culottes* de las asambleas generales y establecido el Gobierno revolucionario sobre bases sólidas, la fraternización sólo conservó un valor simbólico. Se volvió a considerar de nuevo suficiente para mantener la unidad de acción entre las secciones la comunicación por medio de comisarios. Rasgo revelador al mismo tiempo de la naturaleza de la crisis del año II y de la incapacidad de los dirigentes cordeliers a quienes nunca se les ocurrió la idea de soldar nuevamente la unidad de la *sans-culotterie* recurriendo a la fraternización —o al menos a la correspondencia— que un año antes había sido un factor de la victoria.

Por el contrario, en las últimas tentativas del año III, los *sans-culottes* dotados de un instinto infalible, la reconstruyeron de nuevo. El 10 *germinal*, la sección de Guillermo-Tell restableció la comunicación; comunicaría a las demás secciones todas las resoluciones que tomara para la salvación pública o de utilidad general; su santo y seña es *Unidad, Fraternidad*. El 12 *germinal*, los *sans-culottes* de la sección de Popincourt tras adherirse a la resolución de la sección de La Cité, que se había declarado en sesión permanente, transmiten su deliberación a sus hermanos de las secciones del Arsenal, de Maison-Commune, de Arcis y del Homme-Armée: «estarán siempre dispuestas a fraternizar con los ciudadanos de las demás secciones». La práctica política popular formaba un todo, la fraternización no se concebía

sin la permanencia. Al no poder celebrar sesión las asambleas generales como consecuencia de la supresión de la permanencia, la sección de Popincourt se contentó con enviar comisarios para alertar a los comités civiles. En la plaza de Grève, uno de ellos declaró que se dirigía a la sección de La Cité «para invitarla a mantener las posiciones comunes, porque estábamos en crisis». Y otro, que iba a «invitar a las demás secciones a estar unidas fraternalmente», «que era para que no hubiese desunión y para que todos fuesen hermanos».

El militante de la sección de Popincourt había definido el carácter esencial del comportamiento político de la *sans-culotterie* basado en la fraternidad, entendida no como una virtud abstracta, sino como el sentimiento y la sensación misma de la unidad de la *sans-culotterie*. El *sans-culotte* no se concibe como un individuo aislado: piensa y actúa en masa.

3. LA VIOLENCIA

Temperamento revolucionario y exaltación terrorista.—Objetivo político y contenido de clase de la violencia popular: Terror y traición, Terror y subsistencias.

Para el *sans-culotte* la violencia se configura como el último recurso contra quienes rechazan la unidad. Constituye uno de los rasgos característicos de su comportamiento político. La violencia popular había permitido a la burguesía asestar los primeros golpes al Antiguo Régimen; por último, la lucha contra la aristocracia no pudo concebirse sin ella. En 1793 y en el año II, los *sans-culottes* dirigieron la violencia no ya solamente contra la aristocracia, sino contra los moderados que se oponían al establecimiento de una república igualitaria.

Sin duda alguna en muchas ocasiones habrá que buscar las raíces biológicas de este recurso a la violencia y su exaltación. El temperamento explica muchas reacciones. Los informes de *prairial* del año II sobre los antiguos terroristas anotan con frecuencia su carácter irascible y colérico; tal individuo sufre en ocasiones accesos de violencia, «lo que puede haberle puesto en situación de defender propuestas torcidas sin prever ni sentir sus consecuencias». Las reacciones son tanto más vivas, cuanto que los *sans-culottes* muy frecuentemente son hombres rudos, sin instrucción, cuya miseria excitaba sus ánimos.

En el año III, la reacción calificó a todos los terroristas en bloque como *bebedores de sangre*. Aunque sea preciso evitar cuidadosamente cualquier generalización y tomar al pie de la letra los informes de la policía y las denuncias, no puede, sin embargo, silenciarse que la vio-

lencia en ocasiones se traduce en derramamiento de sangre. A un tal Arbulot, tundidor de paños, de la sección de los Gardes-Français, detenido el 9 *prairial*, se le considera peligroso como marido y vecino por su carácter *fuerte y feroz*; parece haber hecho gala del extraordinario placer experimentado durante las masacres de septiembre. Bunou, de la sección de los Champs-Élysées, detenido el 5 *prairial*, en el año II habría reclamado una guillotina para la sección, «y que si no había verdugo, él mismo prestaría ese servicio». Frases similares se atribuyen a Lesur, de la sección de Luxembourg, detenido el 6 *prairial*: «Que la guillotina no iba bastante rápida, que habría que hacer más sangrías en las prisiones, y, que si el verdugo estaba cansado, él mismo subiría al andamiaje con un pan de cuatro, aunque tuviera que comerlo empapado en sangre.» En la sección de los Gardes-Français, el 6 *prairial* se detiene a un tal Jayet por haber declarado en el año II «que quería ver correr ríos de sangre que le llegaran hasta el tobillo». Otro individuo, al salir de la asamblea general de la sección de la République, declara: «La guillotina tiene hambre, hace mucho tiempo que ayuna.» También las mujeres compartieron esta exaltación terrorista. Una tal Baudray, de un establecimiento de bebidas, de la sección de *Lepeletier*, detenida el 8 *prairial*, habría declarado que «le gustaría arrancar el corazón a los que se oponían a los *sans-culottes* para comérselo», y pasaba por educar a sus hijos en estos mismos principios: «Sólo se le oía hablar de segar y cortar cabezas y de que la sangre no corría lo suficiente.»

No obstante, el temperamento no es la única explicación suficiente de este hecho: el conjunto de los militantes populares legitimaron, cuando no exaltaron, el recurso a la violencia y el uso de la guillotina. Para muchos de ellos la fuerza bruta se presenta como el último recurso cuando la crisis ha alcanzado su paroxismo. Esos mismos hombres que no vacilan en hacer correr la sangre, la mayoría de las veces son muy tranquilos en el transcurso ordinario de su existencia, buenos hijos, buenos esposos y buenos padres. El zapatero Duval, de la sección del Arsenal, fue condenado a muerte el 11 *prairial* del año III, por su papel en el motín del primero *prairial*; sus vecinos atestiguaron que era buen padre, buen marido, buen ciudadano, y *hombre de buenas costumbres*. El sentimiento de que la patria está en peligro, la creencia en el complot aristocrático, la atmósfera de las jornadas de revuelta, el toque a rebato, el cañón de alarma, el despliegue de las armas, todo junto saca a estos hombres de sí mismos y les crea como una segunda naturaleza. Según el comité civil de la sección del *Faubourg-du-Nord*, había en Joseph Morlot, pintor de brocha gorda, detenido el 5 *prairial* del año III, dos hombres muy distintos. «Uno, conducido por su propensión natural, es dulce, honesto y generoso; ofre-

ce la conjunción de todas las virtudes sociales que practica en la sombra. El otro, subyugado por los peligros del momento, se manifiesta en las tonalidades sangrientas de todos los azotes revestidos de la más apocalíptica parafernalia».

Esta violencia no es gratuita. Tiene un objetivo político y un contenido de clase; es el arma a la que la resistencia de la aristocracia obliga a recurrir a los *sans-culottes*. El pedagogo Moussard, empleado en la Comisión ejecutiva de Instrucción pública, fue detenido el 5 *prairial* del año III. «He podido entusiasmarme —escribe en su memoria justificativa—. ¿Quién no comete errores en una revolución? (...) Soy un exaltado, se dice: sí, la pasión por el bien me abrasa, tengo el delirio de la libertad y estaré siempre en efervescencia contra los enemigos de mi Patria.»

La guillotina es popular, porque los *sans-culottes* ven en ella el instrumento vengador de la nación. Por ello, las expresiones de *cuchilla nacional* y *bacha popular*; la guillotina es también *la guadaña de la igualdad*. El odio de clase contra la aristocracia está exasperado por la creencia en el complot aristocrático que, desde 1789, constituye uno de los elementos motores de la violencia popular. La guerra en el exterior y la guerra civil reforzaron aún más la convicción popular de que sólo se triunfaría sobre la aristocracia por medio del terror, y que la guillotina era necesaria para la consolidación de la República. Becq, funcionario de la Marina, era un buen padre, un buen marido que gozaba de la estima general; era, también, extraordinariamente exaltado, en opinión del comité civil de la sección de Butte-des-Moulins. Su exaltación se vuelca contra curas y nobles, cuyo asesinato era el argumento *ordinario* de sus soflamas. Igual Jean-Baptiste Mallais, zapatero y comisario revolucionario del Temple, que no vacila en argumentar a golpe de estaca, pero contra los nobles y los curas considerados como enemigos del pueblo; y si habla de armar a las mujeres de los patriotas, es «para que a su vez degüellen a las mujeres de los aristócratas». Un tal Barrayer, de la sección de la Reunión, habría declarado en el año II «que era preciso matar al lobezno que estaba en el Temple»: si no «un día degollaría al pueblo». Aún más significativas del fin político que los *sans-culottes* asignaban a la violencia y al Terror, son estas notas tomadas por el observador Perrière en el año II: «¿Hay guillotina hoy?, decía un elegante, moderado a su manera. —Sí, le replicó un verdadero patriota, porque siempre hay traición.»

En el año III el recurso a la violencia se cargó de una significación aún más precisa para los *sans-culottes*. El Terror había sido también un medio de gobierno económico; había permitido la aplicación del *máximum* general, que había garantizado al pueblo su pan coti-

diano. Como la reacción coincidió con el abandono de la tasa y la carestía más horrible, hubo quienes llegaron a identificar Terror y abundancia, lo mismo que asociaron gobierno revolucionario y Terror. El zapatero Clément, de la sección de la République, fue denunciado el 2 *prairial*, por haber declarado «que la República no se podía hacer sin sangre». En la sección de Brutus, un tal Denis fue detenido el 5 *prairial* porque, según él, sólo había «buenos republicanos cuando se guillotina». La mujer Chalandon, de la sección del Homme-Armé, declaró «que nada iría bien hasta que no hubiera guillotinas permanentes en todas las encrucijadas de París». Más precisos eran los comentarios del carpintero Richer, de la sección de la République, el primero *prairial*: «Sólo derramando sangre tendremos ese pan que nunca nos faltó bajo el reinado del Terror.»

Cualesquiera que hayan sido los fines particulares que les asignaba la *sans-culotterie* parisina, el Terror y la violencia popular despejaron totalmente el terreno a la burguesía, vaciándolo de los escombros del feudalismo y del absolutismo. Más que nada correspondían a un comportamiento diferente, igual que la práctica política popular, caracterizada fundamentalmente en 1793 y en el año II por el voto por aclamación y la fraternización, traduce una concepción de la democracia radicalmente distinta a la de la burguesía, incluso jacobina.

En los momentos críticos de su lucha contra la aristocracia, la burguesía revolucionaria jamás habría retrocedido ante el recurso a la violencia; incluso habría echado mano de algunas prácticas populares, como la votación de viva voz en París para las elecciones a la Convención. Los acontecimientos y el interés de clase legitimaron esta interpretación falseada de la democracia liberal. Este mismo interés y los acontecimientos impiden que estas prácticas se perpetúen, una vez en el poder el gobierno revolucionario. Si correspondían al temperamento popular, eran desde luego incompatibles con el comportamiento y las concepciones políticas de la burguesía, cuyo predominio amenazaban. También minaban la organización centralizada del gobierno y la dictadura de los Comités. Una vez más, las contradicciones contribuyeron al agravamiento de la crisis.

Capítulo 5

LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA DE LA «SANS-CULOTTERIE» PARISINA

La fuerza que la *sans-culotterie* parisina puso al servicio de la Revolución burguesa así como de sus propias reivindicaciones, hubiera perdido su eficacia si no hubiera estado organizada. Aprovechando las instituciones legales creadas por la Asamblea Constituyente pero dotándolas de un contenido nuevo, utilizando las instituciones revolucionarias impuestas a la Convención, y, finalmente, forjando con las sociedades de las secciones un instrumento específicamente popular, los militantes *sans-culottes* dieron al movimiento revolucionario una organización ágil y eficaz al mismo tiempo, que pasó su bautismo de fuego en la lucha contra los moderados entre la primavera y el otoño de 1793 y facilitó extraordinariamente la instauración del Gobierno revolucionario. Una vez establecido éste, no tardó en manifestarse la dualidad de los poderes gubernamental y popular, así como su incompatibilidad.

Disfrutando de una muy amplia autonomía, dirigidas por sus comités, y sostenidas y encuadradas por sus sociedades, las secciones se habían revelado capaces de imponer, por medio de una acción concertada, su voluntad a los Comités de gobierno y a la Convención como por ejemplo, el 5 de septiembre de 1793. Pero una nueva jornada popular en las proximidades de la confusa primavera de 1794, ¿no suponía el riesgo de arrastrar al Gobierno revolucionario ya empujado por la crisis? En estos términos quedó planteado desde el otoño a la primavera del año II, y con una agudeza cada vez más trágica, el problema de las relaciones entre el Gobierno revolucionario y la

democracia de las secciones, que en el corazón mismo de la Revolución aparecían como una fuerza autónoma en base a sus organizaciones.

1. LAS ASAMBLEAS DE SECCIÓN

De los distritos a las secciones.—La ley municipal del 21 de mayo-27 de junio de 1790.—Asambleas primarias y asambleas generales.—Competencia y organización.—Asistencia a las asambleas: su debilidad bajo el régimen censitario; la afluencia de los ciudadanos pasivos (verano de 1792); variación de los efectivos en 1793 y en el año II. La vida política de las secciones, asunto de una minoría.—La dieta de los 40 sueldos: la ley del 9 de septiembre de 1793 y los reglamentos de aplicación; interpretación restrictiva; la circular del 7 de mayo del año II: de la dieta al socorro público; escasa proporción de los beneficiarios.

Para las elecciones a los Estados Generales el reglamento real del 13 de abril de 1789 había dividido a la ciudad de París en 60 distritos. Concluidas las elecciones, continuaron reuniéndose y deliberando en sus asambleas generales permanentes; por esta vía los distritos afirmaban su voluntad de administrarse por sí mismos y de tomar parte en los asuntos públicos. El 30 de agosto una resolución municipal confió la administración de cada uno de ellos a un Comité de 16 a 24 miembros.

La Asamblea Constituyente que había organizado las municipalidades del reino por medio del decreto del 14 de diciembre de 1789 no podía dejar subsistir en París una organización especial que favorecía las tendencias a la autonomía. Tras largas deliberaciones, adoptó el decreto del 21 de mayo-27 de junio de 1790 que constituye la carta municipal de París. Los 60 distritos eran sustituidos por 48 secciones. La permanencia de los distritos tolerada hasta ese momento fue suprimida; las secciones se convirtieron en circunscripciones electorales que se reunían para votar, y se separaban una vez terminado el escrutinio. Pero aunque la ley restringía su libertad de reunión, no la suprimía; las secciones podían reunirse en asamblea fuera de las operaciones electorales, bajo ciertas condiciones y si lo pedían cincuenta ciudadanos.

La asamblea es el órgano supremo de la sección: es decir, es el soberano en pie. En las asambleas primarias, los ciudadanos se reúnen para votar; deliberan en las asambleas generales.

Las asambleas primarias, razón de ser de las secciones, y las más importantes en el espíritu del legislador, no fueron muy frecuentes:

cincuenta desde el 11 de noviembre de 1791 al 11 de febrero de 1794. La abolición de la distinción entre ciudadanos activos y ciudadanos pasivos decretada por la sección del Théâtre-Français el 27 de julio de 1792, e inmediatamente imitada por el conjunto de las secciones parisinas, cambió la naturaleza de las asambleas que se convirtieron de verdad en el órgano de la soberanía popular. Cuando la Asamblea legislativa decreta el 10 de agosto que todos los ciudadanos de veinticinco años de edad y domiciliados en París desde el año anterior serán admitidos al voto para la renovación de los jueces de paz, no hace más que sancionar un hecho consumado. Y lo mismo al día siguiente, cuando decretó que «había sido suprimida la distinción de los franceses en ciudadanos activos y no activos».

La ley del 21 de mayo de 1790 estipulaba en qué condiciones se reunirían las asambleas generales, pero no precisaba ni la duración ni la frecuencia, ni sus competencias, ni fines. Si las asambleas generales no fueron demasiado frecuentes en sus comienzos (se contabilizan cincuenta para la sección de Postes, desde el 4 de diciembre de 1790 al 25 de julio de 1792, fecha en que se estableció la permanencia), al menos las secciones interpretaron la ley con amplitud y continuaron interesándose por los asuntos públicos e interviniendo en la política general. También la Asamblea Constituyente completó la ley en un sentido restrictivo por medio del decreto de los días 18 y 22 de mayo de 1791: las asambleas generales sólo podían convocarse para cuestiones de administración específicamente municipal; cualquier otra deliberación sería considerada como inconstitucional, y por consiguiente nula. Por ello, la actividad de las secciones era especialmente restringida al quedar convertidas en simples subdivisiones administrativas de la capital. La sección de Postes sólo celebró seis sesiones del 20 de mayo al 9 de septiembre de 1791.

La guerra y el peligro de la patria trajeron consigo el restablecimiento de la permanencia de las asambleas generales y les confirieron unas competencias ilimitadas en teoría. Aunque se suprimió la permanencia el 9 de septiembre de 1793, al mismo tiempo que se establecía la dieta de los 40 sueldos, las asambleas continuaron ocupándose de política general así como de los asuntos locales hasta la primavera del año II.

La ley municipal de 1790 se había dado fundamentalmente con vistas a la organización de las asambleas primarias; no había ningún título concerniente al desarrollo y reglamentación de las asambleas generales. La ley estipulaba solamente que cada asamblea procedería desde el momento de su formación al nombramiento de un presidente y de un secretario. Las asambleas continuaban siendo dueñas de su organización. No se puede, por falta de documentos, y en especial por

falta de reglamentos internos, describirla con precisión. En 1793 y en el año II, aparece como muy sencilla. La asamblea está dirigida por un presidente, ayudado por una mesa y por un secretario para la redacción del acta; hay observadores encargados de recomtar los votos o de anotar las voces; los censores aseguran el orden de la sala. La mesa se renueva generalmente todos los meses y con mucha frecuencia por medio del sistema de sentados y levantados o por aclamación. Este personal cambia poco, un pequeño número de militantes se reparten las plazas; algunos presidentes de asamblea general fueron renovados de esta forma en sus funciones durante todo el año II.

Las sesiones comenzaban con la lectura del acta, después de las leyes y decretos o las resoluciones de la Comuna: lo que llevaba tiempo y retardaba la apertura de las discusiones sobre las cuestiones del orden del día, que el presidente en general estaba encargado de redactar, de común acuerdo con la mesa. Por eso, las sesiones que en teoría comenzaban a las cinco para levantarse a las diez, según lo estipulado por la ley, se prolongaban hasta muy tarde. En la sección de la Montagne las sesiones se terminaban normalmente hacia las once y media, lo que ocasionaba al obrero, según el observador Hanriot, «dificultades para encontrarse al día siguiente en su taller a la hora indicada». El 25 *ventôse* del año II un ciudadano reclamaba con vehemencia la apertura de las sesiones a las cinco, y la de la deliberación a las seis, con el fin de que se levantara la asamblea a las diez en punto. En general, las sesiones parecen haber sido desordenadas, cuando no agitadas, incluso cuando los *sans-culottes* fueron sus únicos dueños; normalmente carecían de disciplina. Según el informe del observador Prévost, el 30 *pluviôse*, cuando llega el momento de deliberar sobre asuntos importantes, muchos ciudadanos piden la palabra a tontas y a locas o se desgañitan gritando, haciendo imposible cualquier deliberación: por ejemplo, en la sección de la République. En la sección *Chalier*, el primero *ventôse*, algunos quisieron destituir al presidente de la asamblea general por haber bebido un vaso de vino estando ya sentado en su sillón: «Esto parece el despacho de un vendedor de vino, y rápidamente será un fumadero.» Algunos hicieron notar que muchos ciudadanos habían hecho lo mismo; tras una hora de desorden y de revuelo se volvió al orden del día sin más. La disposición de los locales, en los que se desarrollaban las asambleas generales, tampoco favorecía el buen orden. Iglesias y capillas convertidas en bienes nacionales no se prestaban para reuniones semejantes. Las secciones no cesaron de reclamar instalaciones o nuevos locales. El primero *germinal* del año II, la sección de la Montagne adhiriéndose a una petición de la sección de la Bonne-Neuve, propone que en cada sección se constituya una sala de sesiones costada por la Re-

pública: «Cantidad de ciudadanos se introducen en la asamblea por las diferentes puertas, lo que no pasaría nunca en un recinto cerrado.»

Para apreciar con exactitud el papel de las asambleas generales en la organización y en la actividad política de la *sans-culotterie* parisina, es preciso abordar aquí dos series de precisiones: ¿En qué número puede cifrarse la asistencia a las asambleas primarias y a las generales? ¿Cuál fue la proporción de los ciudadanos beneficiados por la dieta de los 40 sueldos?

La pérdida de la mayoría de sus actas hace imposible la constitución de series cronológicas, que permitirían seguir al filo de los acontecimientos la asistencia a las asambleas generales y trazar la curva explicativa. Por otra parte, los redactores de las actas normalmente olvidaban anotar el número de los presentes para contentarse con una vaga estimación, por lo que sólo disponemos de referencias dispersas y fragmentarias que en general no conciernen más que a las elecciones. Sólo se puede esperar una aproximación que adquiere todo su valor si se la pone en relación con el número de los ciudadanos activos, cuyas listas se elaboraron con cuidado desde el verano de 1790, o con las de los ciudadanos, pues existen varias estimaciones globales hechas tras el 10 de agosto de 1792.

Desde el comienzo de la Revolución, y salvo en período de paroxismo o en el momento de las grandes jornadas, la participación en la vida política de las secciones afecta solamente a una minoría. Bajo el régimen censitario, sólo un pequeño número de ciudadanos activos asiste a las asambleas generales, incluso cuando se transforman en asambleas primarias para las elecciones. El porcentaje de asiduidad aparece singularmente débil, variando de 4 a 19, según las secciones y la época. Sería preciso sin duda, para captar lo más posible la realidad, tener en cuenta la composición social de las diversas secciones y la presión política que los *sans-culottes* ejercían sobre los ciudadanos activos. A este respecto, es significativo que para las tres secciones del Faubourg-Montmartre, de la Fontaine-de-Grenelle y del Louvre, que comprendían entre todas alrededor de 12.000 habitantes, las asambleas generales habían conocido en abril y mayo de 1792 una asiduidad tanto más fuerte cuanto que sus ciudadanos activos eran menos numerosos. Para la más popular, la sección del Faubourg-Montmartre, la asistencia alcanza el 18 por 100 del total de los ciudadanos activos, mientras que para la más acomodada, la de Louvre, no excede del 5 por 100. Para la sección de la Fontaine-de-Grenelle, la asistencia se estabiliza en un 7 por 100 de

abril a julio de 1792, mientras que la asamblea general del Louvre aparece más sensible al agravamiento de la situación, pasando su asistencia del 5 por 100 a comienzos de mayo al 19 por 100 a finales de julio, es decir, los ciudadanos pasivos se han introducido en la asamblea.

La entrada de los ciudadanos pasivos en las asambleas de sección en julio y agosto de 1792 incrementó su asistencia por el momento. Sin embargo, la asistencia bajó con bastante rapidez. A este respecto, la curva de los presentes en las asambleas de la sección del Contrat-Social, antes de Postes, es significativa. Los efectivos aumentan en octubre-noviembre de 1792, y conocen un nivel nunca alcanzado durante el período censitario. Pero es que se trata de la elección del alcalde de París. La afluencia desciende desde que el orden del día presenta menos interés. Pasa de 330 votantes el 12 de noviembre de 1792, a 151 el día 28 para la elección de un notable. La complicación de las operaciones electorales y la multiplicidad de las votaciones cansan a los ciudadanos asiduos hasta ese momento; los más tímidos o los menos convencidos se retiran cuando se acentúan las luchas políticas. El 11 de febrero de 1793, para la elección de Pache a la alcaldía de París, la asamblea primaria sólo cuenta con 194 votantes, menos aún, 123, cuando se trata de la elección de un simple notable el 18 de enero; si la composición social ha cambiado, no obstante los efectivos de la asamblea han vuelto a descender al nivel medio del período censitario. El *Moniteur* del 25 de octubre de 1792, a propósito de un voto de la sección del Panthéon-Français, había señalado esta escasa participación en la vida política de las secciones: «Cada una de las 48 secciones puede comprender al menos 4.000 votantes; (...) sucede que una asamblea deliberante algunas veces sólo se compone de 150, 100 e incluso de menos ciudadanos.» El redactor anónimo del *Moniteur* pasa por alto un hecho importante: el cambio de la composición social de las asambleas generales desde el 10 de agosto.

Ante la afluencia de los *sans-culottes*, muchos ciudadanos antes activos se abstienen en adelante de cualquier actividad política. Entre los ciudadanos antes pasivos, sólo una minoría persiste en ocuparse de la cosa pública, una vez descartado el peligro. Simplemente las asambleas habían pasado a otras manos, y las pocas referencias en cifras que nos dan las actas permiten constatar que la entrada de los *sans-culottes* en la vida política no modificó de forma sensible los efectivos de las asambleas.

Tras el 2 de junio, la vida política de las secciones queda en manos de una minoría en todo caso muy caracterizada socialmente. Los moderados son eliminados poco a poco. Entre los *sans-culottes*, sólo

una minoría frecuente las asambleas, y una fracción aún más reducida las sociedades populares o de las secciones. El 2 de septiembre de 1793, para la elección de cuatro miembros del comité revolucionario, la asamblea general de la sección de Pont-Neuf sólo cuenta con 87 votantes; pero «un número considerable de ciudadanos» había abandonado la sala de sesiones a la llegada de las delegaciones que venían para *fraternizar*. Pese a ello, las asambleas generales son más frecuentadas que bajo el régimen censitario, incluso más que del 10 de agosto al 31 de mayo, cuando se enfrentaban en ellas *sans-culottes* y moderados. En adelante, dueños únicos de las asambleas, los *sans-culottes* se encuentran en ellas más a sus anchas. La asiduidad a las sesiones es para muchos una señal de civismo; la dieta de 40 sueldos atrae si no a todos los trabajadores, al menos a un cierto número de ellos entre los más pobres.

Según las referencias que ofrece una documentación dispersa, para el período del 2 de junio al 9 *thermidor*, los efectivos de las asambleas de sección fueron particularmente elevados con motivo de la elección del comandante en jefe de la Guardia Nacional parisina en la segunda quincena de junio de 1793. Estaba en juego algo muy importante para la lucha entre moderados y *sans-culottes*. Naturalmente, el interés era mayor en la sección de los Sans-Culottes, la de Hanrinot (678 presentes, el 19 de junio), y en la Raffet, la de Butte-des-Moulins: en el momento de las tres votaciones, los días 16, 18 y 27 de junio, la asistencia pasa de 780 a 824 ciudadanos, después a 1.215. En el año II, la mayor afluencia, la del 10 *ventôse*, con 200 asistentes a la asamblea general de la sección del Bon-Conseil, se explica por la importancia de un debate político que apasionó a la sección: Lullier respondía ese día a la denuncia de Marchand. Las elecciones a los grados militares atraen siempre una afluencia mayor que la de los magistrados. En la sección de Brutus, el 15 *germinal* del año II, la asamblea general sólo cuenta con 100 votantes para la renovación de la mesa, pero el 15 *floreale* cuenta con 430 para el nombramiento del comandante de la sección. A este respecto, las variaciones de los efectivos de la sección de la Montagne, antes de Butte-des-Moulins, de junio de 1793 a *pluviôse* del año II, son significativas, así como las de la sección de los Invalides desde *pluviôse* a *messidor*: la afluencia aumenta los días de elección a las funciones militares, para volver a caer a un nivel medio cuando se trata de elecciones a las funciones civiles. Como obligados al servicio en la guardia nacional, y por considerar el servicio militar como un derecho, no como una obligación, los *sans-culottes*, evidentemente, daban mucha importancia a la elección de sus oficiales.

La escasez de la documentación no permite medir, por medio del número de los asistentes a las asambleas generales, la desafección de la *sans-culotterie* respecto al Gobierno revolucionario tras *germinal* y las ejecuciones de Hébert y de Chaumette. Los escasos datos recogidos aquí o allá parecen indicar que se mantienen al mismo nivel poco más o menos que antes, más alto para las elecciones militares, más bajo para los escasos nombramientos civiles considerados todavía de la competencia de las asambleas; persistía, pues, el atractivo de la elección. Pero, ¿qué pasaba en las asambleas ordinarias?

Tras *thermidor*, la composición social y política de las asambleas generales cambió una vez más. Los *sans-culottes* fueron eliminados poco a poco, y la asistencia disminuyó. El 30 *frimaire* del año III, la asamblea general de la sección de l'Unité se compone solamente de 40 personas, ¡en 1791 se contaba en ella a 2.653 ciudadanos activos! En la sección de los Invalides, el 20 *germinal*, 69 ciudadanos participan en la elección del comité de beneficencia; pero en el año II la sección admitía a 2.440 votantes. Si, a fines del año III, tras una larga interrupción en las operaciones electorales, las *gentes honradas*, libres al fin de los *sans-culottes* vuelven en masa a las asambleas primarias, no se debe olvidar, para apreciar esta afluencia, las condiciones del escrutinio; la sección de Arcis, por ejemplo, permaneció abierta desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche durante tres días. Comenzaba el reinado de los notables.

Entre la minoría popular asidua a las asambleas generales en el año II, ¿cuál fue la proporción de los beneficiarios de la dieta de los 40 sueldos? Dicho de otra forma, ¿en qué medida participaron los trabajadores en la vida política de las secciones en el año II?

El 5 de septiembre del 1793, Danton pidió que las asambleas generales se redujeran a dos por semana y «que todos los *sans-culottes* pudieran asistir a estas asambleas, a salvo de que se les indemnizara por el tiempo que estas deliberaciones quitara a sus trabajos»; en consecuencia, la Convención decretó que los *ciudadanos pobres* tendrían derecho a una dieta de 40 sueldos por sesión. El 9 de septiembre, Barère presentó el decreto de aplicación. Según el artículo II, «los ciudadanos que no tienen otro recurso para vivir que el trabajo cotidiano de sus manos, podrán reclamar una dieta de 40 sueldos por sesión»; comisarios nombrados por las secciones, precisa el artículo IV, certificarán «el estado de necesidad de los ciudadanos comprendidos en el artículo II», y constatarán su presencia en las asambleas generales.

Desde sus comienzos pesa sobre esta importante medida una cierta ambigüedad. ¿Se trata de indemnizar a los trabajadores presentes en las asambleas generales de la pérdida de salario sufrida por la asistencia? Danton lo afirma con claridad; pero la decisión de principio del 5 de septiembre menciona solamente a los *ciudadanos pobres*. ¿Se trata entonces de una simple ayuda a los *sans-culottes* pobres? Las propuestas de Barère, ponente del decreto del 9 de septiembre, nos orientan en esa dirección. Recuerda el principio adoptado cuatro días antes, «para que cualquier ciudadano que viva exclusivamente del trabajo de sus manos tenga derecho, *en caso de necesidad constatada*, a una indemnización». El artículo IV retoma esta expresión: los comisarios de las secciones certificarán *el estado de necesidad* de los interesados. Finalmente, el artículo II es formal: la dieta no se entregará automáticamente a los ciudadanos «que no tienen otro recurso para vivir que el trabajo cotidiano de sus manos»; es decir, podrán solamente reclamarla. El decreto de aplicación restringía a límites muy reducidos el alcance de la medida propuesta por Danton: apuntaba no tanto a los trabajadores asalariados cuanto a los pobres. Esta interpretación restrictiva se agravó además por la falta de consideración que surgió entre las capas superiores de la *sans-culotterie* y en algunas secciones, respecto a la dieta de los 40 sueldos y a los que de ella se beneficiaban. Según el observador Perrière, el 14 *ventôse* del año II, los ciudadanos de la sección de los *Sans-Culottes* venían rechazando constantemente la dieta, «al no querer —decían— ser conocidos como los patriotas de los 40 sueldos».

Los reglamentos de aplicación que adoptaron las secciones normalmente traducen este mismo estado de ánimo. El artículo IV del decreto del 9 de septiembre decía que las secciones nombrarían comisiones para redactar la lista de beneficiarios y constatar su presencia en las asambleas. El 25 de septiembre de 1793, la asamblea de los Gravilliers adopta un reglamento en este sentido. El ciudadano «que tenga derecho a la dieta y que quiera percibirla» deberá obtener del capitán de su compañía «un certificado que hará constar si verdaderamente sólo dispone del trabajo diario de sus manos para vivir». Un comité de 8 comisarios redactará la lista general y la censurará, aunque cualquier ciudadano rechazado podrá presentar un recurso a la asamblea general que resolverá en última instancia. Los beneficiarios recibirán un carnet rojo con el sello del comité de dietas, auténtico distintivo discriminatorio. El reglamento muy minucioso precisa los «medios de *constatar la presencia ininterrumpida* a las sesiones: dos comisarios habrán de verificar la identidad a la entrada de la asamblea; después de las 6 —la asamblea comienza a las 5—

se cerrará la lista; una ausencia de más de media hora llevará consigo la anulación de la dieta. Este reglamento adoptado el 25 de septiembre, tras la eliminación de Jacques Roux y de sus partidarios, traduce una hostilidad latente contra los ciudadanos que luego recibieron el apodo de *cuarenta sueldos*. Ningún documento permite fijar su proporción exacta en la sección de los Gravilliers y precisar de este modo qué interpretación dieron los comisarios a la ley del 9 de septiembre: ¿Hicieron beneficiarse de ella a los asalariados (los que en realidad sólo tienen el trabajo diario de sus manos para vivir, para retomar la misma expresión del decreto) o sólo a los pobres?

De hecho, la aplicación del decreto suscitó numerosas dificultades y dio pretexto a las autoridades de las secciones a múltiples interpretaciones, todas ellas restrictivas. El 20 *brumaire*, la sección de la Montagne decide que los criados serán excluidos del beneficio de la dieta, lo que era una violación de la letra misma del decreto. En numerosas secciones, las autoridades se comportan con una evidente mala voluntad en su aplicación. Si, por ejemplo, en la sección del Bon-Conseil, para redactar la lista de los beneficiarios, se contentaron con una simple declaración de los interesados *según su alma y su conciencia*, en la sección de la *République*, en cambio, el 25 *frimaire* todavía no se había pagado la dieta; ese día muchos ciudadanos se quejan de no haber podido sacarles un solo sueldo a los comisarios nombrados «para la inscripción de los valientes *sans-culottes* que han sido admitidos en la asamblea general»; nuevas quejas los días 8 y 9 *nivôse*. «En general —señala el observador de policía— todos los ciudadanos que tienen empleos en esta sección son otros tantos déspotas que no quieren pagar.» Según el observador Pourvoyeur, el 17 *nivôse*, las autoridades de la sección de los Lombardos se niegan a pagar la dieta que la ley concede a los ciudadanos pobres, porque no la aprueban. En la sección de la Reunión, el 5 *ventôse* se produjo una discusión sobre quiénes tenían derecho; la asamblea estimó que la ley sólo concedía la dieta «a los auténticamente pobres y no a los [obreros] que ganan fuertes sumas», por lo que una comisión informará sobre «el modo de entregarla sólo a los que tienen verdaderamente necesidad de ella». El 9 *ventôse*, el comité revolucionario confirmaba esta interpretación. En la sección de la Maison-Commune, el reglamento para la entrega de fondos de la indemnización no se adoptó hasta el 30 *prairial*. Una comisión de doce miembros examinará «las necesidades y la moralidad de los reclamantes», y la asamblea general, los casos litigiosos. Todo padre de familia que no tenga otro recurso que su trabajo será inscrito si es patriota. La comisión «que debe tomar en consideración la economía de los fondos de la República» habrá de examinar la conducta, las cargas y la

carencia de trabajo de los obreros solteros antes de incluirlos en la lista. Esto significaba introducir en el decreto del 9 de septiembre preocupaciones de índole moral o política, e introducir un principio discriminatorio en su aplicación.

Cualesquiera que hayan sido las limitaciones de tipo general establecidas por los reglamentos de las secciones, la dieta siguió siendo el objeto de las críticas más agudas hasta *thermidor*, y contribuyó a agudizar los antagonismos sociales en el seno de la *sans-culotterie*. Si los trabajadores reclamaban obstinadamente tal beneficio, llegando a pedirlo hasta para las asambleas extraordinarias, los poseedores por su parte les consideraban cada vez más como ciudadanos disminuidos. Los comisarios de indumentaria de la sección Poissonnière fueron excluidos de la sociedad popular el 17 *germinal*; uno de ellos protestó: «por ser la asamblea poco numerosa y estar compuesta sólo por los 40 sueldos, su fallo no era legal». Comentario significativo de la hostilidad de un poseedor respecto a un simple trabajador y que traducía la persistencia de la antigua diferencia entre ciudadanos activos y pasivos.

Pretextando las continuas protestas promovidas por el pago de la dieta y los abusos a los que daba lugar, los poseedores reclamaron su supresión, haciendo valer, además, los gastos que ocasionaba. ¿Para qué pagar los 40 sueldos el día 10 de las décadas, puesto que los obreros no trabajan ese día?, pregunta el observador Mercier el 1 *nivôse*. El 14 *ventôse* Perrière señala que «gentes interesadas en apariencias en alejar de las asambleas a esta clase interesante y naturalmente amiga de una revolución muy popular, se esfuerzan en hacer suprimir para estos ciudadanos poco acomodados, la módica suma con la que la Convención, siempre justa y humanitaria, ha pretendido resarcirles de una parte de su precioso tiempo». Así pues, la oposición entre una revolución popular y otra burguesa cristalizó en torno al tema de la dieta de 40 sueldos. La Convención la había adoptado el 9 de septiembre no tanto por humanidad, cuanto para hacer aceptar la supresión de la permanencia de las secciones. Cuando se trató de su aplicación, las autoridades de las secciones que generalmente pertenecían a las capas más elevadas de la *sans-culotterie*, restringieron su alcance considerablemente, cuando no pusieron una evidente mala voluntad en su pago. Las propias autoridades gubernamentales sólo intervinieron tras *germinal*, cuando ya se había frenado el movimiento popular.

El 27 *floréal*, los abusos a los que daba lugar la dieta fueron denunciados una vez más al Consejo General de la Comuna por la sección de l'Indivisibilité: «Que una ley benéfica no se vuelva en provecho de ciudadanos despreocupados o ávidos.» Estas observa-

«Ver... XX...»

ciones se reenviaron al Comité de Salvación Pública, que impuso una interpretación restrictiva de la ley del 9 de septiembre: no es cuestión de indemnizar a los obreros por el tiempo que la asistencia a las asambleas roba a su trabajo, sólo se trata de una ayuda a los pobres. También en este campo, las concepciones de la dictadura jacobina se imponían a las de la democracia *sans-culotte*. El 7 *messidor*, por orden del Comité de Salvación Pública, el Comité de ayudas dirigió una circular a las secciones parisinas «relativa al abuso que cometen muchos ciudadanos con el derecho de asistencia a las asambleas generales de sus secciones, recibiendo los 40 sueldos concedidos para este objeto, sin tener derecho a ellos como indigentes, sin asistir a ellas, o no haciendo otra cosa que aparecer un instante por allí para percibir la dieta». La circular insistía sobre esta interpretación restrictiva del decreto del 9 de septiembre: la indemnización sólo se debe a los patriotas desgraciados, es «una ayuda que la consagra exclusivamente a la indigencia».

En aplicación de esta circular, las secciones procedieron a una revisión de las listas de los beneficiarios, siendo eliminados un gran número de *sans-culottes*, lo que constituyó un motivo más de queja contra el Gobierno revolucionario. Por desgracia, los documentos no son lo bastante numerosos como para poder medir con exactitud el número de víctimas de esta depuración y, por consiguiente, la importancia de la oposición que suscitó. En la sección de la République, fue detenido, el 5 *thermidor*, un tal Rocherie por haber interrumpido la asamblea general; protestaba porque había sido borrado de la lista de los beneficiarios. La asamblea de la sección de la Maison-Commune, que el 30 *prairial* había adoptado un reglamento muy estricto, nombró el 10 *messidor* a 12 comisarios para aplicar la circular del día 7. Su informe, presentado el 15 *thermidor*, denuncia el abuso «que llevaba camino nada menos que de disolver nuestra gloriosa revolución dilapidando bajo el pretexto de las dietas una parte de nuestras finanzas, que sólo se deben a los defensores de la patria, a sus familias pobres y a los republicanos desgraciados». Y concluía: «La República no quiere partidarios asalariados.» La comisión rechazó a 104 *sans-culottes* para conservar a 91 beneficiarios solamente, todos pobres, sin ninguna duda.

En esta fecha, la democracia *sans-culotte* ya estaba herida de muerte. El 4 *fructidor*, Bourdon de l'Oise denunció «el fatal decreto de los 40 sueldos», señalando que era la *clase intermedia* (quiere decir intermedia entre la aristocracia y los *sans-culottes*, es decir, la burguesía) la que había permitido a la Convención triunfar en la noche del 9 al 10 *thermidor*. Por su parte, Cambon alzó su voz contra los abusos a que daba lugar la dieta. Esta fue suprimida.

Cualesquiera que hayan sido las vicisitudes de esta dieta y las restricciones impuestas a la aplicación de la ley del 9 de septiembre, sería muy importante poder precisar el número de beneficiarios por sección; de este modo se podría intentar medir la influencia de los trabajadores en la vida política de las secciones. No obstante, los documentos siguen siendo demasiado fragmentarios. La ley del 13 de *frimaire* del año III impuso a todas las autoridades y agentes contables la obligación de rendir cuentas de las sumas percibidas desde el comienzo de la Revolución; en París se nombraron comisarios en cada sección con este fin. Por desgracia, la mayor parte de estas cuentas generales han desaparecido: sólo se han encontrado las de las secciones del Théâtre-Français y del Mont-Blanc. Completadas con algunos otros documentos, señalan la baja proporción de los beneficiarios de la dieta respecto a la masa de los ciudadanos.

El 11 de septiembre, en la sección del Temple, según el observador Béraud, sólo se presentan *cincuenta y tantos ciudadanos* para percibir los 40 sueldos, cifra asombrosamente baja, cuando la sección contaba con 1.662 ciudadanos activos el 6 de junio de 1791, 2.950 votantes en el año II y 1.340 indigentes empadronados en ella en *germinal* del año II. En general se observa la misma proporción. Si en la sección de Arcis perciben la dieta 340 ciudadanos el 5 *floréal*, lo que constituye una proporción relativamente elevada, en la sección de la Indivisibilité solamente se inscriben 99 el 25 *floreale*. En la sección de la Montagne, la cifra media de los *cuarenta sueldos* es de 95 del 3 de octubre de 1793 al 20 *ventôse*, pero en 1791 la sección contaba con 2.395 ciudadanos activos, y en el año II con 1.008 indigentes socorridos y 5.031 votantes. En la sección de la Maison-Commune, la lista de los beneficiarios comprendía antes de la censura del 15 *thermidor*, 159 nombres, para 1.729 ciudadanos activos, 4.258 pobres socorridos (proporción especialmente alta) y 3.347 votantes.

Las cuentas dadas por los comisarios de las secciones del Homme-Armé, Mont-Blanc y del Théâtre-Français son aún más demostrativas porque abarcan períodos más largos. En la sección del Homme-Armé, 94 ciudadanos se benefician de la dieta en *floréal*, 98 en *prairial*, 90 en *messidor*, 87 en *thermidor*, siendo así que esta sección contaba con 1.784 ciudadanos activos, 358 pobres socorridos y 10.841 habitantes. En la sección del Mont-Blanc, los comisarios distribuyeron 8.352 libras del primero *brumaire* al 30 *thermidor*, es decir, 69 beneficiarios por término medio por sesión, para 856 ciudadanos activos y 1.031 pobres socorridos. En cuanto a la sección del Théâtre-Français, del 15 de septiembre de 1793 al 30 *thermidor* pagó 11.774 libras, es decir, una media de 84 beneficiarios por

sesión de la asamblea general, para 1.736 ciudadanos activos, 846 pobres socorridos y 2.418 votantes.

Finalmente, importaría conocer con exactitud la situación social de los *sans-culottes* que se beneficiaron de la dieta de los 40 sueldos. En este punto aporta algunas precisiones solamente el estado de cuentas de los comisarios de la sección de la Montagne, que pagan las dietas para la sesión del 20 *ventôse*. Sobre 105 beneficiarios, se enumera a 2 enfermos, a 9 ciudadanos sin empleo, a 26 ganapanes, a 6 braceros o jornaleros y a 51 artesanos, probablemente oficiales. El número de pobres por causa de enfermedad o de paro apenas sobrepasa la décima parte del total. Pero, ¿cuál era la situación de los ganapanes y de los jornaleros? Sin duda, miserable. Con toda seguridad queda aquí reflejada en lo esencial la situación de los *sans-culottes*, que no tienen otro recurso que el trabajo diario de sus manos; pero queda todavía por saber si ello les permitía elevarse por encima de la pobreza.

2. COMITÉS Y FUNCIONARIOS DE LAS SECCIONES

Los comités civiles: atribuciones administrativas, desaparición política.—Comisarios de policía y jueces de paz. Los comités militares: la organización de las secciones armadas; los consejos de disciplina; la autonomía militar de las secciones.—Los comités revolucionarios: origen y evolución; atribuciones y papel; dietas y composición social; de la elección al nombramiento.

Frecuentadas en el año II por una minoría convencida, entre la que los *cuarenta soles* eran considerados poco menos que como ciudadanos disminuidos, las asambleas generales, en teoría órgano soberano de la sección, habrían sido reducidas a la impotencia, si no hubieran tenido a su disposición órganos ejecutivos que aseguraran su continuidad de acción.

Según los términos de la ley, las secciones no eran solamente circunscripciones electorales. Constituían subdivisiones administrativas de la Comuna de París: a este respecto fueron dotadas de órganos de ejecución, funcionarios y comités elegidos. A la cabeza de cada sección, un comité previsto por la ley del 21 de mayo de 1790 servía de intermediario entre la municipalidad y la asamblea general. Además, esta ley estableció en cada sección un comisario de policía asistido por un secretario de tribunal. Cuando se organizaron los tribunales de la ciudad de París por la ley del 25 de agosto-29 de septiembre de 1790, las secciones se dotaron de un juez de paz rodeado

de asesores. A estos órganos esenciales vinieron a añadirse, según las necesidades, comités especializados: comités militares, cuando la ley de 19-21 de agosto de 1792 hubo legalizado la nueva organización de la guardia nacional nacida del 10 de agosto; comités revolucionarios en aplicación de la ley de 21 de marzo de 1793; comités de beneficencia tras la votación de la ley de 28 de marzo de 1793; comisiones de la pólvora y municiones en el año II; incluso en la primavera de 1794 aparecieron comités de agricultura. ¿En qué medida estos órganos permitieron que la autonomía de las secciones se ejerciera en realidad? ¿Y también, en qué medida los militantes populares pudieron, gracias a ellos, iniciarse en las cuestiones administrativas y participar en la vida política en el año II?

Los comités civiles de sección constituyen, tras la ley del 21 de mayo de 1790, al mismo tiempo órganos de ejecución de las resoluciones administrativas y órganos de información para la municipalidad sobre los asuntos de su distrito; eran los supervisores y auxiliares de los comisarios de policía. Encargados de velar por la ejecución de las ordenanzas, resoluciones o deliberaciones, debían transmitir además al Cuerpo municipal, al Consejo general así como al alcalde y al procurador de la Comuna o a sus sustitutos, todas las explicaciones y opiniones que se les pidieran.

La Comuna del 10 de agosto suspendió, el día 11, los comités civiles nombrados bajo el régimen censitario. El día 15 adoptó un nuevo reglamento para su elección por las asambleas. Formados por 16 miembros que elegían entre ellos un presidente y un secretario, que debían renovarse cada quince días, los comités civiles fueron nuevamente investidos de todos los poderes que les habían sido atribuidos con anterioridad. No obstante, una vez que las secciones fueron permanentes, los comités perdieron su importancia para caer más o menos bajo el control de las asambleas generales celosas de sus derechos soberanos. Las asambleas generales dictaron los reglamentos destinados a mantenerlos bajo una estrecha dependencia. Así, por ejemplo, la sección de la République, el 30 de septiembre de 1792, y la de los Gravilliers, el 13 de octubre. Según la asamblea general de la sección de los Gravilliers, los comisarios civiles son revocables a voluntad; «como mandatarios de la asamblea, reciben sus órdenes para ejecutarlas». El comité no decidirá ningún asunto sin informar a la asamblea, ya que sólo ella tiene el derecho a decidir; el comité no puede tomar ninguna resolución ni siquiera provisional; «su misión es encargarse de todos los detalles de la administración de policía». El reglamento organiza con minuciosidad la

estructuración de los registros; de los archivos y su control. Finalmente, cada ocho días el comité rendirá cuentas a la asamblea. De este modo serían salvaguardados los derechos del pueblo soberano y mantenida la autonomía de las secciones.

Los comités civiles, como todos los órganos de ejecución nombrados por las secciones, se encontraban en una posición ambigua. Ele- gidos por las asambleas, son sus representantes y sus mandatarios. Pero en cuanto administradores, dependen de la Comuna cuyas reso- luciones están encargados de ejecutar, incluso en contra de la voluntad de las asambleas generales. Sobrecargados de trabajo, y ciñéndose prudentemente a sus atribuciones administrativas, los comités civiles no entraron en conflicto con las asambleas; tanto en 1793 como en el año II, se ocuparon muy poco de la política general, en particular el 31 de mayo permanecieron a la expectativa. De hecho, en esta fecha, los comités revolucionarios les habían relegado a un segundo plano; hasta el 7 fructidor del año III, sólo tuvieron funciones secundarias, con una restricción, sin embargo: en las circunstancias críticas, por ejemplo el 9 thermidor, comités civiles y comités revolu- cionarios deliberan juntos.

En el año II, los comités civiles se ocuparon sobre todo de las subsistencias y de la beneficencia, aunque en este terreno nunca fue clara la separación entre sus atribuciones y las de los comités de beneficencia. En especial, la distribución del pan y de la carne exigía una vigilancia activa por parte de los comités civiles, tarea que to- maron muy a pecho; algunos reglamentos lo atestiguan, por ejem- plo, los que adoptaron las secciones de la Maison-Communes y del Mont-Blanc, los días 27 de julio y 15 de septiembre de 1793. Normal- mente, y pese a su aplicación, los comisarios no daban abasto en su trabajo; el 25 ventôse del año II, el comité de la sección de los Invalides pide a la asamblea general que le nombre seis ayudantes.

La abnegación de los comisarios civiles era tanto más meritoria, cuanto que hasta la primavera de 1791 no recibieron ninguna gratifi- cación. Una resolución municipal del 18 de enero de 1791 había concedido a cada comité 1.200 libras por año, pero para gastos de oficina; tal suma juzgada insuficiente, suscitó numerosas reclamacio- nes. Una vez establecida la permanencia, esta asignación pareció irrisoria. La Comuna lo reconoció, porque el 2 de abril de 1793, con- cedió 3.000 libras a cada sección para liquidar las deudas que hubie- ran podido contraer los comités desde el 10 de agosto. La cifra asi- gnada a cada comité se elevó a 1.500 libras por año a contar desde el primero de enero; a 1.900 por decreto de la Comuna del 25 de abril de 1793 y mientras «duraran las permanencias». Estas medidas no podían satisfacer a los comisarios civiles, tanto más dolidos cuanto

que los miembros de los comités revolucionarios recibían 3 libras desde el 5 de septiembre de 1793, y 5 desde el 8 de noviembre. La cuestión era de importancia; un miembro del Consejo general señaló su alcance político, el 11 de septiembre. Pidió «que en adelante, los *sans-culottes* que se emplearan en los comités civiles percibieran dietas y salarios. Sin esta medida —dijo— como el hombre no puede vivir del aire que respira, el derecho exclusivo a ocupar los puestos quedaría reservado únicamente a quienes usaban peluca, es decir: a los antiguos abogados, notarios y procuradores, todos ellos, cuando menos, sospechosos de incivismo». Las asambleas generales, ahora controladas por los *sans-culottes*, empezaron a moverse. Por iniciativa de la sección del Observatoire, 26 secciones piden a la Convención, el 22 brumaire, que los comisarios civiles reciban la misma dieta que los comisarios revolucionarios: «¿Queréis que en los comités sólo haya ricos comerciantes, y que sea excluido de ellos el pobre vir- tuoso?» La Convención se creyó totalmente segura al rechazar las peticiones, en la medida que no existía unanimidad en las secciones. Cuando el 10 pluviôse la sección del Observatoire volvió a la carga, la sección de la Montagne se ciñó al orden del día ante su proyecto de petición alegando que: «El auténtico *sans-culotte* encontrará siem- pre, si se dedica a la cosa pública, apoyos en sus hermanos y entre los buenos ciudadanos.» La sección de la Montagne, antes de la Butte- des-Moulins, era una de las menos populares. No obstante, el 6 flo- réal la Convención cedió otorgando una dieta de 3 libras diarias a los comisarios civiles, «por el tiempo que están obligados a dar a la cosa pública».

Medida tardía y que, pese a su carácter retroactivo, no podía modificar la composición de los comités civiles. En ese momento, la mayoría de los comisarios en funciones habían sido nombrados en agosto y septiembre de 1792: ¿qué *sans-culotte* hubiera podido sub- sistir sin sueldo desde esta fecha? De este modo se explica que los comités civiles se reclutaran en las capas superiores de la pequeña burguesía. Abundan en ellos los comerciantes y los artesanos reti- rados de los negocios, los pequeños rentistas, y los hombres de las profesiones liberales. De todos los organismos de las secciones, los menos populares son los comités civiles.

Los comités civiles evolucionaron como todas las instituciones a través de las que se había expresado la autonomía de las secciones. Mandatarios primero de sus ciudadanos, los comisarios se transfor- man en simples funcionarios a medida que se refuerza el Gobierno revolucionario; inicialmente nombrados bajo el control de los Comi- tés, pagados finalmente por la municipalidad. Tal es la evolución, primero insensible, acelerada en la primavera de 1794 para culminar

Decreto de "Bourgeoisie" = con el fin d
de la burguesía

tras la caída del Gobierno revolucionario. La ley del 7 *fructidor* del año II, redujo a 12 los Comités revolucionarios y restituyó su antigua importancia a los comités civiles, e incluso les concedió algunas atribuciones nuevas. Pero el 28 *vendémiaire* del año III la Convención decretó que sólo habría doce comisarios por sección, renovables por cuartas partes cada tres meses por el Comité de legislación. Los comités civiles así domesticados sobrevivieron todavía un año: se suprimieron por ley del 19 *vendémiaire* del año IV. De esta forma desaparecieron las últimas supervivencias de la autonomía de las secciones.

En la organización municipal de la época censitaria, los dos funcionarios principales de la sección fueron, junto al comité civil, el comisario de policía y el juez de paz. Existen ya en el año II; pero también en este caso el afianzamiento del Gobierno revolucionario cambió la naturaleza de la institución.

Según la ley municipal del 21 de mayo de 1790, cada sección nombraba un comisario de policía entre los ciudadanos del distrito por dos años, con posibilidad de reelección; tenía voz en las deliberaciones del comité civil. Sus poderes eran importantes: procedía, con la firma de uno de los comisarios civiles, al encarcelamiento de las personas detenidas en flagrante delito. Bajo sus órdenes, un secretario escribano, elegido como él por dos años y reelegible indefinidamente, tomaba nota en las reuniones del comité civil, levantaba las actas, redactaba los despachos, extractos y envíos, y se ocupaba de los registros necesarios para las funciones del Comité y del comisariado. Suspendidos por la Comuna del 10 de agosto, reelegidos en virtud del decreto del 19 de septiembre de 1792, los comisarios de policía vieron confirmados sus poderes. Su reclutamiento llegó a ser entonces más popular; una paga anual de 3.000 libras, y de 1.800 para los secretarios de los tribunales, permitió a los *sans-culottes* acceder a estos cargos. No obstante, en el otoño de 1793, disminuyó su importancia, pues se convirtieron en auxiliares de los comités revolucionarios.

Los jueces de paz y sus asesores se instituyeron en las secciones parisinas en virtud de la ley del 25 de agosto-29 de septiembre de 1790 sobre la organización de los Tribunales de París. Conocían todas las causas puramente personales y mobiliarias hasta 50 libras, y, en apelación, hasta 100 libras. También eran de su competencia las acciones por daños, las acciones de posesión, todo lo concerniente a alquileres, el pago de los salarios y la ejecución de los contratos entre amos y empleados, y, finalmente, las acciones por injurias y vio-

lencias, en que las partes no habían recurrido a la vía de lo criminal. Eran elegidos por dos años y reelegibles. En relación con esto, el 10 de agosto de 1792 la Asamblea Legislativa suprimió la distinción entre ciudadanos activos y ciudadanos pasivos. El 15 de agosto, la Comuna modificó las modalidades de su elección; en adelante los comités de sección estarían compuestos por 18 miembros. Los dos candidatos que reunieran más votos serían: juez de paz, el primero, y secretario del tribunal, el segundo; los seis candidatos que, una vez nombrados los 16 comisarios, tuvieran más votos serían asesores.

El sueldo de juez de paz era de 2.400 libras al año, a las que se añadían sus honorarios por aplicación, reconocimiento y levantamiento de sellos; su secretario de tribunal sólo recibía 800 libras, más una parte del producto de sus honorarios. Pese al sueldo, en 1793 las funciones del juez de paz se democratizaron poco. Siguieron siendo patrimonio de las capas superiores de la pequeña burguesía, era precisa para desempeñarlas una cierta cultura jurídica que no era el caso de los auténticos *sans-culottes*. En general, los jueces de paz se reclutaron entre las gentes de leyes del Antiguo Régimen que habían abrazado la causa del pueblo. Una vez instituido el Gobierno revolucionario, el nombramiento de los jueces de paz y de los secretarios del Tribunal escapó de las manos de las secciones; los decretos del 8 *nivôse* y del 23 *floréal* del año II, lo atribuyeron al Consejo general de la Comuna.

Más aún que por medio de las instituciones civiles, la autonomía de las secciones se manifestó por medio de la creación de una fuerza armada de las secciones, cuyos grados quedaron abiertos a los *sans-culottes* en el año II.

En 1789, la guardia nacional burguesa había modelado espontáneamente su organización sobre los distritos, al dividirse en 60 batallones; el decreto de los días 12-23 de septiembre de 1791 mantuvo esta división; evidentemente, sólo los ciudadanos activos tenían derecho a servir en ellos. La ley del 21 de mayo de 1790, que creó las secciones, destruyó no obstante la correlación entre batallones y distritos. Las secciones no cesaron de protestar contra esta anomalía, *pérfidamente imaginada y combinada* según la de la Croix-Rouge, el 9 de mayo de 1792, para quitar a las secciones la libre disposición de su fuerza armada. Esta organización no sobrevivió al 10 de agosto de 1792. En efecto, el día 13, el Consejo general autorizó a las secciones a formar compañías de ciudadanos; abolidas las distinciones censitarias, todos serían ciudadanos armados. La ley de los días 19 y 21 de agosto legalizó esta organización, modificándola

ligeramente. La guardia nacional parisina estaba dividida en 48 *secciones armadas*, siendo el número de compañías en cada sección proporcional a la población. A la cabeza de la sección armada, un comandante en jefe, un segundo comandante, un ayudante y un abanderado. La compañía comprendía 126 hombres. Cada sección poseía una o más compañías de artillería. Todos los ciudadanos de la sección armada participaban en la elección de sus comandantes, oficiales y suboficiales. Reunidas las secciones nombraban al comandante general por tres meses, con posibilidad de conservarle en su función durante un año.

De este modo las secciones se convirtieron en dueñas de su fuerza armada. Vigilaron atentamente la elección de los oficiales, arrogándose el derecho de revocarlos. Para coordinar todas las cuestiones relativas a las diversas compañías, crearon comités militares o comités *de guerra*, que en caso de necesidad se transformaban en consejos de disciplina. Por ejemplo, en la sección del Théâtre-Français, el comité militar nombrado tras el 10 de agosto se convirtió en consejo de disciplina en 1793. Por ejemplo, también el comité *de guerra* de la sección de los Lombardos compuesto por 28 miembros elegidos por la asamblea general. Centralizaba el producto de las colectas realizadas por los capitanes, distribuía las ayudas prometidas a los voluntarios, así como a sus padres, mujeres e hijos, se comunicaba con el consejo de administración del batallón que había salido para las fronteras, se ocupaba del armamento, del vestuario y del equipamiento de dicho batallón. Todo ello, bajo el control de la asamblea general. Por medio de sus comités *de guerra* o sus comités militares, las secciones mantenían relaciones constantes con cuantos estaban en los ejércitos, y los animaban y los vigilaban al mismo tiempo. De este modo, no había separación entre el ejército y la nación; de ello dan testimonio particularmente los numerosos mensajes a los ejércitos votados por las secciones, o los comisarios enviados a los teatros de operaciones. Por ejemplo, el de la sección de la Halle-au-Blé encargado, el 14 de mayo de 1793, de acompañar a los voluntarios de la sección en la Vendée y de mantener una activa correspondencia con la asamblea general. Los consejos de disciplina, simple modificación de los comités militares, estaban compuestos por representantes de todos los grados. En especial estaban encargados de hacer cumplir los reglamentos particulares que diversas asambleas generales habían elaborado para el servicio militar como una manifestación más de la autonomía de las secciones. Por ejemplo, las secciones del Marais el 5 de noviembre de 1792, la del Panthéon-Français el 20 *pluviôse* del año II, y la del Popincourt el 10 *germinal*.

La autonomía militar de las secciones podía convertirse en un peligro manifiesto para el poder central. Así lo comprendieron después del 9 *thermidor* los Comités de gobierno, y en consecuencia, a partir del día 19 hicieron colocar al comandante general y al estado mayor de la guardia nacional parisina bajo el control directo de la Convención y de sus Comités de salvación pública y de seguridad general. En el año III la organización de la guardia nacional fue modificada en varias ocasiones; en cada una de ellas se atenuaba su carácter popular y se acentuaba la intervención gubernamental. El 13 *frimaire*, la Convención decidió que, para ser elegido, era preciso saber leer y escribir; eso suponía eliminar a muchos *sans-culottes* de los grados inferiores. Tras las jornadas de *germinal*, la ley del día 28 destruyó la comunicación entre batallones y secciones, y colocó la guardia nacional bajo la dirección del Comité militar de la Convención. En todo caso las secciones conservaron sus apreciados y queridos cañones, que, finalmente, tuvieron que entregar el día 20, después de las jornadas de *prairial*. Por último, el 16 *vendémiaire* del año IV, la guardia nacional se colocó bajo las órdenes del general del ejército del Interior. Todo había terminado. La organización de la fuerza armada de las secciones no podía sobrevivir al régimen popular del año II.

De todas las instituciones populares surgidas de la Revolución y que evolucionaron a su ritmo, las que mejor simbolizan, si no la autonomía de las secciones, sí al menos el poder popular, son los comités revolucionarios.

Tras el 10 de agosto de 1792, a imitación o a instancias de la Comuna y de su comité de vigilancia, algunas secciones organizaron verdaderos comités de vigilancia que prefiguran los creados en aplicación de la ley del 21 de marzo de 1793. Por ejemplo, desde el 10 de agosto de 1792, la sección del Théâtre-Français. La de los Amis-de-la-Patrie nombró un comité de 14 miembros. El día 21, la de Postes eligió un comité de 12 miembros. Conforme a las instrucciones de la Comuna, estos comités estaban encargados especialmente de localizar y vigilar a los sospechosos.

En marzo de 1793, el peligro suscitó la creación de nuevos comités. El día 13, la asamblea general de la sección de la Cruz Roja organizó un *comité revolucionario* de siete miembros, encargados de recibir las denuncias y de efectuar las visitas domiciliarias a la casa de las personas denunciadas. El comité de seguridad general creado al día siguiente del 10 de agosto, quedaba suprimido, y el nuevo ya

no dependía de la Comuna y actuaba por sí mismo. Ya, la víspera, la sección del Théâtre-Français había autorizado a su comité de vigilancia a emitir mandatos de detención contra los ciudadanos que le «parecieran sospechosos por su opinión contraria a la Revolución». La Convención legalizó una institución que tendía a generalizarse; la ley del 21 de marzo de 1793 instituía los comités de 12 miembros en todas las comunas o secciones de comuna. Pero sus atribuciones eran muy limitadas: la ley atribuía únicamente un derecho de vigilancia sobre los extranjeros.

Los nuevos comités vieron ampliarse su competencia muy rápidamente. Nombrados a finales de marzo o a comienzos de abril, en medio de escenas de violencia, frecuentemente integrados por *sans-culottes* experimentados, constituyeron enseguida una organización de combate contra los moderados. Desde el 1 de abril de 1793, la asamblea general del Panthéon-Française otorgaba *provisionalmente* a su comité revolucionario «todos los poderes ilimitados y necesarios para que proveyera con eficacia a la salvación de la patria y a la seguridad general de los ciudadanos». El 30 de marzo la sección Luxembourg solicitaba a la Comuna que aclarara las funciones de los Comités. La circular del 4 de abril respondía intentando coordinar su acción al mismo tiempo que la ampliaba. Los comités revolucionarios habrían de ocuparse no sólo de la vigilancia de los extranjeros, sino de la entrega de los *carnets civiques*, del examen de la documentación de los militares y de su encarcelamiento, en el caso de que no estuviera en regla; procederían también a detener a todas las personas encontradas sin escarapela. Eso significaba rebasar ampliamente la ley del 21 de marzo.

La ley del 17 de septiembre de 1793 consagró los poderes que los Comités se habían arrogado de hecho, quedaban encargados de redactar la lista de los sospechosos, emitir órdenes de detención contra ellos y sellar su documentación personal. La definición tan extensa que dio la Comuna de la sospecha aumentó bastante más los poderes de los comités. Una vez liberados de la tutela de las asambleas generales, fueron escapando poco a poco de la de la Comuna, con una clara tendencia a controlar toda la vida de las secciones. En contra de la inclinación popular a la autonomía, se convirtieron en agentes eficaces de la centralización revolucionaria.

La dieta otorgada a los comisarios constituyó uno de los medios a través de los cuales los Comités de gobierno modificaron la institución y, finalmente, la colocaron bajo su control. Aunque se habían previsto gastos de secretariado, durante los primeros meses, sin embargo, las funciones de los comisarios siguieron siendo gratuitas. El 27 de abril de 1793, los delegados de las secciones se reunieron en

la sección del Contrat-Social para pedir dietas, medida indispensable para asegurar un buen funcionamiento de los Comités y democratizar su reclutamiento. Esta reivindicación sólo se satisfizo tras el 2 de junio: el 12 de julio, el Comité de salvación pública del departamento concedía una asignación de tres libras a los comisarios revolucionarios. Con este objeto, el 7 de agosto, el Comité de Salvación pública ponía 30.000 libras a disposición del alcalde de París. La Convención legalizó esta medida el 5 de septiembre. El 18 *brumaire*, año II, la dieta se elevaba a cinco libras diarias. La dieta de los comisarios revolucionarios transformó su función. Elegidos, hasta entonces, por las asambleas generales, aparecían como mandatarios de las secciones, independientes de las autoridades administrativas. Pero ahora se convierten en funcionarios asalariados, bajo control de la Comuna. El 5 de septiembre, al mismo tiempo que les concedía una dieta de tres libras, la Convención ordenaba que los comisarios se sometieran a un escrutinio depurador por el Consejo general autorizado a revocarlos y reemplazarlos. La votación de la ley de los sospechosos, el 17 de septiembre, aumentó esta sujeción modificándola; de ahí en adelante los Comités se comunican directamente y sin intermediarios con el Comité de seguridad general, escapando de este modo a la vigilancia de la Comuna. Pache señalaba sus inconvenientes en una circular del 27 *brumaire* del año II a los Comités; aunque en lo referente a la detención de sospechosos deben comunicarse únicamente con el Comité de seguridad general, no obstante sería útil que la Comuna fuera informada del resto de sus trabajos. Las autoridades municipales trataron de recobrar una influencia que se les escapaba. Chaumette convocó a todos los miembros de los comités para el 14 *frimaire*. Esta iniciativa fracasó rotundamente.

Ante la dimisión de un comisario, el 6 *pluviôse* del año II, el comité de la sección Finistère envía un delegado ante el Comité de seguridad general para que le sea indicado el modo de sustituirle. El Comité consultó al de Salvación Pública, que no respondió. El comité de la sección de Finistère se dirige entonces a este último; los nombramientos se le dice no deben confiarse a las asambleas generales, donde con frecuencia llevan ventaja los *Tartufos de la revolución*, sino directamente a los comités, más perspicaces, en tanto la Comuna mantiene el derecho de censura. Se desembocaba en la cooptación. Efectivamente, el 22 *pluviôse*, el comité de la sección de Piques pide que sea confirmada la elección que ha realizado de dos nuevos comisarios. Sin embargo, los nombramientos escaparon rápidamente de las manos de los comités revolucionarios, para pasar a las autoridades gubernamentales. El Comité de Salvación Pública no se pronunció, en *pluviôse*, para no usurpar las atribuciones del

Comité de seguridad general. La crisis de *ventôse* le refuerza: el 9 *germinal*, reunidos los dos comités nombran el comité depurado de la sección de Marat. En *prairial*, el Comité de Salvación pública se atribuyó el nombramiento de los comisarios, auténtica manzana de la discordia entre los dos Comités de Gobierno, mientras que las asambleas generales no cesaban de protestar contra esta violación de sus derechos soberanos.

Los comités revolucionarios que habían constituido una de las piezas maestras de la dictadura jacobina, no sobrevivieron al 9 *thermidor*. La ley de *fructidor* del año II les reemplazó por 12 comités de vigilancia de distrito, cada uno con jurisdicción sobre cuatro secciones. El Comité de seguridad general estaba encargado de la formación de los nuevos comités que permanecían bajo su dependencia directa. La obligación de saber leer y escribir descartaba definitivamente a los *sans-culottes* más humildes.

Por su reclutamiento, los comités revolucionarios habían constituido, en especial tras la depuración por el Consejo general de la Comuna, las instituciones más democráticas de las secciones. Los comités civiles, pagados solamente tras el 6 *floréal* del año II, se reclutaban entre las capas más acomodadas de la *sans-culotterie*: los comités revolucionarios pagados desde julio de 1793, cuyo papel era esencialmente político, estaban compuestos en general por *sans-culottes* decididos, de condición más modesta, y algunas veces humilde. En sus empleos vieron no sólo un medio de consagración a la República, sino, con frecuencia, una ocasión para ganarse la vida de mejor manera y elevarse en la escala social.

Las instituciones de las secciones, civiles y militares, habían aparecido desde los comienzos de la Revolución, y el sistema censitario les había dado su primera forma. Rápidamente, tendieron a transformarse, primero bajo la influencia de las aspiraciones a la autonomía local características de los propios beneficiarios del régimen censitario, más tarde bajo el empuje de las fuerzas populares que exigían su parte del poder. De este modo las instituciones seccionarias evolucionaron al mismo ritmo de la Revolución, tendiendo hacia una autonomía cada vez más acusada y tomando un carácter cada vez más popular. Frente a las instituciones del Estado y los órganos del poder central, manifestaron una innegable eficacia revolucionaria. Ni el 10 de agosto ni el 31 de mayo hubieran sido posibles sin la organización y las fuerzas que las secciones pusieron a disposición de los comités insurreccionales. Surgidas de la Revolución, las instituciones seccionarias favorecieron sus progresos y se fortalecieron con

esos mismos progresos. Se esclerotizaron en seguida, para caer finalmente bajo el control del Gobierno revolucionario que habían contribuido a llevar al poder.

Una doble contradicción les minaba y les llevaba a su ruina inevitable. ¿Cómo conciliar las aspiraciones populares a la autonomía local con el reforzamiento del poder central y las exigencias de la dictadura jacobina? Más aún, ¿cómo hacer soportable a la burguesía una vez alejado el peligro contrarrevolucionario, instituciones a través de las que se había manifestado el impulso revolucionario de la *sans-culotterie* y que conservaban un indudable carácter popular? Las instituciones seccionarias desaparecieron tras el 9 *thermidor*, arrastradas por el movimiento reaccionario; pero ya habían sido heridas de muerte desde que se había estabilizado el Gobierno revolucionario.

3. DE LAS SOCIEDADES POPULARES A LAS SOCIEDADES SECCIONARIAS

De la educación cívica a la acción política.—Intento de cuantificación.—Los reglamentos: fines, condiciones de admisión, cotizaciones, directivas y comités, programa y desarrollo de las sesiones.—Afiliación y comunicación.—La acción: instrucción política, vigilancia de los funcionarios.—Usurpación de los poderes de las asambleas generales: preparación de los debates, presentación a las elecciones, entrega de certificados de civismo.—Efectivos y asistencia.

Suprimida la permanencia de las asambleas generales e inmediatamente puestos bajo tutela los Comités de las secciones, los militantes *sans-culottes*, preocupados por la autonomía de sus organizaciones e impacientes ante el control del Gobierno revolucionario, adaptaron a sus necesidades una antigua institución, transformaron las sociedades populares en sociedades seccionarias o crearon otras nuevas. Las sociedades populares parisinas habían jugado un papel predominante en la marcha de la Revolución desde 1791. En el año II, las sociedades seccionarias aparecían como la organización de base del movimiento popular. A través de ellas, los militantes *sans-culottes* dirigen la política de las secciones, controlan las administraciones e impulsan a las autoridades municipales y gubernamentales.

Mientras los moderados pretendían reducir a las sociedades a un papel simplemente educativo, los patriotas las asignaron desde el principio un fin político. Con ocasión del gran debate que se llevó a cabo en la Asamblea Constituyente en septiembre de 1791, al término del cual se les prohibió cualquier actividad política, Brissot

y Robespierre se pusieron de acuerdo para combatir esta limitación. Para Brissot las sociedades populares debían tener tres objetivos: «Discutir las leyes por hacer, instruirse sobre las leyes hechas y vigilar a todos los funcionarios públicos.» Para Robespierre, tienen como misión velar por la salvaguardia de los derechos de la nación. No obstante, Marat, con su agudo sentido de las necesidades políticas, había precisado en *L'Ami du Peuple*, desde el 7 de febrero de 1791, el papel que las sociedades de las secciones asumieron en realidad en el año II, los clubes populares no podrían contentarse con el simple papel de educadores; los patriotas de cada sección habrían de discutir en ellas las resoluciones sometidas a las asambleas generales; «de este modo los miembros de los clubes llevarán a sus respectivas asambleas de sección un juicio reflexivo, y los mejores ciudadanos ya no se dejarán aturdir por la charlatanería de los mercaderes de palabras»; por otra parte, las sociedades populares vigilarán a los funcionarios públicos y hasta a los órganos del Gobierno.

Si, el 10 de agosto de 1792, la más antigua de las sociedades fraternales, la que tenía sus sesiones en la biblioteca de los Jacobinos Saint-Honoré, todavía les asignaba una misión de instrucción, la sociedad patriótica de la sección del Pont-Neuf pretendía constituir un órgano de control y de vigilancia el 6 de junio de 1792; los propios acontecimientos arrastraban a las secciones a la política activa. A este respecto, fue decisiva la crisis de la primavera de 1793. Según una declaración del 18 de abril, la sociedad popular y patriótica de Mail no se contentaría «con perseguir la intriga, con atacar la malevolencia, con descubrir la astucia, con mantener el celo cívico, con despertar el patriotismo que languidece»; combatiría «sin descanso el realismo, el fanatismo, el moderantismo, el rolandismo, que es el superlativo de todos ellos»; sus miembros serían misioneros activos e infatigables, su cruzada sería la de la libertad. El papel de las sociedades en la lucha contra los moderados y el federalismo fue tal que la Convención adoptó, el 25 de julio de 1793, un decreto que castigaba cualquier tentativa contra ellas. El 22 de agosto, los Jacobinos denunciaron al ayuntamiento de Nancy por su intento de disolver la sociedad local y pidieron la pena de muerte «contra todos aquellos que intentaran destruir estos centros de patriotismo».

Mientras persistió el peligro interior, los Comités de gobierno se apoyaron deliberadamente en las sociedades populares para mantener al régimen revolucionario y sostener el esfuerzo de guerra. El 23 *brumaire* del año II, el Comité de Salvación Pública pidió a las sociedades parisinas que redactaran la lista de los ciudadanos «más idóneos para desempeñar las funciones públicas a todos los niveles». Aunque el decreto orgánico del 14 *frimaire* no precisara el lugar de

las sociedades en el Gobierno revolucionario, e incluso les prohibiera el envío de comisarios, la reunión de un congreso o la formación de un comité central, no obstante el Comité de Salvación pública creyó conveniente definir su papel, lo que hace en su circular del 16 *pluviôse*, en términos de supervisión y vigilancia, así como de colaboración con las autoridades constituidas para los nombramientos en los diversos cargos. Las sociedades populares deben constituirse en auxiliares de los representantes en misión encargados de la depuración y organización de las autoridades constituidas.

Cualquiera que fuese la importancia de este papel, en todo caso seguiría estando muy por debajo del que en realidad desempeñaban las sociedades populares. La circular del 16 *nivôse* se inscribe en el gran esfuerzo emprendido por los Comités de gobierno para disciplinar al movimiento popular y reducirle a la categoría de auxiliar. De hecho, durante todo el invierno del año II, las sociedades y más especialmente las sociedades seccionarias, lejos de contentarse con este papel secundario, constituyeron las organizaciones de base de la vida política.

Del otoño a la primavera del año II una vasta red cerca la capital. Que se hayan fundado o no con motivo de la supresión de la permanencia de las asambleas generales, las sociedades populares tienden en su mayoría a convertirse en sociedades seccionarias.

En la medida en que se puede conocer la fecha de su fundación, hay dos sociedades creadas en 1790 y tres en 1791, que parecen haberse reunido sin interrupción hasta el año II. Lo mismo sucede con ocho sociedades fundadas en 1792, cuatro antes del 10 de agosto y tres después de esta fecha. La crisis de 1793 supuso la fundación de siete sociedades populares hasta septiembre. Finalmente, se fundaron 26 para obviar la ley que abolía la permanencia de las asambleas general, por lo que desde su creación aparecen ya como sociedades seccionarias. En algunas secciones, funcionaron durante algún tiempo dos sociedades rivales. Por ejemplo, en la sección del Contrat-Social, la sociedad de los Amis-de-la-Patrie de antigua fundación, y la sociedad de la sección creada el 26 de septiembre de 1793; en la sección de los Gravilliers, la sociedad de los Amis-de-la-Liberté-de-l'Egalité-et-de-l'Humanité que tenía su sede en la calle de Vert-Bois y la sociedad de la sección. Las sociedades antiguas apoyadas por las autoridades y los Jacobinos se impusieron a las sociedades seccionarias que tuvieron que disolverse. He aquí un episodio de la lucha de los *patriotas del 89* contra los *del 93*, llamados *de nueva camada*, lucha cuyo trasfondo social no puede ignorarse. En la sección de la Réunion y en la de l'Unité, las sociedades de las secciones parecen haber absorbido sociedades fraternales más antiguas, pero

poco sólidas; la sociedad de la calle de Saint-Avoye se fusionó con la de la Réunion, y sin duda también la sociedad fraternal de l'Unité con la sociedad de esta misma sección.

Al lado de estas sociedades, todas las cuales, antiguas o recientes, funcionaron sobre la base de una sección, se mantuvieron en el año II algunas sociedades fundadas con anterioridad, sin llegar a depender de las secciones. Por ejemplo, en la sección de Montreuil, la sociedad de los Amis-des-Droits-de-l'Homme-Ennemis-du-despotisme, fundada en 1791, la de los Défenseurs-des-Droits-de-l'Homme-et-du-Citoyen en la sección de la Maison-Commune. Además de la venerable sociedad fraternal de los Patriotes-des-deux-sexes, que celebraba sus sesiones en los Jacobinos, señalamos entre las más importantes: la sociedad de los Hommes-du-14-Juillet, anteriormente de los Gardes-Françaises; la sociedad de los Défenseurs-de-la-République-une-e-indivisible que se reunían en el Café Chrétien, antigua plaza de los Italianos; la sociedad de los Hommes-Revolutionnaires-du-Dix-août, cuya sede estaba en la calle de Saint-Denis, antes Filles-Dieu; el club electoral del Evêché; la sociedad popular y republicana de las Artes. En general, estas sociedades eran frecuentadas por militantes que, con diversos cargos y en diversas circunstancias, habían jugado un papel de primera fila: el 14 de julio, el 10 de agosto, el 31 de mayo... Por esto, en el año II aparecen con frecuencia como organizaciones dirigentes de la acción revolucionaria. Sucede lo mismo, pero a un nivel superior, con el club de los *Cordeliers*. Respecto a los Jacobinos, aunque los *sans-culottes*, y en especial las mujeres, frecuentaban asiduamente sus tribunas, no tenían ninguna influencia. Los militantes de las secciones se sentían más a gusto en sus sociedades, que, desde el otoño de 1793 a la primavera del año II constituyen el armazón del movimiento popular.

A imitación de los Jacobinos, las sociedades populares se dotaron de reglamentos que precisaban sus fines, fijaban las condiciones de admisión de sus miembros, la policía y el desarrollo de sus sesiones. Desde 1790-1791, las sociedades de antigua fundación adoptaron reglamentos semejantes, que inspiraron los de las sociedades fundadas en la primavera de 1792. En 1793, estas sociedades renovaron sus reglamentos para adaptarlos a la nueva situación política, modificando las declaraciones de principios o las fórmulas de juramento y las condiciones de admisión. Finalmente, en el otoño o a comienzos del invierno del año II, las sociedades seccionarias se dotaron de reglamentos copiados con mucha frecuencia de los de las sociedades antiguas.

Los reglamentos comienzan por precisar los fines de las sociedades. El de la sociedad de Luxemburgo se revisó el 19 de febrero de 1793: pretende establecer una «comunicación frecuente entre los ciudadanos cuyas luces y patriotismo reunidos en un haz común, adquirirán mayor intensidad y energía». En un discurso sobre el papel de las sociedades, uno de sus miembros, interesado en diferenciarlas de las asambleas generales, las califica de escuelas de republicanismo y de moral. La sociedad de los Hommes-Libres, de la sección de Pont-Neuf, precisa el 28 de agosto de 1793 que pretende consagrarse especialmente a la instrucción de sus miembros: cada sesión se emplearía en la lectura y discusión de temas de interés público, discursos sobre la Constitución, los derechos del hombre, sus deberes y las leyes. En su plan de organización del día 5 de octubre, la sociedad fraternal de Amis-de-la-Patrie pone el acento en la vigilancia más que en la instrucción. «Todos nosotros debemos vigilar a los encargados del Gobierno de la República; los funcionarios y también los proveedores, *esas sanguijuelas del Estado*. La sociedad de Amis-de-la-République, de la sección de Piques, se preocupa de la instrucción: en su reglamento del 19 de octubre propone como objetivos «el estudio y el conocimiento de las leyes, la discusión de todos los asuntos relativos al interés público, la defensa del oprimido, la vigilancia de los traidores, la denuncia de las maniobras hostiles, la comunicación con todos los auténticos amigos de la libertad y de la igualdad». Último por su fecha, el reglamento de la sociedad de la calle de Montreuil de *germinal* del año II, enumera entre los deberes de sus afiliados no sólo la instrucción y la vigilancia, sino también la ayuda mutua. La sociedad de Belleville precisaba sus fines de forma muy simple: «La vigilancia sobre los que nos gobiernan, la instrucción pública, la propagación de las costumbres y del patriotismo.» Y la sociedad popular de Sceaux: «Vigilar a las autoridades constituidas, único medio de impedir que se extravíen; instruir a nuestros hermanos sobre sus derechos; dar protección a los oprimidos, acudir a socorrerles.»

Una vez precisados los fines, los reglamentos fijan las condiciones de admisión: generalmente basta con haber dado prueba de civismo y de patriotismo en los grandes momentos de la Revolución. La sociedad patriótica de Luxemburgo admite «a todos los ciudadanos a quienes su patriotismo les guíe a ella y sean juzgados dignos por sus sentimientos cívicos de formar parte de la asociación.» La sociedad republicana de los Marchés recibe *a todos los ciudadanos patrióticos* de la sección, la de los Amis-de-la-Patrie «a todos los ciudadanos y ciudadanas reconocidos como buenos patriotas y verdaderos republicanos»; la de los Amis-de-la-République, de la sección

de las Piques, estará compuesto simplemente *por patriotas*. Según el reglamento de la sociedad de la Halle-au-Blé, que reproduce el de los Gardes-Françaises, nadie podrá ser admitido en la sociedad «si no da prueba de un patriotismo continuado y reconocido y si no hace su servicio personalmente». Para la sociedad de las Virtues-Republicaines, de la sección del Observatoire, basta con ser un *buen ciudadano francés*, para la sección de Montreuil con tener «las cualidades requeridas en un buen republicano», que, por otra parte, no se precisan, para la de los Amis-des-Droits-de-l'Homme, de la misma sección, basta con ser un hombre honrado, «sin otra consideración que la de las virtudes y la de las buenas costumbres».

En general, los candidatos venían presentados por miembros de la sociedad que les avalaban, un comité de presentación elaboraba la lista que se discutía en sesión pública, hasta tres veces seguidas en algunas sociedades. En la sociedad Poissonnière, los nombres de los candidatos permanecen expuestos ocho días a la puerta de la sala. La edad de admisión, cuando se precisa, se fija en dieciséis años. Una vez admitido, el nuevo afiliado presta juramento. Estas precauciones aún no parecen suficientes a la sociedad de los Marchés, que, además, comunica al comité revolucionario la lista de ciudadanos admitidos, «para que sea depurada, invitando, además, a señalar a aquellos miembros de la sociedad cuyo patriotismo y costumbres sean sospechosas». La mayoría de los reglamentos preveían depuraciones periódicas para defender a las sociedades contra la relajación del civismo, por ejemplo, en la sociedad de Luxembourg, «habrá una revisión cívica a finales de cada trimestre». En efecto, las estrictas condiciones de admisión exigidas no bastaron para que las sociedades populares y seccionarias mantuvieran su reputación de patriotismo. Expuestas a las críticas y a los ataques solapados de los Jacobinos, respondieron a ellos con la depuración. El movimiento se desarrolló en el invierno del año II, cuando el Gobierno revolucionario podía temer que las sociedades sirvieran de apoyo a un movimiento popular. Los Jacobinos rehúsan afiliarse a las sociedades seccionarias con el fin de desacreditarlas, y éstas responden autodepurándose para probar su civismo. En consecuencia, la sociedad de la sección de Piques adopta, el 22 *pluviôse* del año II, un reglamento para su depuración. El trabajo se había preparado por una comisión de 20 miembros, nombrados desde el 14 *nivôse*, y fue sometido al Comité revolucionario, que lo aprobó. Todo ello nos da la medida del retroceso de las sociedades desde el otoño y del afianzamiento del Gobierno revolucionario.

De ordinario, la adhesión viene respaldada por el pago de una cuota. Su carácter módico no alejaba a los *sans-culottes*, ni siquiera

a los más humildes. En la sección del Pont-Neuf, la sociedad de los Hommes-Libres exigía cuatro libras. El 1 de septiembre de 1793 un orador observó: «que sería necesario bajar la cuota de ingreso, si se quería facilitárselo a todos los auténticos *sans-culottes*, para aumentar el número de socios, pues la sociedad no podía menos que salir ganando al admitir a la parte más pura de los ciudadanos». El día 18, el derecho de entrada se fijó en tres libras, y la cotización trimestral en 30 sueldos. Los Amis-de-la-Patrie exigen un máximo de tres libras, y un mínimo de 30 sueldos, sin especificar la periodicidad; los ciudadanos *poco acomodados* están dispensados. En la sociedad de l'Unité, se fijó la cotización en tres libras para el primer trimestre y en dos para los trimestres siguientes. La sociedad de la sección Halle-au-Blé pedía dos libras para la entrega del carné y una libra por trimestre. El 17 de septiembre de 1793, la sociedad Lepeletier había fijado en 100 sueldos el derecho de entrada; no obstante, «si se presentaba un buen *sans-culotte* que no pudiera dar los 100 sueldos, no por ello dejaría de ser recibido». Lo mismo sucede con la sociedad de la sección Poissonnière, cuya cotización es de 40 sueldos, que admitirá, de acuerdo con el informe de su comité de presentación, a los *sans-culottes*, aunque no puedan contribuir a los gastos comunes. Los socios de la Maison-Commune pagaban 10 sueldos al mes, y los de la République 25 sueldos al trimestre. En cuanto al club republicano de la sección del Homme-Armé, rechaza *todas las condiciones pecuniarias* y «abre sus brazos a todos los patriotas de la sección cualquiera que sean sus medios económicos». Una caja recibía los donativos de los afiliados. La diversidad de tasas reflejaba la composición social de las secciones: en general, las sociedades fundadas primero exigían cuotas más elevadas que las sociedades seccionarias.

Los reglamentos prevén la organización de la directiva, que se compone, por regla general, de un presidente, un vicepresidente, uno o dos secretarios, algunas veces tres o cuatro, elegidos por un mes, y reelegibles, un tesorero y un archivero con mucha frecuencia a título permanente. Hay inspectores para controlar las entradas y censores para mantener el orden en la sala. Comités o comisiones diversos ayudan a la directiva en la administración de la sociedad: comité de presentación o de examen, comité de administración y comité de correspondencia según las sociedades. Los Amis-de-la-République tenían un comité de beneficencia, la sociedad del Halle-au-Blé, un comité de vigilancia para recibir las denuncias.

Las sociedades fundadas en los primeros momentos se reunían en general dos veces por semana. Las que se crearon en 1793 parecen haber tenido, como las asambleas generales, sesiones permanen-

tes, al menos tras el 2 de junio y constituían organizaciones de combate contra los moderados. Por ejemplo, la sociedad de la Butte-des-Moulins. Cuando se suprimió la permanencia de las asambleas generales, las sociedades seccionarias creadas para obviar la ley celebraban sesión los días en que no se reunían las asambleas generales, es decir, todos los días, excepto el día quinto y el décimo del calendario revolucionario, como por ejemplo, las sociedades de los Marchés, de los Amis-de-la-Patrie y de la Maison-Commune. El militante de la sección tenía muy pocos ratos de ocio. Pero también algunas sociedades limitaron sus sesiones a cuatro cada diez días, los días segundo, cuarto, séptimo y noveno, por ejemplo, las sociedades de l'Unité, del Halle-au-Blé y la de las Vertus-Republicaines, mientras que otras se contentaban con tres sesiones los días segundo, cuarto y séptimo de la década, como, por ejemplo, las sociedades de la République, de la sección Poissonnière y la de los Amis-de-la-République, de la sección de Piques. Las sociedades más antiguas afiliadas con mucha frecuencia a los Jacobinos tenían en cuenta las sesiones de la sociedad madre y sólo se reunían dos o tres veces por década.

Aunque la sala estuviera abierta a los afiliados desde las 5 de la tarde, la sesión no comenzaba hasta las seis, a las siete en verano. La directiva presidía cubierta con el gorro rojo detrás de una gran mesa, sobre un estrado; a los oradores les estaba reservada una tribuna un poco más elevada. Los bustos de los mártires de la libertad dominaban la presidencia, algunas veces el de Bruto o *la imagen de la libertad*. En las paredes, la bandera tricolor, el gorro rojo, el banderín de la sociedad, las divisas o los símbolos republicanos. Las sesiones eran públicas, una separación de madera a la altura del codo dividía la sala en dos partes; con frecuencia había tribunas para los oyentes, a un lado las mujeres y al otro los hombres.

La sesión comenzaba con la lectura del acta y de la correspondencia. Después se proclamaba los nombres de los candidatos a la admisión y la comisión competente presentaba sus observaciones. A continuación venían las diversas resoluciones. La sociedad seccionaria de la República pasaba al orden del día propiamente dicho a las siete. Entre las ocho y las nueve, se leía el *Journal du soir* y el *Bulletin de la Convention*. En la sociedad de las Vertus-Republicaines, de la sección del Observatoire, las sesiones comenzaban a las siete por la lectura del acta, de los despachos y del Bulletin des lois; a las ocho se pasaba al *pleno orden del día*. Lo mismo sucede en la sociedad de la calle Montreuil. La sociedad Poissonnière preveía de ocho a nueve, «lecturas de moral y obras patrióticas». La sociedad de los Amis-de-la-République, de la sección de Piques, reservaba una sesión cada

diez días «a la lectura de pequeños discursos patrióticos al alcance de el mundo».

Los oradores hablaban desde la tribuna, cubiertos con el gorro rojo; el reglamento, mal observado por lo general, prohibía las interpelaciones o interrupciones. En la sociedad de los Amis-de-la-Patrie, por ejemplo, «cualquier miembro que personalizara o injuriara a otro miembro» sería llamado al orden. La sociedad patriótica de Luxembourg prohibía «cualquier discurso de ostentación, de cumplimientos y de agradecimientos». Sus miembros, como en todas las sociedades, estaban obligados a emplear «el lenguaje republicano llamado comúnmente el tuteo». No todos estos oradores populares tenían el don de la palabra. Según el reglamento de la sociedad de la sección de la République, «si el orador divaga o se fatiga, los oyentes se levantarán»; cuando el número de oradores llegue a siete el presidente consultará a la sociedad. Las votaciones se realizaban en alta voz, a mano alzada o por sentados o levantados. En ocasiones los nombramientos se hacen por papeletas que deben ir firmadas. El secreto del voto es una noción extraña al *sans-culotte* que ve en él, en todo caso, una intriga o una maniobra. A pesar de las precauciones del reglamento, a pesar de los censores que velaban por el buen orden, estas sesiones eran, en general, ruidosas, algunas veces desordenadas. Los altercados eran frecuentes. Pero el *sans-culotte* es ante todo apasionado, por lo que los altercados terminaban frecuentemente entre besos fraternales y aplausos. Los afiliados, así como el público, de una extremada sensibilidad, se dejaban arrastrar fácilmente por los oradores. En ese caso se producían movimientos de entusiasmo, *transportes republicanos*. La sociedad entera se levantaba, repetía el juramento de vivir libre o morir. Un miembro entonaba «una canción sobre la melodía favorita de la Carmagnole», todos a coro le seguían, para atacar a continuación el himno de la Marsellesa. Momentos de intensa emoción, de fervor patriótico en que los más humildes se exaltaban y comulgaban en el culto de la libertad y de la República.

Lo mismo que las asambleas generales habían multiplicado su fuerza por medio de la comunicación, las sociedades populares quisieron acrecentar su eficacia por medio de la *afiliación* *.

En su discurso del 29 de septiembre de 1791 Robespierre definió la afiliación como «la relación de una sociedad legítima con otra sociedad legítima, por medio de la cual pactan comunicarse entre ellas so-

* En este apartado «afiliación, afiliado, afiliarse» viene referido a los estrechos vínculos que las sociedades, no los individuos, establecían. (N. del R.)

bre los asuntos de interés público». La comunicación era la consecuencia necesaria de la afiliación. Este doble procedimiento tendía a encerrar el cuerpo político en una vasta red: es decir, era aumentar singularmente el poder de las sociedades. «¿Cómo formar esta unión íntima y necesaria?», pregunta una circular de la sociedad popular de Belleville en el año II. «Lo haremos, hermanos y amigos, aclarándonos sobre nuestros derechos, sobre nuestros deberes, vigilando y trabajando en común (...). Para llegar a estos fines, es preciso que los ciudadanos de todo el imperio se reúnan en sociedades patrióticas, que estas sociedades se comuniquen con frecuencia entre ellas y con una sociedad central o sociedad-madre, de donde partirán y a donde regresarán sin cesar esos rayos de luz y de vida que habrán de aclarar, animar y dar calor el patriotismo.» La red de las sociedades ligadas por la afiliación constituía algo así como el almacén de un partido.

El derecho de afiliación y de comunicación dio lugar a vivas controversias. La Asamblea Constituyente lo discutió el 25 de septiembre de 1791; pero aunque entonces prohibió las peticiones colectivas, no se atrevió a tocar el derecho de afiliación. El debate rebrotó en la primavera de 1792, cuando la red de clubes afiliados a los Jacobinos se mostraba ya como un instrumento eficaz del movimiento revolucionario. En un folleto anónimo, *un amigo de la Constitución* declara que «los clubes deben estar aislados, independientes unos de otros y no tener ninguna comunicación». En 1793 la afiliación y la comunicación de las sociedades parisinas constituyeron uno de los factores del éxito de la ofensiva contra los moderados. «Cortad los hilos de la comunicación entre las sociedades populares», había declarado un orador girondino. «Y nosotros, lo decimos nosotros —replicaba una diputación del Arsenal— dejad subsistir estos hilos provechosos. Son ellos los que unirán todos los puntos de la circunferencia al centro; sólo ellos asegurarán la solidez» de la futura Constitución.

Las sociedades más antiguas afiliadas ya a los Jacobinos y las sociedades creadas en la primavera de 1793 pidieron o renovaron su afiliación tras el 2 de junio. Por ejemplo, el día 16, la sociedad del *Homme-Armé* pide su afiliación a los Jacobinos; el 13 de septiembre la sociedad de los *Hommes-Libres* de la sección Revolucionaria, afiliada ya a los *Cordeliers* y a la sociedad fraternal, es recibida como afiliada de los Jacobinos. La fundación de las sociedades seccionarias debió suponer una cierta perturbación en el sistema de la afiliación y de la comunicación. En las sociedades antiguas afiliadas entre sí y con los Jacobinos el impulso provenía evidentemente de la sociedad-madre. Pero las sociedades seccionarias más locales y populares por el origen de sus miembros, aunque se afiliaran entre ellas, generalmente no solicitaban la afiliación a los jacobinos, de lo que resultaba la tendencia

a constituir un movimiento autónomo. De ahí, la animosidad que se desarrolla en los medios gubernamentales y jacobinos, desde el otoño de 1793 y, en seguida la ofensiva generalizada de que fueron objeto. Las sociedades seccionarias intentaron evitar los costos de dicha ofensiva solicitando la afiliación que, en general, les fue denegada con el consiguiente aumento de su descrédito. Disueltas en la primavera del año II, las sociedades seccionadas, la afiliación y la comunicación juegan ya solamente a favor de los Jacobinos, y ya sólo constituyen un medio para la centralización del gobierno.

Una vez destruido el Gobierno revolucionario, el peligro de la afiliación se les hizo patente a los reaccionarios. Desde el 24 *fructidor* del año II, Durand de Maillane hizo reflexionar a la Convención sobre *el peligro para la libertad* proveniente de la afiliación de las sociedades populares a los Jacobinos. El 25 *vendémiaire* del año II, un decreto prohibió a las sociedades populares «cualquier tipo de afiliaciones, agregaciones, federaciones y comunicación».

En los períodos críticos, afiliación y comunicación parecieron procedimientos insuficientes para asegurar la unidad de acción de las sociedades: sus militantes más clarividentes intentaron crear un organismo que coordinara y dirigiera su acción. Esta tentativa de un Comité central de las sociedades chocó con los mismos obstáculos que la oficina central de comunicación proyectada durante un tiempo por las asambleas generales. La iniciativa correspondió a la sociedad *Fraternelle-des-deux-sexes* con sede en los Jacobinos que «al ver los peligros de la patria y persuadida de que en las sociedades populares están los hombres capaces de salvarla», les invitaba, el 25 de agosto de 1793, a enviar comisarios para proceder a la formación de un Comité central. La sociedad fraternal hubo de afrontar las dificultades y en especial la hostilidad de los Jacobinos; la sede prevista inicialmente en la sala de la Fraternidad de los antiguos Jacobinos de Saint-Honoré, hubo de fijarse finalmente en el Obispado y hasta el 20 de octubre de 1793 no se adoptó el reglamento del Comité central. Este dimanaba directamente de las diversas sociedades parisinas que delegan en él a dos de sus miembros. Su fin era el de «mantener una continua comunicación con todas las sociedades populares de la República, servirles de punto de reunión, presentar a la discusión de las sociedades las cuestiones propuestas a deliberación en el Comité central o las que, aportadas por otras sociedades, parecieran al Comité que podían afectar muy de cerca a la República». El 12 *brumaire* del año II, el Consejo general de la Comuna tomaba nota de la formación del Comité central, que se presentaba públicamente el día 18 con una petición «para extirpar los abusos del fanatismo y del error». El nuevo Comité se ponía a la cabeza del movimiento popular.

Su acción suscitó una protesta inmediata, la del Club electoral o Club central del departamento de París, con sede en el Obispado, reconstituido tras el 21 de septiembre de 1793, y que pretendía el mismo papel. El 27 *brumaire* denunció ante el Consejo general al Comité central de las sociedades populares, cuya acción le parecía tanto más sospechosa cuanto sus sesiones se celebraban a puerta cerrada. El asunto se remitió a la administración de policía. Ante esta amenaza, probablemente el Comité central tuvo que disolverse porque nunca más volvió a aparecer. Tampoco tardaría mucho en desarrollarse la ofensiva Jacobina contra las sociedades seccionarias. El decreto del 14 *frimaire* en su artículo 17, sección III, prohibió rápidamente cualquier congreso o reunión central convocada por las sociedades populares. No podía haber en la organización del Gobierno revolucionario más *centro de acción sobre la opinión pública* que la sociedad-madre de los Jacobinos.

Las sociedades no se contentaron con el papel de instrucción y de vigilancia que se habían asignado en sus reglamentos. Por medio de una insensible serie de usurpaciones, en la mayor parte de las secciones fueron sustituyendo a las asambleas generales y poniendo por lo general bajo su control a los funcionarios de las secciones; en cierta medida un poder popular doblaba el sistema gubernamental, arrebatándole, evidentemente, su fuerza *coactiva*.

La instrucción tenía siempre un papel importante en el desarrollo de las sesiones, llegando a ser preponderante en la primavera del año II, cuando las sociedades cayeron bajo la dependencia de las autoridades jacobinas y gubernamentales. Lectura de periódicos patriotas, discursos pronunciados en la Convención o en los Jacobinos, decretos y leyes, discursos cívicos o morales a cargo de militantes, declamación por los niños del Acta constitucional o de la Declaración de derechos, así comenzaban generalmente las sesiones. La sociedad seccionaria de la République escuchaba en cada una de sus sesiones la lectura del *Journal du soir*, del *Bulletin de la Convention*, de las resoluciones de la Comuna, y del orden del día de la Guardia Nacional. El 27 *pluviôse*, un niño de siete años recitó en la tribuna de oradores la Declaración de derechos; el 4 *ventôse*, lectura de un discurso sobre la plantación de un árbol de la libertad; el día 7, una niña de ocho años repite un discurso sobre la muerte de Chalier; el informe de Saint-Just sobre las personas encarceladas levanta unánimes aplausos el día 22; el informe ya antiguo de Robespierre sobre los principios del Gobierno revolucionario se lee el 17 *germinal*, el día 22 el de Saint-Just sobre la detención de Danton; el 7 *floréal* la sociedad escucha el informe de

Saint-Just sobre la policía general; el 22 el de Robespierre sobre las ideas religiosas y morales. Pasaba lo mismo en las diversas sociedades. Algunas instituyeron sesiones extraordinarias dedicadas a los niños que iban a recitar a la tribuna de oradores la Declaración de derechos, la Constitución o cualquier discurso de circunstancias, como por ejemplo, la sociedad Lepeletier.

La vigilancia en su sentido más amplio absorbía también una parte importante de las sesiones. En el momento de la gran depuración del otoño de 1793 las autoridades gubernamentales se dirigieron lógicamente a las sociedades populares. El 13 de septiembre son invitadas a enviar al Comité de Salvación Pública «la lista de todos los agentes desleales cuya falta de civismo es conocida»; el 9 de octubre, a vigilar a las administraciones de las subsistencias y de los equipamientos militares; el día 15, a pasar información sobre las resoluciones de las administraciones relativas a los emigrados y a sus bienes. Pero las sociedades no habían esperado a estas invitaciones; el 5 de septiembre la sociedad de los Hommes-Libres decidió que se discutiera sobre todas las candidaturas a las funciones públicas. En la sociedad Lepeletier un miembro estaba encargado de informarse de las plazas que quedaban vacantes y de las candidaturas. A cambio, los jefes de servicios adquirieron la costumbre de dirigirse a las sociedades, antes de pronunciarse sobre los candidatos a los empleos. Por ejemplo, en *brumaire* del año II, el encargado del registro civil pregunta a la sociedad de la sección de los Droits-de-l'Homme, si considera digno de una plaza en sus oficinas a un tal Jean Liard: «Ha llegado el momento en que los patriotas deben estar en todas partes, es el mejor medio de que la aristocracia no pueda presentarse en ninguna parte.» La entrega de los certificados de civismo, que, en general, era competencia de las sociedades, fue para ellas un medio eficaz de control sobre los funcionarios, así el 2 *brumaire*, la sociedad de los Hommes-Libres resolvió que todos los empleados de las administraciones con domicilio en la sección Revolutionnaire estarían obligados a renovar sus certificados de civismo en el plazo de un mes.

Como consecuencia inevitable de su misión de vigilancia, las sociedades llegaron a controlar y, después, a dirigir la vida política de las secciones. Según la sociedad de la sección Poissonnière, las sociedades populares no son otra cosa que *las secciones depuradas*, tienden, por tanto, a sustituir a las asambleas generales. La evolución se acentuó cuando se suprimió la permanencia; las sociedades seccionarias se crearon para esquivar la ley y reconstituir bajo un nombre diferente las asambleas, prohibidas en determinados días. Al asegurar la permanencia y la continuidad se hicieron con el poder efectivo en muchas

secciones y redujeron las asambleas a un simple papel de oficinas de registro.

El 15 de septiembre de 1793 un ciudadano propone a la asamblea de los Champs-Élysées «que los días en que según lo establecido por la ley no haya en la sección ninguna deliberación, los republicanos *sans-culottes* se erijan en sociedad popular con objeto de mantener una vigilancia siempre activa»; debería fijarse, además, como tarea esencial preparar «todas las discusiones que hubieran de ser sometidas a la asamblea general». El 21 de septiembre la sociedad de la sección Brutus invitaba al presidente y al secretario de la asamblea a comunicarle, la víspera de las sesiones, «una nota con los asuntos que crean deben merecer alguna atención y que sea necesario discutir de antemano». Algunos días más tarde la sociedad decidió que tenía pleno derecho para adoptar cualquier medida que luego deseara fuese asumida por la asamblea. Estas mismas preocupaciones inspiraron la creación de la sociedad de la Maison-Commune. «Los intrigantes podrían aprovechar el intervalo de una asamblea a otra para coaligarse y entorpecer la marcha de las asambleas generales», por ello la sociedad mantendría una continua vigilancia. En especial, «por estar limitada la duración de las asambleas generales, es importante para conseguir sus objetivos, preparar los materiales que deben ser objeto de sus deliberaciones», por lo que, uno de los fines de la sociedad sería *el de acelerar los trabajos* de la asamblea. El 24 *brumaire* la sociedad de la sección de la Réunion declara simplemente «que se ocupará fundamentalmente de discutir y de madurar los asuntos que habrán de plantearse en la asamblea general».

Estos procedimientos y un cierto aire conspirador que revestían algunas veces explican la animosidad que suscitaron las sociedades seccionarias, en el otoño de 1793, entre los moderados que las tildaron rápidamente de *pandilla de conspiradores*. Haber usurpado los derechos de la asamblea general constituirá el cargo fundamental dirigido contra las sociedades en el año III. Los días 20 y 30 *pluviôse* se acusa a la de *Fontaine-de-Grenelle*, reducida a un *estrecho círculo*, de haber acaparado todos los nombramientos para los puestos civiles y militares, y «todos los actos de soberanía que la ley reserva al pueblo reunido en asamblea primaria, comunal o de sección», y es que la asamblea no tomaba ninguna resolución, no entregaba ningún certificado de civismo, de pobreza e incluso de residencia, que no hubiera sido ordenado por los miembros de la sociedad, cuyo informe y asentimiento previo eran necesarios.

La acusación no parece exagerada. Durante algunos meses, desde el otoño de 1793 a la primavera siguiente, el ejercicio del poder popular escapó de las manos de las asambleas y en general de las autorida-

des de las secciones, para concentrarse en las sociedades. En muchas secciones, las asambleas generales se contentaban con ratificar sus decisiones. El 15 *brumaire* del año II, la asamblea de la sección de los Invalides autoriza a la sociedad a recibir una petición de la sección de la Maison-Commune relativa a las subsistencias, «y a dar o negar en su nombre la adhesión pedida». Ese mismo día, la asamblea de los Droits-de-l'Homme declaraba que no reconocía otro culto que el de la Razón y encargaba a la sociedad que diera aviso de ello al Consejo general de la Comuna. La sección de la Montagne recibió una circular del Comité de Salvación Pública pidiendo ciudadanos aptos para toda clase de empleos; el 30 *brumaire* la transmite a la sociedad para su cumplimiento. Ese mismo día, el comité revolucionario de la sección del Observatoire «quiere hacer cesar cualquier queja o cualquier rumor relativo al desarme que han aconsejado las circunstancias para abatir a la aristocracia», y ordena que los ciudadanos desarmados se dirijan a la sociedad que decidirá definitivamente. Las asambleas, de donde se había excluido a moderados y oponentes, se sometieron ellas solas; el 10 *brumaire* la de *Beaurepaire* cede su local a los *Sans-Culottes* Revolucionarios del 31 de mayo para los días en que no se reúne, «en vista de la importancia de los trabajos de la sociedad popular».

Las sociedades se interesaban por los nombramientos más que por las deliberaciones de las asambleas generales. Por otro lado, en el otoño de 1793, en conformidad con la función que les asignaban las autoridades gubernamentales, censuraron y depuraron a los funcionarios de las secciones. La censura, según una denuncia del año III contra la sociedad de Brutus, constituía «el gran medio para descartar y perseguir a los patriotas», que, en el contexto, son los moderados. El 20 de octubre de 1793 esta sociedad sometía a censura a los miembros del Comité revolucionario, al juez de paz, a su secretario de tribunal, al comisario de policía y al comisario de acaparamientos. Pero las sociedades no se contentaron con censurar a los funcionarios nombrados, sino que intervenían en las elecciones. Al reproche de actuar «de forma tiránica para influenciar a la asamblea general con ocasión de los nombramientos» y de llevar listas de candidatos discutidos previamente, la sociedad fraternal del Pantheon-Français responde el 25 de agosto de 1793 que nunca ha negado haber discutido las candidaturas: «Estamos muy orgullosos de hacerlo, por cuanto les sometemos a una segunda censura y nuestra elección siempre ha sido ratificada.» El 17 *brumaire* la sociedad Lepeletier elige tres comisarios del empréstito forzoso e invita a sus miembros a asistir a la asamblea general para participar en esta elección. El 5 *nivôse* la asamblea de la sección de Beaurepaire recibe como miembro del comité civil al ciudadano Ricordon presentado por la sociedad. La Poissonnière se ocupa con re-

gularidad de las candidaturas; el 19 *nivôse* redacta la lista de los candidatos al comité civil para presentarla al día siguiente a la asamblea; elige, el día 22, un comisario de acaparamientos; el 24 procede a la elección de los candidatos para completar el Comité revolucionario; el 7 *ventôse* designa un secretario de tribunal; el 14 establece la lista del comité de beneficencia que la asamblea nombrará al día siguiente. La comisión de municiones y pólvora de la sección Brutus, obligada a incorporar comisarios, se dirige el 28 *pluviôse* a la sociedad que los designa. El 4 *ventôse* la sociedad Lepeletier eligió a cuatro de sus miembros para la mesa de la asamblea que deberá renovarse al día siguiente.

Finalmente, las sociedades arrebataron a las asambleas generales, y con frecuencia, a los comités revolucionarios, la entrega de los certificados de civismo. La mayoría de las veces comités y asambleas se remiten a ellas o cuando menos exigen a los solicitantes que consigan su visto bueno. El 11 de septiembre de 1793, la sociedad de la sección de Beaurepaire propone al Consejo General que en lo sucesivo le sean transmitidas las solicitudes de certificados de civismo para ejercer la censura. La asamblea terminó por entregarle sus poderes en la materia decidiendo, el 5 *germinal*, que los certificados de civismo serían entregados por una comisión de doce miembros elegidos en la sociedad. En la sección de Brutus sólo se entregaban después de la aprobación por seis militantes de la sociedad. En conclusión, las sociedades, mentoras de las asambleas generales tanto en los nombramientos como en las resoluciones o las peticiones, llegan a controlar de hecho la vida de las secciones. Los ciudadanos a quienes ellas negaban un certificado de civismo ya no tenían ningún derecho.

Para medir con exactitud el papel de las sociedades populares es necesario conocer el número de sus afiliados y su composición social. Una vez más conviene no atribuir demasiada importancia a los efectivos teóricos de una sociedad, sólo tiene importancia el número de los presentes en las sesiones y su asiduidad. Más que de sus afiliados, la fuerza de las sociedades viene de sus militantes. Búsqueda difícil. En este campo los documentos son de lo más fragmentario, o porque los archivos de las secciones hayan sido mal cuidados, o porque, como medida de precaución, hayan sido destruidos tras *thermidor*.

Los efectivos de las sociedades parecen haber variado según las épocas y las secciones, pero dentro de estrechos márgenes. Según una delegación ante los Jacobinos, el 14 de junio de 1793, la sociedad del Homme-Armé comprendía «200 *sans-culottes* fieles a la Montaña». Hacia la misma época, 2.000 hombres de esta sección estaban en con-

diciones de empuñar las armas; por consiguiente, alrededor de la décima parte de los ciudadanos en la flor de la edad estaban agrupados en la sociedad popular. Cuando en septiembre de 1793 la sociedad Lepeletier que fue de las primeras en fundarse, se regenera y se depura, sólo conserva a 37 miembros, para llegar a 89 en el momento de su depuración de *ventôse*. En julio de 1793, la fuerza armada de la sección comprendía 3.231 hombres; por consiguiente, sólo uno o dos ciudadanos sobre cien habrían pertenecido a la sociedad popular desde el otoño de 1793 a la primavera siguiente. Los Amis-de-l'Egalité, de la sección de la Réunion, procedieron a depurarse desde el 23 de septiembre de 1793 al 7 *frimaire* del año II; al final, la sociedad agrupaba a 148 miembros, pero la sección contaba 4.378 votantes, es decir una proporción de 3 a 4 adheridos por cada cien ciudadanos. La sociedad republicana de l'Unité comprendía, el 23 *nivôse* del año II, 280 miembros para cerca de 4.000 ciudadanos en la sección, es decir: un 9 por 100. Según el ponente de la comisión de depuración, en *pluviôse* del año II, 400 ciudadanos se adherían a la sociedad de la sección de Piques, en la que se habían entregado 3.538 salvoconductos; en este caso el porcentaje se eleva al 11 por 100. Al término de su depuración, el 22 *ventôse* del año II, la sociedad republicana de Mont-Blanc agrupaba a 112 miembros, mientras que en el mes de julio anterior la fuerza armada de la sección comprendía 2.378 hombres; cerca de cuatro asociados por cada cien ciudadanos. La sociedad de la sección de Brutus poseía, en el momento de su disolución, el 30 *germinal*, un efectivo de 208 miembros, para 2.670 votantes, es decir, cerca del 7 por 100. Por consiguiente, la proporción de asociados respecto al conjunto de los ciudadanos de una sección, parece haber sobrepasado muy raramente el 10 por 100.

Si se considera la evolución de una misma sociedad, en la medida en que los documentos lo permiten, se constata que los efectivos, hinchados momentáneamente en la primavera de 1793, tuvieron tendencia a decrecer durante el invierno del año II, a medida que se reforzaba el Gobierno revolucionario. En junio de 1792 la sociedad de los Hommes-Libres, de la sección del Pont-Neuf, contaba con 44 miembros, de los que cuatro no habían pagado la cotización. Durante el verano, sin que sea posible precisar las fechas, los efectivos suben a 72: los *padrinos* de junio han abierto sus filas a los *sans-culottes*. El conflicto entre Girondinos y partidarios de la Montaña, *sans-culottes* y moderados, supone algunas defecciones y hacia finales del invierno de 1793 la sociedad cuenta con 69 miembros. Tras el 2 de junio los efectivos se hinchan de nuevo, estamos en época de intensa actividad política, en que *sans-culottes* y moderados se disputan los órganos del poder de las secciones, asambleas generales y sociedades populares; a

comienzos de agosto la sociedad de los Hommes-Libres llega al centenar. Su número aumenta todavía tras la victoria de los *sans-culottes*, o porque estos últimos hayan reforzado sus organizaciones, o porque algunos moderados se hayan adherido a la sociedad popular por precaución. Una vez concluida la depuración del 2 *frimaire* del año II se redujo a 85 miembros, al haber sido excluidos 17 asociados y suspendidos 22 como *poco conocidos* o firmantes de peticiones anticívicas. La languidez de la vida política de las secciones, el descrédito de las sociedades a comienzos de la primavera, y el temor que se apoderó de muchos militantes redujeron definitivamente los efectivos: el 14 *prairial*, día de la disolución de su sociedad, los Hommes-Libres eran sólo 53. Con proporciones diferentes, una disminución semejante de los efectivos caracteriza a la sociedad de la sección de la République tras *germinal*. Fundada el 5 *nivôse* del año II por 62 miembros, el 2 *ventôse* agrupaba a 264; una severa depuración del 22 *germinal* al 17 *floréal* la redujo a 154 miembros.

Si los efectivos variaron, la composición social de las sociedades parece haber permanecido más estable, con una clara tendencia a la democratización en el año II. Fundadas para la instrucción del pueblo y, concretamente, de los ciudadanos pasivos excluidos del derecho al voto, desde sus comienzos agruparon a ciudadanos de modesta condición, «vendedores de frutas y de legumbres del barrio» según la *Chronique de Paris* del 2 de noviembre de 1790, «aguadores y otras gentes sencillas» según el *Babillard* del 25 de junio de 1791. Sin embargo, en los comienzos de la Revolución, tenderos y maestros artesanos parecen ser predominantes. Tras el 10 de agosto, las gentes de oficio, los artesanos y los tenderos formaron el grueso de los efectivos. Los oficiales, los obreros y las gentes sin importancia no acuden a las sociedades ni juegan en ellas ningún papel hasta el otoño de 1793. Finalmente, en todas las épocas, hombres de profesión liberal, pero de clase media, como artistas, empleados, funcionarios, sin hablar de algunos desclasados, figuraron entre los adheridos. Evidentemente, la composición social variaba según las secciones. Durante mucho tiempo la sociedad patriótica de la sección de la Bibliothèque tuvo un reclutamiento más burgués. Los ciudadanos activos, que eran los únicos que asistían a las sesiones extraordinarias donde se discutían las cuestiones relativas a la sección, gozaban de un trato de favor mientras que los ciudadanos pasivos desempeñaban el papel de comparsas. Estas distinciones desaparecieron a comienzos del verano de 1792; pese a ello, los antiguos ciudadanos activos conservaron un papel preponderante durante casi un año. En el otoño de 1793 los *sans-culottes* eran los únicos dueños de las sociedades: una vez más es preciso distinguir entre las sociedades más antiguas, que agrupaban a los *patrio-*

tas del 89 y las sociedades de las secciones más populares donde se reunían los *patriotas de camadas recientes*, patriotas del 92 o incluso del 93, según sus adversarios. Los observadores de policía han anotado por lo general el carácter popular de la asistencia a las sociedades de las secciones en el año II. El 11 *ventôse*, Bacon señala en la sección de Arcis a mucha gente con chaqueta, obreros y albañiles, pero, ¿se trata de los propios asociados o del público? El 20 *germinal* la sociedad de la Maison-Commune se declara compuesta de ciudadanos *desprovistos de fortuna*. El 24 *pluviôse* del año III, en una denuncia contra la sociedad de la calle del Vert-Bois, de la sección de los Graviilliers, se dice que está formada «casi en su totalidad por obreros y hombres poco instruidos muy fáciles de convencer». A falta de una documentación abundante, se comprueba fácilmente la dificultad de precisar la composición social exacta de las sociedades populares, puesto que las escasas listas de adheridos que se pueden encontrar, la mayoría de las veces, no indican ninguna profesión.

En junio de 1792, entre 20 miembros de la sociedad de los Hommes-Libres, de la sección del Pont-Neuf, cuya profesión se indica, se encuentran, además de un *burgués de París*, sobre todo artesanos o comerciantes de un cierto nivel social: nueve relojeros, tres bisutereros o joyeros, dos grabadores... Durante el verano los efectivos se elevan a 72. Sobre 60 asociados cuya profesión se indica, se enumeran dos negociantes, tres empleados, y cuatro asociados de profesión liberal; los demás miembros son todos gentes de oficio o de pequeño comercio, pero predominan los oficios de arte o de lujo: 13 bisutereros o joyeros, 12 relojeros, 6 grabadores o cinceladores, 2 bruñidores, 1 fundidor, 1 fabricante de abanicos, 1 ebanista y 1 tapicero. Añadamos otros artesanos o comerciantes: 3 merceros, 2 sastres, 2 zapateros, 1 vendedor de géneros de punto, 1 carpintero, 1 cerrajero, 1 pintor, 1 vendedor de pinceles y brochas y 1 vendedor de bebidas. A comienzos de agosto de 1793 la composición social se modifica ligeramente. Sobre 71 asociados cuya profesión se indica, están siempre a la cabeza los 14 relojeros, los 14 bisutereros o joyeros y los 7 grabadores-cinceladores; pese a ello ahora los empleados son 7; aparecen 2 mecánicos y 1 cocinero. La carencia para el año II de cualquier informe de tipo social no nos permite, desgraciadamente, saber con exactitud, en qué medida las capas más populares de la sección del Pont-Neuf lograron entrar en la sociedad de los Hommes-Libres.

Entre los 125 afiliados admitidos en la sociedad de la sección de la Réunion desde el 23 de septiembre de 1793 al 12 *frimaire* del año II, cuya profesión se conoce, los 17 empleados de oficina y dependientes forman el grupo más numeroso. Vienen a continuación 14 bisutereros y 12 artesanos de oficios de lujo. La burguesía media acom-

dada está representada por 3 negociantes y 11 vendedores cuya especialidad no está precisada por lo general, 3 rentistas, 5 antiguos comerciantes o artesanos que viven de sus rentas. Entre los simples artesanos, los 8 zapateros son los más numerosos. Las capas más populares están representadas por 4 pequeños comerciantes y por 2 obreros cuya cualificación no se precisa, 2 encendedores, 1 albañil, 1 leñador, 1 buhonero, 1 chamarilero, 1 traperero y 1 ganapán. Finalmente, las profesiones liberales agrupan a 3 cirujanos y 1 boticario, 2 escultores, 2 alguaciles, 2 procuradores, 2 escribanos públicos y 1 maestro de escuela a los que se le puede añadir un antiguo canónigo y el vicario de Saint-Méry.

El 28 *nivôse* del año II la sociedad republicana de l'Unité contaba con 280 miembros. Entre ellos, 36 pueden situarse en la categoría de comerciantes, negociantes o fabricantes, 28 en la de empleados y solamente 16 entre los obreros y gentes sin importancia. La mayoría de la sociedad está compuesta por 181 artesanos y pequeños comerciantes cuyo nivel social resulta imposible de precisar.

Este caso nos permite comprobar una vez más la imprecisión de los documentos y el vocabulario. También nos hace constatar en qué medida los estudios sobre la composición social de las sociedades y de la *sans-culotterie*, están condenadas a moverse en el terreno de las vaguedades. Las sociedades populares se democratizaron en el otoño de 1793, las sociedades seccionarias se abrieron más ampliamente a los representantes de las categorías más humildes, pero en unas y otras dominaron los hombres de la pequeña burguesía artesanal y del pequeño comercio, categoría bastante amplia como para englobar situaciones muy diversas y preparar por medio de matices insensibles el paso del pueblo propiamente dicho a la burguesía media.

Por otra parte, en el movimiento político, la gran masa de afiliados a las sociedades contaban menos que el pequeño número de militantes que las daban su impulso. Cualesquiera que hayan sido sus efectivos, las sociedades no eran frecuentadas regularmente más que por una minoría de *sans-culottes* activos; sólo ellos formaban el armazón del movimiento popular, como sucede, en parte, con los cuadros de un partido.

Algunos documentos pueden crear falsas ilusiones. Las sociedades seccionarias, lo mismo que las asambleas generales, admitían al público en sus sesiones. En la primavera de 1793 la sociedad de los Hommes-Libres, que seguramente contaba con menos de 100 miembros, arregla la sala de sesiones instalando 200 sillas. En general, las mujeres eran numerosas. Pero pronto, las que se adhirieron a las sociedades populares se vieron envueltas en el descrédito que recayó sobre los Republicano-Revolucionarios; en la mayoría de los casos hubie-

ron de contentarse con la mera asistencia a las sesiones. Y del mismo modo los niños y los jóvenes que iban allí «para instruirse e imbuirse en los principios revolucionarios». De esta forma se explican las numerosas asistencias constatadas por los observadores de policía, como hace Bacon el 11 *ventôse* con las sociedades de las secciones de Arcis y de l'Indivisibilité, y en la de los Lombardos, donde anota la presencia de numerosas mujeres. También el día 13 en la del Bon-Conseil y la de los Droits-de-l'Homme. La sociedad seccionaria de la République constata, el 22 *ventôse*, que la sala de sesiones se ha quedado demasiado pequeña en relación con la afluencia. El día 27 decide fijar su sede en lo sucesivo en el templo de la Razón. Aunque las sociedades seccionarias conocieron una cierta afluencia hasta la primavera del año II, sin embargo los miembros deliberantes fueron siempre poco numerosos y más escasos todavía los de las sociedades populares antiguas. Lo mismo que para las asambleas generales, los militantes de las secciones no cesaron de pedir más asiduidad a sus colegas. Así lo hacen, por ejemplo, el 25 de mayo de 1793, el presidente de la sociedad patriótica de Butte-des-Moulins, o el 24 *pluviôse* del año II, un miembro de la sociedad de la sección Poissonnière que decide denunciar ante el comité de presentación a los que hubieran faltado a tres sesiones consecutivas. Estos llamamientos fueron en vano.

En el otoño de 1793, según una denuncia a la Convención, solamente 14 miembros, de ellos 4 mujeres, asistían a las sesiones de la sociedad de los Défenseurs de la République. Los Amis-de-l'Egalité, de la sección de la Réunion, al término de su depuración el 7 *frimaire* del año II, contaban con 148 miembros: el 9 de octubre sólo 43 asistían a la sesión, 42 el día 14 y 37 el 19 *brumaire*. El 5 *nivôse*, 62 afiliados asistieron a la sesión inaugural de la sociedad de la sección de la République. La petición presentada a la Convención el 28 *ventôse* por la sociedad de Mutius-Scaevola está respaldada por 95 firmas, pero habría que averiguar si se recogieron durante la misma sesión. Según una denuncia del 11 *prairial*, la sociedad fraternal de los dos sexos de la sección del Panthéon-Français se componía de ordinario de unos 60 hombres y otras tantas mujeres.

Estos datos fragmentarios se confirman por algunas raras series de actas que han llegado hasta nosotros, como por ejemplo, la sociedad patriótica de la sección de la Bibliothèque, convertida en sociedad popular Lepeletier en 1793. El 14 de noviembre de 1790 procedieron a la elección del presidente 80 votantes. El 24 de abril de 1792 no se alcanza el quórum, por no estar presentes más que 9 asociados. El 17 de septiembre de 1793 la sociedad recuerda una resolución anterior fijando en 11 el número de los presentes necesarios para que se abra la deliberación. El día 24 se declara demasiado poco numerosa

para deliberar. El 1 de octubre cuenta 17 presentes; pero el día 15 no se alcanza el quórum. El día 19 un afiliado se indigna por esta débil asistencia y pide que sea excluido cualquier afiliado ausente durante seis sesiones consecutivas. ¿Tuvo algún efecto esta amenaza? El 7 *brumaire* la sociedad decide no recibir ya a nuevos candidatos aunque no esté compuesta por más de 25 miembros. Pero el día 22, 42 adheridos firman una petición a la Convención.

En la sociedad Poissonnière, el 14 *frimaire*, la asistencia es demasiado poco numerosa para abrir la sesión. El día 24 se elige la directiva por 25 votantes; el día 27, hay 39 votantes para el nombramiento del comité de presentación. El 2 *nivôse* 47 asociados eligen al presidente, pero el día 7 solamente hay 28 para elegir al del comité de presentación. El día 14 se anotan 37 participantes a una primera votación, y 45 a una segunda. El 2 *pluviôse* 43 votantes eligen al presidente, y 53 a los secretarios. La asistencia aumenta con ocasión de la crisis de la primavera, hasta 78 votantes el 2 *ventôse* y 77 el 2 *germinal*, para volver a caer a 48 el 2 *floréal*.

En la sociedad de los Hommes-Libres también parece haber sido muy escasa la asistencia. Las hojas de asistencia en raras ocasiones llevan más de 20 firmas durante el mes de agosto de 1793, mientras que el efectivo teórico de la sociedad alcanza el centenar. Una vez excluidos los moderados, los *sans-culottes* son más asiduos. El 24 *nivôse* firman la hoja de asistencia 31, teniendo en cuenta que la sociedad, tras su depuración, cuenta con 85 miembros. La crisis de finales del invierno del año II moviliza a los *sans-culottes*, y mejora la asistencia: más de 50 presentes como media en los últimos días de *pluviôse* y los primeros de *ventôse*; se alcanza el máximo el 19 *ventôse*, en el paroxismo de la crisis, con 58 presentes. El desconcierto que sigue a la ejecución de Hébert repercute en la asistencia, hay 45 presentes, el 4 *germinal*, 34 el 22, y menos de 30 en *floréal*. La campaña contra las sociedades populares suscitó alguna efervescencia. El 4 *prairial* los Hommes-Libres son 36. También ellos tuvieron que disolver su sociedad, pero las 53 firmas en la hoja de asistentes el 14 *prairial* constituyen todo un símbolo de fidelidad y una manifestación de protesta.

En 1793 las sociedades populares habían constituido organizaciones de combate contra los moderados, lo que explica la protección que les concedió el Gobierno revolucionario surgido durante el verano. En el otoño, la multiplicación de las sociedades seccionarias manifestó la preocupación de los militantes por mantener su control sobre la vida política. A partir de ello se endureció el enfrentamiento entre sociedades seccionarias y aparato gubernamental, lo que tradu-

cía el antagonismo fundamental entre el poder popular y la democracia *sans-culotte* por una parte, y por otra, la dictadura jacobina y el Gobierno revolucionario.

Dentro de la capital, las secciones, que disponían de la fuerza armada y nombraban sus oficiales, se administraban por sí mismas y elegían sus propios magistrados y comités, constituían otros tantos centros autónomos. Por medio de la comunicación en tiempo normal, y por la fraternización en tiempo de crisis, las organizaciones de las secciones, asambleas, comités y sociedades, doblan la municipalidad parisina. Fuerza terrible que amenazaba con desbordar a los Comités y que tendía a destruir, en beneficio de la *sans-culotterie*, el equilibrio social sobre el que se fundaba el Gobierno revolucionario. Llevados al poder para asegurar la Revolución burguesa, los Comités no podían tolerar durante mucho tiempo la existencia de una organización popular que escapara a su control, arrebataron, pues, a las secciones el nombramiento de comisarios que, pagados y revocables por el Gobierno, se transformaron en funcionarios, domesticaron las asambleas generales y suprimieron las sociedades seccionarias. Perdieron por ello la confianza de los *sans-culottes* que había sido su fuerza. Subsistieron los cuadros, vacíos de todo contenido popular. El centralismo jacobino triunfaba sobre la autonomía de las secciones. Pero ¿podría el jacobino mantenerse mucho tiempo sin el apoyo del *sans-culotte* frente a la impaciencia de la reacción?

EL «SANS-CULOTTE» MILITANTE EN LA VIDA COTIDIANA

El empleo patriótico del tiempo.—La indumentaria: el gorro rojo, la pica.—El comportamiento social: el tuteo.—Las condiciones de vida: alojamiento y mobiliario, la cuestión de los alquileres, la alimentación (el pan, la carne, el vino).—El nivel intelectual: prensa popular y literatura de cordel.—La moral social: la virtud republicana, unión libre e hijos naturales, la solidaridad.

Fuertemente encuadrado en las organizaciones populares, el militante *sans-culotte* consagra a la política una parte importante de sus ratos de ocio, aun cuando no desempeñe ninguna función en la sección. Si asiste poco al club de los Jacobinos, por razones de comodidad y también porque el medio social no es exactamente el suyo, en cambio reparte la mayoría de sus veladas entre la sociedad seccional y la asamblea general. Para guiar al militante, las sociedades publicaban *el empleo político y patriótico de las décadas*, copiado, por otra parte, de los Jacobinos. Cinco tardes por década se reservan a la sociedad-madre, que sigue siendo «el único centro de la opinión pública». Las sociedades populares o de las secciones se reunían por lo general los días segundo, cuatro y séptimo de cada década; el día décimo, a las once, celebraban normalmente una ceremonia cívica. Finalmente, los días quinto y décimo celebran sesión las asambleas generales. «Después de un día de rudo trabajo —escribe Hébert en el *Père Duchesne*— el *sans culotte* va a descansar a la sección, y cuando aparece entre sus hermanos (...) uno le tiende la mano, otro

le da palmadas en la espalda, preguntándole cómo está de humor.»

El militante aparece en su sección con la indumentaria que se ha convertido en el símbolo de su categoría social, el gorro rojo en la cabeza y la pica en la mano si la situación es crítica.

Más aún que la chaqueta corta, la *carmañola*, el gorro rojo se convirtió en la pieza simbólica del traje del militante *sans-culotte*. Sombrero de los esclavos libertos, y por ello símbolo de la libertad, se empleó como tal desde 1789. Lo llevaban los suizos del Chateau-vieux cuando fueron liberados de las galeras. Desde entonces, aunque no lo adopte la burguesía revolucionaria, se incorpora al vestido del pueblo. «¡La vista de un gorro rojo de lana le emociona; y que nadie se atreva a burlarse de él! —escriben en marzo de 1792 las *Révolutions de Paris*—. Su entusiasmo es de los más respetables y de los mejor fundados. Se le ha dicho que este gorro de lana era el emblema de la emancipación de todas las servidumbres en Grecia y Roma y la contraseña de todos los enemigos del despotismo. Eso es bastante para él. Desde ese instante, todo ciudadano quiere tener este gorro.» A pesar de ello, en esta misma época fracasó una tentativa de imponerlo a los Jacobinos. El 19 de marzo de 1792, Petion y Robespierre se opusieron a su adopción por los oradores y la directiva de la sociedad: eso sería, declaró este último, *debilitar la energía* del único emblema nacional, la escarapela tricolor.

Pese a las reticencias jacobinas, la utilización del gorro rojo se impuso después del 10 de agosto. Poco a poco lo adoptaron las autoridades de las diversas secciones. El 8 de diciembre de 1792 la asamblea general de los Droits-de-l'Homme ordenaba que su presidente se tocara con él en la cabeza; al día siguiente, la de los *Sans-Culottes* decide que lo lleven todos los oficiales de la sección. Desde entonces, el gorro rojo se convierte en el símbolo del poder político de los *sans-culottes*, y en calidad de tal en el objeto de las burlas o de los ataques de los moderados. La sección del Pont-Neuf dispuso que ninguno de sus miembros podría aparecer en la tribuna si no lo llevaba puesto en la cabeza, pero un tal Daubenton intentó, el 17 de abril de 1793, hablar con la cabeza descubierta y «no se ahorró ninguna expresión de desprecio hacia este signo de la libertad de los pueblos». Se le remitió a la Administración de policía y se le excluyó de la asamblea durante un año. El 21 de abril, ante la observación de que en la mayoría de las asambleas generales, los presidentes y los secretarios están «cubiertos con el gorro de la libertad», la sección del Contrat-Social decide conformarse con este uso. El 4 de mayo, la sección de los *Sans-Culottes* decidió que el día 5 su presidente llevaría una nota a la Convención, y que iría vestido *con el gorro rojo y el pantalón*.

La victoria del movimiento popular durante el verano de 1793 fue también la del gorro rojo. Su utilización se generalizó. En la sección de Beaurepaire, Montain-Lambin, responsable de sanidad y militante, «fue de los primeros en dejar su gran sombrero y el uniforme propio para cambiarlos por la vestimenta jacobina y en especial el gorro rojo. A requerimiento de Chaumette, el 16 *brumaire*, el Consejo General ordena que, en adelante, todos sus miembros vayan tocados con él. El día 19, la sociedad de los Amis-de-la-Patrie encargó a su tesorero que comprara cuatro gorros rojos para su directiva. Una sátira del militante popular del otoño de 1793 le representa con «gorro rojo en la cabeza, sable al costado y grandes mostachos bajo la nariz». Gritar ¡*Abajo el gorro rojo!* se convirtió en un motivo de sospecha. No obstante, el intento de los Republicano-Revolucionarios de imponérselo a las mujeres, fracasó. El 7 *brumaire* se denunció tal intento ante el Consejo General de la Comuna, y al día siguiente ante la Convención que decretó la libertad para llevarlo o no. El 27 *brumaire*, cuando una comisión de mujeres tocadas con el gorro rojo se presentó al Consejo General, fue acogida con gritos de ¡*Abajo el gorro rojo de las mujeres!* Chaumette recordó en un discurso moralizador que las mujeres se debían a sus tareas domésticas. Se le aplaudió. Se afirmaba la reacción antifeminista.

En efecto, el uso generalizado del gorro rojo llevaba consigo alguna confusión. Los *sans-culottes* lo llevaban por convicción, otros, por prudencia o por demagogia. El 1 *frimaire*, la sección del Halle-au-Blé indicaba al Consejo General que muchos aristócratas lo llevaban puesto y se aprovechaban de él para insultar a los patriotas. Pedía que una persona bien peinada no pudiera ponerse una peluca al estilo jacobino, «muchas personas llevan peluca en París y peinados en el campo»; el gorro rojo sólo sería usado por las autoridades constituidas en el ejercicio de sus funciones. El Consejo prohibió las pelucas al estilo jacobino, pero pasó por alto la segunda propuesta y siguió el orden del día. Al día siguiente, la observación de que el gorro rojo era objeto de burla por parte de los petimetres y de los aristócratas, hizo rebrotar la discusión. Para unos, el que se permitiera usarlo a todos los ciudadanos indistintamente, le hacía perder toda su respetabilidad; según otros, todos tenían derecho a tocarse con el gorro rojo. El Consejo, que la víspera había prohibido las pelucas al estilo jacobino, pasó al orden del día y dejó de lado el tema de la libertad de trajes. Los militantes populares no dejaron de insistir en su pretensión de reglamentar el uso del gorro rojo. El 10 *frimaire*, la asamblea del Temple estaba indignada contra los que bailaban con el gorro rojo puesto, lo estaban degradando, pues

no debería usarse si no era en el cumplimiento de una misión. Un militante de la sección *Chalier* denunció en una carta a Hébert, el 2 *nivôse*, a los falsos patriotas que se adornaban con él; «la confusión de los gorros rojos no permite reconocer a los que son dignos de llevarle»; proponía que se prohibiera llevarlo a los que no pudieran justificarse de una *censura respaldada* por sus conciudadanos. Según el observador Pourvoyeur, el 5 *nivôse*, se pide «vigilar sobre la conducta de los gorros rojos»; «lejos de ser el signo de la libertad y de la igualdad para los que lo llevan, les sirve por el contrario de marca distintiva y creen les está (*sic*) permitido comportarse como pequeños déspotas».

El gorro rojo desapareció con el retroceso del movimiento popular; en los textos se le menciona cada vez menos después de *germinal*. El 17 *messidor*, en el Consejo General, Payan denuncia a los que pretenden llegar al *máximo* de patriotismo poniéndose un gorro rojo. Tras *thermidor* la tendencia se acentúa. Armonville provocó un auténtico tumulto en la Convención, el 9 *nivôse* del año III, cuando apareció en la tribuna con su gorro rojo en la cabeza. En la sección de los Lombardos, el 30 *pluviôse*, la asamblea general «desaprobó el gorro rojo», ante lo cual el secretario retiró cuidadosamente de él la escarapela nacional.

Tanto como el gorro rojo, la pica es también el emblema del militante *sans-culotte*. Recuerda las grandes jornadas revolucionarias, simboliza al pueblo en armas, y hace visible el ejercicio de la soberanía popular por medio de la insurrección. La pica en la mano y tocados con el gorro rojo, los peticionarios comparecen ante la barra de la Convención o de los Jacobinos recordándoles el poder popular. Cuando Jacques Roux conjura a la Convención, el 25 de junio de 1793, para que prohíba el agio y decrete la pena de muerte contra los acaparadores, añade: «Los *sans-culottes* con sus picas harán ejecutar vuestros decretos.» Según Hébert, «cuando los aristócratas maquinan traiciones dentelladas contra la libertad, [el *sans-culotte*] coge su sable y su pica, y vuela a la sección».

Durante todo el transcurso de la Revolución, la pica fue exaltada como el arma popular por excelencia. Los patriotas estaban ansiosos por armar con ella a los *sans-culottes* excluidos inicialmente de la guardia nacional. Una vez declarada la guerra, se llegó a considerar la creación de un cuerpo de piqueros. El 25 de julio de 1792, la Asamblea Legislativa recibió como donativo un *Manuel des citoyens armés de la pique*. Carnot demostró las ventajas de esta arma, propuso dotar de ella a los soldados y proceder a su fabricación masiva. El primero de agosto, la Asamblea autorizaba a los ayuntamientos a hacerlas fabricar a expensas de su hacienda y a distribuir-

las entre los ciudadanos en edad de llevar armas que no tuvieran fusiles. En el verano de 1793, mientras los *sans-culottes* reclaman la leva general y el Gobierno activa las fabricaciones de guerra, la pica vuelve a aparecer como el recurso supremo contra los tiranos. El 14 de agosto, la Convención escucha un elogio de la pica, «la más formidable de todas las armas», «arma terrible e invencible». El 21 de septiembre, el diputado Lejeune declara en los Jacobinos que «es preciso sacar partido de nuestras picas», «durante demasiado tiempo se ha olvidado esta arma terrible; los aristócratas las han desacreditado adrede, pero el pueblo francés se ha regenerado exclusivamente con la pica en sus manos; sólo la pica del *sans-culotte* nos ha dado la libertad». No obstante, la pica no llegó a ser un arma de guerra, siguió siendo el arma de las luchas internas en 1793 y en el año II. Por ello, los *sans-culottes* la exaltan y la califican de *santa*. Como símbolo del poder popular, caracteriza al *sans-culotte porta-pica*. A través de una evolución semejante a la de la palabra *carmañola*, la palabra *pica* terminó por designar a los propios *sans-culottes*. El pastelero Dubois fue arrestado el 12 de septiembre de 1793 por el comité revolucionario de la sección de los Lombardos, por haber gritado: ¡*Abajo las picas!*

Durante el Terror, muchos moderados y aristócratas ocultaron sus más íntimos sentimientos bajo el traje *sans-culotte* y los atributos del militante. En *frimaire* del año II, *Le Père Duchesne* censuró con dureza «el nuevo santo y seña dado por la reencarnación del rey Georges Dandin» * de imitar a los patriotas, y trazó este retrato caricaturista: «Tener pantalón largo, chaqueta pequeña, peluca negra, gorro rojo para ocultar la rubia cabellera, mostachos postizos, una pipa en la boca en lugar del mondadientes, grueso garrote para jugar, jurar ni más ni menos que el *Père Duchesne*, en vez de susurrar displicentemente.»

Tanto más que por los signos externos, traje, gorro rojo o pica, el *sans-culotte* militante se manifiesta efectivamente por su lenguaje y por un cierto comportamiento con respecto a sus semejantes: el tuteo, ya que no los juramentos como lo hubiera querido el padre Duchesne (aunque la lengua popular haya conservado toda su frescura), constituía uno de sus rasgos esenciales, lo que traduce una determinada concepción de las relaciones sociales.

Las costumbres se habían democratizado al ritmo de la Revolución. En este campo tuvieron una gran influencia las sociedades frater-

* Alusión al personaje de Molière. Un campesino enriquecido con afán de ascenso y brillo en la sociedad, casado con una mujer noble que le engaña. (N. del R.)

nales que sustituyeron el término *señor* por el de *ciudadano*. La Convención les imitó desde su primera sesión. Ello no pareció suficiente a quienes querían destruir los prejuicios y las desigualdades, e introducir en el lenguaje los sentimientos de fraternidad que bullían en su corazón. Desde el 14 de diciembre de 1790, el *Mercur national* se pronunció por el tuteo en un artículo sobre *La influencia de las palabras y el poder del lenguaje*. También se reivindicó en 1791. Finalmente, la entrada de los *sans-culottes* en la vida política durante el verano de 1792 terminó imponiéndolo. De nuevo, fue decisiva la influencia de las sociedades populares y de las asambleas generales. El 4 de diciembre de 1792, ante la observación de un orador de «que la palabra *vos* iba contra el derecho de igualdad, que esta palabra había servido para apoyar los derechos del feudalismo y que la palabra *tú* era la auténtica denominación de la que debían servirse los hombres libres», la asamblea general de la sección de los *Sans-Culottes* proscribió el *vos*, «residuo del feudalismo», e impuso el *tú* «como la auténtica palabra digna de los hombres libres». El 8 de diciembre, la asamblea de la sección de *Droits-de-l'Homme* toma la resolución de que su directiva emplee el tuteo. Hacia la misma época, el reglamento de la sociedad popular de Sceux declara: «Los miembros se tratarán como hermanos, se tutearán y se llamarán *ciudadanos* abjurando totalmente de la palabra *señor*». Como lo escribió la *Chronique de Paris*, el 3 de octubre anterior: «Si *vos* se corresponde con *Señor*, *tú* con *Ciudadano*»: «Bajo el reino feliz de la igualdad, la familiaridad es sólo la imagen de las virtudes filantrópicas que se llevan en el alma.» Los Girondinos, sin embargo, se declararon hostiles al tuteo popular; Brissot declaró inútil *esta inconveniencia*. Robespierre tampoco era partidario del tuteo.

El triunfo de los *sans-culottes* en 1793 generalizó el tuteo, pese a las reticencias de algunos partidarios de la Montaña. Los *sans-culottes* quisieron ir más lejos todavía e imponerlo. El 10 *brumaire* del año II, una delegación de todas las sociedades populares de París se levantó contra el uso del *vos* ante la barra de la Convención. «Muchos males resultan aún de este abuso; opone una barrera a la inteligencia de los *sans-culottes*; mantiene la altivez y la adulación de los perversos; bajo el pretexto del respeto, se aparta de los principios de las virtudes fraternales.» Las sociedades populares piden una ley «que reforme esos vicios»: «a partir de ella habrá menos orgullo, menos distinción, menos intimidad, más familiaridad externa, más propensión a la fraternidad y, en consecuencia, más igualdad». Insensibles a lo que podía tener de engañoso esta fraternidad verbal, los *sans-culottes* pedían que los refractarios al tuteo fueran declarados sospechosos, «como aduladores que se prestan por este medio a la

altivez que sirve de pretexto a la desigualdad». Pese a Basire que reclamaba un decreto, la Convención se contentó con una honorable mención. El 21 *brumaire*, Basire volvió a la carga pidiendo una ley formal. La Convención, que ya se había negado a decretar el uso obligatorio del gorro rojo, siguió con el orden del día: «¿No es contrario a la libertad —declaró Thuriot— prescribir a los ciudadanos la forma en que deben expresarse?» Aún fue más lejos el Directorio del departamento de París con su decreto del 22 *brumaire*, a imitación del distrito de Francia, según el cual el tuteo sería empleado en sus oficinas y correspondencia: «En adelante el lenguaje de la fraternidad es el único que conviene a los republicanos franceses.» Durante todo el año II, el tuteo fue general en las organizaciones de las secciones, así como en las administraciones municipales o nacionales. En las relaciones personales, en cambio, ocasionó numerosos problemas. Al imponer el *tú*, los *sans-culottes* chocan normalmente con los viejos hábitos. El 5 *nivôse*, dos ciudadanos tuvieron una disputa en el café *Procope*, con uno de los camareros, muy viejo, que no les había tuteado; «le llamaron esclavo»; el otro se disculpó. El informador añade: «hay que tener en cuenta que el tutear no es ninguna obligación legal, y no se debe permitir a ningún ciudadano acusar a nadie por una cosa absolutamente voluntaria».

Tras *germinal*, cuando comenzó el retroceso del movimiento popular, la repugnancia al tuteo se intensifica como preludio de la cercana reacción. En sus *Reflexiones sobre los abusos de autoridad que comete el comité revolucionario de la sección del Temple*, el primero *messidor*, un tal Bouin levanta su voz contra el tuteo con las mujeres. «Tal como se emplea hoy, produce un efecto pésimo con respecto a la Revolución, al hacernos creer que nos retrotrae a un estado de grosería y rusticidad (...) porque se emplea por un gran número de funcionarios públicos con un tono duro y brutal que ofende, humilla y aliena los corazones en lugar de ganarlos para el presente orden de cosas; y este efecto pernicioso se produce sobre todo en las mujeres, para quienes el tuteo es poco conveniente, poco generoso y poco moral en todos los conceptos.» El 17 *messidor*, en el consejo regional, Payan denunciaba a los que, para tener la reputación de buenos ciudadanos, se esfuerzan «en tutear con gracia».

Después del 9 *thermidor*, se aceleró la reacción, desapareciendo el tuteo a medida que declinaba la influencia popular. El 11 *nivôse* del año II, la *Vedette o Gazette du jour* constata que: «los *tú* y *te* van desapareciendo de la conversación y (...) que ya no se utilizan en el estilo epistolar de forma tan frecuente». En el café de Foy, el 21 *ventôse*, estalló una pelea porque un simple ciudadano tuteó a un general. Las jornadas de *prairial* dieron el último golpe al

tuteo; desde entonces desapareció rápidamente. Al mismo tiempo se extinguía la pasión igualitaria.

Tal pasión se había manifestado particularmente en la Guardia Nacional a partir del 10 de agosto. El Consejo General de la Comuna, por su reglamento del 13 de agosto de 1792, había prescrito las charreteras de lana para todos los grados. Los *sans-culottes* ironizaron sobre los «charreteros». En las jornadas de *prairial* del año III, los gritos de: ¡Abajo las charreteras!, ¡Abajo los charreteros! fueron normalmente la señal de la revuelta en las compañías. Los *sans-culottes* proscribieron encarnizadamente cualquier signo distintivo en los uniformes, levantándose con vehemencia contra cualquier tentativa de reconstruir unidades privilegiadas con uniformes particulares, como los granaderos o cazadores. El 25 de noviembre de 1792, ante una proposición de la sección de Halles, la asamblea de la sección del Homme-Armé declaraba no admitir «ninguna distinción más que las indispensables para el mando del servicio»; restablecer las distinciones militantes tendería «casi directamente a apartar [de ellas] a una clase infortunada»; eso sería «destruir la unidad de acción del servicio y los principios de igualdad y de fraternidad». La igualdad *práctica* en las unidades militares constituyó un tema explotado normalmente por los militantes y por los periodistas populares. En *l'Ami du peuple*, del 14 de agosto de 1793, Leclerc pide que el Ejército revolucionario que se cree dé ejemplo; «que los comandantes, oficiales y soldados que lo compongan reciban el mismo sueldo, coman el mismo pan, y que las distinciones militares no sean objeto de vana ostentación, sino que hayan de servir solamente para la utilidad común». En *brumaire* Hébert, en el número 371 de su *Père Duchesne*, presta su pluma a «un mozo alegre y divertido con un simple ojal para la escarapela llamado la Tulipa», que le escribe desde el Mosela: «Dime, ¿por qué los generales y sus ayudantes de campo no llevan también el uniforme nacional? ¿Por qué están cubiertos de galones de oro? Tú dirás tal vez que es necesaria una distinción para los grados, a fin de reconocer a los propios jefes; pero, ¿deben distinguirse los republicanos por sus bellos vestidos? (...). Si somos todos iguales, j..., hay que terminar con la aristocracia de los trajes y, en especial, en el Ejército.» En la guardia nacional parisina, las asambleas generales velaron por el mantenimiento de los signos externos de esta igualdad militar. El 15 de abril de 1792, la sección del *Quatre-Vingt-Douze* invitó al comandante en jefe «a no olvidar nunca que sus poderes provienen de hombres libres, y que nunca se debe mandar sobre hombres libres como sobre esclavos». La sección de la Cité ordenó el primer *ni-*

vóse del año II que cada día de descanso oficiales y suboficiales comieran el rancho con los soldados rasos.

La manifestación más llamativa de la igualdad militar era la obligación del servicio; los *sans-culottes* no cesan de reclamar la supresión del servicio sustitutorio en la guardia nacional. El 10 de octubre de 1792, la sección armada de los Droits-de-l'Homme pide «una ley severa contra el ciudadano que se niegue a montar su guardia, en atención a que en una República todo ciudadano es soldado». El servicio en la guardia nacional se considera como una escuela de igualdad. «La guardia hecha personalmente abolirá hasta los últimos vestigios de estas distinciones de clases, que existían en otros tiempos.» La sección del Homme-Armé declaraba, el 25 de noviembre de 1792, «que el cuerpo de guardia es el único crisol donde podrán acabar por amalgamarse la pobreza laboriosa y la riqueza ociosa». Las secciones se empeñaron obstinadamente en ello y en julio de 1793 adoptaban, por iniciativa de la sección de los Lombardos, una petición en que se subrayaba la contradicción existente entre los principios igualitarios de la Declaración de Derechos y la práctica del servicio sustitutorio. «Juzgad ahora, legisladores, si la igualdad puede reinar en un país donde el rico está siempre en situación de hacer morir por él al pobre.» La Convención no se dejó conmovir; formada como estaba por representantes de la burguesía, no podía suprimir lo que constituía un privilegio de la riqueza.

La vida política, las sesiones de las asambleas generales y de las sociedades seccionarias, el servicio de la guardia nacional y las misiones patrióticas no absorbían toda la actividad social del militante *sans-culotte*. Si creemos al *Diario de un empleado*, eran frecuentes las reuniones entre amigos, las conversaciones en la taberna, las veladas en el café y las cenas en el mesón; allí se hablaba de política bebiendo un cuartillo de vino y se cantaban himnos patrióticos. Los días de descanso (el décimo día no lograba suplantar al domingo, pero los militantes le guardaban escrupulosamente), los *sans-culottes* se dirigían en bandadas a los bares de las afueras. La descripción de la Courtille, con sus empujados, sus ventas y su animado ambiente, retorna continuamente en la pluma de Hébert. «La última década —escribe en su número 351— en *ventôse*, tras haber festejado la mañana en el templo de la Razón, con la misa republicana en compañía de todos los *sans-culottes* de mi sección, es decir, j..., después de oír los discursos más patrióticos y cantar a pleno pulmón los himnos en honor de la libertad, muy feliz, me fui paseando por la tarde con algunos buenos muchachos, para llegar a

vísperas a esta querida Courtille.» Los observadores están de acuerdo en constatar el buen humor popular, los días de descanso, incluso en los períodos más difíciles. «Las calles de la Courtille —según el informe de Perrière del 21 *ventôse*— rebotaban con las oleadas de un pueblo dichoso y correctamente vestido; en todas partes se oía el ruido de la danza y de los instrumentos, (...) el pueblo soporta su cuaresma cívica con el canto de la Carmañola y de todos los aires que hablan de la libertad.» Los *sans-culottes* no se contentan sólo con las tabernas de la Courtille, frecuentan también los paseos o los bulevares reservados antes a las clases más afortunadas. Según el observador Perrière, «los bulevares rebotaban de gente de un extremo a otro», el 15 *ventôse*, «había muchas más cofías que sombreros». Pero, según Perrière, lo que gustaba era que «los ciudadanos del extrarradio más pobre, y que antes no se hubieran atrevido a aparecer en estos lugares consagrados a los elegantes, se paseaban en medio de los ricos, la cabeza tan alta como ellos, (...) allí se respiraba un aire tal de contento que un extranjero no hubiera sospechado nunca que aquél era el mismo pueblo condenado a tantos sacrificios por su situación de entonces».

A falta de una documentación estadística o, en su defecto, de obras descriptivas suficientes, es difícil hacerse una idea exacta de la existencia cotidiana y del nivel de vida del *sans-culotte* medio. Era de los más modestos, si se juzga por las fuentes literarias y por algunos documentos dispersos algo más precisos.

Los expedientes de quiebra dan algunas referencias numéricas para artesanos y pequeños comerciantes. Algunos están ya en los límites de la burguesía media. André Guettier, comerciante de curtidos de la pequeña calle de Taranne, de la sección Quatre-Nations, declarado en quiebra el 28 de enero de 1793, inscribe en su activo 6.000 libras de muebles y utensilios caseros. Jacques-Antoine Courbin, maestro cerrajero, de la calle de Bondy, declarado en quiebra el 25 de marzo, posee 5.000 libras en muebles, efectos, ropas y vestidos ordinarios. Lalonde, tendero de ultramarinos, de la calle Tiron, de la sección de Piques, declarado en quiebra el 14 de febrero de 1793, declara un activo de 3.400 libras en muebles, utensilios, ropas y vestidos de uso diario. Más modestos son los interiores de la mayoría de la gente que vive de su oficio y del pequeño comercio. El mobiliario de Feuchère, comerciante traperero, de la calle ancha del arrabal Saint-Antoine, declarado en quiebra el 30 de enero de 1793, se tasa en 1.234 libras, y en 1.200 el mobiliario de Louis Raimbault, curtidor, de la calle de Argenteuil, declarado en quiebra el 10 de abril. El vendedor de vino Morville el joven, de la calle Guérin-Boisseau, declarado en quiebra el 14 de febrero de 1793,

posee 850 libras en muebles y ropa, 830 libras el comerciante en granos Charles Guendré, declarado en quiebra el 28 de febrero. Charles-François Madeline, pintor, de la calle de Saint-Martin, cuya quiebra se hace pública el 24 de enero, tiene un activo de 600 libras en muebles, vestidos y ropas de uso diario. Arnal, tendero de ultramarinos, de la calle Mûrier Saint-Victor, de la sección de los *Sans-Culottes*, ronda con la desnudez total, sus muebles y utensilios de uso doméstico se valoran el 18 de febrero de 1793 en 353 libras.

Es exactamente esta impresión de desnudez la que nos transmite, en un nivel aún más modesto, el interior de las viviendas de algunos militantes seccionarios, tal como se trasluce de las actas redactadas para cumplimentar órdenes de búsqueda y captura.

El corpulento Claude Desmarets, nombrado el 16 de octubre de 1793 miembro del comité revolucionario de la sección de la Maison-Commune, tuvo que dimitir rápidamente: sus dietas de 1.800 libras por año no le permitían vivir con su mujer y tres hijos. La familia Desmarets se alojaba en una sola habitación. El mobiliario era de lo más elemental: dos mesas, tres camas y una cuna, una cómoda, un armario y un aparador «con alguna loza, en cantidad muy pequeña» y «algunos otros enseres que merecen anotarse». El valor del mobiliario de Descombes, de la sección de los Droits-de-l'Homme, ejecutado con Hébert, no excedía de la suma de 400 libras. La familia de Ducroquet, comisario de acaparamientos de la sección de Marat, vivía en una situación cercana a la miseria. Cuando Ducroquet, endeudado ya en 700 libras, es detenido en *ventôse*, su mujer se queda sin dinero; lo pedirá prestado, lo tendrá que buscar pronto y sin condiciones. En su carta del primero *germinal*, su marido le recuerda las penalidades que han sufrido para educar a sus dos hijos; para la canastilla del tercer hijo que espera, servirán las camisas viejas o las ropas ordinarias que la abuela Ducroquet enviará de Amiens.

Los recursos económicos del *sans-culotte*, aunque fuera empleado o comisario de sección, eran muy modestos. Un comisario revolucionario recibía una dieta de 5 libras por día, es decir, 1.800 por año; un secretario de comité, 1.200, y 800, un mozo de oficina. El *sans-culotte* Girbal, escribiente de bienes de emigrados en una oficina de la Administración, gana 150 libras al mes. El 30 *ventôse* del año II toma unos vinos en la taberna y deja 11 sueldos, el 4 *germinal* cena con unos amigos por 5 libras y 2 sueldos por cabeza; cuando come en el mesón, porque no tiene tiempo para volver a su casa, la comida le sale por 32 sueldos; el 10 *messidor*, paseándose por Montmartre con su mujer se gasta 4 libras con 15 sueldos en una *mala comida*. Le quedaba muy poco dinero para otros gastos aparte de la alimentación.

Es difícil de precisar cuánto suponía el alquiler en el presupuesto del *sans-culotte* parisino. Sin embargo, el problema de los alquileres preocupaba mucho a los *sans-culottes*, cuya difícil existencia empeoraba al ritmo de la depreciación de la moneda. La crisis era antigua. Se venía agudizando desde finales del Antiguo Régimen. Un *Cahier particulier et local du Tiers Etat* pedía en 1789 que se pusieran «límites a la carestía extravagante de los alquileres, y que el pequeño burgués no se viera obligado a emplear la mitad de su renta en ponerse, él y su familia, al abrigo de la intemperie». Se notaba ya el desequilibrio entre los barrios del Oeste de París y los del Este y el Centro. Nobles, financieros y burgueses enriquecidos habitaban suntuosas residencias, entre patios y jardines, a lo largo del arrabal Saint-Germain en la Chaussée d'Antin y en el Roule. Las clases populares, pequeña burguesía, pequeños comerciantes, artesanos y oficiales se amontonaban en los barrios viejos, de calles estrechas sin aire y sin luz, sin que la segregación social fuera total. Los mismos viejos inmuebles acogían normalmente, del burgués al oficial, las categorías sociales más dispares: los más pobres se alojaban en los pisos superiores, y los pisos inferiores estaban ocupados por la burguesía. A los *sans-culottes*, escribe el *Père Duchesne*, «no debe buscárselos en los palacios, ni en los comercios de los grandes comerciantes y de los traficantes, sino en los desvanes que habitan (...). Si se quiere conocer la flor y nata de la *sans-culotterie*, que se visiten las buhardillas de los obreros». La familia del zapatero Boutry, comisario revolucionario de la sección Mutius-Scaevola, compuesta por cuatro personas, ocupaba una sola habitación en un quinto piso. El zapatero Potet, otro comisario, vivía con su mujer y sus tres hijos en una habitación en un cuarto piso, en el número 106 de la calle de Tiquetonne. Una sola habitación también para una familia de cinco personas, la de Claude Desmarets, el corpulento comisario de la sección de la Maison-Commune en alguna ocasión. Esas fueron las condiciones de alojamiento de la mayoría de los militantes populares. Respecto a los más desheredados, oficiales, obreros y buscavidas, población inestable con frecuentes cambios de casa, les acogían las numerosas casas amuebladas de alquiler.

Los primeros años de la Revolución, pese a algunas circunstancias pasajeras favorables al negocio de las habitaciones amuebladas de alquiler, estuvieron caracterizados desde 1791 por una aguda crisis de los alquileres. La emigración, el estancamiento económico, la guerra con el extranjero, y después la guerra civil, y las medidas represivas ocasionaron un éxodo importante de parisinos de todas las clases sociales. Alcanza su punto álgido en la primavera del año II, cuando le ley del 27 *germinal* obligó a los nobles y a los extranjeros

a salir de París en un período de diez días. Pero no se debería exagerar. Una corriente inversa había atraído a la capital a numerosos refugiados a quienes espantaba la guerra civil o la guerra con el extranjero: Belgas, renanos, alsacianos, lyoneses, etc. Finalmente, el desarrollo de la administración y de las industrias de guerra habían arrastrado a un gran número de obreros y de pequeños funcionarios a las oficinas y talleres parisinos.

Cualquiera que fuera la crisis de los alquileres, los *sans-culottes*, cuyo poder adquisitivo disminuía sin cesar, estimaban excesivos los precios. Las reivindicaciones populares en materia de tasación alcanzaron también a los alquileres. Muchas peticiones reclamaron su reducción; algunas llegaron a proponer un máximo a los alquileres, por analogía con el que marcaba los artículos de primera necesidad. Las protestas populares en este asunto se concretaron a finales del verano de 1793, sin que se pueda afirmar que en este momento se diera un empeoramiento en las condiciones de alquiler; de modo más simple, los éxitos alcanzados por los *sans-culottes* les llevaron a nuevas reivindicaciones. El 5 de septiembre de 1793, la ciudadana Barbot, mercera al por menor, en el número 17 de la calle de Transnonain, de la sección de los Gravilliers, solicitaba «una ley general que suprima la avaricia de los propietarios». La sección Popincourt pide a la Convención el 29 de septiembre que se dictamine sobre los alquileres de los soldados sin fortuna; la sección de l'Indivisibilité reclama, el primero de octubre, la anulación de los contratos hechos por los jóvenes bajo servicio militar; el día 16, la sección de la Cité solicita a las asambleas la adhesión a un proyecto de petición para una disminución general de los contratos. Adoptada por el conjunto de las secciones, esta petición se presentó a la Convención el 10 *brumaire* del año II. «La ley del máximo es un gran beneficio para el pueblo; pero este gran acto de justicia estaba incompleto.» Las secciones piden la reducción de todos los contratos y alquileres al nivel de 1760: «Porque en 1764 es cuando comenzó el pillaje del tirano Luis XV y de sus pérfidos ministros sobre la subsistencia del pueblo, en esta época es cuando el súbito aumento de los contratos hizo subir el de los artículos de primera necesidad.» El 17 *brumaire*, la sección del Observatoire pide al Consejo General de la Comuna que las casas nacionales y las de los emigrados aún vacías sean ocupadas por las mujeres de los voluntarios, sin duda a título gratuito. La Convención, que sólo a regañadientes había aceptado el máximo general de los artículos de primera necesidad, se guardó de tasar los alquileres; ello hubiera supuesto dañar el derecho de los propietarios.

Esta misma preocupación de conservación social condenaba al fracaso las reclamaciones de los principales arrendatarios y de los

gerentes de las casas amuebladas en alquiler. En materia de alquiler, la costumbre en general era alquilar todo a un inquilino principal, normalmente comerciante, pequeño comerciante o artesano que utilizaba el piso bajo para sus negocios o su taller, ocupaba un apartamento y realquilaba los demás. Era responsable ante el propietario del pago de los alquileres y del mantenimiento del inmueble; los realquilados sólo le conocían a él. Tocado ya en sus negocios por la tasación, en especial si era comerciante, el inquilino principal, auténtico gerente, en el año II tenía bastantes dificultades para asegurar que el monto total de los alquileres se cobrara con regularidad, pues el propietario exigía el pago exacto. El 28 *floréal* del año II, 9 carniceros, inquilinos principales cuyo comercio peligraba, solicitan a la Convención la autorización de rescindir sus contratos. El Comité de legislación se opuso, porque todos los inquilinos principales pedirían beneficiarse de esta medida, en especial «los que ocupan casas amuebladas en alquiler».

La situación de estos últimos no era menos crítica. Los comienzos de la Revolución fueron favorables a su negocio, como consecuencia de la llegada a París de numerosos extranjeros o provincianos atraídos por los acontecimientos y los contratos firmados de 1789 a 1791 tuvieron en cuenta esta prosperidad. Como consecuencia de la crisis de la Revolución, de la guerra y, más tarde, del Terror, las casas amuebladas en alquiler se vaciaron poco a poco; la tasa de los subarriendos amueblados bajó a la mitad. Los inquilinos principales presionados por los propietarios, obligados a veces a vender el inmueble, lo que inevitablemente arruinaba su negocio, reclamaron la rescisión de sus contratos. El 8 *brumaire* del año II, los ciudadanos que tenían casa amueblada en alquiler en el arrabal de Saint-Germain se quejaron a la Convención. «Es público y notorio que la situación de los arrendatarios de las casas amuebladas de París está si no perdida, al menos suspendida hasta la paz»: las medidas de seguridad general las han dejado vacías. «¡Querriais, legisladores, que estuviéramos obligados a pagar a los propietarios un dinero que no ganamos.» Ante el mutismo de la Convención y de su Comité de legislación, los peticionarios vuelven a la carga poco después: «La Convención en todos sus decretos sólo ha buscado repartir las fortunas y venir en ayuda de los *sans-culottes*.» ¿Obligará a los padres de familia a vender su mobiliario «para enriquecer con sus despojos a propietarios opulentos y en su mayoría poco adictos a la Revolución?». El 15 *brumaire*, una nueva gestión, esta vez de los inquilinos principales del arrabal Saint-Honoré y con argumentos similares. Las reclamaciones y críticas no cesaron durante todo el año II: porque muchos militantes de las secciones tenían en alquiler

casas amuebladas. En *floréal*, un tal Bazin denuncia violentamente a los propietarios cuya renta «no ha bajado ni un sueldo»; y hacen recaer el peso de su egoísmo «sobre la clase más industriosa y más útil del pueblo». En *prairial*, el 4 *thermidor* y el 17 *fructidor* los inquilinos vuelven a la carga. En una nota de finales de *prairial*, el Comité de legislación declara que *el mantenimiento de los principios* se opone a que se escuchen estas peticiones y se rescindan los contratos. Quizá se pudiera tomar en consideración alguna compensación: pero, ¿cómo hacerlo sin gravar las finanzas públicas?

El problema no tenía solución: las autoridades gubernamentales estaban cogidas entre las exigencias populares y los principios de la conservación social. Su elección no ofrecía ninguna duda: no podían tocar el derecho de propiedad. La reacción de *thermidor*, que supuso el regreso a París de los emigrados y los sospechosos, resolvió el problema de las casas de alquiler amuebladas, pero produjo una grave crisis de alojamiento cuya primera víctima fue la *sans-culotterie*.

Las subsistencias preocupan a los *sans-culottes* mucho más todavía que el alojamiento y el alquiler, y se llevan además la parte principal de sus salarios y pagas. Su elemento principal es con toda seguridad el pan, alimento fundamental del pueblo, cuyos salarios cotidianos excluyen normalmente cualquier consumo importante de otros artículos. «Nuestro primer bien es el pan», le gusta decir al *Père Duchesne*. El 26 de febrero de 1793, llamando la atención de la Convención sobre la carestía de las subsistencias, la sección de los Inválidos declara: «Los hombres del 14 de julio y del 10 de agosto viven de pan.» «¿Qué va a ser del ciudadano en cuya casa se consume cada día diez libras de pan [...] sigue al precio en que lo han puesto los acaparadores?» Por la misma época, *El último grito de los sans-culottes que piden pan* es una extensa queja que ilustra sobre la importancia del pan en la vida cotidiana del pueblo. La ración media del trabajador adulto se estima en tres libras y la del niño en una y media. En el momento de máxima escasez, el 25 *ventôse* del año III, libra y media de pan le pareció idónea a la Convención como ración mínima para los trabajadores manuales, y una libra para el resto de la población cuando en tiempo normal el consumo llegaba al doble. La importancia del pan en la nutrición del pueblo, le hace exigente, pretende que se provea en cantidad suficiente, a buen precio y de buena calidad. Por ello, la reivindicación del máximo, la exigencia del control y las continuas recriminaciones en torno al posible fraude, porque el *sans-culotte* reclama el pan de trigo candeal igual que el rico. Hébert encuentra en ello un tema particularmente fácil para las diatribas del *Père Duchesne*. Se tendrá una idea de las dificultades en las que se debatían las

familias populares por el salario de un obrero de las obras del Panthéon en *ventôse* del año II: tres libras, pero la tasa del pan estaba en ese momento en tres sueldos la libra, y el consumo de una familia de cuatro a cinco personas se cifraba en diez libras. La parte del pan en el presupuesto popular parece haberse mantenido a un nivel peligrosamente elevado durante todo el año II, pero por desgracia nos es imposible cifrarlo a falta de una documentación estadística suficiente.

Pese a los esfuerzos del Gobierno y de la Comuna, la patata estaba todavía poco extendida y no parece que se la apreciara mucho, al menos si se cree la observación de un militante de la sociedad popular de los Amis-de-la-Patrie. Por el contrario, la carne entra en la alimentación del pueblo parisino en una cantidad no despreciable. Lo atestiguan diversas pruebas, en especial el gran número de carniceros y el descontento general cuando llegó a faltar a finales del invierno del año II. Cuando el 30 *pluviôse* la sección de l'Indivisibilité reclamó el racionamiento de la carne, fijó la ración diaria en una media libra por persona. Se distribuían raciones de carne que no parecían desdeñables. El empleado Girbal de la sección Guillermo Tell recibió, para una familia de dos personas, dos libras el 11 *ventôse* y otras dos el día 16; el día 18 se le asignaron tres libras de ternera. Sin embargo, cuando el cuerpo municipal reglamentó la distribución de la carne, el 29 *germinal*, se fijó la cantidad en media libra por persona cada cinco días.

Finalmente, el vino ocupaba una parte muy notable en la alimentación de las clases populares parisinas. Tabernas para los más pobres, tabernas elegantes y cafés para los más acomodados, los despachos de bebidas ocupaban un lugar importante en la existencia cotidiana del *sans-culotte*, que además subrayan el importante papel que en el movimiento popular desempeñaron muchísimos comerciantes de vinos de la capital y el apreciable contingente de miembros que aportaron al personal de las secciones. El empleado Girbal frecuentaba la taberna con sus colegas regularmente, anotando con cuidado los gastos que allí hacía; prestaba una gran atención a su provisión personal de vino, que iba a buscar a los pueblos del extrarradio del Sur, a Clamart o a Ivry, y que él mismo embotellaba. Las recriminaciones sin cuento contra las bebidas *mezcladas*, y la creación de comisarios degustadores prueban la importancia que los *sans-culottes* concedían al vino y a su calidad. Para el *Père Duchesne* beber agua es lo peor del mundo: no hay ninguna duda de que en este caso Hébert traducía el sentimiento popular. Si no se pone orden a las intrigas de los acaparadores, escribe en *pluviôse*, «beberemos agua como los patos, lo que para mí es un suplicio que sólo

debe reservarse a los moderados, a los aristócratas, a los realistas y a los habitantes de Champagne y Borgoña» *.

También los textos literarios dan una idea de la existencia cotidiana del *sans-culotte* y de su nivel de vida. Hèbert describió en el *Père Duchesne* con inspiración, y no sin cierta dosis de emoción, la suerte «del bravo *sans-culotte*, que vive al día del trabajo de sus manos, y está contento si tiene en su arcón un pan de cuatro libras y un vaso de aguardiente». Si el *Père Duchesne* nos presenta al *sans-culotte* feliz en su buhardilla, con su mujer y sus chicos, siempre que tenga pan, «un poco de estofado» y «el trago patriótico para darles vigor cuando están extenuados de fatiga», Chaumette, con más tendencia a lo lacrimógeno, ve al pobre «siempre encorvado bajo el peso agobiante de un trabajo penoso, consumiendo sus días entre penas, para comer por la tarde en una buhardilla un pedazo de pan duro, que por lo general riega con sus lágrimas». Las diatribas contra el lujo, y la definición de un ideal de vida simple y frugal, que se encuentran a veces en los textos, no son simples reminiscencias de Rousseau, sino que explican un determinado nivel de vida y una cierta concepción popular de la existencia. En sus *Entretiens d'un citoyen de Philadelphie... et d'un republicain français*, el empleado Maurin basa la felicidad en las virtudes de la naturaleza: «Entretenidos en la morada del patriota (...). Allí nos encontraremos con costumbres simples, una mesa frugal y una madre que amamanta a su hijo...».

A falta de documentos, es difícil precisar el nivel intelectual del *sans-culotte* medio mucho más que las condiciones materiales de la vida cotidiana.

Muchos militantes, y muchos de los que ocuparon cargos en las secciones, no sabían leer ni escribir. Sublevados en períodos de crisis por la carestía y la miseria, estaban sin embargo impregnados de un cierto número de ideas, que, como ósmosis, circulaban desde las categorías más cultivadas a las categorías más humildes: de este modo se explica que las teorías de Rousseau sobre la soberanía popular se hayan compartido vagamente por hombres que nunca habían leído el *Contrato Social*. En este aspecto, las sociedades populares, que tomaron el relevo a los Jacobinos, jugaron un papel importante; contribuyendo eficazmente a la educación política de la *sans-culotterie*.

* «Philippotins». Philipot, apellido originario de esas dos regiones, productoras de excelentes vinos. Por ello hemos traducido así la palabra francesa «philippotins». El texto tiene un evidente contenido humorista. (N. del R.)

Por ello, la importancia que les concedieron los partidarios de la Montaña y el odio con que les perseguían los reaccionarios tras *thermidor*.

La prensa popular ejerció una influencia mucho mayor de lo que podría suponerse por su tirada, influencia multiplicada a través de la lectura que regularmente se hacía por la tarde en las sociedades populares y en las asambleas generales. Más aún, durante la jornada de trabajo, en las plazas o en el tajo, los trabajadores o los transeúntes se agrupaban alrededor de los lectores públicos. Varlet no fue el único militante que repartió su propaganda desde lo alto de una tribuna rodante. El 15 de octubre de 1793, en el Pont-au-Change, dos oradores subidos en tablados leían hojas patrióticas ante un grupo muy numeroso. Un tal Collignon se denominaba *el lector público de los sans-culottes*. Desde el comienzo de la Revolución leía en las plazas y en los espectáculos un catecismo republicano que había compuesto él mismo. En octubre de 1793, la sección del Arsenal y la sociedad popular de l'Harmonie pudieron, en vista de «la insuficiencia de las prensas para ilustrar al pueblo», «la organización de una publicidad oral, por medio de un periódico hecho especialmente para el pueblo y leído por funcionarios públicos y por los lectores publicistas hasta en los pueblos más pequeños». Aunque la petición de la sección del Arsenal no se tomó en consideración por las autoridades que desconfiaban de los oradores populares, las lecturas no dejaron de continuar en las calles y en los tajos hasta el año III. El primero *prairial* a las diez de la mañana, el cantero Closchangers encaramado en un andamio leía una hoja considerada subversiva a más de cien obreros de las obras del Panteón. Se le detuvo. En una petición de clemencia, sus camaradas declararon que le habían elegido «por su voz y su disponibilidad, para que les leyera todos los días a la hora de la comida el periódico llamado *el Auditeur national* que pagamos todos para ilustrarnos con fraternidad los unos a los otros». En realidad, lo sucedido en las obras del Panteón no era un hecho aislado.

En las calles, por su trabajo o por sus paseos, el *sans-culotte* tenía abundantes ocasiones no sólo de oír la lectura de escritos políticos de actualidad, sino de leerlos él mismo. Los militantes pegaban en las paredes carteles manuscritos. Por ejemplo, en la sección de Chalier, Montain-Lambin pegaba dos veces cada diez días a la puerta del cuerpo de guardia de la sección una hoja manuscrita que, en opinión de los observadores, atraía a muchos lectores. Mucho más que los papeles manuscritos atraían la atención los diversos carteles. Las facciones opuestas abusaron de ellos hasta *germinal*. Los primeros días de *nivôse* se cubrieron las paredes de París con carteles

de Vincent, Rosin, Mazuel y Maillard. Los transeúntes se agolpaban y discutían: de este modo se concretaba la educación política del *sans-culotte*, incluso del más ignorante.

Pero los militantes, o al menos los que tenían una instrucción elemental, ¿leían en su casa? Seguramente poco. Apenas tenían tiempo para ello, ocupados todo el día en su trabajo, y la tarde cogida por la sociedad popular o por la asamblea general. Hébert describe al *sans-culotte* que se levanta al amanecer, *sudando sangre y agua* para dar de comer a su familia, y volviendo a su buhardilla por la tarde tras haber pasado por su sección. «Cena con su apetito de pícaro, y después de su comida deleita a su familia leyendo la *Gran cólera* o la *Gran alegría* del *Père Duchesne*.» El cuadro es beatífico. El *sans-culotte* medio no tenía ni el hábito ni el tiempo de leer con regularidad ni siquiera los periódicos populares. Las actas de las búsquedas llevadas a cabo en el año II y en el año III en casa de los militantes, en raras ocasiones mencionan libros o colecciones de periódicos, todo lo más algunos ejemplares desaparecidos de los periódicos de Marat o de Hébert, o algunos escritos patrióticos. Las lecturas de la mayoría de los militantes no iban más allá de estos escritos de actualidad. Por lo general, ni los más instruidos parecen haber tenido un conocimiento directo del pensamiento filosófico o político del siglo, todo lo más indirectamente por medio de la prensa o los discursos del club de los Jacobinos o de los Cordeliers, recogidos normalmente en las sociedades populares. Con toda probabilidad así fue cómo el pensamiento de Rousseau acabó por penetrar en los militantes más activos y conscientes.

En cuanto a la literatura propiamente dicha, las lecturas de los *sans-culottes* más instruidos no iba más allá del nivel de la de divulgación de noticias. La literatura difundida por los buhoneros, desaparecida totalmente en la actualidad, no dejó de constituir un elemento importante en la formación de la sensibilidad popular y de la cultura nacional. En el siglo XVIII, según el testimonio del propio Malesherbes en su *Mémoire sur la librairie* de 1759, la venta ambulante de libros adquirió una gran extensión, pese a una legislación represiva particularmente severa. Cuando la Revolución dio libertad para la divulgación de noticias, al abolir la censura y al llamar a los *sans-culottes* a la vida política, multiplicó las posibilidades de la literatura de cordel. En el año II, los libros piadosos y en especial las vidas de santos, que constituían una de las secciones tradicionales de esta literatura popular, desaparecieron de las cajas de los buhoneros. Por el contrario, las obras de magia parece que siguen suscitando el mismo interés a juzgar por la aceptación de las *Explications des songes* y los *Arts de tirer les cartes*. Las novelas siguen siendo

numerosas y se multiplican los impresos políticos de actualidad. En los primeros días de *pluviôse* del año II, el comité revolucionario de la Montaña redacta el inventario del equipaje del buhonero Buy, aprehendido en una requisita. La literatura artística está representada por las *Obras* de Racine, la *Pucelle d'Orleans*, *Les Liaisons dangereuses*, *Tom Jones ou l'enfant trouvé*; estas obras iban dirigidas a una clientela más cultivada, burguesa. *Le Souterrain ou Mathilde*, el *Conte du tonneau* indican una literatura específicamente popular, novelesca o satírica. Un *Moyen de parvenir* entronca con los métodos de vencer la miseria o con las sentencias del bonachón Richard, que alimentaron abundantemente la literatura de cordel a finales del siglo XVIII. En relación con la actualidad política figura un *Poème pour la Révolution* y dos panfletos cuyo título no se precisa. Tal abanico de títulos prueba suficientemente que la literatura de cordel se extendía desde las distintas categorías de la *sans-culotterie* y de la pequeña burguesía dotada de una cierta cultura hasta las capas populares propiamente dichas.

La sencillez de su existencia diaria fue idealizada por los *sans-culottes*. Hicieron de ella un sistema de vida, en cuyo nombre condenaron a cuantos no la compartían. El *sans-culotte* militante es moralizador por vocación y se presta a confundir su modo de vida con la práctica de las virtudes republicanas. Para él las virtudes privadas son el fundamento de las virtudes públicas: unas y otras se unen en el patriotismo. «Para ser un hombre de bien —explica el *republicano francés* al *ciudadano de Filadelfia*— es preciso ser buen hijo, buen esposo y buen padre, en una palabra, reunir todas las virtudes públicas y privadas», «entonces se tendrá la auténtica definición de la palabra *patriotismo*».

Los militantes no se contentaron con estas definiciones roussonianas. Chaumette despotricaba contra el vicio en el Consejo General de la Comuna y se comprometía a purgar París. La sociedad de los Republicanos-Revolucionarios pidió el 16 de septiembre de 1793 que las mujeres públicas fueran recogidas en casas nacionales, donde el aire sería saludable, estarían ocupadas en las labores de su sexo, y dos veces al día se les harían lecturas patrióticas, «y, finalmente, habría que ocuparse de purificarles en lo físico y en lo moral». En una petición a la Convención, la sección de las Tuileries pide una ley represiva contra las casas de juego y de libertinaje: «Las costumbres son el apoyo más firme de la República; sin costumbres no hay policía; sin policía no hay seguridad; sin seguridad no hay libertad.» Durante el Terror, los hombres *sin costumbres* fueron clasificados normalmente

como los sospechosos, porque las buenas costumbres, según una denuncia de septiembre de 1793, constituían las *bases principales* de la República. El 25 *ventôse*, el comité revolucionario de la sección del arrabal Montmartre decidió la detención de un tal Hautavoine por ser hombre «sin buenas costumbres, sin delicadeza, y, finalmente, un inmoral, que en buena medida se mantiene de sus hijas que llevan una vida escandalosa». Montain-Lambin, en el panfleto manuscrito que fijaba a la puerta del cuerpo de guardia de la sección de Chaliert, se proponía el objetivo de «instruir a todos los ciudadanos acerca de sus deberes»; atacaba en especial a los borrachos, advirtiéndoles que «el que busca perder su razón no es digno de ser un republicano», y a las «muchachas alegres». La hoja tenía mucho éxito. Estos discursos moralizantes sobre la virtud, más que de una corrupción general, expresaban la sencillez y dignidad de la existencia popular, sistemáticamente vivida por los militantes. Hébert ha dejado, esparcidos en sus escritos, breves cuadros de la vida familiar que debía ser la de la mayoría de los *sans-culottes*. «Al entrar por la tarde en su buhardilla, su mujer se le echa al cuello, y sus pequeños muñecos vienen a acariciarle.» Las humildes cartas de Ducroquet a su mujer dan testimonio de una vida familiar llena de ternura y de dignidad en medio de su desnudez.

Vida digna, pero sin prejuicios sociales. Eran frecuentes las uniones libres. Algunas se regularizaban tras el nacimiento de un hijo; muchas no llegaban a estarlo nunca. El número de hijos naturales registrados en el Hospicio de l'Humanité en el año II, antes Hôtel-Dieu, es muy importante. El 13 de octubre de 1793, ante la asamblea general de la sección de Bondy, se presentaron Etienne Pascal, oficial herrero, de veintiséis años, y Marie-Louise Buffin, de diecisiete años, «unidos desde hace dieciocho meses por los lazos de afecto más tierno y con un hijo bautizado con sus nombres respectivos, que procedía del libre comercio en el que habían vivido desde hacía tiempo», iban a hacer constatar «la autenticidad de su amor», para lo cual no tenían más título que «la promesa libre, formal y recíproca que les comprometía a ambos». La asamblea general, «por respeto a las buenas costumbres y al sentimiento más respetable de la naturaleza», ordenó transcribir en sus registros esta declaración. No obstante, ese fue un caso excepcional. Esta simple declaración ante sus conciudadanos se estimaba tan superflua como las formalidades legales del matrimonio. En una petición por la igualdad de derechos entre los hijos naturales y legítimos en materia de sucesión, un *sans-culotte* que pretendía ser maestro albañil se declara con ostentación «hijo bastardo por su padre, y padre de seis hijos cuya madre nunca ha estado casada, lo que

no impide que la familia vaya bien y que los chavales crezcan como si el notario y el cura hubieran pasado por allí».

La insistencia de los *sans-culottes* en reclamar iguales derechos para los hijos naturales y para las mujeres ilegítimas demuestra la importancia de las uniones libres en las clases populares. La sección del Bon-Conseil se quejó a la Convención de la ley sobre las ayudas a las familias de los soldados: «Nada ha dicho sobre esos seres interesantes a quienes un bárbaro prejuicio ha hecho considerar hasta ahora como ilegítimos. Se calla igualmente sobre las ciudadanas a quienes un sentimiento de ternura ha hecho fecundas, antes de haber cumplido el precepto de la ley, es decir, que han omitido la formalidad que requiere la ley para autorizar la unión.» Con todo, en el año II las autoridades de las secciones no hicieron en la práctica distinción ninguna entre las mujeres y los hijos, legítimos o no. El 20 *messidor* del año III, un miembro de la comisión de ayudas a las familias de los soldados, de la sección de la Maison-Commune, señaló que varias resoluciones de la asamblea concedían ayudas «a ciudadanas que no están unidas por los lazos de un matrimonio legítimo con ciudadanos que están en las fronteras», pero las *gentes honradas* se impusieron y, con ellas, la moral tradicional ya que la asamblea prohibió a su comisión otorgar ayuda ninguna a las mujeres «que no justificaran un matrimonio legítimo».

La falta de prejuicios sociales entre los *sans-culottes* iba ligada a un cierto sentido de la solidaridad. La palabra aún está lejos de su contenido actual; no obstante no faltan ejemplos de esta virtud cívica que, en la mentalidad popular, era la consecuencia de la fraternidad. Algunos practicaban la beneficencia, una nueva forma de la caridad, como Jacques Roux en la sección de los Gravilliers o Montain-Lambin que en la sección de Beaurepaire se había erigido como *el hombre de la beneficencia general*, distribuyendo ayudas y hasta alojamientos, pero los *sans-culottes* tenían el sentimiento de la responsabilidad mutua que les unía. En las múltiples colectas, de las que no todas tenían un fin puramente patriótico, dan más en proporción que los ciudadanos más acomodados. Ahí radica un motivo suplementario de queja contra los ricos. La solidaridad activa de los *sans-culottes* entre sí se manifestó frecuentemente a través de la adopción. El 16 de octubre de 1793 la sección de la Montagne adoptó un huérfano cuyo padre había ido a luchar, una mujer se ofreció a encargarse de él, y la asamblea se lo entregó con toda confianza. La sección de los Droits-de-l'Homme adoptó, el 30 *frimaire* del año II, al hijo de un capitán muerto en La Vendée, cuya madre acababa de morir. Françoise Ravinet, posadera, conocida por su participación en todas las jornadas revolucionarias hasta *prairial* del año III, y madre de cuatro niños de

corta edad, no dudaba en encargarse de un quinto *por adopción y humanidad*. Se esbozaba una nueva moral.

Por su comportamiento cotidiano y su mentalidad, por sus aspiraciones sociales y políticas así como por sus organizaciones, los militantes de las secciones constituyen una fuerza autónoma en el movimiento revolucionario. Las movilizaciones ante las crisis de subsistencias multiplicaba su poder. El Gobierno revolucionario y la hegemonía burguesa se encontraban amenazadas. Es indudable que el *sans-culotte* está próximo al jacobino por algunos rasgos. Como él, lleva la pasión política hasta el fanatismo; en su mismo sectarismo encuentra la fuerza heroica que le lleva hasta el último sacrificio. Su pasión por la unidad es también muy grande. Aunque en algunas ocasiones su comportamiento parece anárquico, el individualismo le es ajeno. En medio de la Revolución, que ha destruido órdenes, cuerpos y comunidades, el *sans-culotte*, igual que el jacobino, recupera el espíritu de partido y le da un calor humano; sus *hermanos y amigos* de la sociedad popular y de la asamblea general forman su entorno familiar. El militante *sans-culotte* vive en grupo y actúa en masa.

En último extremo, la pasión por la igualdad aparece como el rasgo distintivo del *sans-culotte*, la *igualdad de hecho*, complemento necesario de la igualdad de derecho. Es ella sobre todo la que sostiene su espíritu revolucionario y le levanta contra la aristocracia y después contra la burguesía. Esta pasión igualitaria distingue al *sans-culotte* no solamente del girondino y del moderado, sino también del partidario de la montaña, e incluso, del jacobino, igualmente preocupado por la jerarquía social. Por ello, el *sans-culotte* recuerda al nivelador, pero preñuncia al repartidor.

Pero, ¿estaban los tiempos maduros para una democracia social?

Capítulo 7

CONCLUSIÓN: MOVIMIENTO POPULAR Y GOBIERNO REVOLUCIONARIO. A MODO DE BALANCE

Contradicciones políticas: Gobierno revolucionario y Gobierno directo, democracia liberal y democracia popular.—Contradicciones sociales: libertad económica y economía dirigida, productores y asalariados, defensa nacional y reivindicaciones populares.—Las contradicciones de la sans-culotterie: artesanos y tenderos, oficiales y jornaleros.—Las consecuencias del máximo.—Ausencia de conciencia de clase.—La degeneración del movimiento popular: el desgaste físico, el cansancio psicológico, el esfuerzo de guerra, la burocratización de los cuadros.—La Revolución burguesa no hubiera triunfado sin el movimiento popular.

En último extremo, el 9 *thermidor* constituye un episodio trágico del conflicto de clases en el seno del antiguo Tercer Estado. Pero para situarlo en su punto exacto, no se puede olvidar que la Revolución es fundamentalmente una lucha del Tercer Estado en conjunto y la aristocracia europea. En esta lucha la burguesía francesa tenía vara alta: ¿Cómo podía ser de otra forma? El Gobierno revolucionario, nacido de la unión entre la burguesía de la Montaña y la *sans-culotterie* parisina, tenía como razón de ser la defensa de la Revolución contra la aristocracia en el interior y en el exterior del país. Es obvio que la Revolución puso a la burguesía a la cabeza del país y que los partidarios de la Montaña no tuvieron nada que objetar.

En su pensamiento esa era sin duda una consideración sin interés práctico. Volcados únicamente en la victoria, los partidarios de la

Montaña y en especial los seguidores de Robespierre comprendían que el Tercer Estado debía permanecer unido como en 1789. Debido a eso su alianza con los *sans-culottes*, que por sí sola hizo posible la instauración del Gobierno revolucionario en el verano de 1793. Por eso también, hasta la primavera de 1794, la condición de árbitro de este Gobierno, para repartir lo mejor posible los sacrificios necesarios y frenar la resistencia burguesa y el movimiento popular al mismo tiempo cuando amenazaban la política de defensa nacional.

En lo fundamental, odio a la aristocracia y voluntad de victoria, los *sans-culottes* parisinos estaban de acuerdo con el Gobierno revolucionario. Y ahí se quedaron en todo caso, aunque el 13 *vendémiaire* y el 18 *fructidor*, ahogando su legítimo rencor, algunos de ellos ayudaron a la burguesía thermidoriana a aplastar la contra-revolución. Sin embargo, el enfrentamiento entre Gobierno revolucionario y *sans-culotterie parisino*, se manifestó rápidamente. El que este enfrentamiento se produjera a causa de las consecuencias de la guerra, no ocultaba el hecho de que las tendencias de estas dos categorías sociales diferentes, eran irreductibles.

En el plano político, la guerra exigía un Gobierno autoritario, y los *sans-culottes* tenían plena conciencia de ello puesto que contribuyeron a su creación. Pero, por lo mismo, la guerra y sus exigencias entraron en contradicción con la democracia que pedían los partidarios de la Montaña y los *sans-culottes*. Además la democracia, tal como la practicaban los *sans-culottes*, tendía espontáneamente al gobierno directo cuyo ejercicio parecía incompatible con la conducción de la guerra. Los *sans-culottes* habían reclamado un Gobierno fuerte que aplastara a la aristocracia sin darse cuenta de que, para vencer, este Gobierno se vería obligado a hacerles obedecer y a meterles en cintura.

Por otra parte, su ideal político, expresado confusamente en las luchas revolucionarias, llevaba a los *sans-culottes* no a la democracia liberal tal como la concebía la burguesía, sino a la democracia popular. El control de los elegidos, el derecho del pueblo a revocar su mandato, y algunos procedimientos como el voto en alta voz o por aclamación, son otros tantos rasgos que demuestran que los militantes seccionarios no tenían intención de contentarse con una democracia formal. Su lucha pretendía dar un contenido a lo que en su origen era sólo una idea; imaginaban la República como una democracia en acción. Para los más conscientes, la libertad y la igualdad no se dan de una vez por todas, sino que se conquistan cada día; la libertad se convirtió en liberación, y la igualdad en conquista social. Este era el modo de realizar la felicidad común, que todos apuntan como el fin de la sociedad. Más que un enfrentamiento de circunstancias, en este terreno existía una contradicción fundamental entre burguesía y *sans-*

culotterie parisina, y entre militantes de las secciones y Gobierno revolucionario.

En el plano económico y social, la contradicción era también insuperable. Robespierre y muchos otros partidarios de la Montaña afirmaron que no se gobernaba igual en tiempo de guerra que en tiempo de paz, afirmación válida no sólo desde el punto de vista político sino también en el plano económico. El enfrentamiento de intereses entre los poseedores, que aceptaban sostener al Gobierno revolucionario, y los asalariados que habían ayudado a instituirlo, exigían que el Gobierno revolucionario, necesitado de unos y de otros, tomara una postura de árbitro.

Fieles a la economía liberal, los hombres del Comité de Salvación Pública no emprenden el camino de la economía dirigida con un propósito deliberado. Se resignan a ella sólo porque no pueden prescindir de la tasa y la requisa para sostener una gran guerra nacional; pensaron en estos medios como meros expedientes y sólo hasta la victoria. La revolución que dirigían, por muy democrática que hubiera llegado a ser, seguía siendo una revolución burguesa. Desde este punto de vista, hubiera sido absurdo tasar los productos sin tasar los salarios que influían en los precios de costo; al Gobierno se le impuso la necesidad de mantener un cierto equilibrio entre los dueños de las empresas de quienes no podía prescindir y los asalariados.

Por otra parte se comprobó que una economía dirigida era necesaria con el fin de evitar el hundimiento de la moneda. Para mantener el valor asignado dentro de unos ciertos límites pese a la inevitable inflación (el Gobierno no podía soñar con un saneamiento monetario en época de guerra), era preciso mantener el máximo para los salarios, pero también para los productos. Si el Gobierno toleraba el aumento de los salarios, le era preciso también aumentar los precios de los suministros para la defensa nacional y las industrias de guerra, desde el momento en que no tenía intención de tocar la propiedad privada ni los beneficios, hipótesis absurda desde el punto de vista histórico por tratarse de una revolución burguesa. Pero el Comité de Salvación Pública aceptaba la tasa con el fin de proveer a la defensa nacional financiada por el Estado, sin desencadenar un ciclo *infernal* entre los precios y beneficios y los salarios que hubiera a su vez generado una inflación desenfrenada. El asignado se hubiera arruinado y hubiera arrastrado consigo al Gobierno.

Esta política suponía el mantenimiento de la alianza entre los partidarios de la Montaña y los *sans-culottes*. Ahora bien, contrariaba a la burguesía, incluso a la jacobina, porque suprimía la libertad económica y restringía el beneficio. Al menos, la burguesía jacobina apoyaba la defensa revolucionaria y aceptaba la dictadura de los Comités. Pero,

excepto para las producciones de guerra pagadas por el Estado y para los granos y forrajes requisados al campesino, artesanos y tenderos, incluso jacobinos, burlaban el máximo; el conflicto con los asalariados era, pues, inevitable.

Ante la inflación y las insuficiencias del abastecimiento, los *sans-culottes* se aferraban, igual que en el Antiguo Régimen, a la relación entre precios y salarios. Cuando imponían la requisa y la tasa, no pensaban solamente en la defensa nacional; pensaban mucho más en su propia subsistencia. Por otra parte, los trabajadores propendían, naturalmente, a sacar partido de la relativa escasez de mano de obra, para aumentar los salarios sin tener en cuenta los precios. Desde el otoño a la primavera del año II, al ser los *sans-culottes* dueños de París o, cuando menos, temidos por la Convención, pudieron conseguir aumentos de salarios que la Comuna hebertista, en contra de la ley, no ajustó a la tasa. La amenaza que esta medida supuso para el asignado y el creciente descontento de la burguesía hicieron que el Gobierno interviniera.

A partir de *germinal*, el Gobierno revolucionario enderezó la situación de las empresas cuyo beneficio tendía a reducirse cogidas como estaban entre la tasa y el aumento ilegal de los salarios. Números decretos del Comité de Salvación Pública fijaron los aumentos de precios en relación con los cuadros del máximo de *ventôse*, pese a la ley. Estos aumentos no hubieran surtido efecto si los salarios hubieran continuado creciendo. De ahí la resolución de la Comuna robespierrista del 15 *thermidor*, que, no obstante, sólo se refería a los salarios de París. Pero desde *prairial*, el Comité había provocado, con vistas a la cosecha, una intervención de los distritos en relación con los salarios de los obreros agrícolas. Al hacerlo, sin embargo, la Comuna se volvía atrás en las ventajas adquiridas por los asalariados y parecía a sus ojos abandonar la posición mediadora que hasta el momento había sido la del Gobierno. La economía dirigida del año II no reposaba sobre una base de clase, se apoyaba en falso. Tras el 9 *thermidor*, el edificio se hundió.

Ni que decir tiene que, en una sociedad de estructura burguesa, el arbitraje del Comité lógicamente aprovechaba a los poseedores más que a los asalariados. Aquellos podían eludir la tasa en la medida en que producían para los consumidores privados. No hay duda de que los robespierristas hubieran puesto orden en todo ello de haber podido. Los artesanos y los comerciantes, obviamente, hubieran abusado menos de los consumidores, si no hubieran faltado las materias primas en los talleres ni los artículos de primera necesidad en las tiendas, porque la venta les habría garantizado un beneficio juzgado suficiente. Oficiales y jornaleros habían sostenido siempre que, para respetar su

derecho a la vida, los precios debían permanecer en relación con los salarios; se habrían resignado, sin duda, al máximo, solamente con la seguridad de obtener lo necesario para vivir.

Pero al Gobierno revolucionario le faltaban los medios para armonizar la oferta y la demanda de las mercancías y de los artículos de primera necesidad. Las condiciones de la producción y de los transportes distaban mucho de ser suficientes porque ni la concentración de capital, ni la racionalización, ni la mecanización del trabajo los habían modernizado. El Gobierno chocó con las estructuras económicas de la época; la guerra agravó además las condiciones del abastecimiento. La economía dirigida del año II encontró dificultades insuperables para el aprovisionamiento de ganado y de productos agrícolas. ¿No había que cuidar al campesino? Incluso para el pan, la insuficiencia de los medios de transporte constituía un obstáculo, lo mismo que la carencia de toda concentración de los transportistas que el capitalismo habría de llevar a cabo más adelante.

Así pues, el Gobierno revolucionario se limitó a garantizar el aprovisionamiento de pan a la población de París, sin llegar a la creación de una cartilla para toda la nación; en todo lo demás, se remitió a las autoridades locales y a los consumidores para obligar a productores y comerciantes a proveer el mercado observando el máximo. La requisa siguió estando estrictamente reservada a beneficio del Ejército. Los *sans-culottes* parisinos que perdieron sus ventajas exigieron aumentos de salarios y recurrieron a la huelga, pero los Comités se la prohibieron, como lo había hecho siempre el Antiguo Régimen. En consecuencia, la incapacidad de la economía artesanal para adaptarse a una gran guerra nacional introdujo una contradicción insuperable entre el Gobierno revolucionario y el movimiento popular que le había llevado al poder.

Las contradicciones propias de las *sans-culotterie* parisina condujeron a la ruina todo el sistema del año II, tanto como los antagonismos entre Gobierno revolucionario y movimiento popular.

Existía una contradicción social entre Jacobinos, reclutados casi únicamente en las filas de la pequeña, media e incluso gran burguesía, y *sans-culottes*, si admitimos como Petion que estos últimos sólo comprendían jornaleros y oficiales. Pero no se puede identificar a *sans-culottes* y asalariados, aunque estos últimos constituyeran el elemento más numeroso de la *sans-culotterie*. La realidad era más compleja. La *sans-culotterie* no constituye una clase, ni el movimiento *sans-culotte* un partido de clase. Artesanos, tenderos y comerciantes, oficiales y jornaleros formaron una coalición con una minoría burguesa que, fren-

te a la aristocracia, desplegó una fuerza irresistible. Pero en el propio interior de esta coalición, se mantuvo la oposición entre los que, como maestros artesanos y comerciantes, gozaban de los beneficios que obtenían de la propiedad privada de los medios de producción, y los que, como oficiales y jornaleros, sólo disponían de un salario.]

La aplicación del *máximum* hizo estallar la contradicción. Artesanos y tenderos consideraban acertado y justo que se obligara a los campesinos a alimentar a los ciudadanos; pero se indignaron cuando a ellos también se les sometió al *máximum*. Los oficiales no se quedaron atrás. La leva en masa y la guerra civil hacían escasear la mano de obra, de lo que se siguió un alza de los salarios; puesto que los productores y los intermediarios no respetaban la tasa, ¿por qué los obreros iban a ser las víctimas? La necesidad de la lucha revolucionaria había soldado la unidad de la *sans-culotterie* parisina y alejado de momento a un segundo plano los conflictos de intereses que enfrentaban a sus diversos elementos, pero era imposible suprimirlos.

Algunos rasgos de mentalidad social venían a añadir complicaciones al juego de los intereses y de los enfrentamientos. Las contradicciones de la *sans-culotterie* no se identificaban exactamente con las dimanantes de la distinción entre poseedores y productores por una parte, y asalariados por otra. Entre estos últimos, se contaban en especial hombres que pertenecían al grupo de maestros, empleados, enseñantes, etcétera, que, por su modo de vida, se consideraban burgueses y no tenían intención de mezclarse con el *pueblo bajo*, aunque abrazaran su causa. Por otra parte, muchos burgueses propiamente dichos se adornaban con el nombre de *sans-culottes* y actuaban como tales.

Los *sans-culottes*; de extracción social heterogénea, no podían, por consiguiente, tener conciencia de clase. Se mostraban hostiles en general al nuevo modo de producción, pero no todos por los mismos motivos. Al maestro artesano le aterrorizaba verse reducido a la condición de asalariado, el oficial odiaba al acaparador que le encarecía la vida. Si nos fijamos sólo en los oficiales, sería anacrónico atribuirles una conciencia de clase; su mentalidad estaba conformada básicamente por los maestros artesanos. La concentración capitalista que reúne a los trabajadores dentro y fuera de la fábrica, aún no había provocado en ellos esa proximidad psicológica tan favorable para el despertar de la conciencia de clase y el contagio mental que la hace brotar impetuosamente.

No obstante, aunque no se descubra ninguna conciencia de clase en las filas de la *sans-culotterie*, no se puede negar la existencia de un cierto sentido de clase entre los asalariados. Sometidos a sus maestros, se consideraban como un grupo especial, distintos de ellos no sólo por

el trabajo manual y su puesto en la producción, sino también por el vestido, la comida, y en especial la vivienda, diversiones y costumbres. También por la falta de instrucción cuyo monopolio detentaban los privilegiados por nacimiento y fortuna; ello producía en las filas populares un complejo de inferioridad y a veces de impotencia. Los militantes populares se enfrentaban con frecuencia a los *hombres de talento*, pero ambicionaban, igual que ellos, ser dueños de su destino.

Formada por elementos diversos, y sin llegar a constituir una clase, desprovista por ello de conciencia de clase, la *sans-culotterie* parisina careció en todo momento, pese a algunas tímidas tentativas de coordinación, de un instrumento eficaz de acción política; nunca dispuso de un partido estrictamente disciplinado, de base clasista y rigurosamente depurado. El mismo rasgo sin duda caracterizaba al Gobierno revolucionario, tampoco los jacobinos formaban una clase. Todo el régimen del año II se asentaba sobre una concepción intelectualista de la democracia política; de ahí su debilidad. Sus consecuencias fueron especialmente duras para el movimiento popular.

Numerosos militantes hicieron un esfuerzo serio para disciplinar las asambleas generales y las sociedades populares, pero en muchas secciones los dirigentes agravaron el mal con sus disputas por el poder, y en algunas ocasiones con sus abusos cuando lo detentaron. Por lo que se refiere a la masa, aparte de su odio a la aristocracia y los medios radicales que proponía contra ella, en especial la masacre, no parece que estuviera dotada de un gran sentido político. Esperaba, de forma confusa, ventajas de la Revolución. Reclamó el *máximum*, no tanto para defender el asignado y garantizar las producciones de guerra, sino porque con la tasa y la reglamentación esperaba mantener su nivel de vida. Cuando se dio cuenta de que en muchos aspectos la economía dirigida no llevaba a nada, renunció a ella por nuevas reivindicaciones. ¿Hubieran renunciado los *sans-culottes* parisinos a exigir aumentos de salarios, si (hipótesis absurda) poseedores y productores hubieran respetado el *máximum* de forma que no se aumentara el beneficio juzgado como razonable por el Gobierno revolucionario? Nada hay menos seguro. La guerra exigía sacrificios; no aprovechar las circunstancias que la guerra engendraba para aumentar sus ventajas personales, era uno de ellos.

En este sentido el 9 *thermidor* fue una jornada totalmente engañosa para los *sans-culottes*. Descontentos del Gobierno revolucionario, no comprendieron la amenaza que su caída representaba para ellos. «¡Que se j... el *máximum*!» Diez meses después, agotados por la carestía y la escasez, sopesaron lo que habían perdido y reclamaron la vuelta a la economía dirigida rebelándose por última vez para ser destruidos y barridos definitivamente de la escena de la historia.

Las contradicciones internas de la *sans-culotterie* no son las únicas causas de esto. La degeneración del movimiento popular estaba inscrita en la propia marcha dialéctica de la historia. Los sordos ataques de los comités y el esfuerzo constante del Gobierno revolucionario, el drama de *germinal* y la desafección que le siguió, no pueden explicar por sí mismos la debilidad del movimiento popular. Tenía que apaciguarse forzosamente, porque su desarrollo, y su triunfo posterior, potenciaron los factores que finalmente contribuyeron a su ruina.

Y en primer lugar por una razón de tipo biológico. La mayoría de los militantes de las secciones estaban en pie desde el 14 de julio de 1789 y habían participado en todas las insurrecciones. Tras el 10 de agosto su actividad se había intensificado. El entusiasmo y la excitación de las grandes jornadas revolucionarias producían una fatiga nerviosa, que empalmaba, tras la victoria, con el desgaste cotidiano de la vida militante. Cinco años de luchas revolucionarias desgastaron al personal de las secciones que encuadraba al movimiento popular. Los militantes de base, siempre en la brecha, no podían escapar a este cansancio físico que en diversas ocasiones indujo a los dirigentes de la Revolución a retirarse momentáneamente de la escena política, como fue el caso de Robespierre en *messidor*. Él mismo había dicho que, cuando la guerra se prolonga, «el pueblo se fatiga». El movimiento popular perdió en ella parte de su vigor y agresividad.

También por una razón de orden sicológico y de circunstancias. El fin de la guerra civil, la detención de la invasión, y, finalmente, la victoria hicieron que la tensión pareciera superflua. Estas razones eran válidas para el pueblo y para la burguesía, aunque esta última tuviera otras, como el fin del Terror, aunque no fue su único motivo, también le afectó hondamente el final de la economía dirigida y el que el Gobierno y la administración volvieran a estar en manos de los notables. Desde este punto de vista no se puede interpretar la apertura de un registro por la sección de la Montaña, para inscribir las nuevas adhesiones a la Constitución, como una simple maniobra: el Acta constitucional de junio de 1793 simbolizaba la democracia social de cara a muchos militantes que no habían cesado de reclamar el derecho a la asistencia y a la instrucción. En cuanto a la masa, reivindicaba ante todo su derecho a la vida. La victoria, por fin real, era si no la abundancia, al menos un abastecimiento más fácil, y el pan diario seguro. La victoria desmovilizaba el movimiento popular.

En cambio, como consecuencia del esfuerzo de la guerra, la *sans-culotterie* parisina se debilitaba de mes en mes. La leva de los 300.000 hombres, el reclutamiento para la Vendée, y después contra el Eure, la

leva en masa y la formación del Ejército revolucionario habían quitado a la vida militante una parte muy significativa de patriotas: los más jóvenes, los más propensos a la acción, normalmente los más conscientes y los más entusiastas para quienes la defensa de la patria era el primer deber cívico. Sería extraordinariamente útil para medir la vitalidad del movimiento popular poder cifrar con exactitud la punzada que suponían los diversos alistamientos. Si el estudio del conjunto se hace imposible, al menos algunos documentos dan una idea de esta pérdida de fuerzas vivas que sufrieron las secciones parisinas en 1793. En la sección de Piques, en la que se censaron 3.540 votantes de veintiún años en adelante en el año II, se enrolaron para la Vendée 233 voluntarios solamente del 3 al 17 de mayo de 1793: en especial *sans-culottes* en la flor de la edad. El 17 de julio de 1793 la sección de Finistère señala que su fuerza armada se compone de doce compañías, «pero tan consumidas por los ciudadanos enrolados, tanto en el ejército regular como en los voluntarios, que sólo quedan 942 hombres de dieciocho a cuarenta años». Esta sección tenía 12.000 habitantes aproximadamente, y, en el año II, se habían censado 3.783 votantes de más de veintiún años. El estallido de los hombres capaces de empuñar las armas en las secciones en julio de 1793 ilustra la inflexión que se ha producido en las fuerzas seccionarias. Los hombres de más de cincuenta años e incluso de sesenta constituyen una parte importante del efectivo de las compañías. De los 3.231 hombres de la sección del Quatre-Vingt-Douze, 767 (un 23,7 por 100) tienen más de cincuenta años. En la sección de Arcis las compañías agrupaban a 2.986 hombres, «de los que habría que excluir la cuarta parte» compuesta por hombres de más de sesenta años. Como consecuencia de los alistamientos, el movimiento popular se veía afectado por el envejecimiento. Resulta fácil imaginar las consecuencias ineluctables de todo ello sobre el entusiasmo revolucionario y el ardor combativo de las masas parisinas.

Finalmente, como una consecuencia dialéctica del éxito popular, la *sans-culotterie* vio cómo se deshacían sus cuadros. Muchos militantes de las secciones, aun cuando no se movieran sólo por ambición, consideraban la obtención de un puesto como la legítima recompensa de su actividad militante. Por otra parte, la solidez del movimiento popular se conseguía a este precio; la satisfacción de los intereses personales coincidían en este caso con las necesidades de la depuración. Pero, en tal caso, del éxito nace un nuevo conformismo. El ejemplo de los comisarios revolucionarios ilustra esta evolución. Desde el comienzo constituyeron el elemento más combativo del personal político de las secciones. Surgidos de las capas más populares de la *sans-culotterie*, era necesario, para el propio éxito de la Revolución, que fueran asalariados. El temor de perder las ventajas adquiridas tanto

como el fortalecimiento del Gobierno revolucionario, hizo de ellos rápidamente unos instrumentos dóciles en manos del poder. Durante todo el año II muchos militantes se transformaron por este sistema en empleados. Este proceso deriva necesariamente no sólo de la evolución interna de la *sans-culotterie* parisina, sino también de la profundización de la lucha de clases en el interior y en las fronteras. Los elementos más conscientes de la *sans-culotterie* accedían al aparato del Estado; automáticamente la actividad política de las secciones se encontraba cada vez más paralizada, si tenemos en cuenta las necesidades crecientes de la defensa nacional. Al mismo tiempo se debilitaba la democracia en las secciones y el proceso de burocratización producía la parálisis del espíritu crítico y de la actividad de las masas de forma gradual. De todo ello resultó, finalmente, una inflexión del control del poder popular sobre el aparato del Gobierno revolucionario, cuyas tendencias autoritarias se reforzaron. Esta esclerosis burocrática privó a la *sans-culotterie* parisina de una buena parte de sus cuadros.

Estas consideraciones diversas, que pueden valer para otras muchas circunstancias diferentes de las del año II, explican el debilitamiento del movimiento popular que le precipitó a su ruina.

No obstante, no se puede establecer un balance puramente negativo del movimiento popular en el año II. Sin duda, le era imposible conseguir sus propios fines como aquella república igualitaria y popular a la que confusamente aspiraban los *sans-culottes* porque las circunstancias de la época y sus propias contradicciones lo impedían. A pesar de ello, el movimiento popular contribuyó positivamente a hacer avanzar la historia, por medio de la ayuda decisiva que aportó a la revolución burguesa.

Sin la *sans-culotterie* parisina, ésta no se hubiera impuesto de una manera tan radical. Desde 1789 al año II, los *sans-culottes* constituyeron el instrumento más eficaz de la lucha revolucionaria y de la defensa nacional. El movimiento popular permitió en 1793 la instauración del Gobierno revolucionario y por consiguiente la derrota de la contrarrevolución en el interior, y de la coalición en el exterior. Los Termidorianos se aprovecharon de la victoria; si no supieron obtener la paz, fue porque el abandono de la economía dirigida y la desmoralización de las tropas, privadas de todo, paralizaron el Ejército y dieron tiempo al enemigo para preparar nuevas campañas. En contraste con todo ello se aprecia mucho mejor la obra del Gobierno revolucionario y la importancia del movimiento popular del año II.

Si ampliamos la perspectiva, su acción en la historia no es menos. Su triunfo, durante el verano de 1793, significó la institucionalización

pública del Terror, cuyos terribles golpes completaron la destrucción de la antigua sociedad. La alta burguesía del Antiguo Régimen, basada en el capital comercial y ligada en una cierta medida al sistema social y político de la aristocracia feudal, no fue perdonada. La *sans-culotterie* artesanal y tendera, cuyos dirigentes eran pequeños productores independientes (como lo demuestra el análisis del personal de los comités revolucionarios parisinos), constituyó en el año II el elemento más eficaz en la lucha para destruir los antiguos modos de producción y las relaciones sociales que de ellos derivaban. *Thermidor* produjo una reacción en el plano económico así como en el político; para estas fechas, el Terror había despejado el campo para la instauración de nuevas relaciones de producción. En la sociedad capitalista que surgió de la Revolución, la industria iba a dominar al comercio; el capital comercial contra el que se había enfrentado tan encarnizadamente la *sans-culotterie* parisina en el año II, ya nunca más tuvo una existencia independiente, quedando subordinado en adelante al único capital productivo, el capital industrial.

En cuanto a los propios *sans-culottes*, la evolución económica acabó de diferenciar sus filas. Entre los pequeños y medianos productores comerciantes, que habían formado los cuadros del movimiento popular en 1793 y en 1794, unos tuvieron éxito y se convirtieron en capitalistas industriales, otros fueron eliminados y pasaron a engrosar las filas del asalariado. Algunos siguieron vinculados al artesanado y al pequeño comercio. La libertad económica aceleró la concentración de las empresas, transformando las condiciones materiales de la vida social, y alterando al mismo tiempo la estructura de las clases populares tradicionales. Maestros y oficiales presentían el riesgo que iban a correr (porque, por un maestro convertido en industrial, ¿cuántos fracasaban?), los últimos sabían que las máquinas aumentaban las posibilidades del paro, los primeros que la concentración capitalista llevaba consigo el cierre de sus talleres y su propia transformación en asalariados. Durante todo el siglo XIX artesanos y tenderos se aferraron fuertemente a su condición. Desde esta perspectiva sería interesante precisar qué participación le correspondió al proletariado propiamente dicho desde las jornadas de junio de 1848 a la Comuna de 1871, y cuál fue la parte de las categorías populares de tipo tradicional. Sería una buena medida de su decadencia al compás del triunfo del capitalismo industrial, subrayando además una de las causas de la debilidad de las tentativas revolucionarias del siglo XIX.

Resalta una vez más, a través de sus últimas consecuencias, el carácter dramático de la lucha de clases del año II, quedando, al mismo tiempo, perfilados nítidamente los rasgos originales de nuestra historia nacional contemporánea.

1. Sección de las Tuileries (de 1790 al año IV).
2. Sección de Champ-Élysées (de 1790 al año IV).
3. Sección de Roule (de 1790 a octubre de 1792), de la République (de octubre de 1792 al 30 prairial del año III), de Roule (del 30 prairial del año III al año IV).
4. Sección del Palais-Royal (de 1780 a agosto de 1792), de Butte-des-Moulins (de agosto de 1792 a agosto de 1793), de la Montagne (de agosto de 1793 al 21 frimaire del año II), de Butte-des-Moulins (del 21 frimaire del año III al año IV).
5. Sección de Place-Vendôme (de 1790 a septiembre de 1792) de Piques (septiembre de 1792 al 5 prairial del año III), de Place-Vendôme (del 5 prairial del año III al año IV).
6. Sección de Bibliothèque (de 1790 a septiembre de 1792), del Quatre-Vingt-Douze (de septiembre de 1792 a octubre de 1793), de Lepeletier (de octubre de 1793 al año IV).
7. Sección de Grange-Batelière (de 1790 a agosto de 1792), de Mirabeau (de agosto a diciembre de 1792), de Mont-Blanc (de diciembre de 1792 al año IV).
8. Sección del Louvre (de 1790 al 6 de mayo de 1793), del Muséum (del 6 de mayo de 1793 al año IV).
9. Sección del Oratoire (de 1790 a septiembre de 1792), de Gardes-Françaises (de septiembre de 1792 al año IV).
10. Sección de Halle-au-Blé (de 1790 al año IV).
11. Sección de Postes (de 1790 al 18 de agosto de 1792), de Contrat-Social (del 18 de agosto de 1792 al año IV).
12. Sección de Place de Louis XIV (de 1790 a agosto de 1792), de Mail (de agosto de 1792 a septiembre de 1793), de Guillermo-Tell (de sep-

- tiembre de 1793 a messidor del año III), de Mail (de messidor del año III al año IV).
13. Sección de Fontaine-Montmorency (de 1790 a octubre de 1792), de Molière-et-Lafontaine (de octubre de 1792 al 12 de septiembre de 1793) y de Brutus (del 12 de septiembre de 1793 al año IV).
14. Sección de Bonne-Nouvelle (de 1790 al año IV).
15. Sección de Ponceau (de 1790 a septiembre de 1792) y de Amis-de la-Patrie (de septiembre de 1792 al año IV).
16. Sección de Mauconseil (de 1790 a agosto de 1792), de Bon-Conseil (de agosto de 1792 al año IV).
17. Sección de Marché-des-Innocents (de 1790 a septiembre de 1792), de Halles (de septiembre de 1792 a mayo de 1793), de Marchés (de mayo de 1792 al año IV).
18. Sección de los Lombardos (de 1790 al año IV).
19. Sección de Arcis (de 1790 al año IV).
20. Sección del Faubourg-Montmartre (de 1790 al año IV).
21. Sección Poissonnière (de 1790 al año IV).
22. Sección de Bondy (de 1790 al año IV).
23. Sección del Temple (de 1790 al año IV).
24. Sección de Popincourt (de 1790 al año IV).
25. Sección de Montreuil (de 1790 al año IV).
26. Sección de Quinze-Vingts (de 1790 al año IV).
27. Sección de Gravilliers (de 1790 al año IV).
28. Sección del Faubourg-Saint-Denis (de 1790 a enero de 1793), del Faubourg-du-Nord (de enero de 1793 al año IV).
29. Sección de Beaubourg (de 1790 a septiembre de 1792), de Réunion (de septiembre de 1792 al año IV).
30. Sección de Enfants-Rouges (de 1790 a septiembre de 1792), de Marais (de septiembre de 1792 a junio de 1793), de Homme-Armé (de junio de 1793 al año IV).
31. Sección de Roi-de-Sicile (de 1790 a agosto de 1792), de Droits-de-l'Homme (de agosto de 1792 al año IV).
32. Sección de Hôtel-de-Ville (de 1790 al 21 de agosto de 1792), de Maison-Commune (del 21 de agosto de 1792 a fructidor de año II), de Fidelité (de fructidor del año II al año IV).
33. Sección de Place-Royale (de 1790 a agosto de 1792), de Fédérés (de agosto de 1792 al 4 de julio de 1793), de l'Indivisibilité (del 4 de julio de 1793 al año IV).
34. Sección de Arsenal (de 1790 al año IV).
35. Sección de Ile-Saint-Louis (de 1790 a noviembre de 1792), de Fraternité (de noviembre de 1792 al año IV).
36. Sección de Notre-Dame o de Ile (de 1790 a agosto de 1792), de Cité (de agosto de 1792 al 21 brumaire del año II), de la Raison (del 21 al 25 brumaire del año II), de la Cité (del 25 brumaire del año II al año IV).
37. Sección Henri-IV (de 1790 al 14 de agosto de 1792), de Pont-Neuf (del 14 de agosto de 1792 al 7 de septiembre de 1793), Révolution-

- naire (del 7 de septiembre de 1793 al 10 *frimaire* del año III), de Pont-Neuf (del 10 *frimaire* del año III al año IV).
38. Sección de Invalides (de 1790 al año IV).
 39. Sección de Fontaine-de-Grenelle (de 1790 al año IV).
 40. Sección de Quatre-Nations (de 1790 a abril de 1793), de Unité (de abril de 1793 al año IV).
 41. Sección del Théâtre-Français (de 1790 a agosto de 1792), de Marseille (de agosto de 1792 a agosto de 1793), de Marseille-et-Marat (de agosto de 1793 a *pluviôse* del año II), de Marat (de *pluviôse* del año II al 22 *pluviôse* del año III), de Théâtre-Français (del 22 *pluviôse* del año III al año IV).
 42. Sección de Croix-Rouge (de 1790 al 3 de octubre de 1793), de Bonnet-Rouge (del 3 de octubre de 1793 a *germinal* del año III), del Bonnet-de-la-Liberté (de *germinal* a *prairial* del año III), de l'Ouest (de *prairial* del año III al año IV).
 43. Sección de Luxembourg (de 1790 a *brumaire* del año II), de Mutius Scaevola (de *brumaire* del año II a *prairial* del año III), de Luxembourg (de *prairial* del año III al año IV).
 44. Sección de Thermes-de-Julien (de 1790 al 8 de septiembre de 1792), de Beaurepaire (del 8 de septiembre de 1792 al 20 *pluviôse* del año II), de Chalier (del 20 *pluviôse* del año II a *pluviôse* del año III), de Thermes-de-Julien (de *pluviôse* del año III al año IV).
 45. Sección de Sainte-Genève (de 1790 a agosto de 1792), de Panthéon-Français (de agosto de 1792 al año IV).
 46. Sección de l'Observatoire (de 1790 al año IV).
 47. Sección de Jardin-des-Plantes (de 1790 a agosto de 1792), des Sans-Culottes (de agosto de 1792 al 10 *ventôse* del año III), de Jardin-des-Plantes (del 10 *ventôse* del año III al año IV).
 48. Sección des Gobelins (de 1790 a agosto de 1792), de Finistère (de agosto de 1792 al año IV).



Plano de las 48 Secciones parisinas
(según el plano de 1790)



*Las Secciones del Centro de París
(según el plano de 1790)*

*Cuadro resumido de concordancia de los calendarios
republicano y gregoriano*

Año II

<i>Vendémiaire</i>	<i>Brumaire</i>	<i>Frimaire</i>
1: 22 septiembre 1793 9: 30 septiembre 10: 1 octubre 20: 11 octubre 30: 21 octubre	1: 22 octubre 10: 31 octubre 11: 1 noviembre 20: 10 noviembre 30: 20 noviembre	1: 21 noviembre 10: 30 noviembre 11: 1 diciembre 20: 10 diciembre 30: 20 diciembre
<i>Nivôse</i>	<i>Pluviôse</i>	<i>Ventôse</i>
1: 21 diciembre 11: 31 diciembre 12: 1 enero 1794 20: 9 enero 30: 19 enero	1: 20 enero 12: 31 enero 13: 1 febrero 20: 8 febrero 30: 18 febrero	1: 19 febrero 10: 28 febrero 11: 1 marzo 20: 10 marzo 30: 20 marzo
<i>Germinal</i>	<i>Floréal</i>	<i>Prairial</i>
1: 21 marzo 11: 31 marzo 12: 1 abril 20: 9 abril 30: 19 abril	1: 20 abril 11: 30 abril 12: 1 mayo 20: 9 mayo 30: 19 mayo	1: 20 mayo 12: 31 mayo 13: 1 junio 20: 8 junio 30: 18 junio
<i>Messidor</i>	<i>Thermidor</i>	<i>Fructidor</i>
1: 19 junio 12: 30 junio 13: 1 julio 20: 8 julio 30: 18 julio	1: 19 julio 13: 31 julio 14: 1 agosto 20: 7 agosto 30: 17 agosto	1: 18 agosto 14: 31 agosto 15: 1 septiembre 20: 6 septiembre 30: 16 septiembre

17, 18, 19, 20, 21 de septiembre de 1794 = 1.º, 2.º, 3.º, 4.º, 5.º días complementarios del año II.

Año III

<i>Vendémiaire</i>	<i>Brumaire</i>	<i>Frimaire</i>
1: 22 septiembre 1794 9: 30 septiembre 10: 1 octubre 20: 11 octubre 30: 21 octubre	1: 22 octubre 10: 31 octubre 11: 1 noviembre 20: 10 noviembre 30: 20 noviembre	1: 21 noviembre 10: 30 noviembre 11: 1 diciembre 20: 10 diciembre 30: 20 diciembre
<i>Nivôse</i>	<i>Pluviôse</i>	<i>Ventôse</i>
1: 21 diciembre 11: 31 diciembre 12: 1 enero 1795 20: 9 enero 30: 19 enero	1: 20 enero 12: 31 enero 13: 1 febrero 20: 8 febrero 30: 18 febrero	1: 19 febrero 10: 28 febrero 11: 1 marzo 20: 10 marzo 30: 20 marzo
<i>Germinal</i>	<i>Floréal</i>	<i>Prairial</i>
1: 21 marzo 11: 31 marzo 12: 1 abril 20: 9 abril 30: 19 abril	1: 20 abril 11: 30 abril 12: 1 mayo 20: 9 mayo 30: 19 mayo	1: 20 mayo 12: 31 mayo 13: 1 junio 20: 8 junio 30: 18 junio
<i>Messidor</i>	<i>Thermidor</i>	<i>Fructidor</i>
1: 19 junio 12: 30 junio 13: 1 julio 20: 8 julio 30: 18 julio	1: 19 julio 13: 31 julio 14: 1 agosto 20: 7 agosto 30: 17 agosto	1: 18 agosto 14: 31 agosto 15: 1 septiembre 20: 6 septiembre 30: 16 septiembre

17, 18, 19, 20, 21, 22 de septiembre de 1795 = 1.º, 2.º, 3.º, 4.º, 5.º y 6.º días complementarios en el año III.

- 319 A. J. Ayer: *Parte de mi vida*
- 320 Cristóbal Colón: *Textos y documentos completos*
- 321 Lloyd de Mause: *Historia de la infancia*
- 322 Sir Macfarlane Burnet y David O. White: *Historia natural de la enfermedad infecciosa*
- 323 Stuart Hampshire: *Spinoza*
- 324 Marvin Harris: *El materialismo cultural*
- 325 Ferrán Valls i Taberner, Ferrán Soldevila: *Historia de Cataluña*
- 326 Talcott Parsons: *El sistema social*
- 327 Kathleen Newland: *La mujer en el mundo moderno*
- 328 Anthony Kenny: *Wittgenstein*
- 329 José Lorite Mena: *El animal paródico*
- 330 Joseph D. Novak: *Teoría y práctica de la educación*
- 331, 332 Edmund Husserl: *Investigaciones lógicas*
- 333 Jean Piaget y otros: *Investigaciones sobre las correspondencias*
- 334 Antonio Gómez Mendoza: *Ferrocarriles y cambio económico en España (1855-1913)*
- 335 Hannah Arendt: *Los orígenes del totalitarismo. 3. Totalitarismo*
- 336 Svend Dahl: *Historia del libro*
- 337 Harald Fritzsch: *Los quarks, la materia prima de nuestro Universo*
- 338 Ramón Tamames: *Estructura económica internacional*
- 339 Frederick J. Newmeyer: *El primer cuarto de siglo de la gramática generativo-transformatoria (1955-1980)*
- 340 Pedro Laín Entralgo: *La medicina hipocrática*
- 341 Richard Sennett: *Autoridad*
- 342 Julián Zugasti: *El bandolerismo*
- 343 Curt Paul Janz: *Friedrich Nietzsche, 2*
- 344 Francisco Tomás y Valiente: *Gobierno e Instituciones en la España del Antiguo Régimen*
- 345 John Tyler Bonner: *La evolución de la cultura en los animales*
- 346 Roberto Centeno: *El petróleo y la crisis mundial*
- 347 Javier Arce: *El último siglo de la España romana (284-409)*
- 348 Guillermo Araya: *El pensamiento de Américo Castro*
- 349 Imre Lakatos: *La metodología de los programas de investigación científica*
- 350 Howard F. Taylor: *El juego del C.I.*
- 351 Bernard d'Espagnat: *En busca de lo real*
- 352 Pedro Laín Entralgo: *Teoría y realidad del otro*
- 353 K. S. Schrader-Frechette: *Energía nuclear y bienestar público*
- 354 Alvin W. Gouldner: *Los dos marxismos*
- 355 José Luis Martínez: *Pasajeros de Indias*
- 356 Julián Marías: *Antropología metafísica*
- 357 *Política y sociedad democrática. Compilado por José María Rico*
- 358 Luis Díez del Corral: *El pensamiento político europeo y la monarquía de España*
- 359 *Crisis en Europa 1560-1660. Compilación de Trevor Aston*
- 360 I. Bernard Cohen: *La revolución newtoniana y las transformaciones de las ideas científicas*
- 361 Leszek Kolakowski: *Las principales corrientes del marxismo, III*
- 362 José Manuel Sánchez Ron: *El origen y desarrollo de la relatividad*
- 363 Gustav Henningsen: *El abogado de las brujas. Brujería vasca e Inquisición española*
- 364 Margaret S. Mahler, Otto F. Kernberg y otros: *Diez años de psicoanálisis en los Estados Unidos (1973-1982). Compilación de Harold P. Blum*
- 365 E. H. Carr: *Las bases de una economía planificada 1926-1929*
- 366 Agustín Albarracín Teulón: *La teoría celular*
- 367 Robin J. Wilson: *Introducción a la teoría de grafos*
- 368 I. Prigogine e I. Stengers: *La nueva alianza (Metamorfosis de la ciencia)*
- 369 Teodor Shanin: *La clase incómoda*

- 370 Pedro Laín Entralgo: **La relación médico-enfermo**
- 371 Enrique Ballester: **Teoría económica de las cooperativas**
- 372 Michael Ruse: **La revolución darwinista**
- 373 Julián Marías: **Ortega. 1. Circunstancia y vocación**
- 374 Julián Marías: **Ortega. 2. Las trayectorias**
- 375 **Paro e inflación. Perspectivas institucionales y estructurales.** Compilación de Michael J. Piore
- 376 Carlos Pereyra: **El sujeto de la Historia**
- 377 Howard Newby y Eduardo Sevilla-Guzmán: **Introducción a la sociología rural**
- 378 Manuel Ballbé: **Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)**
- 379 Anthony A. Long: **La filosofía helenística**
- 380 Dennis C. Mueller: **Elección pública**
- 381 M.^a Carmen Iglesias: **El pensamiento de Montesquieu**
- 382 Rita Vuyk: **Panorámica y crítica de la epistemología de Piaget, 1 (1965-1980)**
- 383 Juan Marichal: **Teoría e historia del ensayismo hispánico**
- 384 G. W. F. Hegel: **Lecciones sobre filosofía de la religión. 1. Introducción y concepto de la religión**
- 385 B. J. McCormick: **Los salarios**
- 386 Enrique Anderson Imbert: **La crítica literaria: sus métodos y problemas**
- 387 **Del cálculo a la teoría de conjuntos, 1630-1910. Una introducción histórica.** Compilación de I. Gattán-Guinness
- 388 Earl J. Hamilton: **El florecimiento del capitalismo**
- 389 Harlan Lane: **El niño salvaje de Aveyron**
- 390 Howard E. Gruber: **Darwin sobre el hombre**
- 391 Gwyn Harries-Jenkins & Charles C. Moskos Jnr.: **Las fuerzas armadas y la sociedad**
- 392 Pedro Laín Entralgo: **La espera y la esperanza**
- 393 Carlos Moya: **Señas de Leviatán**
- 394 Jesús Mosterín: **Conceptos y teorías en la ciencia**
- 395 Arno J. Mayer: **La persistencia del Antiguo Régimen**
- 396 E. Roy Weintraub: **Microfundamentos**
- 397 Antonio Tovar: **Vida de Sócrates**
- 398 **Cartas de particulares a Colón y relaciones coetáneas.** Recopilación y edición de Juan Gil Fernández y Consuelo Varela
- 399 Jeremy Cherfas: **Introducción a la ingeniería genética**
- 400 Adam Ferguson: **Cuando muere el dinero**
- 401 E. H. Carr: **Historia de la Rusia soviética. Bases de una economía planificada 1926-1929. Volumen III, parte I**
- 402 E. H. Carr: **Historia de la Rusia soviética. Bases de una economía planificada 1926-1929. Volumen III, parte II**
- 403 E. H. Carr: **Historia de la Rusia soviética. Bases de una economía planificada 1926-1929. Volumen III, parte III**
- 404 Paul Veyne: **Cómo se escribe la historia**
- 405 Paul Forman: **Cultura en Weimar, causalidad y teoría cuántica 1918-1927**
- 406 Daniel Bell: **Las ciencias sociales desde la Segunda Guerra Mundial**
- 407 **La nueva historia económica. Lecturas seleccionadas.** Compilación de P. Témin
- 408 Robert K. Merton: **Ciencia, tecnología y sociedad en la Inglaterra del siglo XVII**
- 409 Marc Ferro: **La Gran Guerra (1914-1918)**
- 410 Carlos Castilla del Pino: **Teoría de la alucinación**
- 411 Douglas C. North: **Estructura y cambio en la historia económica**
- 412 José Ferrater Mora: **Fundamentos de filosofía**
- 413 Javier Tusell: **Franco y los católicos**
- 414 Curt Paul Janz: **Friedrich Nietzsche. 3. Los diez años del filósofo errante**
- 415 Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent: **Historia de los moriscos**
- 416 Luis Angel Rojo: **Keynes: su tiempo y el nuestro**
- 417 Jean-Paul Sartre: **El ser y la nada**
- 418 Juan Pablo Fusi: **El País Vasco. Pluralismo y nacionalidad**
- 419 Antonio Rodríguez Huéscar: **Perspectiva y verdad**
- 420 José María López Piñero: **Orígenes históricos del concepto de neurosis**
- 421 Hermann Heller: **Escritos políticos**
- 422 Camilo J. Cela Conde: **De genes, dioses y tiranos. La determinación biológica de la moral**
- 423 Walter Ullman: **Principios de gobierno y política en la Edad Media**
- 424 Mark Blaug: **La metodología de la economía**
- 425 Carl Schmitt: **La dictadura**
- 426 Rita Vuyk: **Panorámica y crítica de la epistemología genética de Piaget, 1965-1980, II**
- 427 Fernando Vallespín Oña: **Nuevas teorías del Contrato Social**
- 428 J. M. Jauch: **Sobre la realidad de los cuantos**
- 429 Raúl Morodo: **Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española**
- 430 Eugene Linden: **Monos, hombres y lenguaje**
- 431 Nicolás Sánchez-Albornoz (Compilación): **La modernización económica de España, 1830-1930**
- 432 Luis Gil: **Censura en el mundo antiguo**
- 433 Rafael Bañón y José Antonio Olmeda (Compilación): **La institución militar en el Estado contemporáneo**
- 434 Paul Hazard: **El pensamiento europeo en el siglo XVIII**
- 435 Rafael Lapesa: **La trayectoria poética de Garcilaso**
- 436, 437 Raymond Aron: **Paz y guerra entre las naciones**
- 438 Geoffrey Parker: **El ejército de Flandes y el camino español, 1567-1659**
- 439 Oscar Fanjul y Fernando Maravall: **La eficiencia del sistema bancario español**
- 440 Mario Bunge: **Seudociencia e ideología**
- 441 Ernst H. Kantorowicz: **Los dos cuerpos del rey**
- 442 Julián Marías: **España inteligible**
- 443 David R. Ringrose: **Madrid y la economía española, 1560-1850**
- 444 Renate Mayntz: **Sociología de la Administración pública**
- 445 Mario Bunge: **Racionalidad y realismo**
- 446 José Ferrater Mora: **Unamuno. Bosquejo de una filosofía**
- 447 Lawrence Stone: **La crisis de la aristocracia, 1558-1641**
- 448 Robert Geroch: **La relatividad general: de la A a la B**
- 449 Steven M. Sheffrin: **Expectativas racionales**
- 450 Paulino Garagorri: **La filosofía española en el siglo XX**
- 451 Manuel Tuñón de Lara: **Tres claves de la Segunda República**
- 452 Curt Paul Janz: **Friedrich Nietzsche. 4. Los años de hundimiento**
- 453 Franco Selleri: **El debate de la teoría cuántica**
- 454 Enrique Ballester: **Los principios de la economía liberal**
- 455 E. H. Carr: **El ocaso de la Comintern, 1930-1935**
- 456 Pedro Laín Entralgo: **Ciencia, técnica y medicina**
- 457 Desmond M. Clarke: **La filosofía de la ciencia de Descartes**
- 458 José Antonio Maravall: **Antiguos y modernos**
- 459 Morton D. Davis: **Introducción a la teoría de juegos**
- 460 José Ramón Lasuen: **El Estado multirregional**
- 461 Bhikhu Parekh: **Pensadores políticos contemporáneos**
- 462 Wassily Leontief y Faye Duchin: **El gasto militar**
- 463 Francisco Rico: **El pequeño mundo del hombre**
- 464 Miguel Rivera Dorado: **La religión maya**
- 465 Miguel Artola: **La Hacienda del siglo XIX**
- 466 Thomas F. Glick: **Einstein y los españoles**

- | | |
|------------------------------------------------------------------------------|------------------------------------------------------------------------|
| 467 James Tobin: Acumulación de activos y actividad económica | 473 Jean-Paul Sartre: Escritos políticos, 1 |
| 468 Bruno S. Frey: Para una política económica democrática | 474 Robert Axelrod: La evolución de la cooperación |
| 469 Ludwik Fleck: La génesis y el desarrollo de un hecho científico | 475 Henry Kamen: La sociedad europea, 1500-1700 |
| 470 Harold Demsetz: La competencia | 476 Otto Pöggeler: El camino del pensar de Heidegger |
| 471 Teresa San Román (compilación): Entre la marginación y el racismo | 477 G. W. F. Hegel: Lecciones sobre filosofía de la religión, 2 |
| 472 Alan Baker: Breve introducción a la teoría de números | 478 H. A. John Green: La teoría del consumidor |

